
LILLY LUCAS
NUEVOS
Deseos
Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Agradecimientos

Créditos

NUEVOS DESEOS
Serie Green Valley 2

Lilly Lucas

Traducción de María José Díez Pérez

Planeta

Para Angela, Mila y Kristina

1

Cielo azul, sol radiante y nieve en polvo reluciente: esto es lo que piensa la mayoría de la gente cuando digo que soy monitora de snowboard. En niños cabezotas con la nariz llena de mocos... no tanto.

—¡No quiero! —rezongó Liam por enésima vez, y se cruzó de brazos con obstinación.

—Pero si ya casi está. Ahí abajo está el funicular, ¿lo ves?

Sus ojos siguieron mi dedo índice, enfundado en un grueso guante. El pequeño miró malhumorado el tramo llano de pista que nos separaba del valle... y a mí del final de una dura jornada de trabajo. A Ryan le costaría como mínimo una ronda de hamburguesas que yo hubiera aceptado sustituirlo y hubiera pasado la tarde impidiendo que Liam, su sobrino, se cayera del telesilla, se tirara por pendientes o se dirigiese a toda velocidad hacia vallas de contención. Por no hablar de que había tenido que cambiar mi amado snowboard por unos esquís.

—Estoy cansado y tengo frío —se quejó el pequeño, que no hizo ademán de levantarse.

—La cosa no mejorará si te quedas aquí y te congelas. —Le ofrecí las dos manos y le regalé una mirada de ánimo—. Vamos, Liam. ¡Arriba!

Tras un breve titubeo, dejó que le pusiera los esquís, que estaban estampados con un ejército de pequeños Minions.

—Ven detrás de mí ahora y listo, ¿vale? Despacito.

—Pero como me caiga no me verás —dijo alarmado.

—No te vas a caer.

Pues sí, se cayó. Por lo menos tres veces. Prácticamente no hizo otra cosa en toda la tarde, razón por la cual estaba cubierto de nieve de la cabeza a los pies. Que el mono que llevaba en realidad era azul solo se distinguía echándole mucha imaginación, y con su casco blanco ahora parecía un astronauta en miniatura. Me replanteé la decisión que había tomado.

—Venga, pues ahora ve tú delante.

Con una sonrisilla en la cara vi que sus pequeñas manos enderezaban las gafas y el casco antes de introducirse en la dragonera de sus bastones, con los que una hora antes casi se había pinchado.

—¿Listo? —pregunté mientras le guiñaba un ojo para animarlo.

Liam asintió y empezó a deslizarse en cuña hacia el valle, a una velocidad a la que quizá llegásemos al aparcamiento antes de medianoche. Exhalé un suspiro y miré la pista desierta. Los remontes solo habían abierto hacía unos días y todavía no había aglomeraciones. Dentro de unas semanas la cosa cambiaría drásticamente, pero la reluciente nieve aún nos pertenecía a Liam y a mí. Y a una pareja que posaba en medio de la pista y se hacía selfis, constaté frunciendo el ceño. ¿No podían apartarse un poco, al menos? Y ¿de verdad la mujer llevaba un mono blanco? Nada práctico, juzgó la profesora de snowboard que había en mí. Mis ojos se fijaron en el hombre que estaba a su lado, que en ese momento se puso a llamar por teléfono. Resoplé. ¿Es que ni siquiera cuando esquiaba la gente era capaz de dejar el móvil en el bolsillo? De pronto se escuchó un grito en la pista. ¡Liam! Escudriñé frenéticamente la pendiente y lo vi. Iba como una flecha, directo a los dos esquiadores.

—¡Mierda! —solté; hundí los bastones en la nieve y salí disparada —. ¡Frena! —grité contra el viento, que me hacía lagrimear. Con las prisas me había olvidado de ponerme las gafas—. ¡Tienes que frenar, Liam!

Para mi espanto, cada vez estaba más cerca de la pareja. Mierda, ¿por qué lo había perdido de vista?

—¡Fre-na! —vociferé como una loca mientras aceleraba.

Liam no me oyó. En cambio, los dos esquiadores por fin repararon en nosotros. En un abrir y cerrar de ojos, un grito de pánico se sumó a los chillidos de Liam. Después fue como si todo se desarrollara a cámara lenta. En el último momento, di alcance al enano, lo cogí entre las piernas y describí una curva cerrada a la izquierda que hizo que me tambaleara durante unos instantes, pero logré enderezarme a tiempo, a diferencia de la mujer con el mono blanco, que recibió una buena rociada de nieve en polvo y cayó de culo de un modo muy poco elegante.

—¿Estás bien, peque? —pregunté sin aliento. Liam asintió, pero intuí que bajo el casco estaba blanco como la pared y que su corazoncito probablemente estuviese tan desbocado como el mío—. No ha pasado nada —musité para tranquilizarlo mientras le acariciaba el brazo—. No ha pasado nada.

—¡¿No ha pasado nada?! —oí que decía una voz respondona detrás de nosotros—. ¡Su hijo casi se nos lleva por delante!

Me volví en redondo sin dar crédito. No es que me esperase un aplauso por la pequeña acrobacia que acababa de realizar, pero un poco de alivio porque nadie hubiera resultado herido habría estado bien. En lugar de eso, la mujer me lanzó una mirada que habría podido congelar aguas termales y se sacudió la nieve del ceñido mono enterizo blanco, una prenda que a cualquier otra mujer

probablemente le hubiese añadido cinco kilos, pero que a ella la hacía parecer un ángel delicado y frágil.

—¡No soy su hijo! —exclamó Liam con indignación infantil.

Y eso que no era tan descabellado que la mujer me considerase su madre: aunque yo solo tenía veintidós años, el casco y la braga ocultaban gran parte de mi rostro. Yo tampoco era capaz de decir con seguridad cuántos años tenía ella. Tan solo que no me caía bien.

—Soy su profesora de esquí —aclaré al tiempo que señalaba el logo de mi mono rojo: «Vail Ski & Snowboard School».

—Pues haga su trabajo y enséñele a esquiar. Así el niño no pondría en peligro...

—Vamos, vamos —terció ahora el tipo que estaba a su lado, que hasta ahora había seguido la discusión en silencio—. Quizá sea mejor que primero nos calmemos todos.

Se quitó las gafas y durante un instante me quedé atónita. No por lo guapo que era —que lo era—, sino porque sus ojos eran de un azul que no había visto nunca. Azul glaciar. Como los caramelos de menta glacial que tanto me gustaban. Me quedé fascinada uno o dos segundos. Luego la ira volvió con el doble de fuerza.

—Pues en el futuro *ustedes* no se hagan sus absurdos selfis en medio de la pista —les solté a ambos.

Él se rio sin dar crédito a sus oídos e hizo un movimiento vago hacia la derecha.

—Pero si esta pista es tan ancha como California.

—California no es ancha.

Tres pares de ojos se volvieron hacia Liam.

—California mide mil doscientos kilómetros de largo, pero solo cuatrocientos de ancho —explicó con un tono casi de sabihondo—. Nos lo enseñó la semana pasada la señorita Johnson.

Durante un momento reinó un silencio poco natural. Después sonó un móvil.

—Eso es Los Ángeles —porfió la mujer del mono blanco, que lanzó una mirada significativa a su amigo/novio/marido.

—Los Ángeles también están en California —afirmó Liam.

Una sonrisa se dibujó en mi cara. Con una mirada inconfundible, la mujer me dio a entender que nuestra conversación terminaba en ese momento. Puse los ojos en blanco, me volví hacia Liam y le señalé el valle.

—Esta vez vienes detrás de mí, ¿vale?

El niño asintió, lo entendía.

—¡Vamos, peque!

Me puse las gafas e introduje las manos en las dragoneras de mis bastones. Desde luego, esto le costaría a Ryan algo más que una hamburguesa.

2

—A ver, esa tía está mal de la cabeza. —Miré a Ryan y Will en busca de confirmación—. Y luego —proferí una risotada incrédula— va y dice...

—¡No os vais a creer quién ha venido hoy para quedarse en el hotel! —interrumpió mi verborrea Lena, que en ese preciso instante había irrumpido en Olly's, dejando tras de sí un rastro de nieve medio derretida. Gruesos copos se habían asentado en el gorro que llevaba, y tenía las mejillas rojas del frío, posiblemente también de la agitación. Con una ancha sonrisa en el rostro, acercó una silla y le dio a Ryan, su novio, un apasionado beso—. ¡Cole! ¡Jacobs!

—¡¿Aquillus?! —exclamó él.

Lena asintió, los ojos le brillaban de la emoción.

—Tu madre está como loca, Will. Se quedará tres semanas en la suite residencial del Sebastian.

—¿Qué está haciendo Cole Jacobs en Vail? —preguntó, desconcertado, Ryan.

—Puede que vayan a rodar aquí la nueva temporada —aventuró Will, y esbozó una sonrisa triunfal—. Así sabríamos antes que los demás si de verdad Aquillus ha muerto.

—Es imposible que haya muerto —afirmó Lena, lanzando un suspiro—. Sin Cole Jacobs...

—Eh, chicos —interrumpí a mis amigos y moví la mano un instante para llamar su atención—. ¿Alguien me podría decir quién demonios es Cole Jacobs?

Ellos me miraron con expresión de incredulidad. Como si acabase de admitir que había votado a Trump.

—*¡¿La maldición del panteón?!* —contestaron Ryan y Will a la vez.

—¿La serie esa de Netflix?

Asintieron enérgicamente.

—Ya. No sé cuál es.

Volví a centrarme en el boniato frito que tenía en el plato. O al menos eso pretendía.

—¿Que no has visto *La maldición del panteón*? —inquirió casi con tono acusador Ryan—. Pero si es mejor aún que *Juego de tronos*.

En realidad, mis amigos sabían que la fantasía no era lo mío y que pertenecía a ese uno por ciento de la población mundial que todavía no había visto ni un solo capítulo de *Juego de tronos*. Quizá por ello me castigaran ignorándome por completo y discutieran vehementemente durante lo que me pareció una hora sobre el derecho al trono de Aquillus, la relación prohibida que mantenía con Aquilla, su hermanastra, y su presunta muerte al final de la primera temporada.

—¿Él se llama Aquillus y su hermana Aquilla? Qué ocurrente —observé mientras masticaba.

—Porque los dos son hijos de Aquillian —repuso Will—, señor de Aquirania y los siete...

—¿Acuarios? —dije risueña, lo que me granjeó sendas miradas carentes de humor.

—Deberías ver la serie, en serio, Izzy. Aunque solo sea por Cole Jacobs. —Lena parecía embelesada—. Esos músculos. Y esos ojos.

—Seguro que son lentillas —objetó Kira, que desde no hacía mucho trabajaba de camarera en el bar deportivo de mi hermano, Oliver, mientras le acercaba a Lena a la mesa un refresco de cola *light*—. Nadie tiene unos ojos de ese azul.

«Sí», pensé automáticamente mientras a la cabeza me venía un rostro con un casco negro.

—Por cierto, ¿qué tal te ha ido hoy con Liam? —me preguntó Lena, como si me hubiese leído el pensamiento—. ¿Se sigue cayendo cada dos metros?

—No preguntes —refunfuñé a la vez que hacía un gesto desdeñoso con la mano.

Iba a contar lo que nos había pasado por segunda vez cuando la puerta se abrió con brío y el Olly's se vio azotado por una ráfaga de viento helado. Una rubia entró, echó una ojeada y fue directa a la barra. Con su abrigo de invierno rojo entallado, el pantalón de cuero negro ceñido y los tacones de diez centímetros, iba más vestida para Manhattan que para Green Valley, Colorado. Además, tenía un moreno antinatural para la época del año.

—Vaya —comentó Will, y lanzó un silbido.

Puse los ojos en blanco y pasé por alto el pequeño pellizco que sentí en el corazón, pese a estar acostumbrada desde hacía tiempo a que las hormonas de Will Albright se revolucionasen con prácticamente cualquier persona del sexo femenino menos yo. Como si en mi frente llevara grabado en letras grandes y en negrita «solo amiga». Su sonrisa se ensanchó cuando el taconeo por la vieja madera de roble del suelo vino directo a nosotros. Tendría treinta y pocos años y un rostro de una belleza clásica: nariz recta, pómulos altos, cutis perfecto. Con su bob largo rubio platino, durante un momento me recordó a Jennifer Lawrence en la película esa de la nave espacial. Miró a su alrededor como si estuviese buscando algo (o a alguien) hasta que su boca rojo fresa se abrió y sus ojos se clavaron en mí.

—¿Isobel Walsh?

Enarqué las cejas y farfullé con cierto desconcierto:

—¿Sí?

Todo el mundo me llamaba Izzy desde que era pequeña. Ni siquiera mis padres me llamaban Isobel.

—Marissa Townsend. Nos conocimos esta tarde.

¿Esta tarde? La miré con cara de no entender nada.

—En la pista de esquí —me refrescó la memoria—. Tuvimos un pequeño... choque.

De repente caí. ¡La mujer del mono blanco!

—Usted y su novio se estaban haciendo selfis —recordé—. Bloqueando la pista —añadí con brusquedad.

—No es mi novio —respondió, casi risueña—. Más bien algo así como... mi jefe.

¿Su jefe? No era esa la impresión que daba el tipo.

—Le gustaría contratarla —continuó sin inmutarse, y dejó traslucir lo que opinaba de esa idea: nada de nada—. Como su profesora de esquí personal. Tiene en mente unas tres semanas. Le pagaría...

Una risa incrédula salió de mi boca y la hizo callar.

—No.

—¡¿No?! —A sus ojos asomó una mirada de perplejidad—. Seguro que sabe quién...

—En primer lugar, no soy profesora de esquí, sino de snowboard —la interrumpí—. Lo de hoy ha sido una excepción que he hecho por su sobrino. —Señalé con el pulgar a Ryan—. Y, en segundo lugar, trabajo para la escuela de esquí y snowboard de Vail y no puedo dar clases privadas. —Entorné los ojos—. Por cierto, ¿le importaría decirme cómo me ha encontrado?

—He preguntado por usted en la escuela. No ha sido difícil. —Apuntó a mis rastas rubias y largas, que casi me llegaban por la cadera y esa tarde llevaba sueltas—. Me han dicho que su hermano tenía aquí un... bar.

Dicho por ella sonó como si tuviese ébola. Sus ojos recorrieron brevemente el concurrido bar deportivo y se detuvieron en Olly, que con su pelo rubio rojizo y la incipiente barriga no se me parecía en nada. A diferencia de mí, a mi hermano no podía darle más pereza el deporte, lo cual lo convertía casi en un bicho raro en Green Valley. Aquí, en medio de las Montañas Rocosas, se vivía por y para todo lo relacionado con la naturaleza. Durante los meses fríos nos pasábamos los fines de semana en las pistas; en verano salíamos a hacer senderismo, ciclismo de montaña, escalada o piragüismo. Las personas de aquí crecían sintiendo un profundo vínculo con la naturaleza, lo que hacía —o al menos yo así lo creía— que uno siempre quisiera volver a este sitio en mitad de ninguna parte. Incluso Ryan había vuelto a Green Valley. Él, Will y yo éramos amigos íntimos desde que jugábamos en la guardería. Habíamos pasado prácticamente cada minuto libre de nuestras vidas en las pistas de esquí de la región. Ryan incluso había logrado entrar en el equipo nacional y había ganado varias copas del mundo de descenso, hasta que hacía un año un espantoso accidente lo había obligado a poner fin a su carrera. Ahora era entrenador y transmitía su experiencia a la nueva generación de esquiadores. Y Will y yo nos alegrábamos de que volviera a estar con nosotros.

—Escuche, señorita... Walsh —empezó Marissa Townsend con cierto tono despectivo—. Quizá quiera pensarse tranquilamente la oferta. El pago sería más que generoso y...

—No —repetí sin inmutarme, y volví a enfurecerme en el acto al acordarme de lo desconsiderados que habían sido los dos—. Dígale a su... jefe que se busque a otra persona. Aquí hay muchos monitores de esquí buenos.

—¿Es su última palabra?

—Ajá.

Me dirigió una nueva mirada desdeñosa antes de despedirse e ir taconeando hacia la puerta.

—¿Hacía falta ser tan borde? —inquirió Will mientras la seguía con los ojos.

—Ya te conté antes cómo se portó.

—Bueno, algo de razón tenía, ¿no? Me refiero a que Liam estuvo a punto de llevárselos por delante.

Lo miré sin dar crédito.

—Venga, pues ve detrás de ella y te disculpas por mí. No creo que haya llegado muy lejos con esos tacones.

En el curso de las últimas horas habían vuelto a caer gruesos copos de nieve del cielo y habían cubierto por completo no solo las calles, sino también el aparcamiento del Olly's. Iba a ser un invierno con mucha nieve incluso para Colorado.

—No me jorobes —mascullé cuando él se levantó de un salto y corrió hacia la puerta—. ¡Sácale un poco de brillo a la estrella! —añadí burlona, pero ya no me oyó.

Después de que el anterior *sheriff* muriera de un infarto, Will, su único ayudante, había asumido el puesto. Con sus veinticuatro años, era muy joven para el cargo, pero no se había presentado nadie más para cubrirlo. No eran muchos los agentes de policía que querían trabajar aquí, en las Rocosas, donde los delitos más graves eran intentar derribar vacas y los mayores delincuentes, osos negros ladrones. Para Will Albright, en cambio, era el trabajo perfecto: le permitía pasar mucho tiempo en las pistas... y perseguir a todas las esquiadoras de la región. A veces pensaba que yo era la única mujer de las Montañas Rocosas que todavía no se había acostado con él. Me consolaba pensar que los ligues entraban y salían de su vida, mientras que nuestra amistad era para siempre.

3

—Por favor, ¿de verdad eres tú? —exclamó Lena a la mañana siguiente, cuando estábamos de rodillas en mi futuro dormitorio, abriendo cajas. En la estancia había tan pocas cosas aún que su voz producía eco. Me puso delante de las narices una foto en la que yo tenía ocho o nueve años y trenzas—. Qué mona.

—A ver, no nací con estas —contesté sonriendo mientras me tiraba con suavidad de las rastas.

Lena me enseñó otra fotografía.

—¿Es tu exnovio? ¿El tal... Kyle?

—Ese es Shaun White —contesté indignada—. ¿El mejor snowboarder de todos los tiempos? —añadí al ver su mirada de desconcierto.

Lena se encogió de hombros y yo sacudí la cabeza. Incluso después de llevar más de un año en las Montañas Rocosas, seguía siendo un caso perdido en lo que respectaba a deportes de invierno. Y ello a pesar de que vivía con Ryan, que durante mucho tiempo había sido el joven talento de la Federación de Esquí de Estados Unidos. Pero antes de que viniera a trabajar de *au-pair* con los Cooper —el hermano de Ryan y Amy, su mujer—, Lena solo había visto montañas y pistas de esquí en la televisión.

—Y ¿por qué estás en una foto con el —entrecomilló en el aire la locución— «mejor snowboarder de todos los tiempos»?

—Coincidí con él hace unos años en Austria. En un evento de snowboard.

—Es verdad, me lo contaste cuando nos conocimos —recordó, sonriendo.

—Sí —musité yo con aire pensativo.

Cuántas cosas habían pasado desde entonces. Lena se había enamorado de Ryan y había reformado con él el Bed and Breakfast de los Cooper, que ahora volvía a gozar de una gran popularidad. Como se había divertido tanto trabajando en el Golden Leaf, a Lena se le había ocurrido hacer prácticas en el hotel que dirigía la madre de Will. Y también estaban Will y el beso que le di en Nochevieja y que no podía olvidar. Un beso espontáneo a medianoche con el que lo dejé completamente descolocado y del que no habíamos hablado desde entonces. Que yo seguía sintiendo en mis labios cuando cerraba los ojos.

—Y ¿hubo algo con el tal Shane? —Lena me devolvió al presente.

—¡Con Shaun! Pero qué dices, si tiene más de treinta años y además es una... estrella.

—A veces las estrellas se enamoran de personas normales y corrientes.

—Sí, en novelas románticas y películas de Hollywood.

—Eh, chicas, podríais poneros a sacar cosas de las cajas en lugar de —Will se inclinó por detrás de Lena— mirar babeando a Shaun White. Ahí abajo hay por lo menos diez cajas y también hay que montar la cama.

—A la orden, señor —respondió Lena mientras Will se volvía a marchar—. Espero que seas consciente de que a partir de ahora vas a vivir al lado de ese explotador.

—Te he oído —nos llegó desde el pasillo.

Ella se echó a reír. Yo sabía que Lena tenía una actitud crítica con mi decisión de instalarme en el mismo edificio en el que vivía Will, y yo también le había estado dando vueltas mucho tiempo. Pero el

piso era un auténtico sueño: grande, luminoso y recién reformado. Y lo mejor: no tenía que pagar ni un centavo de alquiler, porque la vivienda era de los padres de Will, que me trataban como a una hija. Los Albright estaban bien acomodados, poseían varios inmuebles en la región, un rancho de caballos a las afueras de Green Valley y una cabaña en la famosa estación de esquí de Beaver Creek. A pesar de ello, Elias y Allison seguían teniendo los pies en la tierra. El padre de Will se pasaba la mitad del día reparando cercas y limpiando boxes y su mujer, que era la directora de un resort de esquí en Vail, no daba abasto.

—El explotador este es mi mejor amigo.

—Del que estás enamorada, Izzy. —Me dirigió una mirada significativa.

—Lo estaré igual si no vivo a su lado —respondí a regañadientes.

—Pero de ese modo al menos no verías a todas las mujeres que salgan por esa puerta por la mañana.

Y por esa puerta saldrían muchas mujeres, en ese sentido no me engañaba. A partir de ahora me enteraría de cada puñetera cita; estaría sentada en la taquilla, viendo cómo entraban otras en Disneylandia.

—Puede que sea una buena terapia.

La mirada de Lena me dijo que concedía la misma credibilidad a mi afirmación que al cuento del conejito de Pascua.

El resto del día pasó volando. Llevamos cajas al piso, montamos muebles y enchufamos lámparas, el rúter y el televisor. Mi madre nos preparó *brownies* y mencionó al menos tres veces lo mal que lo estaba pasando por el hecho de que ahora también el menor de sus retoños se hubiera ido de casa. Su arrebato de tristeza maternal no me sorprendió: mi madre era la prueba viviente de que el ama de casa americana que horneaba galletas no existía únicamente en

televisión. Siempre vivía volcada en su papel de madre cariñosa, llevaba su casa con entusiasmo y colaboraba con la parroquia y el instituto, en el que mi padre era profesor. En Green Valley todo el mundo adoraba a Karen Walsh, todos ponían por las nubes sus artes culinarias y pasteleras, las colchas de *patchwork* que cosía. Y a todos, creo que incluso a mi padre, les arrancaba una risita de vez en cuando el hecho de que los hijos de aquella mujer que encarnaba la perfección fuesen el propietario de un bar y una monitora de snowboard con rastas.

Para darles las gracias, por la tarde invité a los que me habían ayudado con la mudanza a comer una hamburguesa en Olly's. Los viernes el bar siempre estaba a reventar, porque además de la gente de la ciudad también acudían muchos turistas desde Vail y Breckenridge. Nuestros precios eran algo más humanos que en las exclusivas estaciones de esquí, y había una considerable selección de cervezas regionales y hamburguesas y perritos calientes preparados al momento.

—Oye, ¿por qué no hacemos una fiesta de inauguración? —sugirió Ryan, mirándome.

—Nosotros no hicimos una —comentó Lena.

—A ver, porque tampoco obligamos a nadie a montar un armario de cinco puertas.

—Cuatro —le corregí.

Ryan se encogió de hombros y se tapó la boca con la mano para disimular un bostezo.

—A partir de cierto momento dejé de contar.

Todos estábamos agotados, tirados en las sillas con los hombros caídos y las piernas doloridas mientras a nuestro alrededor la gente

se reía y charlaba, bolas de billar entrechocaban y en las pantallas se televisaba un partido de hockey sobre hielo.

—Dejad que hable primero con mi nuevo vecino, ¿vale? —Miré risueña a Will. Por un momento, pensé que no había entendido mi alusión, porque a su rostro asomó una expresión extraña.

—Madre mía —susurró Lena en ese mismo instante, abriendo mucho los ojos.

Confusa, seguí su dedo índice. En el bar acababa de entrar un tío joven que miraba hacia todas partes como si buscara algo. Llevaba un pantalón vaquero desgastado, una sudadera desteñida y un gorro de lana gris, y pese a ello parecía que iba demasiado arreglado.

—Está hablando con Olly —balbució con nerviosismo, y me dio en un costado—. Colin Jacobs está hablando con tu hermano.

—¿Ese es Cole Jacobs? —inquirí, y arqueé las cejas mientras a nuestro alrededor se extendía un murmullo. Que cobró más intensidad cuando el tal Cole Jacobs vino directo hacia nosotros.

—¡Se va a sentar detrás! —Lena miraba exaltada la última mesa libre que quedaba en Olly's.

Para su gran sorpresa, el tipo, sin embargo, se detuvo justo delante de nuestra mesa. Y como si todo ello fuese un absurdo *déjà vu*, me... miró a mí.

—Hey —dijo, y levantó la mano con desenfado.

Desconcertada, clavé la vista en sus ojos azules. Azul hielo. Azul cielo. Azul glaciar. Azul antinatural. De repente todas las piezas del puzle encajaron. Ese no era solo Cole Jacobs. Era el tío de la pista.

«Perdona, pero esta pista es más ancha que California. Ja, ja, ja...».

—Marissa me ha dicho que no quieres trabajar para mí —a mi lado oí un gemido que solo podía haber proferido Lena—, así que quería probar suerte personalmente.

Sonrió y dejó a la vista una hilera de dientes perfectos, de estrella de cine, que, al menos para mi gusto, contrastaban demasiado con su piel bronceada. O quizá el tipo pasaba mucho tiempo al sol o en el solario.

—¿Por qué? —contesté perpleja.

—Porque tengo los ojos más bonitos que Marissa. A veces funciona.

Lena no pudo contener una risita y le di un puntapié en la espinilla por debajo de la mesa.

—No, ¿por qué me quieres concretamente a mí? —especifiqué.

—Tienes unos movimientos muy guais. Lo que hiciste ayer con el niño... —Resopló impresionado—. Casi fue una acrobacia. Necesito a alguien así para prepararme.

Arrugué la frente.

—¿Para prepararte?

—Para mi nuevo papel. Interpreto a un esquiador, pero hace ya algún tiempo que no me subo a unos esquís y no me irían mal unas clases de refresco. Así que se me ocurrió pasar unas semanas de vacaciones en las montañas y aprovechar el tiempo para prepararme de cara al rodaje.

Lo dijo como si tal cosa, igual que otros hablaban del tiempo o pedían un vaso de agua con el expreso.

—¿Para esas cosas no hay dobles? ¿O... especialistas? —preguntó Ryan, que fue el primero en recuperar el habla.

—Sí, pero para las escenas difíciles. Si, por ejemplo, desencadeno una avalancha y esquío para salvar la vida o —se puso exageradamente serio— tengo que saltar de una telecabina en llamas y caer desde cuatro metros de altura.

Que se riera de él mismo hacía que en cierto modo pareciese simpático. Quizá lo hubiese juzgado un poco antes de tiempo. Pese a

todo, no cambiaba el hecho de que me viese obligada a rechazar su oferta.

—Como ya le dije a ella, por desgracia no puedo.

Oí otro gemido a mi lado. Y ¿de dónde había salido ese «por desgracia» de pronto?

—¿Por qué no?

Reprimí un suspiro enervado. Vale, otra vez:

—Porque trabajo en la escuela de esquí y snowboard de Vail. Tengo grupos y no puedo dar clases privadas.

Eché mano de mi refresco de cola y bebí un sorbo, aunque no tenía nada de sed.

—Ya me he encargado de eso. Tu jefe está conforme. Me ha pedido que te dé recuerdos. —Se paró a pensar un momento y después sonrió de nuevo—: Bill.

—¡¿Qué?!

Me quedé mirándolo sin dar crédito. No podía ser más que una broma pesada.

—Te deja libre durante tres semanas. Si fuera necesario, incluso más.

—¿Así sin más? ¿Sin preguntarme?

—Bueno, «así sin más» me ha costado un pastizal, pero —se rascó la nuca y arrugó la nariz—, sí, sin preguntarte. —Otra vez esa sonrisa—. Probablemente pensara que no iba a suponerte ningún problema trabajar con —se señaló— Cole Jacobs.

Puse los ojos en blanco y me mordí la lengua para no preguntarle por qué no se aporreaba ahora el pecho.

—Pues me lo supone —afirmé, y a punto estuve de sacar el móvil del bolsillo para llamar a Bill Warrens y sacarlo de la puñetera cama. Todo aquello no podía ser verdad. No me podía entregar a ese actor graciosillo de series como si fuese un coche de alquiler.

—Oye, tío, ¿te importaría firmarme un posavasos? —Detrás de Cole apareció el rostro barbado de mi hermano—. Para una vez que pasa por aquí una estrella de Hollywood. —Olly sonrió tímidamente, y lo miré sin dar crédito.

—Claro que no —contestó Cole, y esbozó su sonrisa de estrella de cine.

Por favor, esos dientes eran de un blanco nuclear. Por acto reflejo, me pasé la lengua por los míos.

—Pero ahora seguro que nos veremos a menudo, porque tu hermana es mi nueva profesora de esquí. —Me miró de reojo—. Porque este es tu hermano, ¿no?

Hice un escueto gesto de asentimiento y él miró a Olly, luego a mí y de nuevo a él, como si nos comparase.

—Se nota.

La sonrisa radiante de Olly fue lo único que me impidió lanzarle el refresco a la cara a Cole Jacobs.

—No me lo creo. No me lo habías dicho, Izzy.

—Sí, bueno, ella todavía está de piedra.

Cole me guiñó un ojo.

—*La maldición del panteón* es mi serie preferida de todos los tiempos —aseguró mi hermano, y los otros tres de la mesa corearon: «Oh, sí»—. Solo espero que Aquillus haya sobrevivido a la batalla que se libró a orillas del mar de Sangre.

Sus miradas expectantes se dirigieron hacia Cole, que se limitó a encogerse misteriosamente de hombros y se volvió de nuevo hacia mí.

—Bueno, Isobel, entonces ¿nos vemos mañana a las diez? Marissa quiere cuadrar la agenda contigo y repasar los pormenores. Estoy en el hotel Sebastian, en Vail. ¿Lo conoces?

Mi traidora cabeza asintió. Pues claro que conocía el Sebastian. Era uno de los mejores hoteles de la región, y la madre de Will era su directora. Además, Lena estaba haciendo allí sus prácticas.

—Te puedo enviar un coche para que te pase a buscar.

Resoplé.

—Gracias, pero tanto si lo crees como si no, aquí las mujeres pueden conducir solitas.

Las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa.

—Nos vamos a divertir mucho, Isobel.

—Izzy —gruñí—. Nadie me llama Isobel.

Se encogió de hombros.

—Me gusta ser el único que lo haga.

Se despidió dando un golpecito en la mesa y fue con parsimonia hacia la puerta. Mis amigos al menos tuvieron la decencia de esperar a que hubiese desaparecido para ponerse a hablar todos a la vez y desordenadamente, alborotando y gritando demasiado. Lena repetía cada diez segundos lo increíblemente azules que eran los ojos de Cole Jacobs, mientras que Will y Ryan no se ponían de acuerdo en si no era bastante más bajo que en la serie. Mi hermano miraba embobado su posavasos autografiado y Kira seguía firmemente convencida de que esos ojos solo podían ser lentillas.

—Bueno, calmaos de una vez —espeté al cabo de un rato, enervada.

Durante tres segundos se hizo el silencio en la mesa. Después todo volvió a empezar desde el principio.

4

El Sebastian era un hotel de lujo de cinco estrellas situado en el corazón de Vail que, a lo largo de los últimos años, se había convertido en el mejor de la región. En él se alojaban barones del petróleo, jeques, miembros de la aristocracia europea y actores de Hollywood; «y últimamente también estrellas de series narcisistas», añadió una voz gruñona en mi cabeza cuando entré en el vestíbulo, en el que se percibía un agradable aroma a madera y fuego de chimenea. Puesto que la dirección del Sebastian llevaba más de quince años en manos de Allison, la madre de Will, no era la primera vez que veía el hotel por dentro. Pese a ello, siempre me impresionaba el amplio vestíbulo con sus paredes de piedra clara, las pesadas vigas del techo y la elegante chimenea exenta con los cómodos sillones de piel.

Me dirigí a recepción y supe que Marissa Townsend se retrasaría unos minutos. Había pedido que me dijeran que, si quería, podía tomarme un café y lo cargara a su cuenta. Qué generosa. Cansada, me dejé caer en uno de los sillones y clavé la vista en las llamas, que amenazaban con adormecerme de un momento a otro. Tenía la nuca tensa de la mudanza y agujetas en los brazos. Para colmo, había dormido demasiado poco porque me había pasado media noche gugleando a Cole Jacobs. Resultaba raro conocer a alguien a través de artículos y entrevistas online y de instantáneas de *paparazzi* y publicaciones de Instagram.

Cole Jacobs tenía veinticuatro o veinticinco años —en esto los medios no se ponían de acuerdo—, había nacido en Dublín y a los doce años se había instalado en Los Ángeles con sus padres porque le habían dado el papel protagonista en una serie para adolescentes que no había tenido mucho éxito. Al cabo de dos temporadas Jacobs había muerto en la serie y había hecho un anuncio de gel de ducha y otro de Pepsi antes de conseguir el papel de Aquillus, que lo convirtió en una estrella de la noche a la mañana. Siete millones y medio de personas lo seguían en Instagram; cinco millones, en Twitter. Tenía una casa en Malibú y un loft en Nueva York, lo que más le gustaba beber era Pepsi (posiblemente tuviese que decir eso) y sentía debilidad por las Oreo (a este respecto no logré establecer ninguna relación con un contrato publicitario). Algunos artículos se centraban más en las mujeres que lo acompañaban. Entre otras, la modelo de ropa interior Mackenzie Moore, con la que lo habían visto acaramelado de vacaciones en St. Barth, y Cora Lewis, su hermana en la serie, con la que únicamente mantenía una «buena amistad», pero con la que lo habían fotografiado de vez en cuando besuqueándose en bares. Además, se le atribuían aventuras con Selena Gomez, Chloë Grace Moretz y Kendall Jenner.

—¿Isobel? —Una voz me sacó de mis pensamientos.

Marissa Townsend vino hacia mí con paso de ganso y me tendió la mano. Llevaba un vaquero pitillo negro y una camiseta blanca de algodón rústico bajo una americana gris y se había peinado pulcramente hacia atrás el pelo rubio platino. La única nota de color la ponían sus labios rojo vivo.

—Izzy —la corregí.

En lugar de reaccionar, repuso:

—Cole nos está esperando.

Me callé el comentario de que yo estaba esperando a Cole desde hacía un cuarto de hora y la seguí al ascensor. Naturalmente, tenía la suite residencial con tres habitaciones, tres cuartos de baño, comedor y sala de estar. Y, naturalmente, no nos estaba esperando. En el cuarto de baño se oía correr la ducha cuando entré en la suite. Me dejé caer en el sofá de piel de mal humor y eché una ojeada al lugar. La estancia estaba decorada con mucho gusto: muebles de madera artesanales, gruesas alfombras, lámparas modernas y arte en las paredes. Olía discretamente a ambientador y al perfume de Marissa.

Cuando llamaron a la puerta, esta levantó un instante los ojos del iPhone y se limitó a decir «Sí» antes de que un hombre canoso con el uniforme del hotel entrase con un opíparo desayuno en un carrito. Se disponía a poner la mesa cuando Marissa se lo impidió con un gesto.

—No será necesario. Solo tomará su batido.

El hombre sonrió educadamente, cogió su propina y salió de la suite. Yo miré sin dar crédito el derroche de panecillos, *muffins*, *bagels*, fruta y zumos. ¿Por qué pedía tanta comida ese idiota si no se la iba a comer? Como si me hubiese leído el pensamiento, la puerta del cuarto de baño se abrió y un Cole Jacobs medio desnudo salió por ella. Solo llevaba una toalla alrededor de la cadera, y tenía el pelo húmedo y ondulado de la ducha. Tragué saliva cuando mis ojos se fijaron en su moreno torso, el cincelado pecho, la perfecta uve que desaparecía en la toalla. Por favor, ese cuerpo hacía que Photoshop fuera un invento innecesario.

—Ah, ya estás aquí —dijo, y vino hacia mí con parsimonia.

Una bocanada de aire caliente y húmedo envolvió la habitación.

—Dijiste a las diez —me limité a contestar.

—¿Qué hora es? —preguntó bostezando.

—Y veinte —respondió Marissa, e hizo un gesto como para restarle importancia.

—Y veinticuatro —maticé.

Cole se acercó al carrito del desayuno y, tras una breve búsqueda, encontró un vaso que contenía un líquido lechoso. Dio un gran trago y se acomodó en el sillón de enfrente. Vaya, genial. Ahora tenía a ese Adonis justo delante de mis narices. ¿Cómo era posible que el tío no tuviese ni un solo pliegue en la piel ni siquiera estando sentado?

—¿Ya has desayunado? ¿Te apetece comer algo?

Negué con la cabeza.

—¿La respuesta es a la primera o a la segunda pregunta?

—A las dos.

«Vuestra majestad», estuve a punto de añadir, porque parecía el Rey Sol en su trono. Miró casi con cara de aburrimiento a Marissa, que escribía como una loca en el iPhone.

—Vale —musitó esta—. Propongo que empecéis a entrenar todas las mañanas a las once y después...

—Las once no es por la mañana —la interrumpí.

Ella me miró desconcertada.

—A esa hora las pistas estarán llenas desde hace un buen rato. Deberíamos empezar a las ocho, como tarde a las ocho y media, para que las condiciones sean óptimas.

—Olvídalo —dijo nuevamente entre bostezos Cole, y se estiró. Me costó Dios y ayuda no mirarle los músculos del pecho—. A esa hora estoy hecho unos zorros.

Marissa asintió.

—Cole es un dormilón. Hoy se ha levantado tan pronto solo por ti.

¿Tan pronto? Pero si casi eran las diez y media. Mi semblante se ensombreció.

—Si empezamos a las once, no podremos entrenar seis horas —probé de nuevo—. Oscurece a las cuatro. Además, es cuando las pistas están peor.

Marissa dejó la decisión en manos de Cole.

—Está bien, pues empezaremos a las diez —cedió con poco entusiasmo.

—Nueve y media. Y no es negociable.

Refunfuñó algo para sus adentros, pero después se encogió de hombros. Si no había más remedio...

—Vale —concluyó Marissa arrastrando la palabra y se puso a deslizar el dedo aquí y allá en el móvil de nuevo—. Ahora deberíamos hablar de cómo vamos a presentar a Isobel a tus seguidores. Había pensado en una pequeña entrevista en directo. También podríamos publicar un *story*...

—Un momento. ¿Cómo que presentarme? —la interrumpí alarmada.

Marissa me miró como si fuese una estudiante de doce años en prácticas que no hablase su idioma.

—Cole cuenta con una gran comunidad de fans en las redes sociales. Sus seguidores esperan que les permitan participar en su vida activamente.

—En la suya, pero no en la mía.

Ella sonrió con indulgencia.

—En este caso es lo mismo. Al menos durante seis horas al día.

—No pienso hacer ninguna entrevista, te lo aseguro.

Me observó fijamente.

—Pero de alguna manera tendremos que introducirte.

—No soy un tampón.

Cole soltó una carcajada que le granjeó una mirada de advertencia de Marissa.

—Isobel —dijo esta con marcada paciencia—. Como no le contemos a la gente quién eres, empezarán a circular rumores y se publicarán titulares que no queremos. Sería de interés para todos nosotros que dejáramos las cosas claras desde el principio.

—Como queráis —contesté, y proferí un suspiro de resignación—, pero no pienso dar ninguna entrevista ni hablar delante de ninguna cámara. O me voy ahora mismo.

«Y pierdo mi empleo». Porque seguro que Bill no entendería que hubiese espantado a nuestro cliente más famoso después de ni siquiera un día.

—¿Por qué no decimos la verdad sin más? Que me estoy preparando para un papel e Isobel es mi profesora de esquí —propuso, aburrido, Cole. Y vació el vaso.

Marissa se paró a pensar un momento y me escudriñó como a un insecto en un microscopio.

—Como prefieras. De todas formas no es tu tipo. No os atribuirán una aventura.

Noté que Cole me miraba y me tragué el insulto. No era su tipo. Ni lo quería ser. Durante un segundo vi instantáneas de Mackenzie Moore y Cora Lewis, dos bellezas morenas de piernas kilométricas y tetas como melones. No, ciertamente yo no era así. Estaba delgada y tenía un cuerpo atlético, pero como mejor me sentía era con mi ropa de snowboard, y aparte de un poco de rímel la mayoría de las veces iba sin maquillar.

—¿Tienes Twitter? —quiso saber Marissa.

Sacudí la cabeza.

—¿Instagram?

—Sí, pero la verdad es que no lo utilizo. Solo sigo a unos cuantos snowboarders y...

—Entendido. —Me hizo callar con un escueto movimiento de mano —. Mientras estés trabajando con Cole, me consultarás todo lo que quieras subir. Naturalmente, los *stories* también.

—Ya te he dicho que...

—Solo quedaría la cláusula de confidencialidad —me volvió a cortar, se levantó y sacó una carpeta de piel del bolso de mano.

—¿Cláusula de confidencialidad?

Me tendió un papel blanquísimo y un elegante bolígrafo.

—Por la presente, te comprometes por escrito a ayudar a Cole en la preparación de su papel durante tres semanas y a no facilitar ninguna información a los medios durante este periodo de tiempo o después sin antes consultarlo con él o conmigo. Si no cumples con tu obligación, te saldrá caro. Además, somos libres de prescindir de tus servicios antes del plazo de tiempo acordado.

«Mi obligación. Prescindir de mis servicios». Me habría gustado soltar una risotada, pero no daba la impresión de que Marissa estuviese bromeando. Leí por encima el corto párrafo y firmé el documento.

—Bien, esto ha sido todo por hoy. Te puedes ir, Isobel.

«Te puedes ir». ¿Se podía saber cuándo había asumido el papel de mayordomo?

—Pensaba que tenía que enseñarle a esquiar. —Señalé con el pulgar a Cole.

—Hoy no. Cole tiene la siguiente cita a las doce. Empezaremos mañana a las...

—Nueve y media —terminé la frase por ella.

Marissa asintió y consultó su reloj de oro.

—Cole, dentro de media hora llegan los de Pepsi. Vístete y saca un refresco de cola del minibar. Que vean que también hay otras

marcas con las que quedarías bien. Y no te pongas el gorro. Con él pareces un batería fumado.

Lo miré de reojo y vi que asentía y se levantaba del sillón. Durante los cinco últimos minutos no había dicho ni mu, pero daba la impresión de que estaba acostumbrado a que Marissa le organizara la vida. Probablemente para eso tuviese uno un mánager.

—Hasta mañana, Isobel —se despidió Cole, y echó a andar hacia el cuarto de baño. El bien formado trasero se le marcaba bajo la toalla.

—Izzy —farfullé, pero no me oyó.

5

Cuando terminó su turno y Will apareció delante de mi puerta con una pizza, no supe a ciencia cierta si ese día soportaría a otra persona del sexo masculino con el ego subido. Pero antes de que tomara una decisión, él ya había pasado por delante de mí y había ido al salón, donde por ahora solo estaban mi sofá nuevo, una mesa y el televisor. Las paredes seguían desnudas y en las ventanas hacían falta cortinas, pero eso tendría que esperar un poco. Por un lado, me había gastado los ahorros; por otro, no tenía tiempo para ir a Ikea, que se hallaba en Denver, a más de dos horas.

—¿Qué tal con Aquillus?

Will se echó en mi sofá como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Un delicioso olor a queso inundó la habitación cuando abrió la caja. Con una sonrisa de satisfacción constaté que había traído mi pizza preferida, con jamón, champiñones y *pepperoni*. Cogió un trozo con la mano y se retrepó. Al hacerlo, la camisa del uniforme, que era azul, se le tensó en el pecho. Durante un segundo recordé lo que había debajo: piel caliente, tersa, que en mi imaginación olía a jabón y suavizante. Will estaba cachas, aunque no jugaba en la misma liga que Cole, que seguro que iba al gimnasio a diario y bebía exclusivamente esos absurdos batidos. Mordí con ganas mi grasienta pizza.

—Q... q-q-quema.

—¿Cole Jacobs o la pizza?

«Las dos cosas» habría sido la respuesta correcta, porque Cole Jacobs sin duda estaba calentorro. Aunque, para mi gusto, parecía demasiado el integrante elegido en un casting de una *boyband*. Todo en él era perfecto de un modo que casi resultaba aburrido. Como si alguien hubiese pulido todo lo que no fuese convencional, y eso que precisamente eran esos aspectos no convencionales los que, en mi opinión, dotaban de atractivo a una persona. Miré instintivamente a Will, que con su ceño fruncido me recordó que no había contestado a su pregunta.

—La pizza.

Le hice un buen resumen de mi audiencia de veinte minutos con Cole.

—Míralo por el lado positivo: seguro que no se lo hará en los pantalones, no llamará a su mamá berreando ni te pedirá tu número de teléfono.

Aunque todas esas cosas en efecto estaban a la orden del día en mi trabajo de monitora de snowboard, me cabreó la última parte de la frase. Era la segunda vez ese día que alguien me hacía sentir poco atractiva.

—¿Por qué no?

Will enarcó las cejas mientras masticaba.

—Pedirme mi número de teléfono —aclaré—. ¿Por qué estás tan seguro de que no lo hará?

Se echó a reír.

—Izzy...

—No, de verdad que me interesa. —Mi voz había adquirido un tono irritado—. Él es un hombre y yo una mujer. Así que ¿por qué no?

Will abrió la boca y la cerró acto seguido.

—Bueno, pues porque el tío es famoso.

Lo miré expectante.

—A las personas como él no les gustan las personas como tú.

—¡¿Las personas como yo?!

—Cole Jacobs salió con Mackenzie Moore. Y con la tal Cora como se llame. Puede estar... con la que quiera. —Se encogió de hombros.

—Ya.

Will entornó los ojos con expresión de incredulidad y cometió el mayor error que podía cometer en ese momento: se rio.

—¿Es que te has ofendido?

—No —gruñí.

—Díselo a la cara que has puesto.

Que no parara de reírse avivó el fuego que ardía en mi interior.

—Izzy —dijo en tono conciliador, y me dio un empujoncito—, lo que quiero decir es que no eres necesariamente el tipo de mujer de la que se encoña la gente como él. —Su tono casi de consuelo no hizo sino empeorar la situación. De repente me sentí como el patito feo del instituto del que todo el mundo se ríe porque se hace ilusiones con el *quarterback*.

—Así que crees que no soy lo bastante atractiva para Cole Jacobs.

Will apoyó la frente en la mano y musitó algo incomprensible.

—Creo que te estás rayando de mala manera. Yo lo único que quería decir es que Cole Jacobs te ha contratado por lo buena que eres en la pista y no porque te quiera llevar a la cama. Pensaba que eso era lo que siempre habéis querido las mujeres. Que no se os valore solo por el buen culo que tenéis.

—Conque mi culo tampoco basta para satisfacer tus elevadas exigencias. —Aunque tenía claro que me estaba comportando como una idiota, la opinión de Will me dolía.

—Yo no he dicho eso.

—Pero has querido decirlo. —Mordí mi porción de pizza con terquedad.

—Que a mí me parezca que tienes o no un buen culo da absolutamente lo mismo.

«No. No. No».

—Pero bien que hablas por otros.

Me miró perplejo.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? Pensaba que íbamos a comer pizza y ver el partido. Tú no te sueles comportar como una chica.

Me puse hecha una furia.

—¡Soy una chica, Will! Puede que ese sea el problema.

Me miró como si más bien fuese un alien, lo cual solo consiguió cabrearme más.

—¿Sabes qué?, que ya no me apetece ver el partido. Me voy a la cama —rezongué, y cerré la caja de la pizza para que quedara claro.

—¿Qué? No lo dices en serio, ¿no? —Frunció el entrecejo.

—Sabes llegar tú solo a casa. —Cogí la pizza y me fui del salón con paso firme.

—¡Izzy! —me llamó, y no le costó mucho colarse en el rincón más apartado de mi corazón. La parte menos orgullosa de mí quiso darse la vuelta en el acto, volver para pasar una agradable velada en el sofá con el hombre del que estaba locamente enamorada—. ¡Al menos déjame la pizza!

Apreté los labios y luché contra la ira que me arrolló. Una ira absurda, inútil. Hacia Will, que nunca vería en mí más que una compañera. Y hacia mí, que no era capaz de conformarme con ello.

6

Poco antes de las nueve y media me encontraba con toda la ropa de esquí en el vestíbulo del hotel Sebastian esperando a Cole Jacobs... que no bajaba. Ni a y media ni a menos cuarto. Cansada, consulté el monitor de actividad. La noche anterior casi no había dormido. La discusión con Will y el extraño acuerdo con Cole Jacobs se habían mezclado funestamente en mis sueños.

—¿Podría llamar a Cole Jacobs? —le pedí a la joven recepcionista, que según la chapa que lucía en el uniforme se llamaba Camille.

Me dirigió una mirada compasiva.

—Por desgracia no es posible. Para el señor Jacobs su privacidad es muy importante. Pero próximamente firmará autógrafos durante una hora en el hotel. ¿Por qué no viene usted...?

—No quiero que me firme un autógrafo —respondí con cierta impertinencia—. Hemos quedado a las nueve y media porque le voy a dar clases de esquí.

A modo de prueba le enseñé el logo de la escuela de esquí de mi mono rojo. Así y todo, Camille vaciló.

—El señor Jacobs duerme hasta tarde. Ha pedido expresamente que...

Exhalé un sonoro suspiro.

—Pues llame a Marissa Townsend, su mánager. Puede que ella sepa dónde está.

Dio la impresión de que con esa información podía hacer algo. Asintió con una sonrisa y marcó un número mientras mis dedos

tamborileaban inquietos sobre el mostrador. Era la segunda vez seguida que me hacían venir y esperar.

—Lo siento, pero la señorita Townsend no se encuentra en su habitación.

La recepcionista me miró con cara de disculpa y yo cogí aire con fuerza.

—Hoy me he levantado a las ocho, a pesar de que es domingo. Me siento como si llevara encima treinta y cinco prendas de ropa y esto parece una sauna. Como no llame ahora mismo a ese tonto del culo arrogante iré personalmente a...

—Izzy —oí decir detrás de mí a una voz de mujer conocida antes de que una cuidada mano con las uñas pintadas de rosa claro y anillos de oro descansara en mi hombro.

—Señora Albright —dije sorprendida, aunque era todo menos sorprendente que la directora del hotel apareciese en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema?

Camille respondió por mí.

—Está esperando al señor Jacobs, pero ya le he dicho que...

—No pasa nada, Camille. —Allison Albright esbozó una sonrisa apaciguadora—. Izzy es la mejor amiga de mi hijo y también la nueva profesora de esquí de Cole Jacobs, según se rumorea.

«Según rumorea Lena», me habría gustado matizar. ¿También estaría revoloteando por aquí? Mis ojos recorrieron el vestíbulo.

—Ah, ahí viene —anunció la señora Albright mientras el rostro se le iluminaba.

Seguí su mirada hasta el ascensor. Cole llevaba un pantalón de esquí negro y una chaqueta verde oliva, y de un brazo le colgaban el casco y las gafas. Tras él salió del ascensor Marissa. De su tirante coleta alta se habían salido algunos mechones y sus mejillas estaban sonrosadas. «No me lo puedo creer —bufé para mis adentros—. ¿Por

eso he tenido que esperar? ¿Porque vosotros dos estabais echando un polvo?».

—Llevo esperando aquí media hora —me quejé.

—Teníamos que hablar de una cosa —respondió Marissa, y carraspeó.

—Ya lo veo —repuse burlona, lo que me granjeó una mirada inquisitiva de ambos.

—Señor Jacobs, ¿está siendo agradable su estancia? ¿Lo encuentra todo a su gusto? —quiso saber Allison Albright.

—Inmejorable. —Cole le dedicó su sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—Entonces le deseo un buen día en las pistas. Y a ti también, naturalmente, Izzy. —Señaló la ventana—. Hace un tiempo de fábula.

—Sí, y si nos damos prisa puede que hasta nosotros incluso podamos verlo —refunfuñé.

—El coche está esperando —me informó Marissa—. ¿Dónde están tus esquís, Isobel?

—Fuera. Y no hace falta coche. El remonte no está ni a cinco minutos.

Marissa pasó por alto mi objeción e indicó a un empleado del hotel que metiera mis esquís en el coche.

—Esto es increíble —musité cabeceando antes de despedirme de la señora Albright y seguir a Cole y Marissa hasta el vehículo.

7

—¿Podemos subir o primero tenemos que pedir que pongan una alfombra roja? —le tomé el pelo a Cole, que miraba con un respeto casi reverencial cómo ascendían silenciosamente pendiente arriba una telecabina tras otra. Los pocos esquiadores y snowboarders que esperaban con nosotros no se interesaban por el actor, lo cual puede que se debiese a que bajo el casco resultaba prácticamente irreconocible—. Cogemos esta —decidí cuando la siguiente cabina vino hacia nosotros y sus puertas se abrieron.

Después de guardar los esquís, nos sentamos juntos en el estrecho banco tapizado. Las puertas se cerraron y la telecabina se puso en movimiento con una sacudida. Contemplamos en silencio escarpadas formaciones rocosas, abetos nevados y esquiadores que se deslizaban por el manto de nieve como pequeños puntos negros. Después se acabó la tranquilidad. Cole se sacó el iPhone del bolsillo de la chaqueta, pasó un dedo por la pantalla y se inclinó hacia mí. Un perfume masculino acre me subió por la nariz. Olía bien. Cómo no.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —inquirí enfadada mientras él colocaba el móvil.

—Solo un selfi con mi profesora de esquí.

—Ya te he dicho que no me metas en eso.

—No, solo dijiste que no darías ninguna entrevista. Sonríeee.

Antes de que pudiera torcer el gesto él ya había pulsado el botón. Miré irritada la foto, en la que Cole me señalaba con el pulgar. Con el

rabillo del ojo vi que ponía un filtro y debajo escribía: «*Telemos arsos*».

—¿Qué significa eso?

Arqueó las cejas.

—¿Es que no has visto *La maldición del panteón*?

—¿Por qué iba a hacerlo? Cuando quiera ver a tíos con sandalias, iré a las Bahamas.

Se rio.

—Eso es porque todavía no me has visto a mí con sandalias.

Resoplé.

—Es un milagro que quepamos en esta cabina, con el pedazo de ego que tienes.

—Significa «El final se acerca».

Fruncí el ceño y miré la fotografía.

—¿El final se acerca? ¡Me estás señalando a mí!

Cole se encogió de hombros.

—Esquiar puede salir mal.

—Montar en telecabina también.

Se limitó a sonreír y volvió a ponerse a enredar con el teléfono, que ahora no paraba de vibrar. ¿No podía ponerlo en silencio, al menos? Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar un caramelo de menta glacial. Desde que me puse unos esquís por primera vez, cuando era pequeña, ese dulce sabor mentolado para mí iba unido de forma inseparable a las montañas.

—Tienes unos ojos preciosos.

Levanté la cabeza, sorprendida.

—Tienes unos ojos preciosos. Dice —siguió bajando— un tío llamado... Jeremy.

Aparté la mirada deprisa y fingí hacer algo con los guantes.

—Y... Danielle Jefferson pregunta dónde te has comprado las gafas.

—En internet —fue mi escueta respuesta, y agradecí que poco después se abriesen las puertas de la cabina.

Mientras me ponía los esquís miré la pista. La nieve resplandecía con el sol matutino como si estuviese tachonada de miles de diamantes. Aunque llevaba las gafas puestas, tuve que entornar los ojos de lo deslumbrante que era el blanco concentrado que me rodeaba. Una sonrisa de felicidad se extendió en mi rostro. En ninguna parte era tan feliz como en las montañas. En ninguna parte me sentía tan libre y ligera.

—Vale, propondría que para la subida...

Busqué a mi alrededor a Cole y lo vi a unos metros de distancia, con el móvil pegado a la oreja. Ni siquiera se había puesto los esquís y tenía los bastones ladeados en la nieve. Resoplé y fui hacia él. De las palabras que entendí deduje que estaba hablando con Marissa.

—Pues pásamela —dijo, ligeramente enervado.

A lo largo de los minutos que siguieron respondió con todo detalle a una mujer llamada Lara a preguntas sobre su infancia en Irlanda, sobre *La maldición del panteón*, su popularidad en las redes sociales, su pasión por los coches rápidos, su supuesta aventura con Cora Lewis y su programa de entrenamiento. Con cada minuto que pasaba yo me iba cabreando más.

—Perdona, era Lara Spencer, de *Good Morning America*.

A juzgar por su mirada, el nombre tendría que haberme dicho algo. Lo observé lo menos impresionada posible.

—¿Podemos empezar de una vez?

Las siguientes dos horas fueron un completo desastre, lo cual se debió principalmente a que Cole estaba más ocupado en documentar sus progresos a través de *stories* de Instagram que en

realizarlos. Se hizo selfis en el telesilla, delante del telesilla y debajo del telesilla, se grabó —y me grabó— esquiando y creó una encuesta en Instagram para que sus seguidores comentaran la elección de su ropa de esquí. La tercera vez que habló por teléfono con Marissa yo ya estaba hasta las mismísimas narices. Le quité el móvil y colgué.

—¿Estás loca? ¡Era importante!

—¿Cómo demonios quieres que te enseñe algo si no paras de hacer otras cosas?

—Perdona, pero estamos hablando de contratos publicitarios de cifras millonarias.

El teléfono volvió a sonar.

—Muy bien, pues coge esos millones y cómprate una escuela de esquí, porque yo ya me he hartado.

Sin esperar a que me contestara, hundí los bastones en la nieve y me impulsé. En un tiempo récord bajé los seis kilómetros que había hasta el valle; aproveché cada curva, cada giro, para acelerar y quitarme el cabreo. Me deslicé por la blanda nieve en polvo y disfruté del aire que me azotaba la cara, del fino polvo de nieve que se asentaba en mis mejillas, del ardor que sentía en los muslos. El esfuerzo físico siempre era la mejor forma de librarse de la agresividad.

8

Cuando metí los esquís en mi coche, todavía seguía cabreada con Cole. Por primera vez desde hacía horas miré el teléfono y proferí un gemido enervado. Además de dos llamadas perdidas de mi madre y de mi compañera Aubree, de la escuela de esquí, Marissa me había dejado un mensaje en el buzón de voz. También tenía tres mensajes de Lena.

«¿Qué lleva puesto? ¡Haz una foto!», me había escrito poco después de las diez. «¡Madre mía! ¡Estás en Instagram! ¡¡¡Con Cole!!! ¡¡¡Jacobs!!!», alrededor de una hora después. En el último mensaje cancelaba con un emoji lloroso la noche de chicas que habíamos planeado porque tenía que cuidar a Liam y Noah, los sobrinos de Ryan. Resoplé, desilusionada. La noche con Lena era mi único rayo de esperanza en un día que estaba yendo tan mal. Además, necesitaba desahogarme urgentemente con alguien.

Con la música a todo volumen volví a Green Valley para poner la necesaria distancia entre Cole Jacobs y yo. Sin embargo, cuanto más me iba acercando a mi ciudad natal, tanto más consciente volvía a ser de la discusión que había mantenido con Will. La había dejado al margen durante todo el día, pero cuando aparqué en Main Street y descubrí en los escaparates las calabazas, los centros de mesa otoñales y los pavos de cerámica, mi autocontrol se vino abajo. Acción de Gracias era, con mucho, la fiesta preferida de Will y mía. Desde que éramos pequeños nuestras familias la celebraban juntas. Mi madre se dejaba la piel en la cocina y nosotros nos

atiborrábamos de comida y después veíamos todos juntos el partido de fútbol. Llena de recuerdos nostálgicos, entré en la tiendecita de alimentación. Tenía que hacer la compra urgentemente si esa noche quería tener en la nevera algo más que luz.

—Vaya, aquí está nuestra estrella de Instagram —dijo una voz conocida detrás de mí cuando yo estaba delante del congelador, constatando con frustración que mi sabor favorito de helado, Cookie Dough, se había acabado. Y eso que estaba firmemente convencida de que solo superaría esa noche con helado. Con mucho helado.

Me di la vuelta a regañadientes y vi la cara de guasa de Will. Aunque seguía estando enfadada con él, el pulso se me disparó. No sabía si ello se debía a esos ojos marrones que me recordaban al chocolate líquido; al uniforme, que le sentaba demasiado bien; o a su sonrisa, con la que podía detener el tiempo.

—*Telemos arsos.* —Me guiñó un ojo y ladeó la cabeza—. Uy, la última vez que te vi con esa cara fue cuando la niña aquella de tu clase vomitó en la cabina.

—Por lo menos no se estaba grabando mientras potaba —rezongué.

Will enarcó las cejas.

—¿Cole Jacobs se estaba grabando mientras vomitaba?

—No, pero sí cuando hacía todo lo demás.

—Lo dices como si siguieras sin tener intención de unirte a su club de fans.

—Lo he mandado a la porra.

—Últimamente te gusta hacer eso, ¿eh? Mandar a la porra a la gente... —Una sonrisa se dibujó en su boca.

—Solo a la que se lo merece.

Will lanzó un suspiro y me echó un brazo por los hombros. La parte honesta de mí quiso cerrar los ojos extasiada, acurrucarse

contra él y apoyar la cabeza en el hueco de su cuello, que seguro que olía de maravilla.

—¿Qué te parece si esta noche nos tiramos en mi sofá y vemos una peli? Yo hago lasaña y tú te comes sola una tarrina entera de Cookie Dough.

—No queda Cookie Dough —me quejé, como si todos los planes dependiesen de una tarrina de helado.

Él esbozó una sonrisa de suficiencia y se sacó de la espalda como de la nada dos tarrinas grandes.

—¿Sirve como ofrenda de paz?

Una sonrisa traidora asomó en mi rostro. Will sabía cuánto me gustaba ese sabor, igual que yo sabía que él no le veía la gracia a la mezcla de helado con galleta. Que quisiera comprarlo expresamente para mí hizo que mi corazón palpitase con más fuerza. Mi traicionero corazón.

—Es un principio —repuse, esforzándome por emplear un tono desenfadado mientras en mí se avivaba una ínfima esperanza de que ese día no estuviese perdido del todo.

Después de hacerle un amplio resumen por teléfono a Lena de mi primer y único día de entrenamiento con Cole Jacobs, me tumbé en el sofá, encendí el televisor y le eché una ojeada a mi móvil... que casi se me cayó de la mano. En la pantalla había corazones, sobres e infinidad de llamadas perdidas. Tenía más de mil seguidores nuevos en Instagram. Entonces, con cierto retraso, comprendí lo que había pasado y me incorporé deprisa: Cole me había etiquetado en todo lo que había publicado en las redes. O, dicho de otra manera: me había convertido en comida para peces para sus fans y los medios

sensacionalistas, gracias a los cuales tenía la bandeja de entrada llena a reventar.

the_becky: Mantente alejada de Cole!

mrscolejacobs: No te lo mereces zorra del snowboard. Deja en paz a Cole o vas a saber lo que es bueno!!!

vipnews24: Hola, Izzy! Soy Peyton de vipnews24. Nos gustaría hacerte una entrevista. Te interesaría? Escríbeme!

aquillusforever: Eres un callo malallo!!!!!

Justnews: Hola, Izzy! Estaríamos interesados en hacerte una entrevista. Ponte en contacto con nosotros. Un saludo! Tommy de Justnews

Loardofboard: Quién te ha hecho las rastas? Cuánto te han costado?

ladyjacobs: Vete a la peluquería!!!

Un tanto mareada, dejé a un lado el teléfono mientras con cada segundo que pasaba me iban entrando más mensajes, más insultos, más faltas de ortografía. Todo aquello no podía ser verdad. Con el corazón acelerado, leí por encima los comentarios a lo que había subido Cole, lo cual me cabreó más aún en el acto. Si sobre mí caía todo el linchamiento digital y los insultos de sus fans, a Cole lo colmaban de declaraciones de amor y propuestas de matrimonio.

Lipstick_Lilly: Qué sexi eres!!!

MaggyTwain: Te quiero!!!

Floridagirl: Esquía con cuidado! Love you!

Butterfly: Yo también te puedo enseñar a esquiar! Escríbeme!

ViennaMontana: Ven con nosotras a Austria! Aquí también hay estaciones de esquí bonitas!

ColeFansUnited: Quién es esa? Te mereces algo mejor. Aquillusforever!!!

Aquilluslove: Llévame a mí. Yo también sé esquiar.

Reprimí un grito de frustración. Me habría gustado llamar a esos imbéciles de inmediato para decirles cuatro cosas, pero caí en la cuenta de que ni siquiera tenía sus números de teléfono. Completamente fuera de mí, salí de mi piso y llamé al de Will. En realidad no habíamos quedado hasta dentro de media hora, pero tenía que desahogarme ya mismo con alguien.

—¡Ese tío está mal de la cabeza! —bufé cuando me abrió la puerta y me miró con cara de desconcierto. Hecha una furia, pasé por delante de él—. No puede hacer eso. ¡Dime que no puede hacer eso!

—Pues...

—¡No fue eso lo que acordamos! —Resoplé airada—. Dijimos que mi nombre no se publicaría. Y ahora medio país me odia por subirme con ese imbécil a la telecabina. ¡¡¡A la telecabina!!! —Casi le escupí las palabras a la cara—. ¿Qué clase de locos enfermos son estos?

Will sonrió y después soltó una carcajada.

—¡No tiene gracia!

—Sí que la tiene —repuso, conteniéndose, y se mordió el labio inferior.

—En vez de reírte, deberías hacer algo.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Cuál de los dos lleva esa estrella ridícula?

—Bueno, ahora mismo... no llevo casi nada.

Lo miré de arriba abajo por acto reflejo. Con el cabreo que tenía no me había dado cuenta de que Will acababa de salir de la ducha y solo tenía una toalla en la cadera.

—Te has duchado —constaté, innecesariamente.

—Sí, lo hago a veces. Una costumbre odiosa. —Sonrió y cruzó los brazos.

—¿Entonces?

—Estabas hablando de mi ridícula estrella...

—Ah... sí. —Recuperé la compostura—. Tienes que arrestar a Cole. Amonestar, quiero decir.

Will, risueño, esperó a que le diese más información.

—Ha subido fotos mías a Instagram. Nuestras —corregí—. Y ahora esos enfermos mentales que tiene por fans se han vuelto locos y me insultan.

Will se rio.

—¡Que no tiene gracia! —repetí.

—Por lo menos, a diferencia de mí, a ti te consideran una amenaza a la que hay que tomarse en serio. —Me guiñó un ojo y echó a andar hacia el cuarto de baño—. En realidad tú y tu trasero deberíais alegraros.

—Ja, ja.

—¿Le echas un ojo a la lasaña? —me pidió antes de que yo oyese que una toalla caía al suelo.

Seguí el aroma de la carne picada, la cebolla y el tomate. Will no era un gran cocinero, pero la lasaña le salía brutal. Eché un vistazo al horno y lancé un suspiro al ver la mozzarella gratinada.

—¡Yo creo que ya está!

Poco después Will vino a la cocina. Llevaba una camiseta blanca y un pantalón de chándal, y tenía el pelo húmedo y desgreñado. Yo me había acostumbrado hacía tiempo a que su aspecto no estuviese sujeto a fluctuaciones a lo largo del día y a que incluso con manchas de kétchup en la camisa u ojeras profundas como las fosas de las Marianas siguiese pareciendo el cliente satisfecho de un anuncio de *aftershave*. Pese a ello, me resultaba frustrante. Abrió la nevera y me ofreció un botellín de cerveza artesanal bien fría.

—Es de un pequeño productor en Breckenridge. Podría gustarte.

Miré la etiqueta con curiosidad. Con más de doscientas fábricas de cerveza, Colorado era «la capital de la cerveza» de Estados Unidos, y Will y yo no nos cansábamos de probar todas las variedades. A finales de junio siempre íbamos a Fort Collins al Colorado Brewers' Festival y degustábamos creaciones descabelladas con chile, chocolate o café. Di un buen trago y la saboreé.

—Cítrica... suave al paladar. La clásica cerveza para beber delante de un fuego de campamento.

Will asintió, se puso unos guantes de cocina y sacó la lasaña del horno. Mientras tanto, el móvil no paraba de vibrarme en el bolsillo del pantalón.

—¿No quieres ver qué es?

—Mi necesidad de amenazas de muerte está cubierta por hoy —refunfuñé, sacando dos platos del armario.

—¿Has recibido amenazas de muerte? —me preguntó alarmado.

—Vaya, ¿a que de pronto ya no tiene tanta gracia...?

Will entornó los ojos.

—Si de verdad has recibido amenazas de muerte, la cosa cambia, claro.

Recordé los mensajes y hube de confesar que, en rigor, nadie me había amenazado.

—Bueno, quizá fueran más bien insultos —gruñí—. Pero a pesar de todo no está bien.

—Pues claro que no está bien. Y si te sirve de ayuda, arrestaré encantado a un par de crías de doce años por ti o me encargaré de que las castiguen a no salir de casa de por vida.

Le lancé una mirada sombría, que solo hizo que su sonrisa se ensanchase más aún. Después de servirnos sendas porciones enormes de lasaña, nos fuimos al salón y nos repanchigamos juntos en el sofá. La habitación tenía exactamente la misma forma que la mía, pero esa resultaba la única semejanza. Si mi casa era una mezcla abigarrada de cosas —un colorido batiburrillo de mi habitación de pequeña, Ikea y mercadillos—, el piso de Will aunaba el encanto acogedor de una cabaña con el estilo moderno de un loft. Enormes muebles de madera natural alternaban con lámparas de diseño, piel desgastada con acero negro. Nunca estaba forzosamente limpia, pero siempre ordenada.

—¿Más amenazas de muerte? —inquirió Will con la boca llena mientras señalaba la pantalla iluminada de mi móvil.

Lo cogí y puse los ojos en blanco.

—Marissa.

La expresión de su cara cambió durante una décima de segundo, y me acordé de que había salido detrás de ella después de que fuera a verme al bar. Sin embargo, no le había preguntado qué había pasado luego. Y, pensándolo bien, tampoco quería saberlo.

—¿Qué quiere?

—Ni idea. Me imagino que recordarme mis obligaciones contractuales.

—¿Firmaste un contrato?

—Mmm —musité, y me metí el tenedor lleno de lasaña en la boca —. Esa no hace las cosas a medias, créeme.

—¿Se puede saber qué tienes en contra de ella? —inquirió Will mientras comía—. Yo creo que...

—Es sexi y está cañón, cachonda, buenorra. Lo sé.

—En realidad... iba a decir que es maja.

—No es verdad.

Rio con los carrillos llenos.

—Que sí.

—Es demasiado mayor para ti. —No era precisamente el mejor de los argumentos, pero no se me ocurrió ninguno de mayor peso.

—¿Desde cuándo eres tan superficial?

Arqueé las cejas.

—¿Desde cuándo no lo eres tú?

Durante un instante dio la impresión de que iba a protestar, pero lo dejó estar y se centró de nuevo en su plato.

—Y ¿puedes romper el contrato así como así?

Agradeciendo el cambio de tema, respondí:

—En él no pone que tenga que ser influencer. —Me encogí de hombros y ataqué mi lasaña con el tenedor.

—Con lo que estoy leyendo —levanté los ojos y vi que Will deslizaba el dedo por su móvil—, estás muy lejos de ser una influencer.

Le di con el codo en el costado.

—Anda, aquí al menos alguien dice que le gusta tu casco.

—¡Will!

Se agachó para esquivar el cojín que hice el amago de lanzarle.

—Vamos, Izzy. Son chicas adolescentes y amas de casa amargadas que te envidian un poco. No les hagas caso y listo.

Mascullé algo.

—¿Vemos una peli? —me preguntó Will cuando terminamos de comer.

—Claro. Tú propones y yo digo que no.

Esbozó una sonrisilla. Porque siempre pasaba eso cuando veíamos películas juntos, ya que nuestros gustos no podían ser más dispares y necesitábamos por lo menos media hora para ponernos de acuerdo. Will había acabado introduciendo la regla de los tres vetos: yo podía rechazar tres propuestas, pero la cuarta la tenía que aceptar. También esta vez agoté las posibilidades y al final tuve que conformarme con una película bélica en la que por lo menos actuaba Harry Styles.

—¿Ya has hablado con tu madre de Acción de Gracias? —le pregunté cuando salieron los títulos de crédito y tenía delante una tarrina ya vacía de Cookie Dough. Como siempre, estábamos tirados hombro contra hombro en el sofá. Como siempre, su familiar olor me invadía.

—No, pero creo que iremos a vuestra casa, como todos los años. Aparte de que mi padre se negaría a hacer cualquier otra cosa. —Will se rio. Solo recordaba un único Acción de Gracias que habíamos pasado en la casa de los Albright. Su madre probó a hacer pavo por primera vez. El ave acabó tan quemada que casi era irreconocible y con el puré de boniato se habría podido hormigonar edificios. Mi madre preparó un gratinado como por arte de magia para todo el mundo y salvó la velada. Allison Albright era una mujer impresionante y brillante, pero no en casa.

—Lena me ha dicho que los Cooper irán a casa de los padres de Amy en Acción de Gracias.

—¿Irán con ellos Lena y Ryan?

—Creo que sí.

—Mientras tú no me dejes solo... —dijo con una sonrisilla que me llegó directamente al corazón y acabó de una vez por todas con los pensamientos negativos de la demente comunidad de fans de Cole.

—Me muero de ganas de que llegue Acción de Gracias desde hace siglos. Desde el último Acción de Gracias, para ser exactos.

—Lo sé —musitó él, risueño—. ¿Va a volver a hacer tu madre la tarta de pecanas con los trocitos de nuez caramelizada? —Puso cara de satisfacción.

—Seguro. Y, si no, dile que te gustaría que la hiciese. Por ti haría cualquier cosa —respondí, poniendo los ojos en blanco.

Lo cierto era que a veces me preguntaba si mi madre no estaría más enamorada de él que yo, lo cual resultaba tanto más asombroso teniendo en cuenta el estilo de vida que llevaba Will, que no podía estar más alejado de los valores de mi madre, quien iba a misa todos los domingos y se había casado con el único hombre al que había besado.

—Tu madre es un partidazo. Casi podría sopesar casarme contigo por ella. —Contuvo una risita y se ganó un cachete mío, aunque la idea de ser la señora de Will Albright era una parte integrante de mis sueños desde hacía años.

Poco antes de medianoche me despedí de él y me dirigí hacia la puerta bostezando. Por primera vez fui consciente de lo sumamente cómodo que era vivir en el mismo edificio. No tenía que ponerme ni el plumífero ni los zapatos y no necesitaba la bicicleta o el coche para volver a casa, constatación esta que hizo que me arrollara una sensación de satisfacción absoluta.

—¿De verdad crees que soy tan superficial?

Ya tenía la mano en el picaporte, pero me volví. Will me miraba con semblante pensativo.

—Sí.

Durante uno o dos segundos no dijo nada.

—¿Por qué?

A mi rostro asomó una sonrisa cansada.

—Porque nunca has tenido una relación seria. Porque ni siquiera sabes cómo se apellida la mayoría de las mujeres con las que te acuestas, pero sí la talla de sujetador que usa. Porque no te interesa que sean majas, interesantes, listas o divertidas siempre que tengan unas buenas piernas y un buen culo.

Se me quedó mirando primero sorprendido, luego perplejo, y vi con claridad en sus ojos que no contaba con que fuese a ser tan sincera. Tampoco yo contaba con serlo.

—Buenas noches, Will —dije cuando el silencio se hizo insoportable—. Y gracias por la lasaña.

—Buenas noches, Izzy —musitó antes de que yo cerrara la puerta al salir.

9

A la mañana siguiente, un sonido estridente me despertó con brusquedad. Un tanto desorientada, busqué a tientas mi móvil. En la pantalla había un número desconocido. Durante un instante tuve la absurda idea de que pudiera ser otra revista del corazón que quisiera pedirme una entrevista.

—¿Sí? —contesté con cautela.

—¿Isobel Walsh?

La voz me resultaba vagamente conocida, pero no era capaz de ubicarla.

—Sí.

—Soy Camille Forbes, del hotel Sebastian. —Camille Forbes. Me sonaba. Ah, sí, la recepcionista—. Llamo de parte del señor Jacobs. Quiere que le pregunte dónde está.

—El señor... —Me incorporé de golpe en la cama—. Nuestro acuerdo ya no tiene validez. Dígaselo.

Colgué y me acosté de nuevo. Después de que esa noche hubiese soñado con que me perseguían por Green Valley con bieldos y me tiraban huevos, me sentía completamente hecha polvo. Puse cara de muy pocos amigos cuando el teléfono volvió a sonar.

—Soy otra vez Camille Forbes, del hotel Sebastian. El señor Cole me pide que le recuerde que había quedado con él a las nueve y media y se retrasa usted... eh... siete minutos.

Resoplé.

—Dígale que no hemos quedado y que no voy a ir.

Colgué y sentí que me invadía la ira. Menuda cara tenía el tío. Me echaba a los lobos para que me devorasen y encima se creía que... El móvil sonó otra vez.

—Dígale a ese idiota narcisista que, por lo que a mí respecta, como si hace un estriptis en el vestíbulo, pero que no pienso ir.

—Pues las fotos valdrían un montón de pasta.

Tragué saliva al oír su voz.

—Ahora mismo mi cuerpo está bastante en forma. Tiene sus ventajas hacer de dios del mar medio desnudo.

No pude evitar que una sonrisa se me dibujara en la cara, pese a lo cual procuré que mi tono de voz fuese contenido.

—¿Qué quieres?

—A ti, Isobel. Solo a ti. —Percibí la guasa en su voz—. Tal y como yo lo veo, habíamos quedado hace exactamente nueve minutos. Pero como ayer me retrasé yo, te perdono por esta vez.

Solté una risotada burlona.

—Creo que ayer fui bastante clara.

—Sí, y yo un idiota. Por eso me gustaría decirte hasta qué punto lo lamento.

—¿Por qué pareces un personaje de *Downton Abbey*?

Se rio.

—Hice la audición para el papel de Andrew. ¿Lo sabías?

—¿Quién es Andrew?

—El segundo ayuda de cámara de lord Grantham.

—¿Hiciste la audición para el papel del segundo ayuda de cámara y no te lo dieron? Vaya, eso debió de doler.

—Aaah —gimió al teléfono, imitando al personaje—. Sal de ahí y date prisa.

No pude aguantarme la risa.

—Bueno, ¿qué, Isobel? ¿Me das otra oportunidad?

—Puede que te la hubiera dado si no le hubieses dicho cómo me llamo a medio mundo —repuse irritada.

—Lo habrían averiguado de todas formas.

—Pero no fue eso lo que acordamos. ¡Tenemos un contrato!

—¿Lo has leído?

—Sí.

En realidad solo lo había leído por encima.

—¿Incluida la letra pequeña? Porque ahí es donde pone que tu vida será pública mientras trabajes para mí.

—¡¿Cómo?!

—Pues sí, siempre hay que leer la letra pequeña, Isobel —canturreó.

Justo cuando iba a colgar echando espumarajos por la boca él exclamó:

—¡Oferta de paz! Empezamos desde el principio y te prometo mirar el móvil solo una vez cada hora y solamente responder llamadas en caso de necesidad extrema.

Esperé unos segundos.

—Vale, pero con condiciones.

—¿Más?

—Nada de subir a Instagram fotos en las que salga yo. Nada de etiquetarme. ¡Tus fans me odian!

Dio la impresión de que se aguantaba la risa.

—Mis fans odian a todas las mujeres que forman parte de mi vida. A Cora la bautizaron «Cora *the whora*».

¿Me acababa de poner al mismo nivel que Cora Lewis? ¿También me ponían los fans de Cole al mismo nivel que ella? Eché los hombros atrás sin querer.

—Además, dejarás de llamarme Isobel.

—Vale.

—Y... —hice una pausa dramática— me dirás si Aquillus ha sobrevivido.

—Pensaba que no conocías la serie.

—Y no la conozco, pero por lo visto mis amigos no pueden dormir por culpa tuya.

—De acuerdo.

Asentí con la cabeza, aunque él no me podía ver.

—¿Cuánto tardas en llegar?

—Dame una hora.

—¡¿Una hora?! Estoy en el vestíbulo, sudando a mares.

—Tardo casi media hora en llegar y todavía estoy en pijama en la cama.

Farfulló algo por teléfono.

—Pero ¿sabes qué, Cole? Mientras tanto tómate un café. Pago yo.

Colgué con una sonrisa y me obligué a salir de la cama. Después de cepillarme los dientes y ponerme el mono de esquí, salí de casa. De camino a Vail paré en Moe's Diner, lugar de intercambio de cotilleos y chismorreos de Green Valley. Mientras esperaba a que me sirvieran el café, me enteré de que Louisa Brown estaba embarazada y Frank Keen le había puesto los cuernos a su novia con la niñera, asuntos estos que a todas luces despertaban más entusiasmo que el hecho de que yo estuviera enseñando a esquiar a una estrella de televisión. Quizá el espectáculo mediático de *La maldición del panteón* no hubiese llegado aún a las montañas. A fin de cuentas, yo tampoco había reconocido a Cole, y eso a pesar de que a esas alturas Netflix y yo teníamos una relación. Cuando por fin llegué al Sebastian, Cole se estaba haciendo un selfi a la entrada. Su ropa de esquí era nueva y llevaba el pelo perfectamente peinado, algo que me pareció bastante ridículo en vista de que desaparecería todo el día bajo un casco.

—Tengo que adelantar trabajo —se defendió mientras ofrecía a su móvil una sonrisa luminosa a más no poder.

—¿Ya tienes el equipo en el coche? —Busqué con la mirada el SUV negro que nos había llevado al remonte el día anterior.

—Le he dicho que no venga.

Lo miré con cara de sorpresa.

—Iremos andando —añadió—. Al fin y al cabo solo son cinco minutos.

Lo escudriñé con recelo.

—Esta vez lo haremos todo como tú quieras, Walshy.

—¡¿Walshy?! —repetí furiosa—. Te he dicho que...

—Que no te podía llamar más Isobel. —Sonrió—. ¿Podemos empezar de una vez, Walshy?

Para gran sorpresa mía, Cole se atuvo a lo que acordamos. Aunque de vez en cuando echaba un vistazo a su iPhone, la mayoría del tiempo este estuvo en silencio en el bolsillo de su chaqueta. La situación también se había vuelto a calmar en el mío. Aunque mi número de seguidores seguía aumentando, igual que antes, recibí menos insultos y mensajes malintencionados.

Para empezar elegí un tramo de pista ancho y llano, que resultaba apropiado para hacerme una primera idea de lo que sabía hacer Cole. Bajó por la pista con bastante seguridad, pero cometió los típicos errores de principiante. El ancho entre los esquís era excesivo, se inclinaba hacia atrás a menudo y no utilizaba los bastones de manera óptima. Sin embargo, resultaba indiscutible lo en forma que estaba y lo perseverante que era. Rara vez se quedaba sin aliento y no se quejaba cuando lo hacía subir la pendiente con los esquís. Pese a ello, tenía el pelo completamente empapado de

sudor cuando a la hora de comer se quitó el casco por primera vez y se sentó a mi lado en la terraza del Mountain Grill. Habíamos decidido hacer un descanso y conseguimos la última mesa libre que quedaba al sol. Aspiré con placer el aroma del humo y las hojas de abeto mientras a nuestro alrededor la gente charlaba y se reía. Se oía un tintineo de copas, un golpeteo de cubiertos y botas de esquí contra la madera. Una mujer joven con delantal nos tomó la comanda. Yo pedí una patata al horno gratinada con *sour cream* y ensalada y Cole se decidió por la sopa de tomate.

—¿Te basta con eso? —inquirí sorprendida.

Puesto que solía salir por ahí con Will y Ryan, estaba acostumbrada a ver montañas de carne y hamburguesas monstruosas.

—Me tiene que bastar —contestó Cole, y se dio dos golpecitos en el vientre, donde, que yo recordara, no había ni un gramo de grasa —. En mi contrato hay unas cuantas cláusulas —añadió como si hubiese visto mi cara de interrogación.

—¿Tienes un contrato en el que pone cuánto debes pesar?

—No es para tanto, pero Aquillus va desnudo de cintura para arriba, así que mi cuerpo ha de estar en forma.

—Me imagino que será horrible.

Se echó a reír.

—Cada profesión tiene sus inconvenientes, ¿no? Yo tengo que contar calorías y tú tienes que cargar con una estrella narcisista.

La joven nos dejó la bebida en la mesa y le dirigió a Cole una sonrisa tímida.

—¿Crees que te ha reconocido?

Se encogió de hombros.

—Ni idea. La mayoría me conoce solo como Aquillus, y el personaje tiene el pelo rubio y la piel dorada. Todo falso.

—¿Los ojos también? —Arqueó las cejas y me mordí la lengua—. Bueno, es que se rumorea... que llevas lentillas.

Cole me miró risueño.

—Mis ojos son de verdad. Pregúntale a mi madre, que los tiene iguales. —Esbozó una sonrisilla—. Por cierto, eres la última persona que debería decirle a alguien algo sobre el azul de sus ojos.

Lo observé desconcertada.

—Los tuyos son los ojos más azules que he visto en mi vida, Walshy.

Durante un momento me quedé atónita. No es que no fuese verdad. Tenía los ojos de un azul oscuro, pero ni de lejos eran tan espectaculares como los suyos, sobre los que posiblemente se pudieran componer canciones y poemas. Para alivio mío, nos sirvieron la comida. Cole miró el queso gratinado con abierta envidia.

—Te daría un poco, pero al final acabarás solo con media tableta de chocolate y te echarán de la serie.

Sonrió e introdujo la cuchara en la humeante sopa de tomate.

—¿Siempre has querido ser monitora de esquí?

—Bueno, en realidad soy monitora de snowboard, pero sí, siempre he querido serlo. Este —hice un movimiento vago con la mano— siempre ha sido mi mundo. Para mí no hay nada mejor que pasarme el día entero en la pista, en las montañas, en la naturaleza.

—¿Cuánto llevas haciendo esto?

Su interés parecía genuino, lo que me animó a seguir hablando.

—Desde que tengo dieciséis años. Me saqué el título cuando estaba en el instituto y durante los fines de semana y las vacaciones trabajaba aquí. Con Will y Ryan. No sé si te acuerdas de ellos, estaban en el Olly’s.

Hizo un gesto afirmativo y me sorprendió que se acordase.

—Por cierto, la madre de Will es la directora del hotel —añadí como si tal cosa.

A sus labios afloró una sonrisilla.

—Aquí todo el mundo se conoce y todo el mundo lo sabe todo, ¿no?

—Sí, en cierto modo —admití—. La gente se conoce y se ayuda.

—En mi nueva película interpreto a un tío que vuelve al lugar en el que nació, una pequeña localidad en mitad de ninguna parte. Cuando leí el guion, me costó mucho ponerme en su lugar. Hasta ahora solo he vivido en grandes ciudades.

—Creo que en Green Valley podrías hacer un buen estudio de campo —bromeé.

—No es mala idea, Walshy. Quizá debiera hacerlo. —Dio la impresión de que se lo planteaba en serio.

—¿Y tú? ¿Siempre has querido ser actor?

—Qué va, no. Ni siquiera estoy seguro de que quiera serlo ahora. —Se rio, y una vez más me llamó la atención lo perfectos que eran sus dientes—. En su día a mi madre la abordó un *scout* por la calle. Estábamos en Londres, una escapada en familia. Yo debía de tener once o doce años, y el tipo este, americano, le dijo a mi madre que estaban buscando a un chico inglés para una serie de televisión, ambientada en un instituto. Aunque mi madre le dijo que éramos irlandeses, le dio lo mismo. En su opinión, mi cara era perfecta para el papel y mi acento también era ideal. En fin... fuimos al casting, me dieron el papel y nos instalamos en América.

—¿Así, sin más? —lo miré sin dar crédito—. ¿Solo para que interpretaras ese papel?

Cole dejó la cuchara a un lado y se retrepó relajadamente.

—Por aquel entonces mi padre estaba en paro y a mi madre, que era auxiliar médico, le pagaban mal. Creo que mudarnos a Los

Ángeles también debió de ser una especie de nuevo comienzo para ella. Y la productora incluso nos pagó los billetes de avión y nos buscó casa. —Durante un instante pareció pensativo—. Y así fue como acabé metido en todo esto.

—Podrías haberlo dejado. Después de que a tu personaje lo mataran en la serie.

Cole sonrió.

—Has hecho los deberes, Walshy.

Me ruboricé un poco.

—Actuar me divertía —continuó—. Y no me ha ido mal económicamente. Bueno, cuando terminó la serie hubo un periodo de poca actividad, pero entonces llegaron los anuncios publicitarios. Y Aquillus, claro, fue lo mejor que me podía pasar.

—A propósito de Aquillus...

Hice como si me cortara la cabeza y lo miré con expresión expectante.

—Solo cuando hayas visto un capítulo de *La maldición del panteón*.

—¡No fue eso lo que acordamos!

—Tampoco acordamos cuándo te diría si Aquillus sobrevive.

Me di por vencida. Durante un rato permanecimos en silencio de forma tácita y observamos el animado ajetreo que reinaba a nuestro alrededor. Los esquiadores y snowboarders, que pasaban por delante de la cabaña o se quitaban los esquís o la tabla e iban hacia la terraza; las telecabinas y los telesillas, que subían a los montones de personas a la montaña y parecían deslizarse ingrávidamente por el aire. El frío casi era polar, y pese a todo el sol nos daba en la cabeza y nos proporcionaba calorcito. Un contraste que solo se daba aquí, en las montañas, y que incluso ese día me impresionó mil

veces más que el hecho de tener sentada al lado a una estrella de televisión.

10

A lo largo de los días que siguieron me sentí un poco como Bill Murray en el clásico del cine *Atrapado en el tiempo*. Cuando sonaba el despertador, me levantaba, me metía en la ducha y me ponía el mono de esquí. Paraba en Moe para coger un *muffin* y un café, iba a Vail y recogía a Cole en el Sebastian. El cielo siempre era de un azul oscuro, el sol siempre brillaba y Marissa siempre me dedicaba una sonrisa despectiva. Lo único que distorsionaba aquella sensación de bucle temporal eran los modelitos de Cole. Prácticamente cada día llevaba una chaqueta distinta, y tenía cascos en todos los colores del arcoíris.

Por la mañana solíamos trabajar en su técnica. Yo incluso grababa sus progresos de vez en cuando con el móvil y después repasaba con él los vídeos. En una ocasión hasta me convenció para que subiese los miniclips a Instagram, algo con lo que al parecer él consiguió diez millones de visualizaciones y yo... otro linchamiento digital. Durante la hora de la comida rara vez hablábamos de esquí. Él me contaba cosas de la alocada vida que llevaba en Hollywood, encuentros con fans, vivencias en el set y su despiadadamente agenda llena, que sin Marissa jamás tendría bajo control. Los dos se habían conocido hacía unos años en el casting para una comedia romántica. Por aquel entonces, Marissa trabajaba para la agencia de casting, pero ya acariciaba la idea de trabajar por su cuenta. Me enteré de que tenía treinta y tres años, había estudiado en la escuela de Arte Dramático y era de Cincinnati. Cuando le pregunté

de manera indirecta si su relación con ella iba más allá de lo profesional, se rio a carcajadas.

—Casi sería como acostarme con mi madre. —Puso cara de asco.

—Pues con tu hermana te acuestas.

—Aquilla es mi hermanastra. Y no sabíamos que el otro existía —se justificó Cole.

Cuando íbamos sentados juntos en el telesilla y el sol nos daba en la nariz, me pareció que era el momento perfecto para pedirle un pequeño favor.

—¿Te importa si mañana entrenamos solo por la tarde? Será una excepción.

—Depende de lo que quieras hacer conmigo por la mañana, Walshy. —Una sonrisilla claramente ambigua se extendió en su rostro.

—Esta noche doy una pequeña fiesta de inauguración en mi piso —repuse, desoyendo el comentario—. Nada grande, solo unos amigos. Pero no creo que mañana por la mañana fuese una profesora muy buena.

—¿Das una fiesta de inauguración entre semana? —Hizo un gesto afirmativo exagerando lo impresionado que estaba—. Hollywood te gustaría.

—Casi ninguno de mis amigos tiene un horario de trabajo regular. Will es policía, Lena trabaja en el hotel, mi hermano tiene un bar... —Me encogí de hombros—. Así que no hay una separación clara entre los días laborables y los fines de semana.

Cole asintió: lo entendía.

—Entonces, ¿no te importa? —pregunté de nuevo.

—No, claro. ¿A qué hora es?

Me quedé perpleja.

—¿A qué hora... es?

—La fiesta. —Se me quedó mirando con expresión expectante—. Porque estoy invitado, ¿no?

—Pues... bueno... la verdad es que no será nada especial. Solo unos amigos, pizza y cerveza.

—Suena bien.

—Pero si tú no comes pizza. Y alcohol tampoco bebes, así que podría ser bastante...

—¿A qué hora es?

—A las ocho —repuse con voz bronca mientras rompía a sudar debajo del casco.

Cole Jacobs en mi piso, en mi fiesta, con mis amigos... no pegaba ni con cola. Seguro que se partiría de risa al ver las habitaciones enanas, el batiburrillo de muebles, el pequeño televisor y el sofá de Ikea. Y probablemente fuese demasiado arreglado...

—¿Hay que llevar algo?

Lo miré con cara de incredulidad.

—Eh... no.

—Vale —contestó, y volvió a centrar su atención en su último *post* de Instagram.

El resto de la tarde lo pasé completamente ida, mientras pensaba febrilmente en cómo podía disuadir a Cole de que fuese a mi fiesta. No llegué a ninguna conclusión y, a eso de las cuatro, cuando nos despedimos delante del Sebastian y él me dijo «Hasta luego», fui consciente de que era demasiado tarde.

11

—¿Y esta ropa?

Miré estupefacta a Lena, que estaba delante de mí con un vestido de punto gris claro y botines negros y me miraba con una sonrisa radiante y un dramático ahumado en los ojos. Se había pintado los labios de rojo cereza y el rubio cabello le caía por los hombros en ondas perfectas. Justo cuando iba a contestarme, Ryan apareció tras ella. Estaba recién afeitado y llevaba una camisa vaquera que no le había visto nunca.

—Un momento... ¿Se puede saber qué leches está pasando? ¿Por qué vais vestidos como si fueseis a un cóctel?

—¿Por qué vas vestida tú como si fueses a ir a la gasolinera a comprar un cartón de leche?

Lena lanzó una mirada de desaprobación a mi camisa negra antes de hacerme a un lado para entrar. Eché un vistazo al reloj.

—Y ¿por qué habéis venido tan pronto? Solo son las siete y media.

—Porque me temía algo así —contestó Lena mientras me hundía el dedo índice en el esternón—. Pero, gracias a Dios, todavía tenemos tiempo para enseñarle al mundo que tienes pechos.

Miré a Ryan para que me echara un cable, pero se limitó a encogerse de hombros.

—No puedes ir con esta pinta cuando Cole Jacobs va a venir a tu fiesta —adujo mi amiga en tono de reproche.

¡Conque era eso! Presa de un inmenso pánico, me había dejado llevar y había llamado a Lena para contarle que Cole quería acudir a

mi fiesta. Pero en lugar de tranquilizarme, Lena se había puesto a chillar por teléfono y a lanzar gritos de alegría como una loca... y, a juzgar por su aspecto, a ir en el último minuto a la peluquería.

—Ni siquiera sé si lo ha dicho en serio. Puede que sea algo que hacen siempre los famosos, como si todo les pareciera estupendo.

—Por lo menos ahora ya reconoces que es famoso —observó Ryan —. ¿Seguro que no quieres ver la primera temporada de...?

—No —gruñí, y vi, alarmada, que Lena había desaparecido en mi dormitorio. Cuando me quise dar cuenta, había abierto de par en par las puertas del armario. Fue pasando percha tras percha rápidamente y me sugirió un vestido camisero negro.

—¡Esto!

Sacudí la cabeza.

—Vaya, esto no te lo había visto nunca —musitó al tiempo que sacaba del armario un top verde menta—. Pero si todavía tiene la etiqueta puesta. —Me miró con expresión acusadora.

—Lo compré en rebajas, pero, no sé, con él me parezco a Elsa, la Reina de las Nieves.

Ryan soltó una carcajada y salió cabeceando del cuarto mientras Lena sostenía el top delante de mi cuerpo como para sopesar si valía o no.

—Perfecto. Te quedará genial con ese vaquero pitillo gris.

—¿Cómo es que conoces tan bien la ropa que tengo? —refunfuñé mientras me ponía la camiseta.

—Te sienta bien —dijo, refiriéndose al sujetador que llevaba.

A diferencia de Lena, que tenía un generoso pecho, el mío era más bien mediano, pero debía admitir que el top, que tenía un escote pronunciado, por lo menos me aumentaba media talla. Y el color me resaltaba los ojos.

—¡Vaya! —exclamó mi amiga.

Me miré en el espejo: tenía razón. Ciertamente no estaba nada mal con aquella ropa.

—El pelo me encanta, no hace falta tocarlo.

Me había recogido las rastas en una gruesa trenza que me caía por el hombro derecho. Cuando fui a la cocina, Ryan, que se estaba abriendo un botellín de cerveza, brindó conmigo en señal de reconocimiento.

—Tu novia es bastante convincente.

—A mí me lo vas a decir.

Apenas había pronunciado esas palabras, Lena apareció en el umbral y le dedicó una mirada rebosante de amor. Para mí eran una pareja absolutamente ideal, y aunque me alegraba lo indecible por mi amiga, a veces la envidiaba por haber encontrado a una persona que la idolatraba así. Lo único que me preocupaba era lo que pasaría cuando tuviese que volver a Alemania. Las prácticas que estaba haciendo en el hotel solo durarían hasta marzo. Después tendrían que encontrar una solución, y yo confiaba en que esa solución fuese que Lena pudiera quedarse en Green Valley con nosotros. A lo largo del año anterior se había convertido en una de mis mejores amigas. Con nadie más podía hablar tan abierta y sinceramente de lo que sentía por Will. Quizá porque Lena no nos conocía desde que jugábamos en la guardería, sino que nos había conocido por separado, veía en nosotros algo que mis demás amigos jamás habrían podido imaginar. El timbre me arrancó de mis pensamientos. Miré el reloj: debía de ser mi hermano con las pizzas tamaño familiar.

—Voy yo —farfullé, y salí corriendo de la cocina.

Abrí la puerta con excesivo brío. Y en lugar de a Olly, a quien me encontré fue a Will.

—Ah, eres tú.

Di un paso hacia un lado, pero él no se movió del sitio. Me miraba fijamente. Con una expresión que se hallaba a medio camino entre la sorpresa y la estupefacción.

—¿Qué pasa?

Durante uno o dos segundos no habló. Después sacudió ligeramente la cabeza.

—Nada. —Con una sonrisa un tanto tensa me regaló una caja de seis botellines de cerveza—. Por las buenas relaciones entre vecinos.

—Gracias —contesté desconcertada, e intenté entender su extraño comportamiento. ¿Eran imaginaciones mías o seguía mirándome raro? Me asaltó un mal presentimiento—. Tengo algo entre los dientes, ¿no? —Me pasé la lengua por los incisivos.

Él frunció el ceño.

—No... tienes nada entre los dientes.

Dejé de hacer lo que estaba haciendo de golpe.

—Ah... vale.

Entre nosotros se hizo un silencio extraño.

—¡Pizza a domicilio! —se oyó alegremente en la escalera, y en ese mismo instante apareció el rostro de mi hermano detrás de Will. Con él venían mis dos amigas y compañeras preferidas, Rachel y Aubree, que abrieron los ojos como platos, sorprendidas.

—¡Vaya! —le salió del alma a Rachel, que me observó de arriba abajo—. ¿Se puede saber quién eres?

Puse los ojos en blanco y les indiqué que pasaran.

—Te queda genial —me dijo al oído Aubree cuando me abrazó para saludarme.

Me tiré del top con inseguridad y me pregunté si lo que llevaba no parecería demasiado intencionado. Antes de que pudiera llegar a alguna conclusión, mis amigas me pidieron que les enseñara el piso. Mientras las hacía salir del salón para ir a la cocina y de ahí al

dormitorio, el timbre sonó de nuevo. Agucé el oído con nerviosismo. Una parte de mí seguía esperando que Cole hubiese cambiado de opinión. Llevé a Rachel y Aubree al cuarto de baño, donde nos pusimos a cotorrear como locas por algún motivo, y unos minutos después volvimos al salón, en el que ahora se oía un barullo de voces y risotadas exaltadas. Miré extrañada la habitación y tardé unos segundos en darme cuenta de qué —o, mejor dicho, quién— era la causa de tanto revuelo. Cole Jacobs. Claro.

—Walshy —me llamó, gritando demasiado, cuando nuestras miradas coincidieron.

Mientras yo seguía procesando su presencia, él vino hacia mí y me dio una tarrina tamaño familiar de helado sabor Cookie Dough.

—Sé que no hacía falta que trajera nada, pero el helado nunca está de más.

—¿Cómo sabes que me gusta este sabor? —balbucí mientras mi cuerpo todavía no había decidido si decantarse por la euforia o el pánico.

—No lo sabía. Solo elegí el que más me gusta a mí.

Se encogió de hombros y oí que alguien —muy probablemente Lena— cogía aire con fuerza. Sin embargo, me dio la impresión de que de un segundo a otro el nivel de ruido había bajado al mínimo. Era como si todos los ojos de la habitación estuviesen puestos en nosotros. En la estrella de Netflix y en mí. ¡Dios, qué absurdo era!

—Gracias. Voy a meterlo en el congelador.

«Y de paso meto la cabeza». ¿Por qué Cole de repente me desconcertaba así?

—Ya lo hago yo —se ofreció Lena, que me quitó la tarrina de las manos con una sonrisa inequívoca.

—Bueno... pues... —Respiré hondo e intenté volver a la normalidad—. ¿Te apetece beber algo?

—Gracias, ya tengo —respondió, y brindó conmigo con un vaso en el que a todas luces había agua. Asentí desbordada.

—¿Tienes hambre? En la cocina hay pizza. De queso, de salami y... —Sacudí la cabeza—. Pero si tú no comes pizza. Será mejor que lo olvides.

Me miró con un brillo singular en los ojos.

—¿Te pongo nerviosa, Walshy?

—No —repuse con excesiva vehemencia—. Es solo que no contaba con que fueras a venir.

—Pero si te dije que vendría.

—Sí —musité—. Es verdad.

Seguía teniendo la sensación de que todos nos miraban. Debía hacer algo, si no quería pasarme la noche entera sintiéndome como la Mona Lisa en el Louvre. Carraspeé con fuerza para que el cuarto entero me prestara atención.

—A ver, todo el mundo. Este —lo señalé con el pulgar y una sonrisilla— es Cole. —En la habitación se oyeron risitas—. Cole, estas son Rachel y Aubree. —Ambas sonrieron tímidamente—. A mi hermano, Olly, ya lo conoces. —En ese momento entró por la puerta Lena—. Y a Lena también. —Se ruborizó en el acto—. Ese es Ryan, su novio, y... —miré a mi alrededor— Will, mi mejor amigo.

Estaba apoyado en el sofá y levantó un instante la mano. ¿Eran imaginaciones mías o parecía... cabreado? Antes de que pudiera darle más vueltas, Lena me llevó aparte.

—Te llama Walshy —chilló con nerviosismo, y daba la impresión de que se iba a desmayar de un momento a otro de lo eufórica que estaba—. ¿Puede ser más mono?

—Chsss —la reñí—. Y no es mono, sino enervante.

—Haz el favor de alegrarte de que haya venido —dijo, casi como si fuese un reproche.

—Eso intento —contesté, sintiéndome presionada. Sin embargo, la realidad era que la única emoción que me embargaba era la tensión. Nunca me había sentido así en presencia de Cole. Lo miré de reojo con aire vacilante. Mi hermano se había puesto a hablar con él y gesticulaba como un loco—. Olly, ¿te importa traer unos botellines de cerveza del balcón?

Asintió con escaso entusiasmo y dio a entender a Cole que no tardaría en volver.

—Lo siento —me disculpé—. Es muy fan tuyo.

Cole se encogió de hombros.

—Pero inofensivo. Ni siquiera me ha tocado.

No pude evitar reírme.

—Bonito piso, por cierto. No es que haya visto mucho, pero...

—¿Quieres que te lo enseñe?

Me sorprendí un poco incluso a mí misma. ¿De verdad acababa de decirle a Cole Jacobs si quería ver mi minipiso?

—Claro.

Aunque fuera a ser una de las experiencias más extrañas de mi vida por siempre jamás, le enseñé las habitaciones mientras efectuaba comentarios banales sobre el color de las paredes, los muebles y las cajas de la mudanza.

—El piso te pega —dijo en algún momento entre la cocina, el cuarto de baño y el dormitorio—. Es poco convencional, pero... bonito.

Nuestras miradas coincidieron y el pulso se me aceleró. ¿Acababa de...? ¿De verdad había...? Y ¿por qué tenía esa sonrisa tan pícara? Un sonoro carraspeo hizo que pegara un respingo. Will había aparecido en el pasillo con una botella de cola vacía en la mano. Su mirada descansó en mí, después buscó despacio a Cole y volvió a detenerse en mí.

—¿Hay más... cola?

A modo de explicación movió la botella.

—En el balcón —contesté, ligeramente desconcertada: Will sabía de sobra dónde estaba la bebida. En lugar de decir algo, se limitó a fruncir un tanto el ceño. Se hizo una pausa extraña.

—¿No nos hemos visto esta mañana? —inquirió Cole.

Will vaciló.

—Sí, es verdad.

—Eres el policía.

—*Sheriff* —precisó Will con cierta frialdad.

Si se percató, Cole lo disimuló hábilmente.

—Creo que nunca me acostumbraré a eso. Para mí siempre irá unido al oeste.

La risa de Lena resonó en el pasillo.

—A mí me ocurre lo mismo —observó al pasar, y desapareció en el cuarto de baño.

Se hizo el silencio de nuevo.

—Bueno, ¿volvemos con los demás?

Cole asintió, la expresión de Will seguía siendo dura. ¿Se podía saber qué le pasaba? No lo había visto nunca así. Will era la persona más encantadora, más educada y más amable que conocía. Eructaba sol y sus pedos eran arcoíris. Aquel comportamiento cazurro no le pegaba nada.

—¿Dónde os habéis visto? —le pregunté a Cole.

Vail ya no entraba dentro de la jurisdicción de Will como *sheriff*, y Cole y yo nos habíamos pasado la mayor parte del día en la pista de esquí.

—En el Sebastian. —A su rostro asomó una sonrisa—. Salía de la habitación de Marissa.

Me quedé helada y observé a Will, que en ese momento desapareció por la puerta del balcón. Conque Marissa. Intenté que no se me notara lo mucho que me afectaba esa noticia, pero Cole no se dejó engañar.

—Uy, ¿vosotros dos sois...?

—No —contesté un poco deprisa de más y solté una risa forzada —. Will solo es... mi mejor amigo. —Miré hacia el balcón.

—Yo no podría.

—¿Qué? ¿Ser amigo de una mujer y no acostarte con ella? —inquirí un tanto ausente.

—No, ser amigo tuyo y no acostarme contigo.

Ladeé la cabeza con rapidez. Cole me sonreía descaradamente. Otra vez.

—¿Estás flirteando con mi amiga? —oí que decía con voz risueña Lena. Al parecer ya no sentía el mismo respeto reverencial por Cole. Fuera como fuera, me invadió la necesidad de salir de la habitación.

—Ahora mismo vuelvo —farfullé, y abrí la puerta y salí al balcón. Cuando sentí el cortante frío en la piel desnuda, empecé a tiritar—. Eh, vaquero.

Apoyado en la barandilla, Will se bebía su cerveza y miraba el cielo nocturno. Me puse a su lado, le quité el botellín y le pegué un sorbo.

—¿Qué pasa? —Mi aliento formó nubes en el aire glacial.

—Dímelo tú —contestó, con una frialdad inusitada.

—Si lo supiera, no habría preguntado. —Busqué su mirada, en vano.

—No me has contado que de repente sois tan amigos, Cole... y tú.

Su forma de acentuar «Cole» hizo que aguzase los oídos.

—¿Cuándo tendría que habértelo contado? Estos últimos días casi no nos hemos visto —aduje, encogiéndome de hombros. La mayoría de las veces caía muerta en la cama después de esquiar. Un día

había llamado a su piso, pero Will no estaba en casa—. Además, Cole y yo no somos «tan amigos».

—Te llama Walshy —resopló y torció el gesto.

—No es más que un nombre absurdo.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Pero parece que te gusta.

—No —objeté, con cierta vehemencia, y el pulso se me aceleró en el acto—. Me paga por darle clases de esquí. Nada más.

—Hoy lo has invitado. A tu piso. A tu fiesta de inauguración.

Will bebió un trago de cerveza y apoyó el botellín en la barandilla nevada.

—Se invitó él mismo. Y de todas formas no sé por qué no habría de hacerlo. —Empezaba a congelarme.

—Hace unos días sí que lo sabías. Querías que arrestara a ese tío.

Lo miré perpleja.

—Bueno, las cosas cambian.

«Por favor, menudo cliché».

—Ya, eso parece. —Miró de nuevo la noche estrellada.

—¿Se puede saber a qué viene esto, Will? Te estás portando de un modo muy raro.

—¡¿Yo me estoy portando raro?! —Profirió un resoplido burlón—. Mírate, anda.

El vistazo que me echó me puso la piel de gallina en todo el cuerpo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Como si en el último momento hubiese cambiado de opinión.

—No estoy acostumbrado a que no seamos sinceros el uno con el otro.

Tiritaba con el frío aire nocturno y, sin embargo, una ira candente me arrolló. El comportamiento de Will era no solo raro, sino también injusto.

—Tú también te acuestas con Marissa y no me lo cuentas.

Durante un instante la máscara de serenidad se le cayó del rostro, pero un segundo después se encogió de hombros.

—Eso es distinto.

—No lo es. Y lo sabes perfectamente.

Acto seguido se produjo un silencio tenso. Después me volví y entré.

12

El resto de la noche me lo pasé sobre todo cabreada por culpa de Will, lo que hizo que mi rabia aumentase hasta límites insospechados, ya que era la única persona que no se estaba divirtiendo en mi propia fiesta. Me dediqué a observar con frustración a los demás, que se reían, hablaban, se tiraban patatas fritas y se movían al ritmo de la música. Incluso Cole se divirtió más que yo, y eso a pesar de que casi no conocía a nadie y solo bebió agua. Poco después de medianoche constaté, casi con alivio, que la fiesta poco a poco iba perdiendo fuelle. Después de despedirme de todo el mundo, Lena y Ryan me ayudaron a recoger.

—Todavía no me hago a la idea de que esta noche haya estado en la misma fiesta que Cole Jacobs —comentó Lena con una mirada radiante de felicidad mientras retiraba del sofá restos de patatas fritas y galletas.

—¿Por qué cuando mencionas su nombre siempre es como si detrás añadieses exclamaciones? —rezongó Ryan.

—Y es taaan majo —opinó ella.

Su novio arrugó el entrecejo.

—¿Tengo que preocuparme?

Lena cabeceó y le echó los brazos al cuello cariñosamente.

—Por mí te aseguro que no, pero quizá sí por —subió y bajó las cejas— Walshy.

La ancha sonrisa que esbozaron los dos hizo que me pusiera roja. Sacudí la cabeza para negarlo.

—Ya podías haberme contado que estabais en ese... plan —observó mi amiga.

—¿En ese... plan?

—En plan flirteo —canturreó.

—Menuda bobada. —Hice un gesto con la mano como para restarle importancia.

—Tú no has visto lo que hemos visto nosotros —terció ahora Ryan, y sonrió.

Bufé.

—Cole no es mi tipo, para nada. Y... yo tampoco soy el suyo.

—¿Eso quién lo dice?

Will. Que, por cierto, ¿dónde estaba? La última vez lo había visto en la cocina y no le había hecho ni caso. ¿Se había ido sin más? ¿Sin despedirse? «Quizá se haya ido con Marissa», musitó una voz en mi cabeza. En ese mismo instante entró por la puerta. Se había cambiado de ropa y llevaba un pantalón técnico con bandas y un chaleco reflectante.

—Eh, ¿tú qué dices de Izzy y nuestro semidiós? —le preguntó Ryan, desbordante de alegría.

Will enarcó las cejas y yo supe que tenía que aprovechar ese breve instante.

—¿Por qué llevas esa ropa? —le pregunté, reparando en el chaleco.

—Tengo que salir. Una esquiadora ha desaparecido. Están formando patrullas.

—Mierda.

Él asintió.

—Se aproxima una borrasca por el noroeste. Con suerte, tardará en llegar unas tres o cuatro horas.

En esta época del año las Montañas Rocosas eran imprevisibles. Era habitual que algún turista se extraviase en ellas o se viese sorprendido por una tormenta de nieve. En la mayoría de los casos, cada minuto contaba, y patrullas de búsqueda voluntarias y policía trabajaban codo con codo en las condiciones más adversas. Durante un momento hice a un lado lo cabreada que estaba.

—¿Te quieres llevar café? Seguro que será una noche larga.

—Sí —contestó, visiblemente sorprendido con mi ofrecimiento—. Sería genial.

—Nosotros lo hacemos —se ofreció Lena, que se fue a la cocina con Ryan, como si presintiesen que Will y yo teníamos que hablar.

Durante unos segundos permanecimos frente a frente en silencio, mientras a nuestros oídos llegaba el sonoro runrún de la cafetera.

—Siento lo de antes. Me he portado como un idiota. —Su voz era suave y rebosaba arrepentimiento.

—Pues sí —confirmé, pero añadí una sonrisa conciliadora, porque nunca podía estar enfadada mucho tiempo con Will.

—No te he contado lo de Marissa porque no la soportas. —Se encogió de hombros—. Y me alegro de que te lleves tan bien con Cole. Me alegro por ti, de verdad. —A su rostro asomó una sonrisa que, sin embargo, no llegó a sus ojos—. Es solo que me ha sorprendido un poco. —Titubeó—. Igual que... —me recorrió con la mirada— eso.

Tragué saliva y noté que tenía un nudo en la garganta.

—Estás muy guapa.

—Solo es una camiseta nueva —aduje, y le resté importancia con un gesto.

Vi una sonrisa de resignación en su rostro.

—No. No es eso.

Antes de que yo pudiera decir algo —posiblemente hubiera sido un balbuceo, en vista de lo desbordada que me sentía—, Ryan salió de la cocina y le puso a Will un termo en la mano.

—Gracias.

—¿Qué posibilidades crees que hay? —quiso saber Ryan.

Will supo en el acto de qué hablaba.

—Deberíamos encontrarla cagando leches. Ahí fuera se avecina algo gordo. —En su bolsillo crepitó una radio—. Me tengo que ir.

—Mucha suerte —dijimos Ryan y yo casi a la vez.

Se despidió escuetamente llevándose la mano a un sombrero imaginario y salió a la helada noche.

—Ten cuidado —añadí.

13

La noticia se extendió como la pólvora. Voluntarios, patrullas de búsqueda y la policía estuvieron toda la noche peinando el terreno helado en busca de la joven francesa cuya desaparición habían notificado sus amigos por la tarde. Poco después de las tres de la madrugada encontraron a la joven de veintisiete años con una hipotermia grave y una tibia rota lejos de la pista, en el bosque. La encontró nada menos que Will Albright, que le prestó los primeros auxilios, informó al helicóptero de salvamento y acompañó a la chica al hospital.

«Que Céline Leconte pueda casarse este año con su prometido es algo que ha de agradecer a la audaz intervención del joven *sheriff*». Lena leyó con voz alta y clara el último renglón del artículo publicado en internet antes de que volvieran a oírse gritos, aplausos y silbidos. Ya era el tercer artículo que hablaba de la gloriosa hazaña de Will que se leía en Olly's.

—¡Viva nuestro *sheriff*! —exclamó alguien al tiempo que levantaba el botellín de cerveza.

—Nuestro «joven» *sheriff* —bromeó otro, y brindó con Will, que estaba apoyado con desenfado en la barra y parecía disfrutar de lo lindo del barullo. Aunque casi no había dormido y tenía ojeras, irradiaba una profunda satisfacción.

—Me lo temía: hoy ni siquiera tú puedes competir con esto —le comentó Ryan a Cole, que estaba sentado a mi lado y mojaba un aro

de cebolla frito en *sour cream*. Era la primera vez que lo veía comer comida basura.

Captó mi mirada de perplejidad.

—¿¡Qué!? Me he dejado la piel, así que me lo he ganado.

Era la exageración del siglo. Después de que, debido a la fiesta, pasáramos el entrenamiento a la tarde, solo habíamos tenido unas dos horas hasta que había empezado a nevar de tal forma que nos habíamos visto obligados a dejarlo. Durante el último descenso incluso nos habíamos perdido de vista un momento porque la nieve nos impedía ver. Justo cuando llegamos al remonte, me llamó mi hermano para invitarnos a Cole y a mí a ir más tarde a Olly's, donde darían una especie de fiesta sorpresa para Will. No contaba con que Cole fuera a aceptar, pero al parecer no tenía nada mejor que hacer, pues se presentó a las ocho en punto en el bar de mi hermano y se unió a Ryan, a Lena y a mí en la mesa.

—¿Crees que ahora le pondrán tu nombre a una calle? —dijo Lena mirando a Will.

—Eh, que ni siquiera yo tengo una calle —se quejó Ryan.

—Ryan era esquiador profesional —le conté a Cole.

—¿Ganaste algo? —preguntó.

—Solo unas copas del mundo —respondí por él, e hice un gesto con la mano—. No vale la pena hablar de ello.

Mi amigo me dio suavemente con el codo en las costillas.

—¿Por qué lo dejaste? Todavía eres joven.

Contuve la respiración un instante, pero Ryan respondió del todo relajado:

—Sufrí un accidente y tuve que poner fin a mi carrera.

—Mierda —repuso, afectado, Cole.

—Sí, pero por eso volví a mi ciudad natal y —se inclinó hacia Lena y le dio un beso en la mejilla— me llevé a la *au-pair* de mi hermano.

—Te llevaste... Primero me espantaste a base de bien.

—Anda que no eras tú plasta. Solo pensar en esa espantosa plancha del pelo...

El tira y afloja entre ellos continuó y mis ojos buscaron a Will, que seguía apoyado en la barra, rodeado de clientes habituales, contando lo sucedido. Cuando nuestras miradas coincidieron, a su rostro asomó una sonrisa y algo en mí se derritió. Nadie salvo Will tenía ese efecto en mí. Nadie era capaz de poner mi mundo patas arriba con una sola mirada.

—Y luego —la voz de Lena volvió a colarse en mi conciencia—, para colmo, se largó a Europa con su exnovia.

Le lanzó una mirada de fingido reproche.

—No me fui a Europa con mi ex, sino por un trabajo —la corrigió Ryan.

Cole arrugó la nariz.

—Se mire por donde se mire, no sales muy bien librado.

Lena soltó una risa triunfal y fue a brindar con Cole, que movió el botellín vacío con pesar.

—¿Alguien quiere algo? —Se levantó—. Me gustaría invitar a una ronda.

—Los dos sabemos que Olly no te cogerá el dinero —comenté.

Risueño, se encogió de hombros.

—Para mí una cerveza —dije, tras exhalar un suspiro.

Seguí a Cole con la mirada hasta la barra. No era de extrañar que miles de mujeres viesen esa serie solo por él. El tío era ridículamente perfecto incluso visto por detrás. Cuando mis ojos se desviaron hacia la izquierda un momento, vi que Will seguía observándome. Solo que ahora un leve descontento le oscurecía el rostro.

—Por cierto, aquí Superman y yo habíamos pensado en ir a la cabaña el fin de semana que viene. ¿Os apetece? —preguntó Ryan

—. Aunque creo que no hará muy buen tiempo, no tenemos por qué esquiar necesariamente.

Quien había estado alguna vez en la cabaña de esquí de los Albright —que en realidad era más bien una casa— sabía que allí uno se podía divertir, y mucho, aunque cayese granizo y aguanieve. Había un cuarto de juegos con una mesa de billar, un futbolín, dardos y cine, y en el porche un jacuzzi en el que cabían al menos seis personas.

—Mmm, primero tendré que hablarlo con Cole. En realidad no tengo derecho a cogerme vacaciones durante estas tres semanas.

—Pues que se venga —propuso espontáneamente Lena—. Podéis... entrenar... o como lo llaméis unas horas por la mañana —sonrió— y pasar la tarde con nosotros. En la cabaña hay sitio más que de sobra y seguro que la madre de Will está encantada.

Tal vez la madre de Will estuviera encantada, pero yo no estaba muy segura de qué opinaría su hijo al respecto. Aunque se había disculpado por cómo se había comportado en la fiesta, hoy se había vuelto a mostrar muy reticente con la presencia de Cole. Había algo en él que no le gustaba, me daba perfecta cuenta. Quizá solo fuese que se sentía un pelín celoso. Will estaba acostumbrado a ser el centro de atención: como *sheriff*, como hombre, como amigo.

—No me parece buena idea. Además, seguro que a Cole no le apetece cambiar la suite residencial por diez metros cuadrados.

—Tú pregúntale —sugirió Lena—. Siempre puede decir que no.

—¿A qué puedo decir que no? —Cole me puso en la mano un botellín de cerveza.

—Queremos ir a pasar el fin de semana a la cabaña de la familia de Will, pero Izzy no puede porque tiene que darte clases de esquí, así que he propuesto que te vengas y... entrenéis allí.

Tendría que decirle a Lena en algún momento que no lo pusiera todo siempre entre exclamaciones imaginarias cuando hablaba de Cole y de mí.

—¿Por qué no? Si hay sitio para uno más...

Esa no era la reacción que esperaba.

—Pero... con lo cara que es esa suite y...

—La verdad es que no pago nada por ella.

Lo miramos con cara de interrogación.

—A ver, soy la estrella de una serie que solo en Estados Unidos cuenta con treinta millones de espectadores y tengo siete millones y medio de seguidores en Instagram. Tampoco es que quiera fardar, pero para el hotel no hay mejor publicidad que alguien como yo se aloje allí.

—Pero te lo podrías permitir —repliqué perpleja.

—Claro, pero ¿cuando alguien te regala algo tú lo rechazas?

—Depende del regalo...

Él entornó los ojos.

—Estamos hablando de noches de hotel, ¿no? No de marfil o pieles de tigre.

Le di un cachete.

—Bueno, y ¿dónde está esa cabaña? —inquirió, cambiando de tema.

—En Beaver Creek —respondió Lena—. A una media hora de aquí. La pista está a la mismísima puerta. Hay un jacuzzi y...

—Quizá debiéramos preguntarle primero a Will —opiné, interrumpiendo el bloque publicitario de mi amiga y lanzándole una mirada que la hizo callar en el acto.

—¿Qué debiéramos preguntarle a Will?

¿Por qué hoy todo el mundo se me acercaba sigilosamente por detrás?

—Si tienes algo en contra de que Cole se venga con nosotros el fin de semana —contesté, y contuve el aliento por dentro.

Para mi sorpresa, Will se encogió de hombros.

—Solo hay cuatro dormitorios, pero probablemente Lena y Ryan quieran compartir uno, ¿no?

Ambos asintieron con una sonrisa y Will me miró como si así hubiese respondido a mi pregunta. Por lo visto, había interpretado mal su comportamiento.

—Entonces..., ¿quieres venir? —le pregunté a Cole.

—¿Un fin de semana entero contigo, Walshy? —Me guiñó un ojo —. Me parece un sueño hecho realidad.

Puse los ojos en blanco y contuve el nervioso mariposeo que sentía en el estómago.

—Cole, seguro que no te importará que le pregunte a Marissa si quiere venir —dijo entonces Will con marcada naturalidad.

—¿Marissa? —Lo miré sin dar crédito.

—¿Por qué no? Tú llevas a alguien, yo llevo a alguien...

¿Había una pizca de despecho en su voz?

—Pero si solo hay cuatro dormitorios.

—No pasa nada. Marissa se quedará conmigo —aseguró con una sonrisa significativa.

Procuré aparentar la mayor indiferencia, aunque por dentro estaba que trinaba. Solo había una cosa que me apetecía menos que Marissa y era Marissa en combinación con Will. La sola idea de meterme con los dos en un jacuzzi o —peor aún— soportar sus gemidos por la noche hizo que me planteara en serio quedarme en casa. Pero ¿cómo salía ahora de aquella? Y ¿cómo se lo explicaría a Cole?

—Primero habrá que esperar a ver si tiene tiempo —planteó Lena en un tono que claramente tenía por objeto suavizar la situación—.

Puede que tenga otros planes.

Will sacó el móvil.

—La llamo ahora mismo. —Se llevó el teléfono a la oreja y salió fuera.

—El tío no pierde comba —comentó con una sonrisa Ryan, y bebió un sorbo de cerveza.

Lena le dirigió una mirada de reproche y le fue a dar una patada en la espinilla bajo la mesa.

—Me has dado a mí —observé con resignación.

Se puso roja como un tomate, y Cole y Ryan se miraron como suelen hacer los hombres cuando están sumamente confundidos.

14

El jueves por la tarde nuestros padres nos invitaron a cenar a Olly y a mí. Desde que me había ido de casa, mi madre me había llamado casi todos los días, y me había costado lo mío impedir que se pasara a traerme comida a diario.

—Me sigue pareciendo muy generoso por parte de Elias y Allison que te dejen ese piso y no tengas que pagar alquiler —comentó mi madre, y acto seguido miró expectante a mi padre, que contestó con un gesto afirmativo mudo—. Un piso tan grande. Y en el sitio en el que está. —Miró de nuevo a mi padre, que asintió de nuevo.

—Los Albright tienen pasta de sobra —observó, sin inmutarse, Olly, y acto seguido se metió en la boca una buena pinchada de pastel de carne.

Mi madre hacía, con mucho, el mejor pastel de carne porque lo rellenaba de queso y trocitos de beicon que en el horno quedaban crujientes y sabían de maravilla.

—Que alguien tenga mucho dinero no implica que lo tenga que regalar —le dijo mi padre a Olly, y no me habría sorprendido que hubiese añadido un «hijo».

—Además, Elias y Allison son personas trabajadoras —añadió mi madre.

—Nunca he dicho lo contrario. Pero no les duele dejarle el piso a Izzy. Sobre todo porque seguro que esperan que ejerza una buena influencia en el pequeño Will.

Me atraganté, lo que me granjeó miradas inquisitivas. Salvo yo, al parecer nadie fue consciente del doble sentido de aquella afirmación. Quizá porque mi familia no sabía lo que yo sentía por Will. Éramos amigos desde hacía tanto tiempo que para ellos era más bien como mi segundo hermano.

—Allison se alegraría si su hijo llevase de una vez a una chica a casa. Siempre me pregunto por qué no tendrá novia —caviló mi madre—. Con el buen partido que es. Encantador y atractivo, educado y atento... ¡Y ese uniforme! Debo decir que con él se parece a Robert Redford de joven.

Mi padre y Olly no pudieron evitar esbozar una sonrisilla, como siempre que mi madre ponía por las nubes a Will y se ruborizaba como una colegiala.

—Por cierto, ¿qué pasa con ese actor al que das clases de esquí últimamente? —cambió de tema mi padre—. Mis alumnos ya no hablan de otra cosa. Incluso te han visto con él en internet.

Supuse que con internet se refería a las redes sociales, pero no lo corregí.

—Se llama Cole Jacobs y sale en una serie.

—*La maldición del panteón*, si mal no recuerdo —observó.

Al ser profesor de instituto, estaba relativamente bien informado de lo que despertaba el interés de la juventud.

—Por lo visto, en ella solo importa... —Mi madre miró a mi padre y arrugó la nariz—. Ya sabes.

—¿Voldemort? —le tomó el pelo Olly, y se llevó un cachete.

—Como sigas así, te quedas sin tarta de pecanas, Oliver Walsh.

—¿Hay tarta de pecanas? —Los ojos de mi hermano se iluminaron.

—Hablando de tarta de pecanas. Will ha preguntado si piensas hacerla para Acción de Gracias —le dije a mi madre.

—En realidad este año quería hacer mi pastel de manzana. —Transcurrieron uno, dos segundos—. Pero si el chico quiere tarta de pecana —sonrió embelesada—, me puedo reorganizar.

Ahora Olly puso los ojos en blanco.

—Haz los dos postres y listo —sugirió diplomáticamente mi padre antes de volverse hacia mí—. Y el tal... Cole, ¿ha venido a rodar aquí?

—No, se está preparando para el siguiente papel.

Me di cuenta de que todavía no le había preguntado por qué se había decidido por Vail en concreto. Ahora que lo pensaba, tampoco habíamos hablado de la película.

—Y ¿cómo es para ti? Trabajar con una estrella de Hollywood, me refiero.

—En realidad no es una estrella de Hollywood.

—Sí que lo es —objetó Olly.

—Actúa en una serie.

—Igual que Kit Harington, que es una estrella de Hollywood.

—De la que no he oído hablar nunca —musitó mi madre, que ahora estaba en la cocina, partiendo la tarta.

—Al principio me resultó agotador —le confesé a mi padre—. El chico es bastante narcisista.

—¡Izzy! —me reprochó mi madre desde la cocina.

—He dicho narcisista, no nazi. —Me dirigí de nuevo a mi padre—. Pero ahora es... —Me paré a buscar la palabra adecuada, pero no la encontré. Durante un momento me sentí confusa conmigo misma.

—Por lo visto ha cogido una suite en la que podría vivir una familia de cinco miembros —acudió en mi ayuda mi madre mientras dejaba la tarta en la mesa.

—Bueno, tampoco la tiene que pagar él —repliqué, y proferí un suspiro.

—Cómo, ¿que no tiene que pagarla?

—Al parecer es habitual entre las estrellas de Hollywood —expliqué mientras me encogía de hombros.

—¡Ajá! —exclamó con aire triunfal Olly—. ¡Estrellas de Hollywood! Tú misma lo has dicho.

Bufé.

—Pero seguro que tiene mucho dinero —adujo mi madre.

—Como los Albright —observó mi hermano—. Pero que alguien tenga mucho dinero..., ya sabéis.

Mi madre hizo como si le diera una torta.

—Ten cuidado, Izzy. El que se gana la vida haciendo creer a la gente cosas...

No terminó la frase, y yo le aseguré que cuando concluyeran las tres semanas no volvería a ver a Cole, lo cual pareció tranquilizarla. A mí no tanto, para ser sincera. Me sorprendió a mí misma, pero en cierto modo me hacía bien estar con alguien del sexo masculino que no me trataba como a un compañero, con el que bajaba por las pistas a toda velocidad y se tomaba una cerveza cuando terminaba la jornada. Ello, a su vez, me dio que pensar.

Dejamos el tema y nos abalanzamos sobre la deliciosa tarta, que mi madre sirvió con una bola de helado de vainilla y con nata. Después de comer el postre, me despedí de mi familia. Al día siguiente tenía que levantarme temprano y después de entrenar me iría con Will, Lena y Ryan a Beaver Creek, a la cabaña. Y con Marissa. La sola idea me daba dolor de barriga. Seguro que se pasaría el fin de semana entero pavoneándose por la cabaña subida a unos tacones. En bikini. Con una camisa de Will.

—No te enfades —dijo mi padre cuando me acompañó a la puerta —. Tu madre solo tiene miedo de que te vayas con ese chico a Los Ángeles y no vea nunca a sus nietos.

Nos echamos a reír los dos.

—Sabes que por ningún hombre del mundo me iría a un sitio donde no hay nieve.

—Algo me dice que tampoco será necesario que lo hagas. —Una sonrisa insondable asomó a su rostro—. Conduce con cuidado. —Me dio un beso en la mejilla y salí a la fría noche invernal.

15

El olor a fuego de leña y agujas de pino flotaba en el aire cuando me bajé del coche y mis pies se hundieron en la nieve hasta los tobillos. Aspiré con voracidad el aroma de las Rocosas y disfruté de la agradable sensación que me arrolló. Aquel sitio siempre había sido mi segundo hogar y estaba lleno de historias y recuerdos. Aquí, de pequeños, Will, Ryan y yo nos tirábamos bolas de nieve como locos y tomábamos chocolate caliente con malvaviscos, buscábamos osos con los prismáticos e inventábamos juegos cuyas reglas solo sabíamos nosotros. Aquí me vino el periodo a los trece años y estuve el día entero escondiéndome de Ryan y Will. Aquí Ryan perdió la virginidad con Amber McGillis. Aquí me pregunté por primera vez cómo sabrían los labios de Will y se me partió el corazón cuando prefirió besar a Kendra James.

—¿No dijisteis que era una cabaña? —La voz de Cole me devolvió al presente. Contemplaba desconcertado la vivienda de dos plantas con sus frontones, sus ventanales y su amplio porche.

—Yo reaccioné exactamente igual el año pasado —comentó, risueña, Lena mientras sacaba su bolsa de viaje del maletero.

A veces se me olvidaba lo impresionante que era la casa cuando uno la veía por primera vez. Lo imponente que se alzaba ante ese telón de fondo que eran las escarpadas montañas y los oscuros bosques y, sin embargo, la armonía con la que se fundía con el paisaje nevado. Así y todo, me sorprendió lo impresionado que parecía Cole. A fin de cuentas, se alojaba desde hacía dos semanas

en un hotel de cinco estrellas y seguro que solo se quedaba en los mejores establecimientos del mundo.

Avanzamos pesadamente hacia el porche cargados con unas cuantas bolsas del súper. Solo habíamos comprado lo imprescindible, porque la cabaña disponía de una cocina perfectamente equipada y una despensa llena. Al fin y al cabo, en las Montañas Rocosas siempre había que contar con que pudieran caer fuertes tormentas de nieve. Cuando Will, Ryan y yo teníamos unos dieciséis años, una ventisca nos mantuvo apartados del mundo exterior dos días enteros. La única vía de acceso estaba cortada debido al peligro de avalancha y de ventisqueros y nos pasamos horas viendo películas de miedo, jugando a la PlayStation y engullendo toneladas de comida basura.

Cuando Will abrió la puerta, nos recibió el familiar olor a madera y piel con solera.

—Vaya —dijo Cole cuando entró en el salón abierto, que ofrecía unas vistas espectaculares a escarpadas formaciones rocosas y bosques nevados hasta el infinito. Miró boquiabierto las paredes revestidas de madera, las vigas vistas del techo y las lámparas pendulares bajas. La madre de Will tenía buena mano para el diseño de interiores. La casa era el epítome del estilo y el buen gusto, la mezcla perfecta entre la idea romántica que uno tenía de una cabaña auténtica y un moderno estilo loft. Cole dio la vuelta al sofá de piel con forma de medialuna, pasó la mano por los muebles de madera maciza y contempló la chimenea abierta en el centro de la estancia.

—Las habitaciones y el cuarto de baño están arriba —le informé al tiempo que señalaba una escalera de caracol estrecha que subía hasta una galería que daba la vuelta a la estancia—. La primera a mano derecha es la mía.

—¿Es una invitación, Walshy?

—No, una advertencia.

Cole se rio, se echó al hombro una bolsa y subió silbando. Lo seguí con una mirada risueña.

—¿Qué tal si echas una mano? —Antes de que me diera cuenta, Will me había puesto en las manos una bolsa llena de compra—. Esto va a la nevera.

Sin esperar a que dijera algo, volvió a salir.

—¿Qué tal si no descargas en mí tu mal humor? —refunfuñé, pero la puerta ya se había cerrado.

Estaba insoportable desde que se había enterado de que Marissa no vendría con nosotros porque en el último momento había tenido que volar a Los Ángeles. A diferencia de Lena, no fui capaz ni de decir un «qué pena» convincente cuando Will nos lo contó. Más bien se me quitó un buen peso de encima al saber que no tendría que compartir *mi* cabaña con esa idiota arrogante. Que no tendría que compartir a Will con ella. Después de meter las cosas en la nevera, subí a mi habitación, me dejé caer de espaldas en la enorme y cómoda cama y me quedé un rato mirando por la ventana. El sol desaparecía detrás de las montañas, bañando las cumbres circundantes en una luz roja espectacular. Ya solo por esa estampa digna de un salvapantallas había valido la pena la escapada de fin de semana. Dejé de contemplarla a regañadientes cuando el móvil me vibró en la mesita de noche.

¿Jacuzzi?

Respondí a Lena con un pulgar hacia arriba y me incorporé en la cama. El jacuzzi del porche era la joya de la corona, y no solo porque en él cabían por lo menos seis personas, sino porque además ofrecía unas vistas espectaculares de las Rocosas. Meterse

en la burbujeante agua y contemplar las estrellas era al mismo tiempo lo más *kitsch* y lo más bonito que se podía hacer aquí arriba. Me quité la ropa y me puse mi bikini color coral y el esponjoso albornoz que siempre estaba en el armario. Bajé la escalera descalza y abrí la puerta del porche. A mis oídos llegó el monótono zumbido de los chorros antes de que viese el jacuzzi..., en el que no se encontraba Lena.

—Oh —dije, y miré a Will y a Cole y de nuevo a Will.

Se habían puesto cómodos en el agua caliente con sendos botellines de cerveza. Sus torsos, tersos y musculosos, sobresalían del agua, y de repente yo ya no sabía adónde mirar. El pánico me asaltó. ¿Dónde leches estaba mi amiga?

—¿A qué esperas, Walshy? ¿A que vengan más hombres atractivos?

Cole me lanzó una mirada desafiante y durante un instante lo insulté para mis adentros por ello.

—Con uno me bastaría —repliqué, en apariencia sin inmutarme en absoluto, y me quité el albornoz.

Al levantar la cabeza, constaté que Cole me miraba. No fijamente, ni tampoco boquiabierto, pero estaba claro que me observaba. Durante un segundo sentí el extraño impulso de ponerme otra vez el albornoz. Mi cuerpo era atlético, pero algo me decía que él estaba acostumbrado a ver cuerpos de mujer más espectaculares. Cuando lo miré, parpadeó un momento y desvió la mirada. Desconcertada, me acerqué al burbujeante jacuzzi y me metí en él. Tuve que controlarme para no lanzar un gemido extasiado cuando mi cuerpo se sumergió en el agua caliente con sus burbujas. Eché la cabeza atrás y disfruté de la suave presión que ejercía en mi piel.

—Esto se lo pienso restregar a Marissa por las narices —afirmó Cole y cerró los ojos, relajado—. Ahora mismo. —Con una sonrisa

traviesa, echó la mano atrás y cogió su iPhone.

—Ni se te ocurra —le advertí cuando me di cuenta de que estaba a punto de hacer un selfi para subirlo a Instagram.

—Pues apártate para que no salgas, Walshy.

Mientras Cole buscaba la mejor postura, me acerqué más a Will. Nuestros muslos se rozaron y durante un instante fue como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Agobiada, le cogí la cerveza y bebí un trago demasiado largo. Quizá el alcohol me ayudara a no pensar que estaba medio desnuda en un agua a treinta y ocho grados con el amor de mi vida y un actor sexi de televisión. En un espacio muy reducido.

—Eh, déjame algo.

Will reconquistó su botellín. Me pasé la lengua por el labio superior.

—Caramelo.

Él asintió.

—Es de un pequeño productor de Idaho Springs. Fui allí esta semana. Eh... ayer por la noche... no estabas en casa, fui a llevarte unos botellines. —Entre sus cejas se formó una pequeña arruga.

—Estaba en casa de mis padres. Mi madre hizo pastel de carne.

Los ojos se le iluminaron en el acto. Con un retraso de dos segundos me pregunté si el motivo de verdad sería el pastel de mi madre. Antes de que llegara a alguna conclusión, por fin aparecieron Lena y Ryan. No se me escapó la mirada risueña que puso mi amiga al vernos a los tres en el jacuzzi. Se unieron a nosotros con cerveza y patatas fritas, y estuvimos relajándonos en la burbujeante agua hasta que la crepuscular luz se desvaneció y sobre el jacuzzi había densas nubes de vapor.

Para cenar cocinamos pasta. Nos conformamos con dos salsas de bote que encontramos en la despensa y le dimos un toque con parmesano rallado. El ambiente era bueno. Por los altavoces salían relajados sonidos indie y Will y Ryan contaban divertidas anécdotas de nuestra adolescencia y del instituto.

—¿Te acuerdas de cuando cumpliste diecisiete años y jugamos al copa del rey con el whisky de doscientos dólares de tu padre? —recordó Ryan.

Will torció el gesto.

—Casi me mata. Me castigó una semana sin esquiar y tuve que reponerle la botella con mi paga.

—¿Qué es el copa del rey? —preguntó Lena.

De pronto, cuatro pares de ojos la observaban.

—¿No conoces el copa del rey?

Intimidada, sacudió la cabeza.

—Es un juego de cartas para beber —le explicó Ryan—. Colocas cartas alrededor de un vaso de chupito y cada uno ha de levantar una carta cuando le llega el turno. Cada una tiene un significado. O sea, que las cartas determinan cosas que hay que hacer.

—¿Cosas?

—Beber —precisó un sonriente Ryan—. Si, por ejemplo, sacas un dos, bebes tú; si es un tres, mandas beber a alguien. —Se paró a pensar—. Con una jota tienes que poner una regla...

—Si te sale una reina, cada uno puede hacerle una pregunta a la persona que tiene al lado —intervino Cole.

—Con un as beben todos —recordé.

—Parece divertido —opinó Lena, y nos dirigió una mirada incitadora a todos—. ¡Juguemos!

El copa del rey fue la ruina de Lena. Solo en las dos primeras rondas se tuvo que beber tres tequilas. Encontramos la botella en el

mueble bar del padre de Will y, por si las moscas, la gugleamos para saber si tenía el valor de un Swatch o de un Rolex. Aunque no contábamos con que el padre de Will tuviese alcohol barato, averiguamos que la botella costaba treinta dólares y decidimos correr el riesgo.

—Ronda de preguntas —canturreó Ryan mientras sostenía en alto la reina de corazones.

Ya habíamos bebido bastante, así que todos parecimos aliviados por solo tener que responder a una pregunta.

—Lena —empezó Ryan con solemnidad, mirando a su novia, a la que le entró el hipo—. ¿Con quién has tenido el mejor sexo de tu vida?

La pregunta motivó un bostezo colectivo.

—Contigo, claro —contestó, poniendo los ojos en blanco. Acto seguido se volvió hacia Will, que estaba sentado a su otro lado.

—¿Has pensado en otra mujer mientras estabas teniendo sexo?

Will enarcó las cejas, pero le sostuvo la mirada.

—Sí.

Miré a los demás frunciendo el ceño, pero por lo visto con su respuesta no se escandalizó nadie salvo yo.

—Cole —siguió inmediatamente Will—. ¿Quién es mejor en la cama, Cora o Mackenzie?

—Cora —contestó él en el acto.

Will y Ryan se rieron con malicia mientras yo resoplaba. Sentí flojera de golpe al ver el brillo en los ojos de Cole. Sin duda no me preguntaría cuál era mi color preferido, de eso estaba segura.

—Si ninguno de los que estamos en esta habitación tuviera pareja, ¿con quién preferirías acostarte, Walshy?

Tragué saliva y me quedé mirándolo un instante.

—¿Se puede saber... qué pregunta es esa? —grazné, y tuve la sensación de que la temperatura de la estancia había subido drásticamente.

—En cierto modo una que tiene una o más respuestas posibles. Solo hay tres posibilidades.

Me habría gustado borrarle a Cole la sonrisilla de la cara.

—Con Lena.

Mi amiga soltó una carcajada mientras los hombres reaccionaban protestando con vehemencia.

—En realidad, con las tres respuestas posibles me refería a los hombres que hay en esta habitación —puntualizó Cole.

—Has dicho: «Si *ninguno* de los que estamos en esta habitación tuviera pareja...».

—Puesto que no eres lesbiana, no doy por válida la respuesta.

—No hace falta que sea lesbiana para acostarme con Lena. Es atractiva e inteligente y huele mejor que vosotros tres juntos.

Mi amiga soltó una risita y Cole se dio por vencido encogiéndose de hombros. Ahora me tocaba a mí.

—¿Con cuántas mujeres calculas que te has acostado en esta cabaña, Ryan?

Ryan farfulló algo ininteligible y Lena hizo como si se tapara los oídos.

—Ni idea... Unas...

—¿... quince o cincuenta? —lo ayudó Will, y su amigo le dio un codazo.

Lena miró asustada a su novio.

—Tantas no —balbució—. La mayoría acababa en su cama. —Señaló a Will.

—Doy fe —confirmé con sequedad—. A veces la cama de Will estaba que ardía.

Mi amiga pareció tranquilizarse un poco y sacó la siguiente carta. Otra reina. Así que la ronda de preguntas continuó.

—Esta vez hacia el otro... —hipó— lado. —Se volvió hacia la derecha—. Ryan, ¿alguna vez has hecho un trío?

Abrí mucho los ojos. Esa no era precisamente una pregunta que yo le habría hecho a mi novio.

—Pues...

—¿Sí o no? —Otro hipido.

Él se movía con nerviosismo en la silla.

—Tictac, tictac —canturreó ella.

—Sí.

—¿Has dicho sí?

—¡Sí! —exclamó él alto y claro mientras la sangre se le subía a las mejillas. Se giró deprisa hacia mí, como si quisiera cambiar de tema cuanto antes.

—Izzy, ¿con quién salvo Lena te...?

—¡No vale! —Cabeceé—. No se puede preguntar lo mismo dos veces.

—Pero ¡si no es la misma pregunta! —protestó Ryan—. La he cambiado.

—De todas formas no vale.

Él se retrepó e hizo como si se parara a pensar. En su rostro se extendió una sonrisa.

—Muy bien, pregunta nueva: ¿has tenido sexo en esta casa?

—Sí —contesté sin rodeos.

—¡¿Qué?! —Will puso los ojos como platos—. ¡¿Con quién?!

—Solosepuedehacerunapregunta —masculló Lena.

—Kyle.

—¿Te acostaste con Kyle? —Will torció el gesto y un músculo se le crispó en la mandíbula.

—Pues claro que me acosté con Kyle —contesté, desconcertada por su reacción—. Era mi novio.

—Sobre todo era idiota.

Lo miré con cara de perplejidad. Aunque siempre había intuido que Kyle no le caía bien, nunca lo había dicho abiertamente. Durante un breve instante sentí la extraña necesidad de defender a mi ex. Nos habíamos conocido haciendo snowboard cuando yo iba al instituto. Kyle era tres años mayor que yo y, con sus rastas y su barba, me recordaba a John Jackson, uno de los snowboarders más cañón de todos los tiempos, que colgaba en mi habitación de pequeña en forma de póster XXL. Kyle contribuyó de manera decisiva a que me formara para ser monitora de snowboard. Y había sido el único chico que había conseguido que lo que sentía por Will al menos perdiese algo de intensidad.

—Puede... puede... que sea mejor que sigamos jugando —sugirió Ryan, y su mirada descansó en Will y después en mí—. Te toca, Izzy.

Tardé uno o dos segundos en recomponerme, pero en cierto modo ya no tenía ganas de seguir jugando.

—¿Muere Aquillus al final de la primera temporada? —le pregunté a Cole.

—Chica lista —contestó él sonriendo—. Solo espero que estéis todos tan borrachos que mañana no os acordéis. La respuesta es... sí. Aquillus muere. —Se hizo un silencio sepulcral—. Era broma. No muere. He firmado por tres temporadas. —Cole soltó una carcajada —. Debería haber grabado vuestra reacción y haberla subido a YouTube.

—Mmm. Incluyendo el momento en el que te doy un puñetazo. —Ryan le lanzó un puñado de patatas fritas.

Cole se puso a cubierto sin dejar de reírse. Tardó un tanto en recuperar la seriedad.

—Muy bien... —Se dirigió a Will—. ¿Cuál es tu fantasía sexual más recurrente?

Will frunció la frente y bebió un trago largo de cerveza como para ganar tiempo. ¿O armarse de valor? No, en realidad esa no era la clase de preguntas que hacían que Will Albright se sintiese cohibido. Lo cierto es que no se me ocurría absolutamente nada que pudiera cohibirlo.

—Sexo en una telecabina.

Torcí el gesto.

—¡Eso es exhibicionismo!

—Es una fantasía —se defendió él, encogiéndose de hombros.

—Por la que te podrían arrestar.

—Pues claro, eso también forma parte de la fantasía. —Me guiñó un ojo de manera significativa y yo hice como si me diesen arcadas.

—Ahora siento curiosidad. ¿Cuál es la tuya? —me preguntó con una sonrisa provocativa.

—Osestaissaltando... otravez... las reglas —objetó Lena, arrastrando las palabras.

—Bueno, de todas formas Izzy no es muy de seguir las reglas.

Will me miraba expectante. Ahora era yo la que necesitaba un gran trago de cerveza, ya que en todas las fantasías sexuales que había tenido en mi vida el Oscar al mejor actor era para Will Albright.

—Puesamí... megustaría... hacerloenlanieve —afirmó Lena—. Una vez Ryan y yo...

—Chsss —dijo él al mismo tiempo que le tapaba la boca con la mano. Se puso rojo y Will, Cole y yo rompimos a reír.

—Creo que será mejor que lleve a la cama a la reina del tequila —nos dijo después de que Lena apoyara la cabeza en la mesa.

—Espera, que te ayudo —se ofreció Will.

Cogieron a Lena entre los dos y la levantaron con suavidad de la silla. Ella se dejó hacer mientras balbucía.

—Madre mía, vas fatal —aseveró Ryan, que suspiró y se echó uno de sus brazos al cuello.

Ella lo miró embelesada.

—Tutambién... eres genial.

Él sonrió satisfecho y la besó en la frente. El gesto tenía algo tan conmovedor que se me saltaron las lágrimas. Mierda, ¿por qué me ponía siempre tan sentimental el alcohol?

—Anda, vamos a la cama.

Ryan la ayudó a subir la escalera con ayuda de Will. Cole y yo nos quedamos en la mesa y recogimos las cartas.

—Menuda potra has tenido, Walshy.

Lo miré como si no lo entendiera, aunque sabía perfectamente a qué se refería. Y él sabía que yo lo sabía. Esbozamos los dos una sonrisilla.

—Creo que tengo que salir a tomar el aire. Hacía siglos que no bebía tanto —afirmó Cole, ceñudo.

—Buena idea. Te acompaño.

Nos pusimos el plumífero y salimos al porche. El gélido aire hizo que nuestros pulmones sufrieran una breve conmoción. Me eché el aliento en las manos y creé una nubecilla de vaho que se disipó en el acto.

—Vaya. Creo que un cielo así no lo hay ni siquiera en Aquirania.

Cole contemplaba absorto la infinita vastedad. Ciertamente era un espectáculo impresionante. La luna casi estaba llena y la rodeaban miles y miles de luces resplandecientes.

—Por cierto, me debes una respuesta. —Su lengua parecía un poco de trapo. Calculé que se había bebido por lo menos cuatro o cinco tequilas—. Lena no cuenta, y lo sabes perfectamente.

Me reí con suavidad.

—¿Tanto le fastidia a tu ego que no haya gritado «Cole, Cole, Cole»?

—Mmm —hizo como si sopesara lo que había dicho—, ¿habría sido una respuesta sincera?

Tragué saliva.

—Dicho lo cual, me gustaría señalar que soy muy atractivo y extremadamente bueno en la cama.

Contuve una risita.

—Has olvidado el dineral que tienes en el banco y los siete millones y medio de seguidores en Instagram.

Una sonrisilla le curvó los labios.

—Ya son casi ocho. No te creerías la cantidad de gente a la que le interesa saber si entre Blue Eyed Boy y Blue Eyed Girl hay algo.

—¿«Blue Eyed Girl»? ¿Así es como me llaman?

—Entre otras cosas... Hay algún que otro nombre... menos halagador. —Se rio.

—¿No te importa que miren con lupa tu vida? ¿Que comenten y juzguen cada uno de los pasos que das? Me refiero a que te aplauden cuando te comes un puñetero plátano, pero ojo con que compres la marca de agua equivocada.

—No sabía que me seguías con tanta atención —comentó risueño.

—Es mi nueva telebasura. —El alcohol me daba valor. Y me hacía ser descarada.

—No me lo tomo en serio. Para mí lo único importante es lo que piensan las personas que me importan: mi familia, mis amigos. Adoro a mis fans, pero solo conocen al Cole que les permito ver. El Cole del torso perfecto, la ropa perfecta. —Me miró de reojo y sonrió —. La sonrisa perfecta.

—¿Quién es el otro Cole?

—El otro Cole —repitió con aire pensativo, y cruzó los brazos ante el pecho—. Le tiene, por ejemplo..., pavor al agua.

Abrí mucho los ojos.

—¿Aquillus, el dios del agua, le tiene pavor al agua?

—No se lo cuentes a nadie. —Se rio—. De pequeño me caí a una piscina y casi me ahogo. Desde entonces le tengo miedo al agua. Por lo menos cuando no hago pie.

Proferí un «Mmm» pensativo y me apoyé en la pared de la casa.

—Una verdad por otra.

Lo miré con cara de interrogación.

—Te toca. Cuéntame un secreto, Blue Eyed Girl.

Me guiñó un ojo y me ruboricé en el acto, ya que mi mayor secreto se encontraba con nosotros en esa cabaña. Pero no pensaba descubrir mi punto débil contándole que estaba locamente enamorada de mi mejor amigo.

—Nunca he besado a una mujer.

—Interesante, teniendo en cuenta que te quieres acostar con Lena. —Se puso a cubierto mientras se reía—. Vale. Te confesaré otra cosa. —Buscó mi mirada—. No me gusta mucho esquiar.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿No te gusta esquiar?

Exhaló un sonoro suspiro.

—Odio tener que llevar encima mil prendas de ropa. Odio esas botas espantosas que me hacen ampollas y me aprietan. Odio congelarme en el telesilla y odio que los ojos me lloren todo el tiempo y odio...

—Entonces, ¿por qué lo haces? —interrumpí su monólogo—. Con lo que ya sabes basta y sobra para la película.

Se encogió de hombros.

—Porque me gusta esquiar contigo.

Lo miré con cara de sorpresa.

—Hacía siglos que no me divertía tanto como en estas últimas semanas. La vida aquí es completamente distinta. Tan relajada y tranquila. Tan... *easy*. La única pregunta que me tengo que hacer por la mañana es si me quiero poner el casco negro, el gris o el blanco. En realidad no tendría ni que peinarme. —Se rio con incredulidad.

—Bienvenido al club. —Le guiñé un ojo mientras me tiraba con suavidad de las rastas.

—Por cierto, ¿cuánto hace que las tienes? —Me escudriñó el pelo.

—Desde los dieciséis años.

Aún recordaba con exactitud el momento en el que decidí convertir mi pelo largo y liso en rastas. Will había celebrado su decimoséptimo cumpleaños en la cabaña y había invitado precisamente a Kendra James y su insoportable pandilla de chicas. Todas Barbies rubias, todas con el pelo largo, todas iguales. Entonces tuve claro que quería ser distinta.

—¿Alguna vez te arrepientes?

—Siempre que me las tengo que lavar.

Arqueó las cejas.

—Tardan siglos en secarse —aclaré—. En verano la cosa no es para tanto, pero en invierno me paso la vida con el secador.

—¿Te imaginas otra vez con el pelo —entrecomilló la siguiente palabra en el aire— «normal»?

—No sé. —Me encogí de hombros—. Puede que lo haga algún día.

En su rostro se extendió una sonrisa.

—¿Quieres que te cuente otro secreto?

—Esto empieza a ser excesivo —observé con fingida seriedad.

—Nunca he besado a una chica con rastas.

Me sorprendió de tal modo que me puse roja como un tomate.

—¿Crees que saben de otra manera?

—Mmm... —Me miró de soslayo—. En cierto modo, todas las mujeres saben igual. A fresa o a vainilla. Pero me parece que tú sabrías a... hierbabuena.

—¿A hierbabuena? —repetí risueña.

—Fresca y refrescante.

Esbocé una sonrisa de satisfacción. Y después hice algo completamente inesperado. Tal vez porque estaba borracha, tal vez porque nadie me había dicho nunca nada parecido. Me incliné hacia él y lo besé. Un beso rápido, espontáneo, que de repente se convirtió en algo intenso cuando Cole me besó a su vez. Cuando de pronto su boca metió baza, se coló entre mis dientes y se enredó con la mía. «Vaya». Sentí un calor abrasador en la cabeza. En el estómago. Entre las piernas. ¿Qué estaba pasando? Me estrechó más contra él e intensificó el beso, me succionó el labio inferior, la lengua. ¡Joder! Mientras oscilaba entre la sorpresa, la excitación y el desconcierto, conseguí (sin saber cómo) separarme de él. Me quedé mirándolo mientras respiraba pesadamente. No dijo nada durante uno o dos segundos. Después esbozó una sonrisa descarada.

—A hierbabuena. Sin duda.

16

A la mañana siguiente todo el mundo estaba resacoso. Lena se había pasado media noche inclinada sobre el inodoro y, blanca como la pared, bebía sorbitos de té. Will, Ryan y yo combatíamos las consecuencias del copa del rey con unos huevos revueltos y grasiento beicon y solo hablábamos lo imprescindible. Cole ni siquiera se había levantado; estaba en su habitación, a oscuras, con dolor de cabeza. «Quizá sea mejor así», musitó la voz en mi cabeza. Siete horas de sueño no habían cambiado en modo alguno el hecho de que no tenía ni la menor idea de cómo afrontar ese beso. La noche pasada había besado a Cole Jacobs. Los mismos labios que (supuestamente) había besado Selena Gomez. Y había sido tan intenso que incluso ahora me puse roja. ¿Cuándo había sido la última vez que me habían besado así? Ahora que lo pensaba, ¿cuándo me habían besado así?

—Creo que me vuelvo a la cama —logró decir una atormentada Lena, y fue arrastrándose hacia la escalera.

—Con lo que solo quedamos nosotros tres. —Ryan se encogió de hombros—. ¿Qué me decís?

Miré por la ventana. A lo largo de la noche el tiempo había cambiado de repente. En el cielo había nubarrones y un viento racheado azotaba la casa. Probablemente hoy ya no saliera el sol, pero la perspectiva de encontrar las pistas desiertas era tentadora. Además, esos últimos días, al estar con Cole, no había tenido ocasión de subirme a la tabla.

—Me apunto.

Los dos miramos a Will, que movía de un lado a otro los huevos en el plato e hizo un gesto afirmativo.

—Vaya, como en los viejos tiempos —comentó alegremente Ryan.

Desde que estaba Lena, ya casi nunca íbamos los tres solos. Por más que me alegrase que mi amiga le hubiese cogido el gusto a esquiar, a veces echaba de menos los días en los que podía tirarme horas con Will y Ryan bajando por las pistas y saltando por rampas que yo misma hacía.

Subí a mi habitación alegremente, me puse la ropa de snowboard y cogí todo lo que necesitaba para pasar un día en la nieve. Poco después salimos los tres de la cabaña. Por la mañana tuvimos las pistas prácticamente para nosotros solos. La nieve estaba dura y helada y para esquiadores con poca experiencia era un desafío, lo que hizo que sobre todo los snowboarders optasen por refugiarse en las cabañas circundantes y adelantaran la hora de la comida. Después de emplearnos a fondo durante casi tres horas, Ryan se quejó de que la rodilla le dolía. Desde que había sufrido el accidente el año anterior, ya no podía sobrecargar la pierna.

—Se acabó por hoy. Me vuelvo con Lena y el semidiós.

De nuevo me acaloré al pensar en Cole. En ese beso. ¿Se podía saber qué me pasaba?

—No os quedéis mucho. Va a caer una buena.

Ryan señaló unos nubarrones en el cielo antes de despedirse y marcharse. Will y yo acordamos que cogeríamos una última vez el telesilla para subir a la cima y después volveríamos también a la cabaña. Los numerosos descensos pronunciados habían puesto a prueba mis muslos y, a pesar del gran esfuerzo que habíamos realizado, el frío se me había metido en el cuerpo. Para colmo, cada vez nevaba más. Me moría de ganas de darme una ducha caliente,

tomarme una taza de chocolate, ponerme el pantalón del chándal y ver a Cole.

¡¿Cole?! Mierda, ¿de verdad acababa de pensar eso? ¿Aquel estúpido beso me había nublado el cerebro o qué? Sacudí la cabeza.

Will y yo íbamos en el telesilla en silencio, contemplando el neblinoso paisaje. Aunque los asientos estaban calefactados y una cubierta nos protegía de la nieve y el viento, tenía las manos entumecidas por el frío.

Cuando faltaban unos cincuenta metros para que nos bajáramos, el telesilla se detuvo bruscamente. No era extraño que parasen cuando alguien no había conseguido subir o se había caído; la mayoría de las veces el movimiento se reanudaba escasos segundos después. Miré de reojo a Will, que parecía igual de tranquilo que yo. Teníamos la suficiente experiencia para saber que muy rara vez se producían accidentes más importantes. Naturalmente, los medios siempre se hacían eco de historias truculentas: esquiadores que se pasaban horas en una telecabina, de los que la gente se olvidaba o que tenían que saltar. Sin embargo, a mí nunca me había pasado nada parecido. Me retrepé en el asiento y escuché los aullidos del viento. Gruesos copos de nieve caían en la cubierta de plexiglás, impidiéndome ver.

—¿Crees que ha habido un apagón? —pregunté.

—Habría saltado el generador de emergencia. —La voz de Will se había teñido de cierta inquietud. Se quitó los guantes y se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta—. No hay cobertura —gruñó.

Puesto que nuestro teléfono era de la misma compañía, decidí no exponer mis manos al frío. Me arrebujé más en la chaqueta y crucé los brazos.

—¿Estás enamorada de él?

La pregunta salió como de la nada. Lo miré con cara de sorpresa, pero en los cristales de sus gafas solo se reflejaba mi propio rostro.

—Lo besaste. Ayer por la noche.

Me quedé atónita un instante. ¿Cómo lo sabía? ¿Nos había visto? ¿Le había dicho algo Cole?

—No... significó nada —balbucí.

Aunque seguía con las gafas puestas, sentí que sus ojos me miraban.

—Cuando tú besas a alguien, siempre significa algo.

Durante un momento contuve la respiración y me repetí mentalmente lo que acababa de decir. Pero no tuve bastante tiempo.

—Sabes que no se quedará. —Ahora su voz había adoptado un tono casi de reproche—. Para él solo eres...

—Will, ¿me quieres decir de qué va esto en realidad?

Me puse recta con tanta brusquedad que el telesilla se movió.

—Solo quiero impedir...

—¿Que me divierta?

—Que te hagan daño —aseveró él con énfasis.

Exhalé un suspiro burlón.

—¿Tú quieres impedir que me hagan daño? ¿Precisamente tú, Will?

Pegó un ligero respingo, y yo me mordí el labio.

—¿Qué quieres decir con eso?

Cerré los ojos e intenté tranquilizarme.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada —repetí obstinadamente, y me volví hacia el otro lado.

—Solo me preocupo por ti. Marissa dice que Cole...

—¿Has hablado de nosotros con Marissa? —inquirí sin dar crédito a mis oídos.

Will entornó los ojos.

—¿Es que hay un «nosotros»?

—No, no lo hay. Al menos por ahora.

La última parte me la podría haber callado, y surtió efecto.

—Entonces, ¿te gustaría...? Bueno...

—¿Qué, Will? ¿Acostarme con él? —Mi voz era alta y estridente—. ¿Es lo que quieres saber? ¿Si me quiero ir a la cama con él? Tirarme a la estrella de televisión. Pues claro, Will. Como todas las mujeres.

Durante unos segundos reinó el silencio.

—Estar con él. Es lo que iba a decir. —Parecía genuinamente ofendido, y durante un instante no supe qué decir.

—Casi no lo conozco.

—Pues bien que pasas cada minuto libre con él.

—¡Porque me paga por hacerlo!

Vaya, eso no era así. Y tampoco era justo. Quizá al principio sí, pero ahora me divertía pasar los días con Cole en la pista.

—Te paga para que lo enseñes a esquiar, Izzy, no para que lo lleves a todas partes.

—No lo llevo... —espeté hecha una furia—. Puede que simplemente me guste pasar tiempo con él. ¿Se te ha pasado por la cabeza?

Un músculo de la mandíbula se le crispó.

—¿De verdad eres tan ingenua? Ese tío quiere llevarte a la cama.

—Y si es así, ¿qué?

Su mirada se ensombreció. A ello siguió un silencio tenso. Después se escuchó un traqueteo y el telesilla volvió a moverse.

—Por fin —farfullamos casi a la vez.

La siguiente mala noticia nos esperaba al bajar. El viento había arreciado y nos azotaba el rostro con copos de nieve helados. Un

empleado que parecía preocupado nos informó de que el servicio de telesilla tenía que suspenderse.

—Hace una hora se emitió un aviso oficial. Será mejor que hagáis un descanso y esperéis hasta que la situación se haya calmado un poco. Podría tardar un rato...

Puso cara de disculpa y nos señaló la cabaña de esquí Yodler, a la que íbamos con regularidad desde que éramos adolescentes. Will y yo conocíamos a los que la llevaban, un matrimonio alemán, desde hacía muchos años. Ya en la adolescencia comíamos allí por lo menos una vez a la semana *Kaiserschmarrn*, una especie de tortitas desmenuzadas con azúcar glas y pasas.

—Creo que no hay más remedio —dijo Will al tiempo que se echaba los esquís al hombro.

—Pero no nos hace falta el telesilla para ir a casa.

—¿Quieres bajar la diamante negro con este tiempo?

El viento aullaba, y Will tuvo que chillar para que lo entendiese. Tenía razón. Rozaba el suicidio bajar la pista con más pendiente de toda la estación de esquí en medio de una tormenta de nieve. Me metí la tabla de snowboard bajo el brazo, malhumorada, y lo seguí. Cuando entramos en la cabaña y nos envolvió el agradable calorcito, supe por qué habíamos estado prácticamente solos en la pista. La Yodler estaba llena a reventar. Esquiadores y snowboarders con coloridos monos se apiñaban a las mesas, brindaban con cerveza y aguardiente o coreaban los éxitos alemanes de *après ski* que salían por los altavoces. Olía a alcohol y comida, a fuego de chimenea y sudor. Durante un segundo me sentí tan sobrepasada que me entraron ganas de dar media vuelta, pero Will me lo impidió.

—Hasta que deje de nevar —me recordó, y dio unas patadas en el suelo para sacudirse la nieve de las botas de esquí.

Enervada, hinché los carrillos. En ese mismo instante me vio Rosi, que estaba detrás de la barra con un vestido tradicional bávaro, con su ceñido corpiño, tirando cervezas diligentemente. No tardó ni un minuto en venir hacia nosotros, abrazarnos y estrecharnos contra su impresionante escote.

—Vaya, vaya, ¿a quiénes me ha traído la tormenta de nieve? —Incluso después de llevar más de diez años en Colorado, Rosi seguía teniendo un fuerte acento alemán—. ¿Habéis venido con Lena? —Miró a su alrededor para ver si la veía.

—No, solo hemos venido nosotros dos. —Will me miró de reojo un segundo—. Ahí fuera el mundo se acaba.

Rosi asintió y señaló el televisor de la pared: en ese momento se estaba emitiendo un aviso oficial por tormenta. Proferí un sonoro suspiro.

—Por de pronto os quedaréis aquí y entraréis en calor.

Dio la vuelta a la barra y nos sirvió dos aguardientes transparentes. Vacilé. Yo nunca bebía alcohol cuando esquiaba. Incluso había participado en una campaña que se había lanzado en el estado de Colorado cuyo lema era «Si bebes, no esquíes».

—Querida mía, por más que me gustaría decirte otra cosa, de momento no vas a poder moverte de aquí —afirmó Rosi, y me puso el vasito en la mano.

17

Eché la cabeza hacia atrás y me bebí el líquido transparente. Ya no sabía si era el tercer o el cuarto chupito. También había perdido la noción del tiempo hacía un buen rato. Habíamos entrado en la cabaña a eso de las tres de la tarde y ya había anochecido. En la Yodler, en cambio, la luz era viva. Focos de colores iluminaban una improvisada pista de baile, en la que esquiadores y snowboarders se movían al ritmo de *feel good songs*. Risas animadas inundaban el espacio. El hecho de que las pistas estuviesen cerradas y nos encontrásemos retenidos a casi tres mil metros de altitud desde hacía horas al parecer no le importaba a nadie. Y también yo había dejado atrás mi mal humor inicial a medida que había ido aumentando mi nivel de alcohol; había conocido a unos turistas suecos, había brindado con un grupo de canadienses y había comido las deliciosas *Kaiserschmarrn* de Rosi. Ahora observaba desde mi taburete la animación que me rodeaba.

—¿No quieres intervenir?

Rosi señaló a Will. Estaba rodeado de un grupo de mujeres jóvenes que celebraban una despedida de soltera y llevaban sendos gorros rosas con coronas impresas. Tenía una mano en la espalda, otra en un hombro, una tercera en el trasero.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Lo que debía parecer indiferencia más bien sonó a desesperación.

—Pues porque da la impresión de que le van a meter mano de un momento a otro. —Rosi se rio.

Una de las mujeres le dio un beso en la mejilla a Will, lo que hizo que las demás gritaran a coro.

—No creo que le suponga ningún problema.

Rosi exhaló un suspiro.

—Si te digo la verdad, nunca he entendido lo vuestro.

—Somos amigos. —Me encogí de hombros.

—No. Epi y Blas son amigos. Vosotros, en cambio —movió el dedo índice entre Will y yo—, sois un trágico cúmulo de oportunidades perdidas.

Se hizo una breve pausa y creí ver que Rosi esbozaba una sonrisa triunfal. Como si mi silencio fuese la confirmación deseada. Mientras se ocupaba de nuevo de los tiradores de cerveza, observé a Will, cuya mirada recorría la multitud hasta coincidir finalmente con la mía. En sus ojos titilaba algo y en sus labios se insinuaba una sonrisa. Dios, esa sonrisa... Como si me hubiese oído, vino hacia mí, sin dejar de mirarme mientras se abría paso entre el gentío, y se me plantó delante. Justo cuando le iba a soltar una fresca, acortó la distancia que nos separaba, me puso una mano en la nuca y me besó. Un beso tierno, casi cuidadoso. Sus labios rozaron los míos con la suavidad de la brisa, como si temiese romper algo. Durante uno o dos segundos mi mundo se detuvo. No era capaz de pensar, tan solo de reaccionar; tiré de él hacia mí, tanto que noté el calor de su piel, el martilleo irregular de su corazón. ¿O acaso era el mío? A nuestro lado se oyó un vocerío, pero lo hice desaparecer. Lo hice desaparecer todo. La música, a la gente. Solo quería seguir besándolo, conservar ese sabor, dulce y acre al mismo tiempo, sumergirme más en un mundo que sabía a azúcar glas y pasas, a tequila y limón. Pero se me escapó cuando de pronto él se separó de mí y me miró sin aliento. Su mirada me hizo estremecer:

desconcertada, casi asustada. Y lo vi en sus ojos, que no contaba con aquello, que lo había dejado atónito, que no lo quería.

—Lo siento —farfulló después de lo que me pareció una eternidad —. Es... un juego de beber. Tenía que... besar a una mujer rubia.

Señaló avergonzado a las mujeres, que le dijeron a gritos algo que no entendí, porque estaba como entumecida. Después cogí impulso y le di una bofetada. Will se me quedó mirando pasmado mientras la huella de mi mano en su mejilla se iba borrando. Cogí la chaqueta y me dirigí hacia la puerta, abriéndome paso febrilmente entre el gentío, empujando sin miramientos a los que bailaban y cantaban, tanto que a punto estuve de llevarme por delante a Rosi, que portaba una bandeja y me miró con cara de perplejidad. Me entraron ganas de vomitar. Agarré el picaporte de la puerta como si fuese mi tabla de salvación y salí tambaleándome. Un aire gélido me recibió, inundó mis pulmones, me permitió respirar hondo. De repente a mi alrededor reinaba el silencio. Solo se escuchaba débilmente la música. Busqué mi tabla. Los enormes soportes que había ante la cabaña, que albergaban cientos de esquís y tablas de snowboard, estaban parcialmente cubiertos de nieve, pero mi tabla amarillo flúor destacaba entre el resto.

—¡Izzy!

Noté una mano en el brazo y me volví sobresaltada. No debería haberme sorprendido que Will estuviese detrás de mí, pero a pesar de ello lo miré estupefacta. El hombre al que hacía escasos minutos había besado apasionadamente. Del que estaba enamorada desde que tenía uso de razón.

—¿Se puede saber qué pasa? Solo era una broma.

Furibunda, me zafé de su mano y eché a andar. No nevaba mucho, pero el viento arremolinaba la nieve.

—¡Izzy! —No dejó que me librara de él. Me volví en redondo.

—¡¿Solo una broma?! No me puedes besar sin más.

No así.

Will rio con amargura.

—Mira quién habla.

Abrí mucho los ojos.

—Tú también me besaste sin más en Nochevieja.

La tormenta se llevó una parte de sus palabras, pero así y todo entendí lo que dijo.

—Vaya, de pronto te acuerdas de eso.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Quizá porque no has dicho nada —resoplé.

Él retrocedió y entornó los ojos.

—Ni tú tampoco.

Eché la cabeza atrás y proferí un hondo suspiro.

—Porque...

—¿... no significó nada? —Una risotada maliciosa salió de su boca. Me cabreó de tal forma que me di la vuelta sin decir palabra y saqué mi tabla del soporte—. No te puedes ir ahora, Izzy.

—Ya lo creo que puedo.

—Ha oscurecido y las pistas están hechas un desastre. Además, has bebido. —Me tocó el brazo otra vez y me lo volví a quitar de encima—. Izzy, déjate de gilipolleces. ¡Es peligroso!

Sus palabras las engulló un viento que levantaba remolinos blancos en la pista. No sería un descenso fácil, eso lo sabía. Y sí, la diamante negro era pronunciada. Muy pronunciada. Pero la había bajado a menudo y conocía cada puñetero árbol del recorrido. Sabía dónde debía girar y con qué debía tener cuidado. Y lo que además sabía era que no me podía quedar en ese sitio. Comprobé mis botas, me subí a la tabla y miré la desierta pista, que despedía una luz plateada bajo la luna.

—¡Izzy! —La voz de Will resonó en la oscuridad. Me fui sin hacerle caso.

Me costó más de lo que esperaba controlar la tabla, lo cual solo se debía en parte a las condiciones meteorológicas. Las tripas me sonaban y sentía un desagradable latido en las sienes. ¿Cuánto había bebido? ¿Tres, cuatro, cinco chupitos? Y ¿cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¡Mierda! Ahora me remordía la conciencia. Siempre machacaba a mis alumnos de la escuela con eso: ¡nada de alcohol en la pista! Hice un descanso, respirando pesadamente, y me dejé caer de culo. Cerré los ojos, escuché el silencio de la noche. Qué tranquilo y apacible era todo aquí. Qué solitario y desierto. Entonces percibí unos sonidos lejanos. Cantos que cortaban el hielo. Volví la cabeza todo lo que pude y descubrí a un esquiador solitario en la pista. «Will», me dije, profiriendo un suspiro, y vi cómo se deslizaba ágilmente por la nieve en polvo, describiendo giros perfectos. Era un buen esquiador, uno de los mejores que yo conocía. Antes de que se decidiera a entrar en la policía había sido profesor de esquí. Justo cuando me iba a levantar me dio alcance.

—¿Te has vuelto completamente loca? —me espetó. Su respiración era agitada.

—¿Por qué no te has quedado en la cabaña? —vociferé.

En lugar de decir algo, se limitó a sacudir la cabeza y se quitó los copos de nieve de las gafas. Mientras tanto, yo me levanté e hice ademán de continuar.

—¡Joder, Izzy! ¡No seas insensata!

Su ira me aturdió de un modo extraño. Me impulsé de nuevo y cobré más y más velocidad, aunque la pista cada vez tenía más pendiente. Pese a ello, Will me dio alcance. Bajamos en paralelo, cada uno luchando contra la nieve, el viento, la oscuridad. Conocíamos bien el recorrido, sabíamos dónde teníamos que girar

para llegar al último tramo, que pasaba justo por delante de la cabaña de los Albright.

Sin embargo, cuando ya no estábamos lejos, me di cuenta de que la sombra que esquiaba a mi lado había desaparecido. Frené y esperé a Will, pero no salió de la curva a toda velocidad. Me asaltó un mal presentimiento.

—¿Will? —lo llamé.

A mis oídos solo llegaron el silbido del viento y el sonido lejano del motor de una oruga.

—¡Will! —grité a pleno pulmón a la fría noche.

Como fuese una broma o quisiera castigarme así, se iba a enterar. Me dejé caer a regañadientes, me quité la tabla de snowboard y empecé a subir la pendiente. Mis botas se hundían en la nieve reciente y rompí a sudar.

—¿Will?

De nuevo nada. Comenzaba a ponerme nerviosa. Me saqué el móvil del bolsillo y constaté con alivio que tenía cobertura. Marqué inmediatamente su número. Para mi desconcierto, oí un sonido débil. Eso no era bueno. Nada bueno. Aumenté el ritmo, abriéndome paso a duras penas por la nieve. Los muslos me ardían del esfuerzo, el sudor me corría por la espalda.

—¿Izzy?

Sentí un profundo alivio.

—¿Dónde estás? —grité por teléfono.

Oí un graznido.

—Había una placa de hielo.

El pulso se me aceleró inmediatamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herido? ¿Dónde estás? —Casi solté un gallo.

—Ni idea. Creo que... ¡Ay!... ¡El brazo!

—¿Dónde estás, Will? —exclamé, histérica, mientras recorría la pendiente con los ojos y avanzaba por la nieve jadeando—. ¿Cuándo dejamos de ir juntos?

—Después de la... última curva —consiguió decir, la voz distorsionada por el dolor. A ello siguió otro gemido.

—¿Te puedes poner de pie? ¿Puedes...?

—No —se quejó—. La rodilla...

Escudriñé la noche despavorida.

—Vale, vale, déjame pensar... Tenemos que... Tengo que...

—Izzy —dijo atormentado por teléfono—. Llama a Mike Hanson.

Mike Hanson. Mike Hanson. Mike Hanson.

—¿De rescate en pistas?

—Sí. O me temo que no podré bajar.

—¡Mierda! —me lamenté—. ¡Mierda, mierda y mierda!

Aquello era culpa mía. Todo era culpa mía. Había venido detrás de mí y ahora estaba herido. ¿De gravedad, tal vez?

—¡Izzy! ¡Llama a rescate! —pidió con premura—. ¡Ya!

—Voy, voy —balbucí—. Tengo que colgar un momento, ¿vale? —Con dedos temblorosos busqué en mi lista de contactos. La última vez que había necesitado la ayuda de Mike fue porque una niña de mis clases de snowboard se cayó y se rompió un brazo. Esta vez era mi mejor amigo. Que había venido en mi busca. ¡Mierda!—. ¿Mike? Gracias a Dios. Soy Izzy, Izzy Walsh. Te llamo por Will.

18

—¡¿Se puede saber por qué demonios bajáis la diamante negro en noche cerrada?! ¡¿En medio de una tormenta de nieve?! —Ryan nos dirigió una mirada de reproche por el retrovisor primero a mí y después a Will. Había aguantado un rato, pero cuanto más nos alejábamos del centro médico, tanto menos era capaz de contener el enfado que tenía—. Es un milagro que no haya pasado algo peor. —Ahora parecía un padre que iba a buscar a sus hijos beodos a una fiesta. Miré de soslayo a Will, que observaba por la ventanilla en silencio. Tenía el brazo derecho escayolado desde el codo hasta la muñeca y una bolsa de frío en la rodilla—. ¡Nada de alcohol en la pista! Ese siempre ha sido tu lema —me echó la bronca Ryan sin apartar la vista de la carretera, que se extendía ante nosotros como una alfombra blanca. Del cielo seguían cayendo gruesos copos de nieve, y avanzábamos despacio, aunque en la carretera no había ni un alma. Tan solo nos habíamos cruzado con un coche desde que habíamos salido del aparcamiento.

—Lo sé —musité.

Will seguía sin decir nada, con la mandíbula apretada. Solo de vez en cuando salía de su boca un gemido apenas perceptible, y cada una de esas veces me llegaba al alma. Era culpa mía que estuviese dolorido. Yo era la responsable de que hubiese bajado por esa pista. Había tratado de impedírmelo, pero no le había hecho caso. Por orgullo herido, por vanidad ofendida, por decepción y rabia. Continuamos hasta la cabaña en silencio. Poco después de la una,

cuando Ryan abrió la puerta, Lena dormitaba en el sofá mientras por la pantalla del televisor se deslizaban los títulos de crédito de *Thor*. En ese mismo instante despertó y nos miró con cara adormilada.

—¡Mierda! —completamente despabilada en el acto, saltó por el respaldo del sofá y se quedó mirando la escayola que asomaba por debajo de la camiseta técnica de Will—. ¿Está roto?

—Sí —repuso él escuetamente. La expresión de su rostro era sombría.

—Pero ¿qué ha pasado? Ryan salió pitando cuando...

—Pregúntale a ella —refunfuñó Will, que me señaló con el pulgar antes de irse cojeando hacia la cocina sin decir nada más. No se había quitado las botas de esquiar e iba dejando un rastro de nieve medio derretida a su paso. A los ojos de Lena asomó un sinfín de signos de interrogación.

—Ha sido un día largo —musitó, tenso, Ryan, que le dio un beso en la mejilla a su novia—. Quizá sea mejor que nos vayamos a dormir y mañana...

—No —objetó Lena—. Me he pasado estas dos últimas horas muerta de la preocupación, así que me gustaría saber qué ha pasado.

Al lado, la puerta de la nevera se cerró ruidosamente.

—Izzy es lo que ha pasado —rezongó Will, que volvió al salón con una lata de cerveza en la mano.

Tragué saliva, pero era como si tuviese una bola de golf en la garganta. Durante la última media hora me habría gustado que dijera algo, que rompiese de una vez ese silencio insoportable, pero ahora el rechazo que destilaba su voz me dejó completamente descolocada. Vi como aturdida que se sentaba en el sofá, se ponía a zapear y bebía un gran trago de cerveza.

—No creo que sea buena idea que hagas eso. Alcohol y analgésicos no son la mejor combinación —observó Ryan.

Will bebió otro trago largo.

—Alcohol e Izzy tampoco.

Lena me miró con cara de desconcierto mientras buscaba respuestas en mi rostro y yo hacía un esfuerzo para no llorar. La situación me superaba a más no poder, y empezaba a acusar el cansancio. El pronunciado descenso me había agotado físicamente y el temor por la vida de Will mentalmente.

—Muy bien —musitó Ryan, y fue a la cocina.

Cuando se sentó junto a su amigo con una lata de cerveza, en la pantalla Tobey Maguire gateaba en forma de Spiderman. Como si no hubieran visto nunca la película, clavaron la vista en el televisor mientras se bebían la cerveza en silencio.

—Me voy a dar una ducha —dije en voz baja, y esperé en vano una reacción del sofá.

Subí la escalera con los hombros caídos y caminar extenuado. Solo cuando pasé por delante de la habitación de Cole fui consciente de que ni siquiera había preguntado por él. ¿Estaría mejor? Pegué el oído a la puerta un instante, pero lo único que escuché fue el televisor de abajo. Durante un segundo acaricié la idea de hacer notar mi presencia, pero la deseché en el acto. De pronto Cole y el beso de la noche anterior no se me podían antojar más lejanos. Así que me metí en el cuarto de baño, me quité la sudada ropa de snow y abrí a tope el grifo de la ducha. El agua caliente golpeó con fuerza mis cansados músculos. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, pero era incapaz de tranquilizarme. Mis pensamientos giraban en torno a Will, volvían constantemente al momento en que sus labios se habían fundido con los míos. Una sensación de calidez se extendió en mi pecho. Me había sentido tan bien. Tan a gusto. Como

un puñetero final feliz. Pero debería haber leído el guion hasta el final. Una suave llamada a la puerta me arrancó de mis pensamientos.

—¿Puedo entrar?

Durante una décima de segundo me decepcionó que no fuese la voz de Will. Qué absurdo. Con la rodilla lesionada difícilmente subiría la escalera y, aunque lo hiciese, probablemente preferiría hablar con la lámpara de su mesita de noche antes que conmigo.

—Claro.

Cogí la toalla y salí de la ducha. Un aire frío se coló en el cuarto de baño lleno de vapor cuando Lena abrió la puerta y se sentó en el borde de la bañera. Me miró con expresión compasiva.

—¿Qué ha pasado? Los dos vaqueros de ahí abajo no sueltan prenda.

Me senté junto a ella envuelta en la toalla. Al principio no fui capaz de decir nada, pero después de mi boca salió un torrente de palabras. Empecé por el beso con Cole, le conté la reacción de Will al verlo, el beso en la cabaña, la discusión, el accidente.

—No es culpa tuya que se cayera. Nadie lo obligó a ir detrás de ti.

«Sí: yo. Nuestra amistad». Y es que, en el fondo, sabía que me seguiría. Porque yo habría hecho exactamente lo mismo por él. Afligida, clavé la vista en los azulejos que tenía debajo de mis pies descalzos.

—Y fue... ¿un buen beso? —preguntó Lena, que no pudo reprimir una sonrisilla.

—Sí —afirmé, y lancé un suspiro y cerré los ojos. Volvía a estar en la Yodler, notaba sus labios sobre los míos, su cuerpo, su calor—. Y huele tanto a... a Will.

Lena se rio.

—En realidad me refería a Cole.

Me puse roja.

—Pero me ha quedado claro qué beso ha cambiado tu vida —terció.

—Eso no fue un beso —aseveré con abatimiento tras proferir otro suspiro—, sino un puñetero juego de beber.

—¿De qué beso estamos hablando ahora?

Conseguí esbozar una sonrisilla.

—Lo peor es que yo le devolví el beso. —Enterré la cara en las manos—. No podría haberle demostrado con más claridad que me gusta.

Lena arrugó la nariz.

—Estamos hablando de Will... Es muy probable que siga sin pillarlo. —Entornó los ojos—. Y si lo pilló, debería haber actuado en consecuencia.

La miré sin entender lo que quería decir.

—A ver, tenía una cabaña entera para elegir.

Seguía sin saber adónde quería llegar.

—Habría podido besar a cualquier rubia, pero te eligió a ti. —Me dirigió una mirada significativa—. Y casualmente después de que se enterase de que te gusta Cole.

—No me gusta Cole.

—Pero lo besaste.

—Solo por... diversión. —Por favor, ahora hablaba como Will—. Los dos habíamos bebido y en cierto modo...

—En Will al parecer tuvo otro efecto. —En sus ojos había un brillo risueño—. Y tú no te has molestado precisamente en convencerlo de lo contrario, ¿no?

Mi silencio bastó por respuesta. No podía negar que la reacción de Will me había proporcionado cierta satisfacción. Que estuviese celoso de Cole. ¿O en el fondo solo quería protegerme, como

aseguraba él? Quizá solo le preocupase que pudieran hacerme daño. Me mordí el labio inferior sin llegar a ninguna conclusión.

—Por cierto, Cole está bastante fastidiado. Creo que tiene un buen gripazo.

—Lo que faltaba.

—Se ha pasado el día entero en la cama. Casi ni lo he visto.

Angustiada, me miré los pies.

—Tú sí que sabes dejar fuera de combate a los hombres de tu vida.

—Ja, ja.

Lena esbozó una sonrisa conciliadora.

—Puede que Ryan tenga razón y lo mejor es que nos vayamos todos a la cama. —Me pasó un brazo por los hombros y me dirigió una mirada de ánimo—. Mañana seguro que las cosas se ven de otra manera.

—Sí, pero no necesariamente mejor —musité.

Mi mala conciencia y mi preocupación por Will no me dejaron dormir, aunque me notaba el cuerpo agotado y sin fuerzas. Daba vueltas en la cama y buscaba respuestas en la oscuridad. A las tres de la madrugada, al ver que mi cabeza se negaba a desconectar, me levanté y fui hacia la puerta sin hacer ruido. Quizá un vaso de leche me ayudara. O las deliciosas galletas de jengibre que había llevado Lena. Salí al pasillo y constaté, sorprendida, que en el cuarto de baño había luz. La puerta estaba entreabierta. Una suave imprecación llegó a mis oídos. Me quedé donde estaba, titubeando, y agucé las orejas. Otro taco, seguido de un gemido de dolor. Will. Abrí la puerta sin vacilar. Estaba sentado en el borde de la bañera, peleándose con la manga de la camiseta técnica: la aparatosa

escayola le estorbaba. De pronto me arrepentí de no haber llamado, tanto más cuanto que, al igual que antes, Will ni me miró.

—¿Necesitas ayuda?

Levantó la cabeza despacio. Sin duda no se había limitado a tomarse una única lata de cerveza. Lo demostraban no solo sus ojos vidriosos, sino también el olor a cerveza que flotaba pesadamente en el aire.

—No —repuso, arrastrando la palabra.

Probó de nuevo a quitarse la camiseta ceñida. Sus movimientos eran lentos y descoordinados, y amenazaba con caerse hacia atrás en la bañera vacía.

—¡Cuidado!

Me planté de un salto donde estaba y lo sujeté por la camiseta. Pesaba como un saco mojado, pero no sé cómo conseguí mantenerlo recto.

—¡Déjame! —exclamó, y me quitó las manos.

El aliento le olía a alcohol, ya no a azúcar glas y pasas.

—¿Cuánto has bebido?

—No lo suficiente —balbuceó mientras se toqueteaba de nuevo la manga.

Sin dudarlo un momento, la agarré por la parte de abajo.

—¡Déjala! —silbó, pero no se defendió con mucho entusiasmo cuando le saqué la manga del brazo escayolado y después la prenda por la cabeza. Yo no llevaba sujetador debajo de la camiseta con la que dormía y me quedé helada un segundo cuando su cabeza cayó hacia delante y me rozó los pechos. Pero Will estaba demasiado borracho para darse cuenta. Arrugando la nariz, dejé caer al suelo la camiseta técnica. Al haberla llevado puesta todo el día, despedía un desagradable olor a sudor, comida y alcohol, exactamente igual que él.

—Tienes que ducharte —dije con suavidad.

—¿Qué crees tú que iba a hacer? —replicó con lengua de trapo mientras pugnaba por desabrocharse el botón del pantalón de esquí.

Era asombroso que alguien pudiera abrir sin problemas latas de cerveza, pero no su propia bragueta.

—Te lleno la bañera —propuse con un carraspeo, y me incliné hacia el grifo y lo abrí a tope hasta que salió agua caliente. Ducharse con una escayola no era fácil, pero en la bañera se podía sentar sin problema. Eché sales de baño al agua humeante, que hizo espuma y desprendió un olor a lavanda.

—Menuda peste.

—Huele mejor que tú —farfullé mientras fui a desabrocharle el botón del pantalón.

—¡Quita! Puedo yo solo.

La ira que reflejaban sus ojos me hizo dar un respingo.

—Solo quería ayudarte.

Una risotada amarga salió de su boca.

—Ya, eso mismo pretendía hacer yo.

—No te pedí que vinieras detrás de mí. —En cierto modo, las palabras que había pronunciado Lena parecían ahora hueras—. Nada de esto habría pasado si no me hubieras —me detuve— utilizado para tu estúpido juego de beber.

—¿Utilizado? —repitió en tono de burla—. Es curioso, porque me dio la impresión de que te gustó.

Tragué saliva. Me debatía entre el más absoluto de los bochornos y una ira sorda.

—Buenas noches, Izzy. —De repente su voz parecía más clara que el agua.

—Buenas noches —mascullé, y salí del cuarto de baño.

19

A la mañana siguiente, un silencio opresivo se cernía sobre la mesa mientras desayunábamos. Solo se vio interrumpido cuando Cole tuvo que estornudar. En efecto, estaba bien fastidiado. Tenía los ojos vidriosos y su nariz, roja, se perlaba de sudor a intervalos regulares. Sorprendentemente, pese a lo grogui que estaba seguía publicando selfis en Instagram y cosechando miles de comentarios que le deseaban que se recuperase.

Mientras él probaba a ver cuál era la mejor manera de colocar la manzanilla que se estaba tomando, Will fracasaba por enésima vez en su intento de untar una tostada con mantequilla de cacahuete.

Ryan y Lena, al parecer, no se daban cuenta. Yo, en cambio, era incapaz de mirar hacia otro lado. Como si fuese la escena de un crimen.

—¿Quieres que te...?

—Puedo yo. —Fue a utilizar el cuchillo de nuevo y de nuevo se le escurrió el plato—. ¡Joder!

Enervado, lo dejó con fuerza en la mesa. Todos los ojos se volvieron hacia él.

—Quizá sea mejor que te pases al muesli de momento —observó Ryan con cierta guasa.

Lena le lanzó una mirada de reproche. En ese mismo instante empezó a vibrar el móvil de Will. En la pantalla vi que era el número del trabajo. Él había intentado localizar a sus ayudantes varias veces.

Se levantó de la silla con semblante sombrío y salió cojeando al porche con el teléfono.

—No sé por qué se pone así —observó Ryan—. Después del accidente, yo estuve casi tres meses escayolado. A él se la quitan dentro de cuatro semanas.

—Ganas el concurso de comparación de escayolas. Estoy muy orgullosa de ti —bufó Lena.

—¡¿Hola?! Doce semanas sin poder hacerme una paja —se señaló y después señaló a Will—, cuatro semanas sin poder hacerse una paja.

—No creo que ese sea el mayor de sus problemas ahora mismo —adujo ella, bufando una vez más.

—Tú no lo has visto desnudo. Si lo hubieras visto, sabrías que es bastante grande...

Su novia lo hizo callar con una única mirada.

—Creo que estamos todos de acuerdo en que necesita nuestra ayuda —afirmó.

Miré hacia el porche, donde Will estaba informando a sus ayudantes de que a lo largo de las semanas siguientes tendrían que hacer horas extras. Su lenguaje corporal dejaba traslucir su tensión, desde la rigidez de su postura hasta el ceño fruncido.

—Alguien tendrá que hacerle la compra y ayudarlo a ducharse y vestirse —continuó Lena.

—Alguien vive a su lado —observó Ryan, guiñándome un ojo.

Proferí un suspiro de frustración.

—Por si no te has dado cuenta, está cabreado conmigo.

—¿Por qué, por cierto? —preguntó Cole, como si se hubiese despertado después de haber estado durmiendo mil años. Su voz sonaba inusitadamente bronca y rasposa.

Ryan le restó importancia con un movimiento de mano.

—Porque quiso hacerse el héroe y se cayó del caballo.

Por lo visto a Cole le satisfizo la respuesta y volvió a centrar la atención en su móvil.

—Se le pasará —me dijo Ryan—. Will es incapaz de estar enfadado con alguien mucho tiempo. Y menos contigo.

Ojalá tuviese razón.

El camino de vuelta lo hicimos prácticamente en silencio. A los pocos minutos Cole se quedó dormido y los otros tres iban cada uno a lo suyo mientras yo conducía el coche de Will. En contra de lo que esperaba, no protestó cuando me ofrecí a hacerlo. Claro que para ello habría tenido que hablar conmigo, algo que evitaba en la medida de lo posible. Tras dejar a Cole en el Sebastian, llevé a Ryan y Lena a casa de los Cooper, que los habían invitado a comer. Un silencio opresivo se extendió en el coche cuando el maletero se cerró y Will y yo nos quedamos solos. Durante uno o dos segundos acaricié la idea de provocarlo con algo, obligarlo a dar rienda suelta al cabreo que tenía. Quizá después pudiéramos volver a hablar al menos con normalidad. Pero lo dejé estar y arranqué el coche. El camino se me hizo el doble de largo y sentí verdadero alivio cuando por fin apareció nuestro edificio al final de la calle.

—Espera un momento, que te ayudo —me ofrecí después de dejar el coche en el camino de acceso.

—No hace falta.

Abrió la puerta del acompañante.

—Pero... ¿tus cosas...?

—Ya me las arreglo.

Cerró la puerta y dio la vuelta al coche cojeando. Consiguió abrir el maletero con una mano y echarse al hombro la bolsa de viaje.

Afligida, vi que desaparecía en el edificio. Me quedé un rato sentada en el coche, mirando con fijeza el volante. Me sentía completamente vacía. Ni siquiera tenía fuerzas para levantarme. Y eso que ahora Will me necesitaba, aunque no quisiera reconocerlo. Lo imaginé cojeando escalera arriba, peleándose con la ropa y fracasando en el intento de ducharse, preparándose un sándwich que no paraba de resbalársele y acababa en el suelo. Sumida en mis pensamientos, me bajé del coche, saqué mi bolsa del maletero y a punto estuve de pisar un botecito anaranjado de pastillas. Lo cogí y vi que eran los analgésicos de Will. Esa mañana estaban en la mesa cuando desayunábamos. Debían de habérsele caído del bolsillo. Llevé mi equipaje a casa y llamé a la suya. No abrió, ni siquiera después de que llamara dos veces.

—Vamos, abre. —Golpeé la puerta en vano—. ¡Will! ¡Tengo tus pastillas!

Otra vez nada. Empezaba a hartarme. Estaba enfadado conmigo —y con razón—, pero no hacerme el menor caso era absolutamente ridículo. Ya estaba bien. Éramos amigos. Íntimos. Y los amigos se ayudaban cuando hacía falta. Volví un momento a mi casa y cogí la llave que tenía de la suya. Llamé por si acaso de nuevo antes de abrir.

—¿Will?

Cerré al entrar y fui al salón. Se encontraba espatarrado en el sofá, con la mirada perdida en el televisor. Parecía agotado. Estaba pálido y sudoroso y tenía unos mechones de pelo húmedos pegados a la frente. Me acongojé al verlo tan débil.

—Esto es allanamiento de morada —refunfuñó sin apartar la vista de la tele—. Te puedo detener por ello.

—¿Aunque tenga esto de aquí? —Hice tintinear la llave.

—Aunque tengas llave, sí. Además, era para casos de emergencia.

—Esto es una emergencia: perdiste las pastillas.

Dejé el botecito delante de él, en la mesa de centro.

Will se puso de lado y lo cogió. Hizo una mueca de dolor.

—Tienes dolores.

—La rodilla me duele como un demonio, y el brazo me está matando.

—Espera, que te traigo un vaso de agua y una bolsa de frío.

Sin esperar a que me diera su consentimiento, fui a la cocina y abrí la nevera, que, como siempre, estaba bien surtida. Con la comida que tenía, aguantaría algún tiempo.

—¿Tienes hambre? —le pregunté mientras sacaba una bolsa de frío del congelador; descubrí en él, con sorpresa, cinco tarrinas grandes de helado de Cookie Dough.

—No.

—¿Seguro? Porque esas pastillas son bastante fuertes.

Volví al salón con un vaso de agua y la bolsa de frío. Le puse el gel azul en la rodilla y Will pegó un respingo, pero no habría sabido decir si fue del frío o del dolor.

—Toma.

Le tendí el vaso y una pastilla.

—Dame otra.

Enarqué las cejas.

—¿Cuántas te has tomado hoy?

—No grites, que espantas al unicornio.

Lo insté a que fuese más serio con una mirada.

—Una en el desayuno y una antes de venir.

Miré el reloj: ni siquiera era la una de la tarde.

—Entonces será mejor que tomes solo una.

—También me puedo tomar unas Tic Tac. Estoy dolorido, Izzy.

«Y tú tienes la culpa». No lo dijo, pero yo lo oí en cada una de sus palabras.

—Está bien —repuse. Suspiré y saqué otra pastilla del botecito de plástico.

Después de tragarlas con agua, se echó hacia atrás y cerró los ojos. La tensión se borró de su postura y sus rasgos se suavizaron.

—¿Por qué tienes helado para un mes en el congelador?

Me senté a su lado en el sofá y le coloqué bien la bolsa de frío. Esta vez no se asustó.

—Lo compré para ti —contestó sin abrir los ojos—. Pero —hizo una pausa— últimamente no tienes muchas ganas de... Cookie Dough.

El doble sentido de sus palabras no se me escapó, pero no se me ocurrió nada ingenioso que decir. Durante un rato nadie añadió nada. Solo hablaba el tipo de la pantalla, que perseguía a unos terroristas en Yemen, si no había entendido mal.

—Lo siento, Will. Todo. No debería haberme comportado de un modo tan infantil.

Durante un instante pensé que se había quedado dormido, porque no respondió.

—Tú no tienes la culpa de que fuera demasiado deprisa. Y lo de la placa de hielo fue mala suerte, solo eso.

Lo miré con cara de sorpresa.

—Pero... sí que tengo la culpa de que salieras detrás de mí.

Una sonrisa débil asomó a su rostro.

—Y yo de que tú te fueras.

Tardé unos segundos en entender lo que quería decir. Como si quisiera asegurarse de que era así, añadió:

—Lo del beso fue una cagada por mi parte. Lo hice sin pensar.

«¿En qué?», tenía en la punta de la lengua, pero la cobarde que había en mí se impuso.

—Mi reacción fue excesiva —repuse—. Siento lo de la bofetada.

Esbozó una sonrisa y se frotó la mejilla.

—Tienes mucha fuerza, Walsh.

Con una sonrisa cohibida, me mordí el labio inferior.

—Me crie entre vaqueros.

El móvil me vibró y vi el nombre de Cole en la pantalla. Esa mañana casi no habíamos tenido ocasión de hablar. Y eso que teníamos de qué, pensé, y me mordí de nuevo el labio.

—¿No lo quieres coger? —Will me sacó de mis pensamientos.

Negué con la mano.

—Solo es Cole.

Él me miró con aire pensativo.

—No tengo nada en contra de Cole. —Su voz parecía demasiado controlada.

Una sonrisa cansada afloró a mi rostro.

—Es lo que no paras de decir, y sin embargo te portas como un idiota en su presencia.

Will arrugó la nariz.

—Porque no me fío de él, solo es eso.

—¿No te fías de él? —Resoplé—. ¿Es que estamos otra vez en el punto en que me insinúas que no estoy lo bastante buena para él y que no hay ningún motivo lógico por el que él...?

—¡No! Estás... —Se interrumpió y apretó los labios—. Es solo... es solo que no quiero que te haga daño.

Sus palabras me conmovieron.

—Soy una chica mayorcita, Will —respondí, pese a ello.

—Lo sé. Y... echo de menos a esa chica. A... mi chica.

El corazón se me encogió. ¿De verdad acababa de decir eso? *¿Mi chica?*

—Casi no hacemos cosas juntos desde que está él.

Mi cerebro seguía intentando procesar sus palabras. *Mi chica*.

—Pero si hemos pasado todo el fin de semana juntos.

—Tú y yo, me refiero. Hace siglos que no vemos una peli o vamos a tomar una cerveza después del trabajo.

«Mi chica...», «una cerveza después del trabajo». La alegría dio paso deprisa al desencanto.

—Tengo la sensación de que ya solo estás con él. De que ya no existes sin él —añadió con un gruñido.

—Eso es una chorrada... como puedes ver. —Le guiñé un ojo—. Además, dentro de poco eso se solucionará solo. —«Dentro de diez días exactamente», pensé, y me pregunté qué me hacía sentir. Si me hacía sentir algo. Hice a un lado el pensamiento—. Y me tendrás encima otra vez cada dos días, Will Albright.

Me miró con cara seria.

—¿Estás segura de eso?

—Bueno, puede que no cada dos días, pero...

—Sabes lo que quiero decir, Izzy.

Lo miré ceñuda.

—¿Estás segura de que así —hizo una pausa dramática— se solucionará esto?

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Claro. A ver, Cole no se puede quedar aquí para siempre. Además, ¿por qué iba a hacerlo?

Sus ojos me buscaron y me encontraron.

—Tal vez porque sabes a hierbabuena.

Me quedé mirándolo con la boca abierta.

—Nos... escuchaste. —No lo dije en tono de reproche, sino solo sorprendida y un tanto avergonzada.

—Mi habitación está justo encima del porche.

Durante una décima de segundo creí ver cierta tristeza en sus ojos. Intenté recordar la conversación que había mantenido con Cole, me pregunté si Will lo habría oído todo y a qué conclusiones habría llegado. Aparte del beso, la conversación fue de lo más inocente. Hicimos el bobo, nos tomamos el pelo, flirteamos un poco, como hacíamos todos los días. Solo que Will no nos veía juntos todos los días. ¿Cómo se lo tomaría? ¿Qué se le pasaría por la cabeza cuando Cole me dijo que no le gustaba esquiar, que solo le gustaba esquiar conmigo? Lo miré. Al parecer las pastillas le habían dado sueño. Había cerrado los ojos y su pecho subía y bajaba con regularidad. Contemplé su rostro un instante. Las espesas pestañas, la nariz grande y recta, la curva de sus labios. Incluso cuando dormía, Will Albright hacía que el corazón se me acelerase, constaté con cierta frustración. Procuré no hacer ningún ruido cuando me levanté del sofá y fui hacia la puerta.

—No sabes a hierbabuena.

Me detuve, sorprendida, y me volví hacia él. Seguía con los ojos cerrados, y cuando empezaba a preguntarme si no habría sido una alucinación mía, su boca se movió de nuevo y a sus labios asomó una sonrisilla.

—Sabes a caramelos de menta glacial.

20

«Sabes a caramelos de menta glacial».

El recuerdo de esa frase hizo que un cosquilleo me recorriera el cuerpo incluso a la mañana siguiente. ¿O era un escalofrío? No lo sabía. No sabía lo que querían decir sus palabras, si las había pronunciado debido a la ofuscación que le provocaban las pastillas o si las había dicho en serio. Sin embargo, me mantuvieron en vela, se colaron en cada rincón de mi cabeza. Casi agradecí que el móvil me sonara en la mesita de noche. Era Marissa. Cole tenía que guardar cama por lo menos tres días y lo que tenía era muy contagioso, como recalcó varias veces, probablemente para poder mantenerme alejada de manera efectiva de su protegido. En cierto modo, era como si reuniese a hombres enfermos en mi vida. Le envié a Cole un GIF gracioso de un gato para animarlo y le deseé que se pusiera bien pronto, tras lo cual él me mandó un selfi desde la cama en el que solo llevaba puesto un bóxer muy corto. Dejé a un lado deprisa el móvil, que sonó en ese mismo instante. Era la señora Albright.

—No consigo hablar con Will. No me coge el móvil.

Miré el reloj: solo eran las nueve pasadas. Sin embargo, Will era madrugador; rara vez seguía en la cama después de las ocho.

—Estoy algo preocupada, Izzy. Ayer por la noche me dijo algo muy raro.

«Sabes a caramelos de menta glacial».

—Pero puede que fueran los analgésicos —añadió, pensando en voz alta—. ¿Te importaría ir a ver cómo está?

—Claro que no. Iba a pasarme de todas formas.

Del teléfono me llegó un sonido de satisfacción.

—Cuánto me alegro de que viváis juntos.

Me callé que estrictamente hablando solo vivíamos en el mismo edificio y le prometí a la señora Albright ir acto seguido a ver a Will. Después de cepillarme deprisa los dientes, me puse unas mallas y una sudadera y cogí las llaves del piso de Will. En lugar de tocar el timbre, esta vez abrí la puerta sin más y lo llamé. Me recibió el silencio. Lo encontré en el salón; tiré sin querer una botella cuando me acerqué al sofá. Will pegó un respingo, sobresaltado, y me miró con los ojos como platos. No me habría extrañado que sacara una pistola y me apuntase con ella, viendo la cara de susto con la que me miraba.

—Tu madre estaba preocupada. No coges el teléfono.

—Porque estaba durmiendo —farfulló, y se pasó la mano por el pelo despeinado—. ¿Qué hora es?

—Casi las nueve y media.

—¿Las nueve y media? Por Dios, ¿qué tienen esas pastillas? —Fue a incorporarse y lanzó un gemido.

—¿El brazo?

—No, la espalda. Dormir aquí no ha sido la mejor idea. Me noto completamente tieso.

Al estirarse se le resbaló la manta del cuerpo y vi el marcado bulto que tenía en el bóxer. Muy tieso.

—La dura realidad de la mañana —comentó con una sonrisa.

En lugar de sentir alivio al ver que volvía a bromear, me puse roja.

—¿Te traigo otra? —Cogí del suelo la bolsa de frío y corrí hacia la cocina sin esperar a que me contestara. Me habría gustado meter la cabeza en el congelador. ¿Desde cuándo me avergonzaba como una niña de trece años? Will tenía una erección matutina, ¿y qué? Todos

los hombres tenían erecciones matutinas. Volví al salón con otra bolsita de gel en la mano. Él se había vuelto a tumbar y tecleaba algo en el móvil. Sin vacilar, le tiré la bolsa de frío al estómago, pero aterrizó bastante más abajo.

—¡Ay! —se quejó—. ¿Es que quieres que los Albright se extingan?

Puse los ojos en blanco.

—Eso no me preocupa en absoluto. ¿Qué tal tienes la pierna?

En lugar de contestar, apartó la manta y me enseñó la rodilla, que tenía el color de una ciruela madura y estaba más hinchada todavía que el día anterior.

—¡Mierda! —se me escapó.

—Mmm —refunfuñó él.

Solo ahora fui consciente de que únicamente llevaba puesto el bóxer. Gris. De Hilfiger. Interesante.

—A todas luces pudiste desnudarte.

Miré de reojo el pantalón vaquero, que estaba hecho una bola junto al sofá.

—Desnudarme siempre se me ha dado muy bien.

Esbozó una sonrisa pícara.

—Voy a hacer la compra —proseguí sin inmutarme—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Necesitas algo de la farmacia?

Will cabeceó.

—Ahora mismo no se me ocurre nada.

—Vale. Si se te ocurre, me llamas.

Asintió y echó mano del mando a distancia. Poco después fui a Target y empecé a echar al carrito todo lo que había apuntado en la lista de la compra. Todavía se me hacía raro poder decidir lo que quería comprar, si los caros cereales de Kellogg’s o los productos de marca blanca de Target, si esa semana quería comer carne o no. Mientras empujaba el carrito por los pasillos, Molly McAbott se cruzó

en mi camino y me acribilló a preguntas sobre el accidente de Will, aunque, como no tardé en constatar, sabía más cosas que yo. Molly era la Agencia de Seguridad Nacional en persona de Green Valley, propietaria de una bonita floristería en Main Street y miembro del comité organizador de prácticamente todos los actos que se celebraban en nuestra pequeña y aletargada ciudad. Pero, aunque de vez en cuando su curiosidad era exagerada, resultaba imposible no quererla. Además, hacía, con diferencia, el mejor pastel de calabaza. Más de un hombre en Green Valley compraba flores con regularidad a su mujer solo por este motivo.

—Por cierto, ayer vi esa serie en la que sale tu nuevo novio.

A su redondo rostro afloró una sonrisa cómplice.

—¿Mi nuevo novio?

—El tal Cole Jacobs. —Los ojos se le iluminaron.

—Cole no es mi novio, solo lo estoy ayudando a prepararse para un nuevo papel.

Quizá debiera tatuarme esa frase en la frente.

—Frank Keen me ha contado que ya os ha visto juntos dos veces en el Olly's. —Me guiñó un ojo—. Y es un auténtico bombón. Hay que ver cómo lucha contra el asqueroso ese del reino de fuego... con tan solo ese taparrabos. —Profirió una risita—. Es puro músculo. Tiene músculos en todas partes. Si quieres que te diga la verdad, a mí la serie me parece demasiado violenta. Me refiero a que se pasan todo el tiempo luchando, y cuando no luchan, pues... bueno, ya sabes. Pero Aquillus está de muy buen ver. ¿De verdad tiene los ojos de ese azul? ¿O son lentillas? Alguien me ha dicho que usa lentillas...

Molly no paraba de cotorrear, y aproveché el tiempo para pensar en cómo pasaría mi tarde libre. Acaricié la idea de colgar de una vez los cuadros en mi piso. Sobre todo en el salón me molestaba ver las paredes desnudas.

—... muy atractivo. Y además es un buen partido.

Molly me miraba con expresión expectante.

—Eh... sí. Pero con los actores nunca se sabe qué es real y qué no.

Ella arrugó la frente.

—Pero si estoy hablando de Will.

Uy.

—Querida, ¿dónde tienes la cabeza? —Me acarició la mejilla y continuó sin inmutarse—. Allison se alegraría de que llevara a casa a una chica, me lo dijo no hace mucho. Es normal que uno acabe pensando en tener nietos. A mí me pasó lo mismo con mi Marty. Tampoco quería nada fijo, nada de ataduras y tal. Pero entonces conoció a Penny... —Una sonrisa satisfecha se dibujó en sus labios —. Ojalá no vivieran tan lejos. Es una lástima. Al pequeño Marty hijo solo lo he visto dos veces este verano. Me parte el corazón.

Asentí compasiva.

—Y a mi nieta, que está en Phoenix, prácticamente ya ni la veo desde que va al instituto. Quiere estudiar Medicina. ¡En Harvard! ¿Te lo imaginas? En nuestra familia nadie ha ido a...

Me di cuenta, agradecida, de que el móvil me empezaba a sonar.

—Perdona, pero tengo que cogerlo.

—Claro, querida, claro. Dale recuerdos a Will cuando lo veas.

Hice un gesto afirmativo y cogí la llamada.

—¿Sí?

—¿Izzy? Uy, perdona, me he equivocado —se disculpó Will.

—No, qué va.

Miré de reojo a Molly, que hacía como si estudiara las distintas marcas de muesli sin azúcar.

—¿No?

—No —aseguré con una sonrisa forzada.

—¿De quién te estoy salvando? ¿De Earl el Cotilla?

Negué con un gruñido.

—Eh... ¿de tu madre?

—No —respondí desconcertada.

—Vale, entonces solo queda... ¿Molly?

—Ajá —afirmé con una alegría exagerada mientras me alejaba unos pasos de ella.

—¿Ha mencionado que me va a traer pastel de calabaza?

—¿Por qué te iba a llevar pastel de calabaza?

—Porque estoy enfermo. Y porque me quiere. En esta ciudad todo el mundo me quiere.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cuántas pastillas han sido esta vez?

—Una.

—Y ¿con qué te la has tomado? ¿Con ginebra?

Will se rio.

—¿A quién querías llamar? Has dicho que te has equivocado.

Se hizo una breve pausa.

—A Ryan.

Consulté el reloj.

—Hace un buen rato que está en la pista.

—Se me había olvidado.

Entorné los ojos con recelo.

—¿Vas a tardar mucho en hacer la compra?

—Estoy en la caja, pero también quería llevar mi tabla a que me la enceraran. ¿Por qué?

—No, por nada.

Fui depositando la compra en la cinta con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Will?

—¿Por qué?

—No me creo que quisieras llamar a Ryan.
Se hizo otra pausa y después se me encendió la bombilla.
—¿Te aburres?
Farfulló algo al teléfono y no pude evitar reírme.
—Van a ser unas semanas muy largas, Will Albright.

21

—Ya estoy aquí otra vez —canturreé cuando abrí la puerta del piso de Will.

Estaba en el sofá, de nuevo con la mirada perdida. Como si en lugar de dos horas hubiese tardado dos minutos, seguía en bóxer y camiseta. El pelo lo tenía aplastado en un lado y alborotado en el otro.

—¿Qué es eso?

Miró la bolsa de papel marrón que llevaba.

—Esto —empecé con aire misterioso— es una hamburguesa de queso con patatas fritas y aros de cebolla del *diner*.

Cerró los ojos y puso cara de gusto.

—¡Eres la bomba!

—Siempre me dices eso cuando te traigo comida. —Arrugué la nariz—. Pero después vas a la ducha. —Crucé la habitación, abrí las dos ventanas y aspiré el aire fresco—. Aquí huele igual que en el vestuario de un equipo masculino de hockey sobre hielo.

Will rezongó con descontento.

—Ducharse no es tan fácil cuando se tiene una escayola. Ni siquiera he sido capaz de quitarme la camiseta.

Arqueé las cejas.

—Y eso a pesar de lo bien que se te da desnudarte.

Aguantó la gracia y sacó de la bolsa la cajita de cartón con la hamburguesa.

—Te puedo ayudar.

—Ese no es el único problema. No puedo cargar la rodilla —rezongó.

—Te apoyas en mí y listo.

—Solo faltaba eso.

Resoplé.

—Muy bien, pues quédate aquí sentado y lávate con tus lágrimas.

Movió despacio la cabeza hacia mí.

—Quizá haya sonado un poco... poético de más —admití—. Pero al final tendrás que dejar que te ayuden mal que bien, si no quieres oler a mofeta.

—Le preguntaré a Ryan si se puede pasar esta tarde. —Seguía peleándose con la caja de cartón.

—Hazlo. Y dile que traiga también una toalla para tu orgullo.

Una sonrisa se le dibujó en la cara.

—Espera... —Le abrí la caja. Con cierta torpeza, cogió la hamburguesa con la mano izquierda y le dio un mordisco con tantas ganas que un hilo de grasa y kétchup le corrió por la mano y fue a parar al bóxer. No pareció importarle y comió ruidosamente y con fruición mientras de las blandas mitades de pan asomaban rodajas de tomate y cebolla. ¿En qué momento había tenido la gloriosa idea de llevarle precisamente una hamburguesa?—. Lo estás poniendo todo perdido —comenté entre risas.

Él siguió comiendo como si tal cosa hasta que no pude seguir viendo el desastre y le quité lo poco que le quedaba de hamburguesa.

—¡Eh! —protestó con la boca llena.

Le hice una foto con el móvil y se la enseñé, y le dio tal ataque de risa que casi se atragantó. Con una servilleta le limpié los restos de comida de la cara y le pasé el pulgar por las comisuras de la boca, en las que tenía kétchup. Noté sus ojos clavados en mí,

observadores. Era superior a mis fuerzas, y me aparté e hice una bola con la servilleta.

—A la ducha —musité. Como si el calor que sentía se fuese a disipar si ayudaba a Will a desnudarse.

—A la ducha —repitió, y se levantó con cuidado.

Le costó un poco salvar cojeando los escasos metros que lo separaban del cuarto de baño y se tambaleaba constantemente. Se quedó parado en medio de la estancia, sin saber qué hacer.

—Será mejor que te sientes.

Lo hizo en el borde de la bañera. Durante un instante me vino a la memoria la noche en la cabaña, pero esta vez Will estaba sereno. No se caería hacia atrás y su nariz no me rozaría el pecho. Me coloqué entre sus piernas y le cogí la camiseta por la parte de abajo. Se la saqué con cuidado primero por el brazo bueno, después por la cabeza y finalmente por la escayola. Se la tapé con una bolsa de la basura negra, que afiancé con una goma en la parte superior del brazo. Él se dejó hacer en silencio, pero cuando la yema de mis dedos le rozó sin querer la piel, se estremeció.

—Tienes las manos frías —musitó, y sonrió a modo de disculpa.

Me puse roja y me pregunté cómo podía uno tener las manos frías cuando por dentro estaba ardiendo.

—¿Aún tienes el taburete ese de plástico blanco?

Asintió desconcertado.

—Está en el balcón. ¿Por qué?

—Porque he tenido una idea genial —respondí mientras iba al salón.

—Si de verdad fuera genial, no tendrías que decirlo.

Volví al cuarto de baño con el taburete bajo el brazo.

—Es lo que hicimos mi madre y yo cuando me rompí el tobillo. Te puedes sentar en el taburete para descansar la rodilla y así yo te lo

hago... mejor.

«Te lo hago mejor». ¡Socorro!, qué mal sonaba eso. Por lo menos ahora él no me podía ver la cara. La ducha estaba a ras del suelo y en ella cabían cómodamente dos o tres personas. Prefería no imaginarme lo que habría hecho Will en ella. Y menos aún con quién. Con una expresión un tanto escéptica, Will vio que me quitaba la sudadera, metía el taburete en la ducha y entraba en la cabina. Para mi sorpresa, no opuso ninguna resistencia y se acomodó en el taburete de espaldas a mí. Gracias a Dios, no se quitó el bóxer. Will y yo éramos amigos íntimos desde que me alcanzaba la memoria, pero los tiempos en los que saltábamos desnudos entre los aspersores habían quedado atrás hacía mucho. Muchísimo.

Con el corazón latiéndome desbocado, cogí la alcachofa de la ducha y abrí a tope el grifo. En la mano me cayó un chorro de agua tibia.

—¿Está bien así? —le pregunté mientras dejaba correr el agua sobre sus hombros.

Él pegó un breve respingo, pero acto seguido se relajó y asintió. Sostuve el mango de ducha sobre su cabeza y me quedé mirando cómo su pelo se volvía más largo y más oscuro, hasta adquirir el color del café frío. Después se lo lavé con champú. Me vino a la mente que nunca le había lavado el pelo a un hombre y que resultaba muy íntimo pasarle los dedos por el cabello a Will. El silencio absoluto que reinaba entre nosotros hacía que aquello fuese peor aún. Y el aire pesado, húmedo, que olía a su champú aromático. Y el sonido suave, apenas perceptible, que salía de su boca mientras le masajeaba el cuero cabelludo.

—¿Acabas de lanzar un gemido? —pregunté, enarcando las cejas.

—Mmm... es posible —musitó—. Quizá debieras dedicarte a esto en lugar de confiar en que aún podrías llegar a algo con el snowboard.

Aunque no le veía la cara, supe que estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Sí... tal vez —contesté y giré por completo el grifo hacia el agua fría.

Will profirió un grito estridente y se volvió haciendo aspavientos. A sus ojos asomó un brillo sombrío y, antes de que me diera cuenta, cogió el mango de ducha con la mano buena y me apuntó con ella. El agua me dio en la cara. Resoplé del susto mientras oía su risotada. Ciega y jadeante, busqué a tientas el monomando y, sin querer, cambié al efecto lluvia y, para colmo, resbalé con una esponja. Acabé con muy poca elegancia en el regazo de Will mientras el agua caía sobre nosotros y nos empapaba de arriba abajo. Nos miramos con los ojos como platos. Un segundo, dos, tres. Y entonces estallamos en carcajadas. Nos reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas y nos agarramos la barriga con las dos manos. Me incliné hacia el grifo y lo cerré, y la nariz de Will me rozó el arranque del pecho, sobre el que se tensaba la empapada camiseta. La empapada camiseta blanca. Me puse rígida en el acto y me cubrí el cuerpo con las manos.

—Demasiado tarde —comentó él, que seguía mirándome el busto.

Tragué saliva e intenté levantarme, pero más bien lo que hice fue agitarme en su regazo.

—Izzy —musitó—. No te puedes sentar encima de mí con una camiseta transparente y hacer esos movimientos.

La cara se me acaloró y de repente me recorrió una desconcertante mezcla de emociones: vergüenza, turbación, sorpresa, excitación. Sí, no cabía la menor duda de que estaba

excitada. Las manos me empezaron a temblar, la respiración se me aceleró y mis pezones se irguieron bajo la camiseta mojada. Y el brillo diabólico de sus ojos me dijo que él se había percatado. El pánico me asaltó. Tenía que irme, a ser posible inmediatamente. En ese mismo instante la noté. La leve erección que me presionaba el regazo. El bulto delator. Nos miramos unos segundos, como si quisiéramos averiguar en el rostro del otro cómo habíamos acabado en semejante situación. Como si hubiésemos cruzado una frontera invisible. El corazón casi se me paró cuando Will levantó la mano tímidamente y me apartó el pelo del rostro. Su dedo me acarició con delicadeza la mejilla. Mi respiración se volvió superficial cuando ese mismo dedo bajó con parsimonia por mi cuello. Estaba tan excitada que me recoloqué en su regazo. Esta vez no me pidió que parara, sino que sentí su mano en mi cadera. Caliente y pesada. Sus dedos se colaron por debajo de la mojada tela y juguetearon con la cintura de mis *leggings*. Mi cabeza dejó de funcionar, mis sentidos se estaban volviendo locos. Ya no sabía qué pensar, qué sentir. Will me estrechó más contra él y la expresión de su rostro me dijo lo mucho que le costó. Mis pechos le tocaron el torso y percibí el palpitar desbocado de su corazón. Cuando movió la cabeza despacio hacia mí, entreabrió los labios y me miró con sus grandes ojos oscuros. Contuve la respiración. Porque en sus ojos había algo que no había visto nunca. En ese momento llamaron al timbre.

Nos separamos de sopetón, Will se golpeó la escayola contra los azulejos y lanzó un gemido de dolor. Volví a la realidad de repente.

—Lo siento —grazné.

Él me miró primero confuso, después conmocionado, luego inquisitivo y de nuevo confuso. Llamaron por segunda vez.

—Abro yo —balbucí, y salí del cuarto de baño con los pies mojados.

Tenía el cerebro completamente ofuscado, y durante un segundo no supe dónde estaba la puerta.

—¿Will? —oí que decía la señora Albright—. ¿Estás en casa?

¡Mierda! ¡Su madre! Se me había olvidado por completo llamarla. Cerré los ojos atormentada.

—Will, estoy empezando a preocuparme.

Sin darle más vueltas, abrí la puerta y me encontré con el sorprendido rostro de Allison Albright, cuyos ojos como platos me miraron de arriba abajo. Debía de ser todo un poema, con mis *leggings* mojados y mi camiseta transparente. La confusión que reflejaba su rostro fue a más cuando su hijo salió cojeando del cuarto de baño con tan solo una toalla alrededor de la cadera. Pensé automáticamente que habría preferido que apareciese con el bóxer empapado. Solo un segundo después se me ocurrió por qué era mejor que se hubiese puesto una toalla. Me acaloré.

—Hola, mamá. —Will intentó sonreír con desenfado.

—No quería... —arqueó las cejas— molestar.

—No molesta —me apresuré a decir, y me obligué a mirar a Will pese a lo rojas que tenía las mejillas. Sin embargo, la ayuda que esperaba no llegó. Más bien daba la impresión de que él no se podía creer lo que acababa de pasar entre nosotros. Lo que había estado a punto de pasar. Lo que quizá hubiera pasado—. Estaba ayudando a Will a ducharse —añadí, y acto seguido me dije que era tonta.

Allison miró a su hijo.

—¿No, Will? —le pregunté a modo de confirmación, deseando que mi tono no fuese excesivamente suplicante.

Él carraspeó y le enseñó a su madre el brazo escayolado, que seguía dentro de la bolsa de plástico.

—Sí.

A Allison se le escapó una sonrisilla. ¿Por qué daba la impresión de que iba a partirse de risa de un momento a otro?

«¿Tal vez porque estás empapada y su hijo solo lleva una toalla?», musitó la voz en el fondo de mi cabeza.

—No coges el móvil. Te he llamado unas cuantas veces y empezaba a preocuparme. Y como estaba por aquí, decidí pasarme para ver si necesitabas ayuda. —Me miró risueña—. Pero ya veo que te cuidan solícitamente.

Cohibida, bajé la mirada.

—Molly me da dado pastel de calabaza para ti. Acabo de estar en la floristería. —Le ofreció un táper—. ¿Queréis un poco? Podemos tomarnos un café juntos. —Nos miraba con expresión expectante.

—Gracias, pero... me tengo... de todas formas ya me iba. —No me atreví a mirar a Will, solo quería irme de allí—. Hasta pronto, señora Albright. Adiós, Will.

Pasé por delante de ella y salí precipitadamente. Con la cara como un tomate, busqué refugio en el balcón de mi casa y disfruté del aire cortante que me dio en las acaloradas mejillas. Me apoyé en la barandilla y cerré los ojos un instante, hasta que fui consciente de que estaba empapada de la cabeza a los pies y, para colmo, solo llevaba una camiseta fina. Si me quedaba allí, cogería una pulmonía, y así podría hacerle compañía a Cole.

Cole.

Musité su nombre y esperé a ver cuál era la reacción, pero no la hubo. Era como si Will se hubiese apoderado de cada rincón de mi cuerpo, de cada sensación, de cada pensamiento. Como si aún estuviese sentada en su regazo, mirando esos penetrantes ojos marrones. Había faltado poco para que nos besáramos. Otra vez. Y en el fondo intuía que la cosa no se habría quedado ahí. ¿O eran imaginaciones mías? ¿Esa expresión prometedora en sus ojos, su

respiración agitada? ¿Me había nublado la razón lo que sentía por Will? Entré en casa y cerré el balcón con la esperanza de dejar fuera, además del gélido aire invernal, el caos de mi cabeza. Sin embargo, resultó que podía atravesar las paredes.

22

—Por favor, cómo me habría gustado estar allí cuando apareciste con la camiseta mojada delante de Allison Albright y le dijiste que habías ayudado a su hijo a ducharse —se rio Lena por teléfono. Acababa de salir del Sebastian, y un corto pitido me dijo que había abierto el coche.

—No tiene gracia. —Me terminé lo poco que quedaba de mi tarrina tamaño familiar de Cookie Dough.

—Sí que la tiene.

Del otro extremo del móvil me llegó una risita.

—No podré volver a mirarla a la cara.

—A ver, en realidad no pasó nada. Aparte de que el pene de su hijo olvidó durante un instante que solo sois amigos. —Volvió a pitorrearse.

—Eres lo peor.

—Lo que soy es una mujer entusiasmada. Mi sueño, los Wizzy, nunca ha estado más cerca de cumplirse.

—¿Los Wizzy?

—Will e Izzy. Wizzy.

—Por favor. —Proferí un gemido y me hundí más en el sofá.

—La otra opción sería Ill, pero suena a enfermizo.

—Enfermizo es una buena definición.

—No es enfermizo querer a alguien.

—Sí que lo es. Casi es como el virus del Ébola para una amistad.

—Izzy, lo que tenéis hace mucho tiempo dejó de ser una amistad. —Exhaló un sonoro suspiro—. Los amigos no se besan. Y si se besan, lo hablan y zanjan el asunto. Lo que desde luego no hacen es volver a besarse una y otra vez y...

—Ya vale —refunfuñé.

Guardamos silencio un instante.

—¿Habrías querido? —me preguntó Lena con tino—. ¿Que... la cosa siguiera?

—No lo sé —musité, y proferí un sonido desesperado.

—¿Por qué no me vienes a ver luego? Elegimos una serie cualquiera de Netflix, vemos por lo menos cinco capítulos seguidos y nos atiborramos de comida basura.

—Me acabo de zampar una tarrina de helado tamaño familiar.

—La cambiamos por patatas fritas.

—Es un buen plan.

Una tarde de chicas me parecía perfecto para olvidarme del caos de sentimientos que tenía. Además, el pequeño cambio de escenario me sentaría bien. Pensar que a Will y a mí solo nos separaban unas paredes finas no me dejaba vivir. Poner un poco de distancia de por medio no estaría mal.

—Por cierto, Cole te manda saludos.

—¿Lo has visto?

—Me permitieron llevarle su sopa de pollo —repuso Lena con un respeto exagerado y después se rio—. Ya se encuentra mucho mejor. Mañana quiere volver a la pista.

—Sí, lo sé.

Habíamos hablado un momento por la mañana y habíamos quedado para el día siguiente. La conversación me había animado un poco. Cole era incapaz de estar serio mucho tiempo, y su despreocupación y su naturalidad eran contagiosas.

Nos atuvimos al plan de Lena y pasamos la tarde repantingadas en su cama mientras Aquillus luchaba medio desnudo por el trono de Aquirania. Tras resistirme con vehemencia unos minutos, acabamos viendo *La maldición del panteón*, y tenía que admitir que la serie era muy buena.

Cole era muy bueno. Interpretaba al heroico dios del agua con una arrogancia que resultaba simpática y me quedé completamente ensimismada viendo su cuerpo de acero, que o estaba cubierto de sangre o entre sábanas blancas. (A este respecto le tuve que dar la razón a mi madre: *La maldición del panteón* era una sucesión de gemidos y gritos de guerra). Eran las diez y mucho cuando eché una ojeada por primera vez al móvil y vi que tenía una llamada perdida y un mensaje de Will. Con el fragor de la batalla no había oído la llamada. Clavé la vista en la pantalla, leí el mensaje, lo analicé, lo leí, lo analicé. Como aturdida, me obligué a mirar el televisor, aunque sus palabras resonaban en bucle en mi cabeza: «¿Podemos hablar? ¿Podemos hablar? ¿Podemos hablar?». Teníamos que hablar, pero no ahora. No hoy y a ser posible tampoco mañana o pasado mañana. La sola idea de enfrentarme a él hizo que el cuerpo entero se me tensara. Y es que, aparte de que seguía pareciéndome sumamente incómodo lo que había pasado entre nosotros en la ducha, sabía que no quería oír lo que me diría. Joder, nadie quería oír lo que por regla general seguía a esa pregunta. Con dedos temblorosos, me volví a meter el móvil en el bolsillo. Pese a ello, el mensaje de Will me tuvo inquieta el resto de la noche. Incluso cuando se libró el decisivo duelo entre Aquillus y su archienemigo, mis pensamientos giraban obstinadamente alrededor de otro hombre. Lena no se enteró de nada. Cuando Aquillus averiguó que la mujer que estaba en su cama

era Aquilla, su hermanastra, ya roncaba con suavidad. Por eso, después del quinto capítulo, apagué el televisor procurando hacer el menor ruido posible y me fui.

Era más de medianoche cuando llegué a casa. Estaba sacando la llave cuando un leve sonido captó mi atención. Durante una décima de segundo el corazón me dio un vuelco. Justo delante de mí —delante de la puerta de mi apartamento— estaba sentado Will, con la cabeza apoyada en la pared. Me alegré momentáneamente de verlo, pero después volvieron los recuerdos y, con ellos, la sensación de opresión en el estómago.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se levantó con dificultad e hizo una mueca de dolor al cargar peso en la rodilla.

—No coges el móvil ni contestas a los mensajes. —Su voz dejaba traslucir cierto reproche. «¿Podemos hablar?»—. ¿Estabas con él?

—¿Con quién?

—Con Cole.

—No —respondí desconcertada—. Estaba en casa de Lena.

Parecía una mentira, porque en cierto modo había pasado la tarde con Cole. Al menos con Aquillus.

—¿Por qué no me has contestado?

A eso no tenía ninguna respuesta. Ninguna que fuera para sus oídos.

Cambié de tema:

—¿Cuánto llevas aquí esperando?

Además de que hacía frío, supuse que el sitio también sería de lo más incómodo.

—Un rato —fue su evasiva respuesta.

Siguió una pausa tensa.

—Will...

—Lo de hoy por la mañana —me interrumpió—. Yo solo quería... —Se frotó el caballete de la nariz—, solo...

Un suspiro cansado salió de mi boca mientras introducía la llave en la cerradura.

—No pasa nada. Lo olvidamos y listo.

Estaba pasando justo lo que me temía.

—¿Lo olvidamos? —repitió con el ceño fruncido.

—Sí, la última vez nos funcionó.

Las dos últimas veces. Iba a alejarme de él cuando Will apoyó la mano en el picaporte y me cerró el paso. Lo miré desconcertada. Estaba tan cerca de mí que notaba el calor de su aliento, podía contar cada una de las puñeteras pestañas que enmarcaban sus ojos.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Intenté tragar saliva, engullir la bola de golf que se había formado en mi garganta.

—¿Alguna vez has pensado en ello? —Su voz era bronca e hizo que un temblor me recorriera el cuerpo.

—¿En qué? —repuse con una voz también raposa.

Su mirada bajó hasta mi boca, que de pronto estaba demasiado cerca de la suya. Solo unos centímetros separaban sus labios de los míos, y durante una décima de segundo me entraron ganas de inclinarme y salvar esa distancia. Sin embargo, entre nosotros había una línea invisible que no debía sobrepasar. Lo había hecho una vez y solo había conseguido sufrir. Una segunda vez sería masoquismo puro y duro.

—¿Alguna vez has pensado —retomó despacio— en cómo sería si... tú y yo estuviéramos juntos?

A menudo. Siempre. Constantemente. El corazón se me subió a la garganta como si fuese perfectamente consciente de la proximidad

de Will. Esa expresión en sus ojos, que me atravesaban. Se inclinó un poco hacia delante.

—Yo, al menos..., sí.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando su aliento tibio me acarició el cuello. Y después, con cierto retraso, sus palabras llegaron a mi cerebro. Abrí los ojos como platos y lo miré fijamente. El olor a limpio de su gel de ducha se metió por mi nariz, me envolvió por completo. Me miró con sus ojos marrón oscuro. Largamente. Con insistencia. El pulso se me aceleró. Quería sentir sus labios en los míos, salvar los últimos centímetros que nos separaban. Después dejamos de hablar. Nuestros labios chocaron como dos fuerzas de la naturaleza. Le eché los brazos al cuello y lo estreché contra mí. Me pegó al marco de la puerta con todo el peso de su cuerpo, como si se le hubiese olvidado por completo la escayola. Me separé de él respirando con pesadez.

—Esto es... mala idea.

Will cabeceó.

—Es una buena idea en un mal momento.

Me cogió la nuca y me besó de nuevo. Introdujo profundamente su lengua en mi boca. Sabía a menta, a hombre. Algo en mí quería gemir, suplicar que siguiera. Que Will besaba bien era algo que ya sabía, pero esto era otra cosa. Era un beso intenso, vehemente y sumamente seguro.

—Abre la puerta —me susurró al oído, e hizo que mi piel se incendiara.

Llevé la mano derecha hacia atrás y palpé hasta dar con la llave, que seguía en la cerradura. Durante unos segundos mis dedos descansaron en el frío latón. Lo deseaba más con cada segundo que pasaba, pero en lo más profundo de mi ser abrigaba dudas. ¿De verdad quería seguir por este camino? ¿Cruzar esa frontera?

—Will, no...

Fue un intento poco entusiasta de frenar algo que había desencadenado una avalancha hacía tiempo. Era tan transparente que Will me regaló una sonrisa de suficiencia y pegó de nuevo sus labios a los míos. Hice girar la llave. La puerta se abrió y entramos al oscuro pasillo tambaleándonos, con su mano en mi espalda, su rodilla entre mis piernas. Enredados, chocamos contra la cómoda. Un cuadro cayó al suelo y se hizo añicos con estrépito. Will se separó de mí y durante un instante conté con que pondría fin a aquello, pero se limitó a mirarme, su rostro una sombra vaga en la oscuridad. Con dedos temblorosos le agarré la camiseta por abajo y confié en que esa fuera la respuesta a la pregunta que Will no había formulado. Quería esto. Ahora. Aquí. A toda costa. La intensidad de nuestro comportamiento casi me dio miedo. Durante unos segundos permanecimos frente a frente en silencio, sin oír otra cosa que no fuera nuestra respiración pesada y el débil zumbido de la nevera. Después me besó otra vez y me hizo avanzar unos pasos por el pasillo hasta el dormitorio. La luna entraba por la ventana, bañando el espacio en una luz plateada. Levanté con cuidado la camiseta de suave algodón, procurando no tocarle la escayola. Él respiró hondo cuando mis dedos recorrieron su tersa piel y siguieron los músculos. Will tenía un torso perfecto, y lo sabía. Su mano izquierda se deslizó bajo mi jersey, recorrió la cintura del pantalón vaquero, fue subiendo despacio por mi espalda. Se detuvo en el cierre del sujetador. Un temblor se extendió por mi cuerpo.

—Creo que no voy a poder —musitó sin dejar de mirarme.

Estaba tan extasiada que tardé dos segundos en entender a qué se refería.

Una sonrisa se dibujó en mi cara.

—Vaya, teniendo en cuenta lo bien que se te da desnudarte, me decepcionas, Will Albright.

—Siempre has tenido unas expectativas demasiado altas conmigo, Izzy Walsh.

Con dedos trémulos me quité el jersey, que cayó al suelo sin hacer ruido. Debajo solo llevaba el sujetador, un sencillo modelo negro. Seguro que había visto cosas más excitantes, pero no se le notó y me acarició delicadamente el esternón. Me llevé las manos a la espalda y fui abriendo uno por uno los corchetes, tímidamente, hasta que también aquella prenda fue a parar al suelo. Durante una décima de segundo me sentí tan a su merced que quise cruzar las manos delante del pecho, pero el brillo que vi en sus ojos me devolvió la seguridad en mí misma.

Will quería esto por lo menos tanto como yo.

—Hoy, en la ducha, ya parecían bastante espectaculares, pero ahora... —Sus labios esbozaron una sonrisa audaz.

Después seguimos por donde lo habíamos dejado. Mi boca buscó la suya y mis brazos le rodearon el cuello. Nuestro torso desnudo se frotó, se fundió, y sentí un escalofrío tras otro. Will me besó el cuello, la clavícula, el pecho, su lengua trazó círculos en mi piel. Mis manos fueron descendiendo por su cuerpo, se introdujeron bajo la floja cintura del pantalón de chándal y lo bajaron junto con el bóxer. Cuando lo tuve delante de mí completamente desnudo, tragué saliva. «Bonito», musitó la voz en mi cabeza, y de pronto me sorprendí a mí misma. Siempre había opinado que ese adjetivo no les pegaba a los hombres. Las flores eran bonitas, los paisajes, la ropa, los zapatos, las casas. Pero ¿los hombres? Ellos eran atractivos, masculinos, guapos, sexis. Sin embargo, al ver a Will delante de mí, desnudo y musculoso, vigoroso y nervudo, por más que lo intenté no se me ocurrió ningún calificativo mejor.

Mientras seguía intentando asimilar su masculinidad concentrada, su mano izquierda descendió por mi vientre y se peleó con el botón del pantalón vaquero.

—Desabróchalo —susurró.

Lo abrí temblando.

—Del resto me ocupo yo, aunque sea con una sola mano. —Sonrió satisfecho y las rodillas amenazaron con flaquearme cuando bajó la cremallera. Su mano desapareció en mi pantalón, pasó por encima del liso algodón de mi braga y se acercó a sitios que llevaban bastante tiempo sin que nadie los tocase. Proferí un sonoro gemido.

—Dios... —musité, y cerré los ojos.

—Sí, en los dormitorios me suelen comparar con él. —Soltó una risa bronca cuando le di un cachete—. Y ahora quítate ya ese pantalón.

—Pensaba que del resto te ocupabas tú con una mano. —Arqueé las cejas en un gesto burlón.

Will se encogió de hombros.

—Complejo de Dios.

Bajo su mirada, me quité el vaquero y me quedé solo con la braguita negra. Su mano me acarició la espalda y se detuvo en el trasero.

—No te imaginas lo que me gustaría llevarte en brazos a esa cama —dijo entre dos besos mientras me empujaba suave y lentamente hacia el colchón, hasta que mis corvas chocaron contra el borde. Para no sobrecargarle el brazo escayolado sin querer, me giré y coloqué a Will de espaldas a la cama. Le bajé los hombros con delicadeza y me senté a horcajadas sobre él. Tenía la mirada literalmente encendida. Con la mano buena me pegó más a su cuerpo. Su erección presionaba el fino tejido de mi braga.

—Izzy —dijo, casi como si lo estuviera torturando—. Despacio... Necesito... necesitamos...

—En la mesita de noche —repuse, y me quité de encima de él para buscar un condón en el cajón.

Lo encontré, rasgué el envoltorio y se lo di. Mientras se lo ponía, me senté a su lado en la cama y de pronto me sentí fuera de lugar. ¿Qué estaba haciendo? Estaba sentada medio desnuda junto a mi mejor amigo, esperando a... ¿eso, a qué? ¿Al glorioso final? ¿Al fin de nuestra amistad? Sentí náuseas y me puse a temblar.

—Eh —musitó con suavidad—. ¿Qué pasa?

—No sé si...

Me puso el dedo índice en la barbilla para volverme hacia él y me besó. Un beso largo e intenso. Que disipó mis dudas, mis miedos, mis preocupaciones. Disipó todo lo que se interponía entre nosotros.

—No pienso en otra cosa desde esta mañana —musitó—. En realidad desde hace mucho más. Y creo que lo que se ha acumulado entre nosotros tiene que salir... urgentemente. Pero si no lo ves así, lo dejamos ahora mismo. Así nunca habrá pasado y seremos simplemente Izzy y Will. Solo tienes que decirme lo que quieres.

Asimilé sus palabras y sentí que me sosegaban y me calmaban, me cubrían como una manta caliente. Hicieron que fuese consciente de que controlaba la situación, de que podía elegir. Y de que deseaba aquello. Deseaba a Will. De que nunca había deseado nada tanto como pasar esa noche en brazos de Will Albright. Aunque fuese solo una, aunque eso fuera todo lo que tuviese. Sin dejar de mirarlo, me levanté y me quité las bragas. Me quedé completamente desnuda delante de él y vi el deseo que asomaba a sus ojos.

—¿Esa es tu respuesta?

—Sí —confirmé con un hilo de voz.

23

Me había imaginado cómo sería acostarme con Will. Vaya si lo había hecho. Igual que me había imaginado durante años que hacía manitas con él, íbamos juntos a fiestas, decía que era mi novio, comía en casa de sus padres, nos besuqueábamos durante horas, quedábamos para salir y nos sonreíamos con suavidad cuando a nuestro alrededor todo el mundo musitaba «Vaya, por fin». Pero lo que había imaginado no se acercaba ni de lejos a la realidad. En cuanto lo tuve delante de mí desnudo y me subí encima de él, nos fundimos automáticamente y nos miramos como si no nos lo creyéramos. Como si no nos fiáramos de esa sensación que oscilaba entre lo real y lo surrealista. Durante unos segundos no nos movimos, respiramos pesadamente en la penumbra mientras nos mirábamos. Después su mano rodeó despacio mi cintura, acarició con suavidad, como si fuera una pluma, mi piel desnuda, mi cadera, mi ombligo, la cara interior del muslo. Perdí la batalla contra mi autocontrol y proferí un gemido desenfrenado. Como si hubiese accionado un interruptor, sus dedos se clavaron en mi muslo. Will gimió y me penetró profundamente. Sentí que todo en mí se contraía, y quise más, más de ese movimiento, más de esa presión, más de él. Me incliné hacia delante y lo besé mientras su corazón martilleaba salvaje contra mi pecho. Me rodeó la espalda con un brazo y me pegó más a él. Cuando levanté la cara y lo miré, su expresión me dejó embobada. El deseo que vi reflejado en sus ojos, los jadeos que salían de su boca. Cogí aire y lo insté a aumentar el

ritmo. Gimió en mi oído, musitó mi nombre, y yo estaba tan obnubilada que el orgasmo me arrolló por completo. Un fuerte temblor me recorrió, me hizo estremecer. Me fundí con él y sentí que él también llegaba al clímax, que su cuerpo temblaba bajo el mío, sus músculos se tensaban, hasta que apoyé la cabeza en su pecho, sin fuerzas. Nos tendimos juntos, respirando pesadamente. Mi oído escuchaba los latidos de su corazón, que no se habían normalizado ni siquiera minutos después, cuando me dio un beso en el pelo y dijo algo que no entendí. Rebosante de felicidad, cerré los ojos. Todos los miedos que tenía, todas las preocupaciones, se habían desvanecido. No quería estar en ninguna otra parte salvo aquí. En brazos de Will Albright.

24

Los cálidos rayos del sol naciente me despertaron media hora antes que el despertador. Se me había olvidado cerrar los estores y abrí y cerré los pesados párpados al ver la claridad, que envolvía mi habitación en luminosos tonos amarillos y anaranjados. El cielo era azul y estaba despejado y la nieve que había caído por la noche resplandecía con el sol. Iba a hacer muy buen día. Con una sonrisa cansada, cerré los ojos con la esperanza de volver al país de los sueños. Debía de haber sido un buen sueño, a juzgar por lo relajada y satisfecha que me sentía. De pronto algo se movió a mi lado. Oí un suspiro suave, un susurro de tela. Un brazo escayolado se apoyó en mi vientre, una pierna desnuda me rodeó la cadera. Contuve la respiración un instante e intenté ordenar mis pensamientos. Lo conseguí sorprendentemente deprisa. Recordé la noche en cortos *flashbacks*. Besos. Caricias. Piel desnuda. Susurros. Gemidos. Me arrolló una oleada de emociones desconcertantes: dicha, vergüenza, satisfacción, arrepentimiento, excitación. Solo tuve que cerrar los ojos para sentir su cuerpo en el mío, debajo del mío, al lado del mío. De repente todo olía a él en la habitación: mi pelo, mis almohadas, el edredón. Con el corazón latiendo con furia, contemplé el paisaje nevado mientras un cuerpo caliente, que respiraba con regularidad, se arrimaba al mío por detrás. ¿Habíamos dormido así toda la noche? ¿Juntos? ¿Entrelazados? Y ya puestos, ¿cuánto habíamos dormido? No podían haber sido más de cuatro horas. Miré de reojo el despertador, que sonaría dentro de media hora. Como mucho este

sueño terminaría entonces, Cenicienta volvería a ser sirvienta, la carroza se convertiría en calabaza. Will despertaría, me miraría turbado, balbucearía algo y saldría corriendo de la cama. Me clavaría un puñal en el corazón, envuelto en palabras con tacto. Nunca diría lo que yo quería oír. Que esto era más que sexo. Más que excitación y atracción. Pero ese «más» no existía para Will Albright. Él tenía sexo. Le encantaba el sexo. «Y se le da requetebién», suspiró la voz en el fondo de mi cabeza. Una vez más no me pude resistir a las imágenes que se proyectaron ante mis ojos. Sus manos explorando mi cuerpo, sus labios rozando con una lentitud dolorosa mis puntos más sensibles. El rubor me encendió las mejillas, y de repente sentí el calor de su mano a través del edredón. Me asaltó el pánico. Tenía que salir de aquí. Alejarme de él. Proteger mi corazón. Me zafé con cuidado de su brazo y de su pierna y me levanté. O tenía un sueño de lo más profundo o esa noche lo había dejado agotado, ya que Will se dio la vuelta y siguió durmiendo como un lirón. Durante unos segundos me permití observarlo, ese bonito cuerpo desnudo en mi cama, que parecía hecho únicamente de contornos y músculos. La idea de que esa sería la única vez, la última vez, me asestó una punzada de dolor. De repente tenía frío. Echaba de menos el cuerpo caliente que se acurrucaba contra el mío. Salí de mi habitación desnuda y descalza y cerré la puerta sin hacer ruido. Con un poco de suerte, cuando Will se despertara yo ya estaría camino de Vail. Por primera vez agradecí que en mi armario no hubiese sitio para la ropa de snowboard, que guardaba en la cómoda del pasillo. Abrí el grifo del lavabo, me cepillé los dientes y me puse la ropa térmica, el pantalón de snow y el forro polar. Poco después salí de casa y, tras parar un momento en el *diner*, me dirigí a Vail. El viaje fue espantoso. Con cada metro de distancia que ponía entre Will y yo, la opresión que sentía en el estómago empeoraba. ¿En qué demonios

estaba pensando? Me había acostado con mi mejor amigo. Del que estaba enamorada. Que no estaba enamorado de mí. Joder, eso lo cambiaba todo. Todo. No podría volver a verlo sin pensar en lo que había hecho con mi cuerpo, en lo que habíamos hecho. Dos veces. ¡Dos veces! Y había sido increíble. Absolutamente increíble. El calor me invadió. Me pregunté si ya se habría despertado y eché una ojeada al móvil. No tenía ningún mensaje. ¿Debería haberle dejado yo uno? Pero ¿qué debería haberle escrito? ¿«Gracias. Ha estado genial. No te asustes, sé que solo ha sido sexo»? ¿Qué se solía hacer después de una noche así? Me sentía como una principiante. El claxon de un coche me devolvió a la realidad. El semáforo se había puesto en verde, y pisé el acelerador. Poco después pasé la señal de Vail. Aparqué delante del Sebastian y me dirigí hacia el vestíbulo. Cole ya me estaba esperando. Todavía se hallaba algo pálido, y sus ojeras permitían intuir que se había pasado los últimos días en la cama. Aparte de eso, parecía satisfecho consigo mismo, como de costumbre.

—¡Walshy! —me saludó con exaltación—. Tienes pinta de necesitar un café.

—Me acabo de tomar uno.

—En ese caso, creo que también a ese café le habría hecho falta uno. —Cole enarcó las cejas—. ¿Todo bien?

Me encogí de hombros con despreocupación.

—Claro.

Me escudriñó un instante, pero lo dejó estar.

—¿Nos vamos? —inquirí con cierta impaciencia, ya que no me apetecía tropezarme con la madre de Will o con Lena. Probablemente me vieran la cara y adivinasen que me pasaba algo.

—Vale.

No me habría extrañado que Cole hubiese salido del vestíbulo silbando alegremente, me parecía que se encontraba de un buen humor enervante. Pero quizá solo se debiese al extraño humor del que estaba yo. De camino a la telecabina, miré dos veces el teléfono, pero Will no me había escrito. «Y ¿qué te iba a escribir? —musitó la voz en mi cabeza—. ¿"Dónde estás"? Eso ya lo sabe».

—¿Qué tal está Will?

—¿Mmm? —Miré a Cole sintiendo que me había pillado.

—¿La escayola? ¿La rodilla?

—Ah, ya. Bien, teniendo en cuenta las circunstancias. —Me aclaré la garganta.

—Qué suerte que vivas justo al lado y pueda llamar al timbre si necesita ayuda.

«O si se quiere acostar conmigo».

—Ya —grazné.

Cole arqueó las cejas.

—¿O sigue enfadado contigo?

Como siguiera comportándome de un modo tan raro, recelaría y me haría preguntas. Preguntas que yo no quería contestar.

—Qué va —repuse, restándole importancia con un movimiento de mano—. Todo está perfecto.

Asintió, pero no parecía convencido. Para cambiar de tema, le conté que había visto los primeros capítulos de *La maldición del panteón* y que me había parecido una serie muy buena. Lo que no mencioné fue que sobre todo me había parecido muy bueno él. De todas formas su ego ya no entraba por ninguna puerta, no hacía falta que se lo engordara más con cumplidos. Mientras íbamos en la telecabina hablamos de la aventura que Aquillus tenía con su hermanastra y no logramos ponernos de acuerdo en si se podía decir que esa relación era incestuosa. Si para mí estaba claro

(¡incesto!), Cole señaló que ninguno de los dos sabía que eran hermanastros cuando se enamoraron. Después, cuando quiso saber qué opinaba de Jon Snow y Daenerys Targaryen, tuve que pasar, porque no había visto *Juego de tronos*. Antes de que me diera cuenta ya habíamos vuelto al desenfado y la normalidad. Con su encanto y sus payasadas, Cole consiguió evitar que pensara en mi caos de sentimientos durante toda la mañana. Solo pensé de vez en cuando en Will, que seguía sin ponerse en contacto conmigo.

—Por cierto, ¿para qué peli te estamos poniendo en forma? —pregunté cuando paramos para comer—. ¿De qué va?

En lugar de la habitual sopa de tomate, Cole pidió alitas de pollo con patatas fritas. Lo justificó afirmando que esos últimos días básicamente solo había ingerido líquidos y yo juré por lo más sagrado no decírselo a Marissa.

—No puedo contar nada. Tuve que firmar una cláusula de confidencialidad. —Bebió un gran trago de cola, también una excepción después de haber estado malo.

—¡Venga ya! Soy tu profesora de esquí. Debería saber para qué estamos trabajando.

Él vaciló.

—Está bien —se dio por vencido al final—. Pero de verdad que no te puedo contar mucho. Acabarás vendiéndoselo a la prensa del corazón.

—Jamás haría tal cosa —repuse, abriendo exageradamente los ojos.

—Eso lo dices ahora, pero cuando me haya acostado contigo y después no te llame...

Tragué saliva y él me miró ceñudo.

—Era una broma.

—Ya. —Me obligué a reír, pero la carcajada sonó de lo más huera.

Cole se retrepó en su silla y me miró detenidamente.

—¿Qué pasa, Walshy?

—¿Mmm?

—Hoy estás rara.

—Que no, que estoy bien.

Ladeó la cabeza.

—Soy buen actor, por eso sé reconocer a uno malo.

No dije nada.

—Muy bien, pues tendré que averiguarlo por mi cuenta. A ver, déjame que piense. —Me dirigió una mirada a lo Sherlock Holmes—. Estás de mal humor y no paras de mirar el móvil. Así que seguro que se trata de un tío.

Me miró con expresión expectante, pero seguí guardando silencio. Una sonrisa afloró a su rostro.

—¡Has tenido sexo!

Resoplé y le tiré un guante, que cayó muy cerca de su plato.

—¡Esta misma noche! —concluyó.

Enervada, resoplé.

—Estuvo bien, pero... ahora no te llama.

—Menuda chorrada —objeté con excesiva vehemencia, y me puse roja como un tomate.

—Ya he mencionado lo mala actriz que eres, ¿no? —La sonrisa se ensanchó—. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—No —gruñí—. Y, además, no es verdad.

—¿Es un compañero? ¿Una cita de Tinder? ¡No! Es Will, ¿no? ¡Te has acostado con Will! —Una sonrisa triunfal se dibujó ahora en su rostro—. ¿Quién dio el primer paso? ¿Tú o él?

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? —rezongué crispada.

—Conque es Will. —Se dio unas palmaditas en la espalda, orgulloso de sí mismo—. ¿Estuvo mal? ¿Corto? ¿Raro?

Aunque aún tenía patatas fritas en el plato, lo aparté.

—Deberíamos continuar.

—Vamos, Walshy. Justo ahora que se pone la cosa emocionante. Tú y Kill Will...

Arrugué el ceño.

—Lo siento, pero es que siempre me mira como si tuviera más ganas de clavarme un puñal en las costillas que Iliosos.

—¿Iliosos?

—¡Creía que habías visto *La maldición del panteón*!

—Ah, ya. ¿El tío bronceado con tableta de chocolate?

—No, ese soy yo.

Me reí y noté que mi tensión disminuía.

—Iliosos es el dios del sol. Mi archienemigo.

—Ah, es verdad... El de los tatuajes en la cara.

Levantó el pulgar.

—Pero antes de que empecemos a divagar, como tenías planeado —me guiñó un ojo—, volvamos a ti y a liberad a Willy.

—¿Podrías dejar de ponerle nombrecitos?

Cole hizo como si se parara a pensar.

—No, creo que me costaría demasiado. Así que... —Entrelazó las manos en la mesa—. ¿El sexo fue un fuego de campamento o una erupción volcánica?

—¿Tú cómo sabes que nos...?

—Insultas mi inteligencia. Solo hace falta observaros dos minutos para leeros como si fueseis un guion. Digno de Hollywood, dicho sea de paso. Una ciudad pequeña de telón de fondo, amigos de la infancia, Golden Boy y Golden Girl viviendo puerta con puerta. No hace falta más.

—Mejor háblame de tu peli.

—Precisamente por ahí van los tiros. El prota es un tío que tiene que superar un trauma y vuelve a su ciudad natal, donde se reencuentra con su primer amor, que no lo ha olvidado y demás...

—Y ¿para eso tienes que aprender a esquiar?

—La película se desarrolla en las montañas, y el tío esquía.

—Ajá.

Cole cruzó los brazos delante del pecho.

—No irás a verla, ¿no?

—No si tengo que pagar. Pero como he contribuido sustancialmente a que bordes el papel, doy por sentado que tendré entradas para el estreno.

—Por supuesto. Pero si te preocupa la calidad de la película, también podrías ir a verme al set para asegurarte de que los profesores de esquí son buenos.

Agucé los oídos.

—¿Tenéis profesores de esquí en el set?

—Claro. En *Anatomía de Grey* también había unos cuantos médicos. Médicos de verdad.

—Y ¿a pesar de eso salen tantas chorradas?

Había leído hacía poco que la tasa de mortalidad en *Anatomía de Grey* era casi el cuádruple que en los hospitales normales.

—Bueno, también ha de haber cierto margen de maniobra. —Me hizo nuevamente un guiño—. Pero en realidad es un trabajo fácil, ¿no? Decirle todo el día a la gente lo que hace mal y a cambio pasarse tres semanas gratis en Canadá.

Abrí mucho los ojos.

—¿Vais a rodar en Canadá?

Hizo un gesto afirmativo.

—En Alberta.

—Siempre he querido ir —le confesé con un leve anhelo. Hacer snowboard en las Rocosas canadienses era el sueño de cualquiera que practicase deportes de invierno. Además, esa provincia del oeste de Canadá tenía otros reclamos, como cascadas atronadoras, glaciares azul hielo y fuentes termales.

—¿Qué te lo impide?

—A ver, no es que esté a la vuelta de la esquina —repuse, aunque sonó a excusa mala. En toda mi vida solo había salido de Colorado dos veces: una para volar a Austria por el Campeonato del Mundo de Freestyle y la otra para ir a California un verano de vacaciones con mis padres—. ¿Cuánto dura un rodaje así? —inquirí para no pensar en mi deprimente recuento.

—Depende. Para esta película calculan que treinta días en Canadá, pero dependerá del tiempo, claro, porque rodaremos sobre todo en la naturaleza, que no siempre colabora.

Proferí un «Mmm» pensativo. El resto de la tarde Cole me dejó en paz y no volvió a sacar el tema de Will. A pesar de ello, no paré de pensar en la noche pasada, y el hecho de que en mi móvil no hubiese ninguna señal de vida suya no hizo sino empeorar la situación. De camino a casa llamé a Lena, pero no lo cogió. Probablemente no hubiese terminado aún su turno en el hotel. Como no me quería ir a casa, fui a ver a mis padres. Tampoco estaba de más, porque no los visitaba muy a menudo desde que me había mudado. Mi padre todavía se encontraba en el instituto, pero mi madre —en realidad como siempre— estaba en la cocina; en ese momento sacaba una bandeja de galletas del horno. Se puso como loca de contenta al verme, y me refugié un poco en sus maternales cuidados; me preparó un chocolate caliente y me contó los últimos chismes de Green Valley. La distracción me vino bien, sobre todo

porque no salió ni una sola vez el nombre de Will. Como si mi madre supiese que ese no era el día para deshacerse en elogios con él.

Cuando salí de casa de mis padres, me sentía mejor. Tenía que hablar con Will de la otra noche, tenía que decirle lo que había significado para mí. Lo que él significaba para mí. Quizá hubiese llegado el momento de ser sincera por fin. Conmigo, con él. Pero antes tenía que darme una ducha urgentemente. Justo cuando estaba metiendo la llave en la cerradura, la puerta del piso de Will se abrió. Me volví sobresaltada. Sin embargo, en lugar de a él fue a Marissa a la que vi. Llevaba un ceñido jersey de cuello alto que acentuaba su considerable pecho, un vaquero pitillo y botines.

—Oh —dijo, ligeramente sorprendida—. ¿Ya habéis terminado por hoy?

Durante unos segundos no fui capaz de responder nada, ya que su presencia allí me desconcertaba demasiado. Saliendo del piso de Will. Ese día.

—Son las siete.

Sin dar crédito, se miró el reloj.

—Es verdad. He perdido la noción del tiempo. —Miró rápidamente el móvil y se puso a deslizar el dedo a un lado y a otro como una loca, como si tuviera que demostrarme el alcance de aquel descuido.

—El abrigo... —Se acercaron pasos ruidosos y el rostro de Will apareció en el umbral—. Te lo has dejado en el cuarto de baño... Ah. Hola —saludó con excesivo desenfado al verme. Después se volvió hacia Marissa y le dio un abrigo la lana rojo que ella se colgó del brazo.

—Eres un amor —susurró, y le dio un beso en la mejilla.

Todo en mí se tensó. Me sentía incapaz de procesar ese lapidario «Ah. Hola» ni el hecho de que el abrigo de Marissa estuviese en el cuarto de baño. ¿Qué se le había perdido en ese sitio? De pronto en

mi cabeza empezaron a reproducirse distintos escenarios de película de terror. Will y Marissa, que se deseaban tanto que ni siquiera conseguían llegar al dormitorio y se abalanzaban el uno sobre el otro en el cuarto de baño, se besaban apasionadamente entre el vapor del agua y se enjabonaban el uno al otro mientras...

—Te llamo. —Marissa le guiñó un ojo y se despidió de mí con un escueto movimiento de mano. Después se fue, dejando tras de sí una estela de perfume. Nosotros nos quedamos mirándonos unos segundos, hasta que el silencio fue demasiado opresivo.

—¿Qué tal te ha ido con Cole? ¿Ya vuelve a estar en forma?

Lo observé sin decir nada. Era de puñetera coña. ¿Primero ese estúpido «Ah. Hola» y ahora aquello? Me puse hecha una furia. No podía actuar así. Nos habíamos acostado. Dos veces. Habíamos intercambiado todo lo que se puede intercambiar. Y ahora ¿hacía como si no hubiera pasado nada? ¡¿Otra vez?!

—Bien —me limité a contestar cuando me recompuse medianamente. Cuando me di cuenta de que no habría ninguna conversación para aclarar las cosas. De que Will no consideraba que fuese necesario hablar de lo que significaba que dos amigos íntimos acabasen en la cama—. Tengo que darme una ducha. —Me tiré innecesariamente de la chaqueta—. Ha sido un día largo.

«Porque anoche casi no dormí. Porque me mantuviste despierta con tus besos y tus caricias». Me faltó el valor para decírselo, así que le di la espalda y entré en casa. No conseguí llegar al cuarto de baño. Nada más cerrarse la puerta me cayeron las primeras lágrimas. Apreté los labios y me deslicé hasta el suelo, sollocé y lloré e intenté desesperadamente respirar. Pero no conseguí librarme del dolor que sentía en el pecho.

25

—No sé, pero no creo que sea eso.

Lena arrugó la frente y se puso a girar el vaso en la mano.

—Entonces, ¿por qué estaba Marissa en su casa? ¿Para compaginar con él las citas con la prensa de Cole?

Tenía la voz bronca y los ojos me escocían de tanto llorar. Me propuse no mirarme en el espejo esa noche.

—Puede que solo quisiera desearle que se mejorara. Seguro que Cole le contó que Will se rompió un brazo.

—¿Y se quita el abrigo en el cuarto de baño?

—Puede que se comiera un perrito caliente —afirmó una vocecita de niño.

Miramos sorprendidas a Liam, el sobrino de Ryan, que estaba tumbado boca abajo delante del televisor. Lena se había comprometido a cuidar de él y del bebé mientras los Cooper acudían a una reunión de padres en el colegio. El pequeño Noah dormía apaciblemente en su cuna y Liam estaba —por lo menos hasta ahora — viendo absorto *Coco*, la película de Disney.

—¿Por qué se iba a haber comido un perrito caliente? —preguntamos casi a la vez.

Con una mirada como solo podían dirigir los niños a adultos algo cortos, contestó:

—Porque uno siempre se mancha con el kétchup. Y mamá dice que las manchas de kétchup hay que quitarlas inmediatamente.

Miré al niño sonriendo.

—Su abrigo es rojo, las manchas de kétchup ni siquiera se verían.

—Puede que prefiera la mostaza —repuso el pequeño sin inmutarse.

—Ahí tienes tu explicación —afirmó, risueña, Lena—. Marissa se comió un perrito caliente, se puso perdida de mostaza y fue a lavar la mancha al cuarto de baño de Will.

—Eso no explica la pregunta de por qué estaba en Green Valley —apunté, cargándome la cadena de argumentos de Lena.

—Pues porque los perritos calientes de aquí están más ricos —se escuchó de nuevo en el rincón de menores de siete años—. Todo el mundo lo sabe.

Lena señaló con un gesto de reconocimiento a Liam, que ahora había vuelto a volcar todo su interés en la película de animación.

—Es una lástima que no le pueda preguntar lo que significa que después de tener s-e-x-o los hombres no llamen y hagan como si no hubiera pasado nada.

—Le puedes preguntar, pero probablemente la respuesta tenga que ver con un perrito caliente —aseveró, riéndose, Lena.

—Desde un punto de vista gráfico tampoco es tan desacertado.

Nos reímos y nos ganamos un «Chsss» de Liam.

—Dios, Lena, no debería haberme acostado con él. —Lancé un suspiro y enterré el rostro en las manos—. Ha sido un tremendo error.

—Pero tardío.

La miré con el ceño fruncido.

—Primero el beso de Nochevieja, luego el de la cabaña, lo de la ducha, lo celoso que está siempre de Cole... Estaba claro que antes o después acabaríais en la cama. Ahora ha pasado y tenéis que afrontarlo. Y sobre todo... hablarlo.

—¡Si yo quería hablar con él! Pero me ha tratado como si fuera un puñetero polvo de una noche.

«Ah. Hola».

—Puede que esté igual de confundido que tú.

—Con tantas mujeres a la vez yo también estaría confundida —refunfuñé.

—Quizá solo sea un malentendido. ¿Te acuerdas de lo que pasó el año anterior? ¿Cuando Madison se presentó aquí y yo estaba firmemente convencida de que entre Ryan y ella volvía a haber algo?

Asentí de mala gana.

—Me dijiste que hablara con él antes de sacar falsas conclusiones.

—Y no lo hiciste.

—No, y fue un error —respondió, encogiéndose de hombros—. Ryan se fue a Europa y yo me quedé aquí hecha polvo.

—Bueno, Will no se irá a Europa —contesté, un tanto ausente—. Antes le preguntaré a Cole si me lleva a Canadá.

Las cejas de Lena se dispararon hacia arriba. Le resté importancia con la mano.

—Olvídalo.

—Primero me tienes que decir qué debo olvidar. —A juzgar por su cara, no tenía intención de dejarlo estar.

—Pues... hoy Cole me ha hablado del rodaje de su nueva peli, lo que me recordó que quiero ir a Canadá desde hace siglos.

—Sí, creo que Canadá es una pasada de bonito. Mis padres estuvieron allí de vacaciones. Y ¿de qué va la película?

—De una ciudad pequeña y esquiadores, nada nuevo en el horizonte. No creo que sea la bomba, precisamente.

Lena profirió una risita.

—Espero que no le hayas dicho eso.

—Claro que se lo he dicho. Por las venas de ese hombre en vez de sangre corre seguridad en sí mismo.

—Creo que le gustas.

—¿Por cargarme su película?

—No, por ser sincera, algo que no es habitual en el mundo de Cole.

—A mí él también me gusta. Incluso mucho.

Lena chasqueó la lengua.

—Sigo pensando que la cosa no habría tenido por qué quedarse en un beso si te hubieses esforzado un poco más.

Puse los ojos en blanco, aunque una pequeña parte de mí tenía que darle la razón. Ese beso en las montañas había abierto una puerta y quizá, quizá, la hubiese cruzado si no se hubiera producido ese accidente.

—Y ¿qué va a pasar ahora contigo y con Will? —Lena interrumpió mi juego mental de qué-habría-pasado-si...

—Por de pronto, lo evitaré un poco.

—Con un poco te refieres a... ¿un día?

La miré con cara de interrogación.

—El jueves es Acción de Gracias. Creía que lo ibais a celebrar juntos.

Mierda. Con el caos de sentimientos en el que estaba sumida, me había olvidado por completo de Acción de Gracias. Mi fiesta preferida. El mejor momento del año.

—Qué desastre —suspiré y enterré el rostro en las manos de nuevo.

26

La víspera de Acción de Gracias llamé por teléfono a mi madre y me ofrecí para pelar patatas en el último momento. Siempre preparábamos el festín juntas, y eso era algo que no tenía por qué cambiar solo porque yo ya no viviese en casa. Mi madre no pareció tomarse a mal que hubiera llegado a esa conclusión tan tarde.

—Ahora que somos dos más, la verdad es que me iría muy bien tu ayuda.

—¿Dos más? ¿Quién viene? —inquirí sorprendida.

—Tu hermano va a traer a esa chica austriaca, la que trabaja en el bar.

—¿Kira?

—Sí, al fin y al cabo no tiene familia aquí y tendría que pasar sola el festivo. Así que me preguntó si la podía traer.

Aunque me sorprendió, me alegró ese gesto inusitadamente considerado de mi hermano.

—Y ¿quién más?

—¿Mmm?

—Has dicho que iban a venir dos invitados más.

—Ah, sí. Will vendrá con una amiga. Marina, creo que se llama.

El vaso que sostenía en la mano casi se me cayó.

—¿Marissa?

—Creí que había dicho Marina, pero sí, puede que sea Marissa —se paró a pensar.

Tragué saliva. Tan ruidosamente que mi madre lo oyó por teléfono.

—¿Te resulta incómodo?

Me mordí el labio.

—¿Por qué iba a resultarme incómodo? —contesté, procurando no parecer alterada.

—Bueno, como eres la única que va a venir sola.

—Es Acción de Gracias, no el baile de graduación.

—Si quieres, también puedes traerte a alguien. —Mi madre pasó por alto mi sarcasmo e hizo una pausa significativa—. ¿Qué pasa con ese actor?

—¿Cole? Seguro que tiene planes.

No habíamos hablado de lo que íbamos a hacer en Acción de Gracias, y puesto que él era irlandés, posiblemente su familia ni siquiera celebrase esta tradición.

—Lo puedes invitar, si quieres. Pero dímelo hoy, por favor, para que pueda calcular si hay bastante pavo para todos.

—De todas formas, Cole solo comería verdura. No hace falta que lo tengas muy en cuenta.

—¿Es vegetariano?

Aunque no la veía, supe que estaría arrugando la nariz.

—No, es Aquillus —contesté, conteniendo la risa.

—Aqui... ¿qué?

—Ha firmado un contrato en el que pone que no puede engordar, por eso come tan sano.

—¿Es posible que haya algo así? —Su voz trémula me hizo sonreír.

—En Hollywood sí.

—Pobre chico.

—Bueno, pobre precisamente Cole no es.

Había leído en un artículo que ahora ganaba doscientos mil dólares por capítulo y se calculaba que tenía una fortuna de tres millones y medio de dólares. Mientras seguía hablando por teléfono con mi madre le mandé un mensaje.

¿Qué haces en Acción de Gracias?

Me contestó en el acto.

¿No puedes estar sin mí, Walshy? :)

Unos segundos después añadió un «¿Por qué?».

Vacilé un instante. ¿De verdad quería pasar Acción de Gracias con Cole? En realidad ese día siempre estaba reservado para mi familia y la de Will. Por otro lado, a Will por lo visto no le suponía ningún problema romper con nuestras tradiciones. Me dolía profundamente que hubiera invitado a Marissa, que trajera su lío de cama a *nuestro* Acción de Gracias, para más inri pocos días después de que nos hubiésemos acostado. Era no solo insensible, sino también descarado e irrespetuoso. Con Cole a mi lado, además de ahorrarme la humillación de ir sola a la celebración, le demostraría a Will que me tomaba lo que había pasado entre nosotros por lo menos con la misma sangre fría que él. «Muy adulto, Izzy», se burló de mí la maliciosa voz en mi cabeza. Mientras mi madre me recitaba el menú, empecé a escribir:

Podrías celebrar Acción de Gracias con nosotros. Claro que de todas formas no podrías comer el pavo, el puré de boniato, las zanahorias glaseadas, la salsa de arándanos casera, las judías, la tarta de pecanas y el pastel de manzana. Así que olvídalo. :)

Esperé su respuesta con una sonrisa, que se ensanchó cuando me llegó.

¿A tu madre le gustan las flores?

27

Yo siempre lo llamaba «el sonido de Acción de Gracias»: cuando mi madre iba dejando plato tras plato en la mesa vestida de gala, mi padre metía un montón de botellines de cerveza en la nevera, en el televisor se escuchaba la previa al partido de fútbol y cada pocos minutos se abría el horno para ver cómo iba el crujiente pavo. Habíamos pasado toda la mañana ocupándonos de la enorme ave, la habíamos restregado abnegadamente con sal, pimienta y especias y la habíamos rellenado con manzana, apio, pan de maíz y cebolla. Ahora ya llevaba casi cinco horas haciéndose y despedía un olor delicioso que inundaba la casa entera y que solo se veía superado por la tarta de pecanas que acababa de sacar del horno mi madre. Naturalmente, la había preparado después de enterarse de la gran ilusión que le hacía a Will. Al parecer todas las mujeres Walsh sentían una poderosa debilidad por hombres de cabello oscuro y uniforme. Pensar en él hizo que todo mi cuerpo se tensara. En mi corazón se agitaban demasiadas emociones contradictorias desde que nos habíamos acostado. Desde que había visto a Marissa en su casa. Desde que me había enterado de que hoy vendría con ella. A casa de mi familia, de mis padres. A mi sagrado Acción de Gracias.

—Izzy, ¿abres tú? —preguntó mi padre desde alguna parte cuando sonó el timbre.

Dejé a un lado el cuchillo y fui a abrir. No pude evitar esbozar una sonrisilla al ver a mi hermano y a Kira. Los dos no podían ser más distintos. Mi hermano, el gigante de pelo rubio rojizo y barba

cerrada, y Kira, que era tan bajita y delgada que una ráfaga de viento habría bastado para llevársela. Sonriendo con inusitada timidez, me dio una botella de vino tinto para mis padres. Nunca había hablado mucho con ella, pero sabía que a Lena le caía muy bien. Tal vez ello se debiera a que las dos podían hablar en su lengua materna. Si mal no recordaba, Kira era de un pueblecito de Tirol y había venido a Estados Unidos con el programa Work and Travel. Después de trabajar durante un tiempo en Florida había llegado a las Rocosas porque echaba de menos las montañas. Mientras Olly llevaba al salón a Kira y le presentaba a mis padres, llamaron nuevamente a la puerta. Me preparé mentalmente para verme frente a Will y Marissa, pero ante la puerta estaba una versión de Will con bastante más edad. Pese a los cincuenta y cinco años que tenía, Elias Albright era un hombre atractivo. Conservaba un cabello abundante y oscuro y trabajar en el rancho hacía que tuviese un sano bronceado... y una espalda que no se conseguía en el gimnasio. Cuando era pequeña, siempre había bebido un poco los vientos por él. Por lo menos me ponía roja como un tomate cuando me subía a uno de sus caballos.

—No lo ha hecho ella, no te preocupes —afirmó Elias con una sonrisa pícara mientras me ponía el pastel de manzana en la mano y su mujer cerraba el maletero de su BMW negro. Levantó un segundo la nariz hacia la puerta—. Como siempre, aquí huele de maravilla.

En ese momento apareció otro coche en el camino de entrada. Puesto que en él se veía el logotipo «Sebastian», supe que solo podía ser Cole. Vi que le daba unos dólares al conductor y se bajaba del coche con un gran ramo de flores. No se me escapó que venía de punta en blanco. Aunque siempre era estiloso, su ropa no siempre era apropiada para una celebración familiar. Hoy llevaba un pantalón que no estaba desgastado en las rodillas y un jersey azul

marino con escote en pico. La americana y la bufanda las llevaba con desenfado en el brazo, como si la temperatura no fuese de ocho grados bajo cero.

—Ah, me figuro que ese será el actor —observó visiblemente risueño Elias Albright—. Mi mujer ya no habla de otra cosa.

Esbozamos sendas sonrisillas y vimos que los dos se acercaban para saludarse. Entramos en casa todos juntos. Presenté a Cole a mis padres y mi madre cogió extasiada las flores otoñales que le había llevado. Mi padre se mostró desde el principio relajado con él, le ofreció una cerveza y le formuló preguntas discretas sobre el esquí y su estancia en Colorado. El señor Albright acabó uniéndose a ellos y llevó la conversación a temas como el fútbol y el hockey sobre hielo. El timbre volvió a sonar. Oí pasos en el pasillo y el un tanto acelerado «Feliz Acción de Gracias» de mi madre y me preparé para el encuentro con Will. Y Marissa. Will y Marissa. Había repasado mentalmente la situación un millar de veces, me había propuesto sonreír con naturalidad. Pese a ello, de pronto tenía la boca seca. Y entonces me llevé la sorpresa, ya que junto a mi madre y a Will la que entró en el salón no fue Marissa, sino una afroamericana de unos cincuenta años, con un práctico pelo corto y una blusa informal.

—Esta es Marina Thomas, una compañera de Denver —nos la presentó a todos Will—. Me sustituirá mientras esté de baja. —A modo de demostración levantó el brazo escayolado.

Mientras Marina Thomas estrechaba manos solícitamente y le llovían nombres, yo estaba completamente aturdida. Mi madre había dicho Marissa. «No es verdad —susurró la voz en mi cabeza—. Fuiste tú quien sacó falsas conclusiones». Durante un instante no supe si alegrarme o avergonzarme y cuando Will me miró y a continuación miró a Cole, supe que había cometido un error. Nos

observamos unos segundos hasta que nos dimos cuenta de que a nuestro alrededor todo el mundo se estaba sentando a la mesa.

—Izzy, ¿te importa ir a la cocina a por las patatas y las judías? —me pidió mi madre mientras descorchaba el vino—. Ah, y también falta una copa de vino. ¿Will? ¿Le echas una mano un momento? Ya sabes dónde están las copas.

Acababa de poner el pie en la cocina cuando él rompió el silencio.

—¿Vienes con él a Acción de Gracias? ¡¿En serio?!

Sus ojos estaban encendidos.

—¿Por qué no? —Fracasé en el intento de parecer indiferente.

—Porque es una celebración familiar. —Su semblante revelaba el cabreo que tenía.

—Tú tampoco eres de... —Me mordí el labio inferior, pero era demasiado tarde. El corazón se me encogió al ver lo mucho que le había afectado mi comentario—. Estrictamente hablando —añadí apocada, lo cual más bien lo empeoró todo.

Sin dar crédito y tras proferir un resoplido, cogió la fuente de porcelana de las patatas y se dispuso a marcharse.

—Creí que ibas a venir con Marissa. —Casi solté un gallo. Will se detuvo y se volvió hacia mí. Sus ojos reflejaban auténtico desconcierto.

—¿Por qué iba a traer a Marissa?

La inseguridad se apoderó de mí.

—Mi madre dijo que ibas a venir con una amiga.

Él entornó los ojos.

—Marissa no es...

—Pero te acuestas con ella. —Decirlo me dolió.

—Una vez —replicó de mal humor—. Me acosté con Marissa una vez, y de eso hace semanas.

Parpadeé. Los engranajes de mi cerebro empezaron a ponerse en movimiento.

—¿Y qué pasó antes de ayer?

—Lo que pasó antes de ayer confío en no tener que contártelo.

Tragué saliva. Imágenes con todo lujo de perturbadores detalles se formaron en mi cabeza.

—Pero estaba en tu casa —grazné mientras las apartaba.

Él tardó unos segundos en seguirme. Una mezcla de incredulidad e ira le desfiguró el rostro.

—¿Crees que...? ¿No creerás de verdad que...?

Levanté las manos en señal de resignación.

—Y ¿qué quieres que crea? Salía de tu casa, le llevaste el abrigo y ella te besó en la mejilla...

Sus siempre cálidos ojos se volvieron gélidos.

—Esto es increíble, Izzy. —La ira que dejaba traslucir su voz me hizo estremecer—. ¿De verdad crees que me acosté con Marissa después de que tú y yo...?

Sacudió la cabeza como si ya no entendiera nada. De pronto yo estaba tan tensa que no era capaz de proferir sonido alguno. Antes de que pudiera pensar con claridad mi madre apareció en la cocina.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? La gente se va a comer la servilleta. —Miró a Will y después a mí con las mejillas enrojecidas.

—Ya vamos —contestó él en voz baja, y salió de la cocina.

Cuando estuvimos sentados a la mesa, todo transcurrió como cada año. Mi madre pronunció una oración breve y nos cogimos todos de la mano. A continuación, cada uno debía dar gracias por algo que revestía mucha importancia para él o que le había ayudado durante el año. Mis padres y los de Will dieron gracias —como siempre— por la familia, por que todos estaban bien y gozaban de salud. Olly agradeció que el bar le fuese tan bien. Kira mencionó lo

afortunada que se sentía por haber encontrado tan pronto un trabajo en las Montañas Rocosas. Cole dio las gracias por el gran éxito que había cosechado su serie. Marina se alegró de que su madre, que había tenido cáncer, ya se encontrara mejor. Ya solo quedábamos Will y yo, solo que, después de la discusión que habíamos mantenido en la cocina, mi cabeza estaba vacía. Todas las frases bonitas que me había preparado se rompieron en fragmentos deslavazados.

—Yo... eh... —Todos los ojos estaban puestos en mí mientras era incapaz de pensar con claridad—. Doy gracias por mi familia. Y por mis amigos.

Mi madre sonrió. Mi padre sonrió. Por lo visto no se dieron cuenta de lo turbada que me sentía. De lo a disgusto que estaba. Will era el último.

—Bueno, normalmente doy gracias por tener salud, pero visto lo visto... —Se oyeron risas. Durante unos segundos clavó la vista en el vacío plato y después levantó la cabeza—. Agradezco que Ryan vuelva a vivir aquí. Es bueno tener a alguien con quien poder hablar de todo.

El resto asintió en señal de conformidad. El resto salvo yo, porque para mí las palabras de Will eran como un puñetazo en la boca del estómago. La persona con la que podía hablar de todo era yo. Siempre había sido así. ¿Cuándo había cambiado eso? ¿Después de que nos acostáramos? ¿Antes? Busqué respuestas en su rostro, pero su mirada era completamente inexpresiva.

En un abrir y cerrar de ojos se terminó la calma y la solemnidad y empezó el jaleo de siempre. Se pasaron fuentes, se repartió pan, se sirvió pavo en los platos y se llenaron copas. Normalmente ese era el momento en el que yo sentía la felicidad más absoluta. En el que se desplegaba la magia de Acción de Gracias. Sin embargo, ese día

todo era distinto. Seguí lo que pasaba a mi alrededor con inusitada apatía; solo escuchaba a medias las conversaciones y me reía más bien sin ganas cuando alguien gastaba alguna broma.

—¿Estás bien, Walshy?

Levanté la vista del plato y miré a Cole a los ojos azules, que me escudriñaban con cierta preocupación.

—Llevas por lo menos dos minutos moviendo las judías de un lado a otro.

—Es solo que he comido demasiado. —Me di unos golpecitos en la barriga para justificarme. Aunque dio la impresión de que no me creía, lo dejó estar. A nuestro alrededor todo el mundo se quería levantar ya. El partido de fútbol empezaría dentro de nada y todo se trasladó al salón. Cole vaciló al ver que yo no hacía ademán de ponerme de pie—. Ve, no te preocupes. Ahora mismo voy yo.

Enarcó las cejas y le leí en los labios: «¿Seguro?». Me obligué a sonreír e hice un gesto afirmativo: «Seguro». Mientras mi madre y Allison quitaban la mesa, cogí mi plumífero del perchero y me escabullí al porche. Aunque hacía un frío que pelaba, me senté en un banco de madera nudosa y me abracé las rodillas. La risa de mi madre me llegó a través de la puerta que separaba el aire caliente del frío, el buen humor del malo. Cerré los ojos y aspiré el olor a humo y agujas de abeto que tanto me gustaba. Durante un instante deseé estar lejos de allí. Lejos de ese porche, en la cima de la montaña, con nada salvo mi tabla de snowboard bajo los pies.

—Se manchó el abrigo con un batido.

Will estaba apoyado en el marco de la puerta y me escudriñaba con aire pensativo. Me pregunté cuánto llevaría ahí. No tenía puesta ropa de abrigo, solo la camisa vaquera con las mangas remangadas.

—Marissa —continuó—. Por eso fue a mi casa antes de ayer. Volvía a Vail y me preguntó si podía lavar la mancha en mi casa. Me

imagino que el abrigo sería —entrecomilló en el aire las palabras— «de marca».

Para su desconcierto, no pude evitar echarme a reír.

—¿Qué tiene de gracia?

—Nada. Quizá debiera pedirle opinión más a menudo a un niño de seis años.

Me miró sin entender nada, pero le resté importancia con un gesto. Permanecimos en silencio unos segundos, contemplando el nevado paisaje invernal. Con el rabillo del ojo vi que se separaba de la puerta. Cuando se sentó a mi lado, nuestros muslos se tocaron. Fue como recibir una descarga eléctrica al instante. Will colocó el brazo izquierdo en el respaldo. La camisa se le tensó ligeramente en el pecho y dejó a la vista su clavícula. Durante una décima de segundo me entraron ganas de tocarla.

—¿Por qué iba a hacer eso? —inquirió en voz baja, y su aliento dibujó una nube en el aire—. ¿Por qué iba a acostarme con Marissa después de...?

No terminó la frase. De nuevo. ¿No podía? ¿No quería?

—Porque eres Will.

Me salió con una facilidad pasmosa, y surtió efecto. Él me miró. Insistente, intensamente.

—Ya, pero tú eres Izzy.

El corazón se me encogió. Bajé la vista, desbordada. En ese mismo instante la puerta se volvió a abrir y por ella asomó el rostro de Cole. A mi lado, la actitud de Will cambió.

—Solo... uy. —Miró a Will y después a mí—. Solo quería ver cómo estabas. Además, tengo malas noticias: vas a tener que pasarte unos días sin mí, Walshy. —Suspiró con exageración—. Debo volar hoy mismo a Los Ángeles.

—¿Hoy mismo?

—Ya, lo sé. Pero cuando Ellen llama a tu puerta... —Esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¿Ellen DeGeneres? —pregunté sin dar crédito.

—Solo soy su segundo plato. Shawn Mendes está en la cama con gripe.

—¡Vaya! Qué... guay. ¿Cuándo vuelves?

—Pasado mañana.

Asentí, un tanto superada.

—¿Cómo vas a volver al hotel?

—La señora Albright ha llamado para que venga a buscarme un coche. Llegará de un momento a otro.

—Entonces espero contigo.

Miré de reojo a Will, que se despidió de Cole con un gesto escueto pero neutro. Después de darles las gracias a mis padres por la invitación y poner por las nubes otra vez la comida que había preparado mi madre, nos vimos esperando su coche delante de casa.

—Lo quieres, ¿no?

La pregunta salió tan de la nada que tuve la sensación de que necesitaba ganar tiempo. Sin embargo, Cole interpretó mi silencio como una respuesta.

—No paraba de preguntarme cómo era posible que mi encanto te fuese tan indiferente. Me refiero a que eres tan inmune a mí que hasta duele. —Esbozó una sonrisilla—. Ahora sé cuál es el motivo.

Me miré los pies.

—¿Por qué no se lo dices?

—Porque eso lo cambiaría todo entre nosotros.

—Ya ha cambiado todo entre vosotros, ¿no?

—No sé si nuestra amistad podrá con más cambios —admití en voz queda.

Él me miró con sus ojos azul glaciar.

—Puede que no tenga necesidad de hacerlo. —Apartó algo de la nieve con la punta del pie y dio la impresión de que se ponía pensativo—. ¿Has leído últimamente los comentarios de mis *posts* de Instagram?

Solté una risotada burlona.

—Desde luego que no. No me hace falta más gente que me destroce la autoestima.

—Mmm —musitó él, y asintió—. A pesar de todo, creo que deberías leerlos.

Lo miré ceñuda.

—¿Por qué?

En ese mismo instante una limusina negra apareció en nuestro camino de entrada.

—Tú hazlo, Walshy —exclamó antes de desaparecer en el coche con una sonrisa.

28

Cuando volví al salón, todo el mundo estaba sentado delante del televisor comiendo patatas fritas y palomitas de maíz y viendo el partido. Me senté discretamente a la mesa del comedor y me serví un poco de pavo, que para entonces se había quedado frío. A diferencia de mi padre y de Olly, que no eran muy aficionados al fútbol, Elias y Will se levantaban de un salto con regularidad e insultaban a voz en grito a la pantalla. Cuando el *quarterback* de los Cowboys perdió el balón otra vez, el padre de Will incluso salió unos minutos del salón. Sonreí al ver que Allison sacudía la cabeza y se disculpaba por su marido. Después de que los Cowboys perdieran por 26 a 31, la armonía del matrimonio Albright se fue al traste. Allison comentó una vez más lo absurdo que era ese deporte y Elias le echó en cara que no entendía las reglas. Los demás seguimos el combate verbal con una sonrisilla. Casi formaba ya parte de Acción de Gracias que los Albright acabaran tirándose de los pelos.

Ya por la noche, en el salón solo estábamos Kira, Will, Olly, mi padre y yo, viendo el *remake* de *Los siete magníficos*. Para mi madre la película era demasiado violenta, razón por la cual acabó yéndose a la cama. A mí comer tanto me había dejado tan agotada que los ojos se me caían de vez en cuando. Debí de perder la batalla, porque cuando me desperté ya no se oían disparos ni relinchos de caballo. En la chimenea el fuego prácticamente se había consumido y bañaba la habitación en una luz cálida. Adormilada, miré a mi

alrededor. Will estaba en el sillón de piel de mi padre, observándome.

—¿Dónde está todo el mundo? —musité.

—Tu hermano y Kira se han ido a casa y tu padre a dormir. No te querían despertar.

Me incorporé y una manta de lana se me bajó de los hombros. Alguien me había tapado. ¿Will?

—Tú te has quedado.

—Mmm —repuso, sin dejar de mirarme.

Un silencio significativo se extendió entre nosotros.

—¿Qué tal la peli?

Él arrugó la nariz.

—No tan buena como la original.

—Antes todo era mejor, ¿eh?

Solo fui consciente del doble sentido de mis palabras un segundo después.

—No. Solo distinto.

Nos quedamos callados de nuevo.

—¿Pensabas pasar la noche en el sillón de mi padre?

—Pensaba dormir en la habitación de Olly.

Sonreí.

—Pues ahí encontrarás, a lo sumo, acericos.

Me miró con cara de interrogación.

—Ahora es la habitación donde cose mi madre.

—Ah. Bueno, pues entonces... creo que me quedo con el sillón. —Se rio cohibido y se frotó el caballete de la nariz—. O con el sofá.

—Mi madre me mata si te dejo dormir en ese sofá hundido con un brazo escayolado y la rodilla fastidiada. Puedes dormir en mi habitación, yo me quedo en el sofá.

No parecía convencido.

—De verdad que no es ningún problema. Solo tengo que cambiar las sábanas.

La espalda me crujió al levantarme y Will arqueó las cejas en el acto.

—Sí que parece muy cómodo. ¿Estás segura de que...?

—Por una noche no pasa nada —aseguré, restándole importancia con un gesto.

Era una mentira descarada, ya que nuestro sofá estaba completamente deformado por el uso. Le indiqué a Will que me siguiera, aunque habría sabido llegar a mi habitación a ciegas. Antes hacíamos cuevas y campamentos con el colchón, mi cama se convertía en una cama elástica, escuchábamos CD y veíamos a escondidas películas de miedo. Mezclábamos caramelos Mentos con refresco de cola, nos pasábamos la noche entera jugando a la PlayStation y fumábamos nuestros primeros cigarrillos con las ventanas abiertas de par en par. Olía un poco a cerrado cuando abrí la puerta y busqué a tientas el interruptor. Por lo demás, todo estaba como lo había dejado hacía tres semanas. Estanterías vacías, una mesa, un televisor pequeño y un póster XXL en la pared sobre la cama: el snowboarder John Jackson en pleno salto, dejando tras de sí un rastro de nieve reluciente.

—Te lo regalé yo —dijo Will sonriendo—. Entonces pensaba que lo del snow solo era una fase y que volverías al redil.

Le di en el hombro.

—Pero luego apareció ese idiota y te trastornó.

—Eh —protesté—, que Kyle no me trastornó.

—Kyle —repitió, exagerando lo impresionado que estaba, lo que hizo que se ganara otro cachete mío—. Menudo imbécil. —Cabeceó —. Nunca entendí lo que veías en él. Pero puede que tengas

debilidad por esos nombres. Kyle y... Cole. —Alargó el nombre con fruición—. ¿O es porque los dos...?

—¿... están buenos? —terminé la frase con una sonrisa provocativa.

—Son presuntuosos, iba a decir.

—Cole no es presuntuoso.

—¡¿Hola?! Ese tío sube a internet dos veces al día los abdominales.

—¿Es que lo sigues? —inquirí risueña.

—Mantén cerca a tus amigos y aún más cerca a tus enemigos.

No me tragué su desenfado.

—Cole no es tu enemigo, Will.

—Ya, lo sé —dijo, y exhaló un suspiro mientras se sentaba en mi cama y tiraba del edredón—. Es solo... que pasáis mucho tiempo juntos. Y sabe muchas cosas de ti.

—No tantas como tú.

Me miró. Con aire pensativo.

—Sinceramente, de eso ya no estoy tan seguro.

—¿Por eso dijiste antes que solo puedes hablar de todo con Ryan?

Parpadeó sorprendido.

—Yo no dije eso.

—Sí.

—No —insistió con énfasis—. Solo di gracias por poder hablar de todo con Ryan.

—Y conmigo no puedes. —Me salió con amargura.

—Pues claro que no.

Tragué saliva de forma audible. Su respuesta me dolió.

—Izzy —dijo con suavidad—. Hay cosas de las que nunca hablaría contigo.

—¿Por ejemplo?

—Mujeres.

Solté una risotada amarga.

—Pero si siempre estás hablando de tus rollos.

—Sí, pero es cháchara superficial. Una chorrada aquí, otra allá. Pura pose absurda, nada más. —Suspiró—. ¿Alguna vez he hablado contigo de alguna relación? ¿De... sentimientos?

—¡Porque no tienes! —le espeté, y me arrepentí en el acto.

Él me miró con cara de incredulidad. Durante uno o dos segundos no dijo nada.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que eso no te lo cuento a ti?

Percibí el tono ofendido.

—¿Por qué no me lo cuentas? Somos amigos. —Hasta a mí misma me sonaron hueras las palabras.

—Dios, Izzy. —Se levantó de la cama de un salto y se pasó una mano por el pelo—. Porque yo no soportaría que tú me hablaras de otros hombres.

Mis ojos se abrieron como platos.

—Pero... si te hablaba de Kyle. Siempre.

—Sí, y lo odiaba.

Solo era capaz de mirarlo fijamente.

—¿P-p-por qué? Nunca dijiste nada.

—Y ¿qué iba a decir? —Se encogió de hombros y dio un paso hacia mí—. ¿Que cortaras con él? ¿Que no te merecía?

—¿Pensabas que no me merecía? —repetí, incapaz de asimilar sus palabras.

—Pues claro. —Bajó la vista—. Nadie te merece.

Fue solo un susurro, pero hizo que el corazón me temblase.

—¿Por eso eres tan distante con Cole? ¿Porque piensas que... —no me podía creer que fuese a preguntar algo así— que no me merece?

—No. —Tardó uno o dos segundos en añadir algo—. Es por cómo lo miras.

—¿Por cómo...? —La voz se me quebró—. ¿Se puede saber cómo lo miro?

Sus ojos se posaron en los míos.

—Como me has mirado a mí siempre.

Intenté ordenar sus palabras en mi cabeza, pero revoloteaban caóticamente, no se dejaban atrapar. «Como me has mirado a mí siempre». Desbordada, desvié la vista y conté los latidos de mi corazón. Tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.

—Tengo... tengo que hacer la cama —balbucí, y fui hacia el armario donde mi madre guardaba las sábanas. Sentí su mirada en mi espalda. Con manos temblorosas cogí el suave algodón. El olor a suavizante se extendió inmediatamente por la habitación. Mountain Breeze. Mi madre lo utilizaba desde que yo era pequeña—. ¿Necesitas ropa? —le pregunté, para disimular la inquietud que sentía por dentro—. ¿Una camiseta o algo así? Te puedo buscar una de mi padre. —Sin esperar a que me contestara eché a andar hacia la puerta.

—Sabes que duermo desnudo.

Aunque sabía de sobra que era una provocación, un calor abrasador me subió a las mejillas. Me volví en redondo y fui hacia la cama, puse torpemente la funda al edredón mientras mi estómago era una montaña rusa. ¿O el corazón, quizá? Tenía que irme. Salir de esa habitación. Después de subir la cremallera, me giré y me choqué contra el torso de Will. Retrocedí como por acto reflejo, y al hacerlo me tambaleé, porque la cama estaba en medio. Di por sentado el batacazo poco elegante que me iba a pegar, pero Will fue más rápido. Su mano izquierda rodeó con fuerza mi brazo. Durante una décima de segundo quise zafarme de él, soltarme, librarme del calor

que me recorría el cuerpo. Entonces cometí el error de levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Ese marrón chocolate oscuro que atrapaba a uno por completo si lo miraba demasiado tiempo. Pero no debía permitir que pasara tal cosa. Tenía que irme. Bajé la mirada con nerviosismo.

—¿Me crees si te digo que entre Marissa y yo no hubo nada? —Me seguía agarrando con firmeza.

—Bueno, da lo mismo.

—A mí no me lo da.

—¿Por qué? —pregunté con resignación—. Me refiero a que... nos acostamos, y no me llamaste ni me escribiste. Es lo que pasa a ve...

—¡¿Que no te llamé ni te escribí?!

Lo miré con cara de desconcierto y vi el descontento en sus ojos.

—¿Quién se largó sin más? ¿Sin decir nada? ¿Sin dejar una nota?

Me quedé atónita un instante.

—¿Sabes lo jodido que es eso?

Solté una risotada carente de alegría.

—No, pero seguro que las diez mil mujeres a las que tú se lo has hecho sí.

—Entonces, ¿lo hiciste a propósito? ¿Ahora eres una especie de vengadora del ego femenino herido?

—Más bien de su corazón —le espeté con mordacidad.

—Créeme cuando te digo que no he hecho tal cosa en mi vida, Izzy. Al menos dejo una nota o les doy las gracias por la noche.

—¡¿Debería haberte dado las gracias?! ¿Por los dos orgasmos o qué?

Abrió mucho los ojos.

—¿Dos?

Me puse completamente roja.

—Podrías haberme llamado —afirmé tras un breve carraspeo.

—Tú también.

—Yo quería hablar contigo, pero dio la casualidad de que tenías —entrecomillé la palabra en el aire— «visita».

Él suspiró enervado.

—Entonces, ¿sigues sin creerme?

Cerré los ojos y cogí aire.

—Dejémoslo, esta conversación es circular. —Me zafé de su mano y miré el reloj—. Además, debería irme a la cama. Ha sido un día muy largo y...

—¡¿Ahora te quieres ir a la cama?! ¡¿Ahora?!

—¿Qué más da ahora que dentro de una hora?

No me contestó.

—¿Por qué te fuiste por la mañana, Izzy? ¿Qué pasó? —Su mirada me cortó la respiración.

—Te lo puedes imaginar —musité con voz quebradiza.

El enfado que reflejaban sus ojos dio paso a la perplejidad. Algo en mí capituló.

—No quería oírlo.

—¿El qué? —Me miró con cara de desconcierto mientras yo pugnaba por contener las lágrimas que me ardían tras los párpados.

—Que... no significó nada. —Apreté los labios y cerré los ojos. De repente me asaltó un tremendo cansancio. Un cansancio que no tenía nada que ver con que fueran las dos de la madrugada. Estaba harta de jugar a esto para irnos por las ramas y hacer cosas de las que no se hablaba después de que hubieran ocurrido. Respiré hondo, como si tuviese que infundirme valor, y lo miré a los ojos—. Siento algo por ti, Will. —Ahí estaban de una vez, las palabras que no se podían retirar. Él me sostuvo la mirada, y lo que vi en sus ojos me dejó perpleja—. Pero... a juzgar por cómo me estás mirando, tú ya lo sabías.

No dijo nada en el acto. Mi confesión se interponía entre ambos en la habitación. Onerosa e inmensa.

—No estaba seguro —afirmó en voz baja.

El estómago se me encogió aún más. No sabía cómo hacer frente a la situación. A él, sus palabras, el momento.

—Ahora me voy a la cama. Antes de que esto sea más incómodo todavía.

—Izzy...

—No —me negué, y me obligué a sonreír con valentía—. No hace falta que digas nada... Sé que no sientes lo mismo. Para ti yo solo soy una amiga, y no pasa nada. Llevamos tanto tiempo siéndolo...

—Si fueses solo una amiga para mí, no me volvería loco de celos cada vez que lo veo cerca de ti. —Nuestra mirada se cruzó—. No querría darle un puñetazo cada vez que te llama Walshy. Cada vez que te toca.

—Pero... —tragué saliva— dijiste que él jamás se interesaría por mí, que yo no...

—Ya, eso era lo que esperaba. —Rio con amargura—. Pero claro, el tío no es ciego.

Me quedé mirándolo como atontada. Una idea se formó en mi cabeza.

—¿Por eso te acostaste conmigo? ¿Para pasárselo por las narices a Cole?

—¡¿Qué?! —Casi me atravesó con la mirada—. Me acosté contigo porque no podía pensar en otra cosa desde aquel beso...

—... en la cabaña.

—... en Nochevieja —me corrigió con voz cortante.

—Pero... —Tragué de nuevo saliva, desconcertada—. Si solo fue... O sea, fue algo inofensivo.

En comparación con el beso en la cabaña, en comparación con la noche que pasamos juntos, el beso de Nochevieja fue casi inocente.

—Ese beso lo fue todo. Menos inofensivo.

—¿Por qué? Hiciste como si no hubiera pasado nada.

Echó la cabeza hacia atrás exhalando un suspiro.

—Porque no la quería pifiar, Izzy. Somos amigos desde hace más de veinte años. Eres mi mejor amiga. No quería que esto se fuera a la porra por ceder a unos sentimientos... extraños... —Hizo una pausa y buscó mi mirada—. Me convencí a mí mismo de que ni por todo el sexo del mundo valía la pena poner en peligro esta amistad o perderla. Y durante un tiempo me funcionó. Pero luego... —Se pasó una mano por el rostro—. Mierda, intuía que sería así.

—Así ¿cómo?

—Perfecto. —Se encogió de hombros—. Joder, perfecto.

—Creo... —No terminé la frase; me sentía sobrepasada. Ni siquiera era capaz de pensar con claridad una sola cosa que no fuese un encadenamiento ininterrumpido de «Ay, Dios; ay, Dios; ay, Dios»—. Tengo que... —Miré hacia la puerta.

—No te vayas. —Me tocó el brazo—. Por favor.

Me quedé paralizada delante de él mientras su mano me acariciaba la mejilla, su pulgar dibujaba mi mandíbula. Cerré los ojos y me abandoné a su roce, al calor de sus dedos. Apoyó con suavidad su frente en la mía. Sus labios estaban tan cerca que notaba su aliento. Cuando encontraron los míos, fue distinto de las demás veces. Nuestro último beso sabía a voracidad, a deseo y excitación. Este, en cambio, era tierno y sentido, casi cuidadoso. El corazón se me encogió. Sus labios se separaron con suavidad de los míos. Will me abrazó y apoyó la barbilla en mi cabeza. Permanecimos así un rato, en silencio y entregados a un sinfín de pensamientos.

—Vamos a acostarnos y dormir. No tenemos por qué hablar. No tenemos por qué hacer nada. —Su voz era poco más que un susurro —. Pero quédate, por favor.

Su mano buscó la mía. Sentí un cosquilleo en los dedos cuando se entrelazaron con los suyos. Dejé que me llevara hacia la cama con suavidad. Nos tumbamos en silencio. Will echó el edredón sobre los dos, me rodeó la cintura con un brazo y pegó mi espalda a su pecho. Sentí su aliento tibio en mi nuca, su mano en mi vientre, y me recorrió una extraña calma.

—Buenas noches, Izzy —me dijo al oído, y me dio un beso en la raya del pelo.

—Buenas noches, Will.

29

Cuando me desperté, Will ya no estaba. Durante una décima de segundo estuve firmemente convencida de que aquello solo había sido un sueño. Después volvieron los recuerdos con toda su fuerza. Pasé la mano por la ligera huella que había dejado su cuerpo en el colchón. ¿Cuándo se había ido? ¿Cuánto tiempo habíamos estado juntos en la cama? Me incorporé y me noté el cuerpo entero agarrotado, como si se quejase de que hubiera dormido vestida.

De la cocina me llegó un tintineo de vasos. Eché una ojeada al reloj y vi que ya eran las nueve y media. En el pasillo resonó la voz de mi padre. Por lo visto era la única que todavía estaba en la cama. Caminé pesadamente, adormilada, hacia la puerta y seguí los ruidos. Mi madre se encontraba en la cocina, vaciando el lavavajillas. Ya no había ni rastro del caos anual de Acción de Gracias. Las superficies relucían, y en el suelo se habría podido comer.

—Buenos días —me saludó de buen humor. Miró un momento mi camiseta, completamente arrugada. En lo que respectaba a pulcritud, desde luego no podía competir con la cocina.

—Buenos días —farfullé mientras me arrastraba hasta la cafetera.

—Uy, me temo que vas a tener que hacer más. Will se ha tomado la última taza.

—¿Will? —inquirí ceñuda, confusa.

—Ya podías haberle cedido tu habitación al pobre chico. Mira que dejar que durmiera en ese sofá incómodo con el brazo escayolado.

—Sacudió la cabeza con una mirada de reproche—. No me extraña que tenga pinta de haber hecho dos turnos de noche.

La miré con expresión de perplejidad.

—Solo un turno de noche. Su café hace verdaderas maravillas, señora Walsh.

Me volví deprisa y lo vi en el umbral. Sonriendo y fresco de un modo que resultaba desalentador. En comparación conmigo parecía una puñetera flor al sol matutino. Y ¿por qué no tenía la camisa arrugada? ¿Se la había planchado mi madre? Era muy posible. Lo observé con cara de desconcierto y me indicó por señas que lo siguiera. Nos recibió una bofetada de frío cuando salimos al porche. Crucé los brazos mientras exhalaba nubes de aliento al aire.

—No sabía cómo reaccionaría tu madre si me descubría en tu cama, por eso me pasé al sofá por la mañana. —Arrugó la frente—. Y encima se moriría de celos, la pobre.

No pude evitar reírme, y la risa aflojó un tanto el nudo que tenía en el estómago. Mi madre, en efecto, era más bien conservadora en lo que respectaba a quién podía dormir con quién en la misma cama. Si antes me dejaba pasar la noche en la cabaña con los chicos era solo porque Allison le aseguró que había una habitación independiente y que se podía cerrar con llave para mí. Nos sentamos juntos en el banco de madera.

—Toma. Tienes cara de necesitarlo.

Me ofreció su café, en el que solo quedaba un poco de líquido tibio que bebí con voracidad. Torcí el gesto, porque estaba amargo, y dejé la taza en el suelo.

—Cuando me desperté, pensé que te habías ido —le confesé.

—Oye, que yo no soy tú. —Lo dijo como de broma, pero después de esa noche ya no estaba segura de hasta qué punto lo era. Guardamos silencio unos segundos, contemplamos el blanco paisaje

invernal. Después clavé la vista en nuestras manos, que estaban apoyadas en el banco, a escasos milímetros de distancia—. ¿Qué haces esta noche? ¿Vas al Olly's, a la fiesta del Black Friday? —me preguntó Will en un tono completamente inocente.

Mientras en el resto del país se vendían como churros a precio de ganga televisores, ordenadores, móviles y ropa, en el Black Friday, el día siguiente a Acción de Gracias, mi hermano daba todos los años una gran fiesta en el Olly's. Hacía descuentos absurdos en la cerveza y los chupitos y los clientes podían jugarse a los dados el precio. Como tarde a las once todos estaban tan borrachos que ni sabían cómo volver a sus casas. No tenía muy buenos recuerdos de la última fiesta del Black Friday: me quedé para ayudar a Olly a recoger y limpié cubos de vómito.

—Probablemente no. Esta tarde he quedado con Rachel y Aubree para hacer snow y seguro que después estamos muertas. ¿Tú?

Sacudió la cabeza.

—Me apetece más bien una... noche tranquila.

Me miró con expresión expectante y noté que su meñique rozaba el mío. Solo fue una caricia superficial, tal vez casual, pero la sentí en el cuerpo entero. Mis pensamientos eran una montaña rusa. ¿Me estaba preguntando Will si...? ¿Se refería a que nosotros...?

—Te podrías pasar por mi casa.

Vaya. Bien. Con eso no contaba. Miré nuestras manos. Cualquier otro día habría dicho que sí inmediatamente, pero la otra noche lo había cambiado todo. Y había dejado muchas cosas sin aclarar.

—No...

«... sé en qué punto estoy contigo. En qué punto estamos».

—... creo. Probablemente esté demasiado cansada.

Su rostro reflejó cierta decepción.

—Vale —repuso en voz baja—. También puedes decidir en el último momento si te apetece. Estaré toda la tarde en casa.

Sentí que me miraba. Madre mía, estábamos a bajo cero y las mejillas me ardían literalmente. De nuevo se hizo el silencio entre nosotros.

—Bueno, debo irme ya. —Miré el reloj para dar más fuerza a mi argumento—. Tengo que estar a las doce en Vail.

Él entornó los ojos. Para eso todavía quedaban dos horas.

—¿No quieres desayunar?

—Seguro que mi madre me da un trozo de tarta si tú se lo pides amablemente.

Sonrió y sentí un profundo alivio. Entre nosotros no todo era tan serio ahora. Tan solo distinto. Y eso era bueno. ¿O no?

30

El día en la pista con Aubree y Rachel fue exactamente lo que necesitaba. En ningún otro sitio conseguía despejarme tanto y hacer a un lado las ideas negativas como a tres mil metros de altitud. Me encantaban el frío cortante, el silencio, el aire límpido, las majestuosas montañas. De pequeña eran mi parque infantil; de adolescente, mi refugio cuando discutía con mis padres o tenía el corazón roto por culpa de Will Albright. Y se me había roto a menudo. ¿Lo sabría él? ¿Sabría que me había quedado dormida llorando por él varias veces? ¿Cuando besó delante de mí a Kendra James, cuando desapareció en su habitación con Birdie Marshall, cuando llevó al baile de graduación a Elena Crawley o cuando me tropecé en casa por la mañana con Tina Simpson?

—¿No puedes dejar de pensar en Cole ni siquiera un minuto?

Rachel se rio y me lanzó una bola de nieve al casco, que se desintegró en el acto.

—¿En Cole?

Dicho por mí sonó como si fuese lo más descabellado del mundo.

—¡No disimules! —Aubree se dejó caer a mi lado en la nieve y se soltó la tabla. Tras llevar en la pista casi dos horas, habíamos decidido hacer un descanso—. Hasta un ciego vería que estás coladita.

«Sí, pero no por Cole». No supe por qué no lo decía sin más.

—¿Habéis visto el vídeo en Insta? ¿Con Ellen? —inquirió Rachel.

—Tiene mucha gracia —coincidió Aubree, y se rio como una niña pequeña.

No tenía ni la menor idea de lo que estaban hablando.

—¿Te ha dicho cuándo se emitirá el programa? —me preguntó Rachel.

—¿El programa?

—El de Ellen DeGeneres —precisó, casi en tono de reproche.

—Ah... Pues no.

Me remordió ligeramente la conciencia. Se me había olvidado por completo llamarlo, preguntarle cómo había ido. Lo haría esta tarde sin falta.

—Por cierto, ¿cuánto lleváis ya? —quiso saber Aubree, y se levantó.

—¿Con las clases de esquí?

—También. —Sonrió.

—El miércoles se va a Canadá a rodar.

El miércoles. Dentro de cinco días.

—¿Y? —Aubree y Rachel me miraban con expresión expectante.

—Y ¿qué?

—No nos obligues a sacártelo todo con sacacorchos —se quejaron a la vez mis amigas.

—No hay un «y».

—¿Os volveréis a ver? ¿Lo irás a visitar a Los Ángeles? ¿Os mantendréis en contacto?

Me levanté ceñuda y me sacudí la nieve del trasero.

—Todavía no hemos hablado de eso.

Mi respuesta no pareció satisfacer a ninguna de las dos.

—¿Ni siquiera te ha invitado al estreno o algo así? ¿Con todo lo que lo has ayudado? —inquirió Aubree, y arrugó la nariz.

—Eso sí. —Me mordí el labio. No debería haberlo contado.

—¡¿Qué?! —gritó prácticamente Aubree—. Madre mía, qué emocionante. Pisarás la alfombra roja. Y conocerás a estrellas. Y...

Busqué una manera de poner fin a la conversación.

—¿Podemos ir a comer algo de una vez? Estoy muerta de hambre.

Mis amigas asintieron. Fuimos las tres a la cabaña Sundeck y buscamos sitio en la terraza. Desde ella se disfrutaba de unas vistas impresionantes de los bosques nevados. Aspiré el olor a madera y humo y me dejé caer en una silla relajadamente.

—Entonces, ¿serías su acompañante oficial? —Aubree volvió al mismo tema.

Lancé un suspiro para mis adentros. A veces Aubree podía ser un auténtico pitbull, cuando mordía no soltaba su presa. Me alegré de que un hombre con delantal viniera hacia nosotras para tomar la comanda. Nos decidimos por chocolate caliente y gofres con sirope de arce.

—Por cierto, ¿vamos esta noche al Olly's? ¿A la fiesta del Black Friday? —preguntó Rachel mientras se quitaba los guantes.

Aubree hizo un gesto afirmativo.

—No, yo... —mi excusa de que no me apetecía ver a un montón de gente borracha seguro que no les valdría— ya he quedado.

—¿Con quién?

Con mi sofá. Quizá... con Will. Will. No pude evitar que una sonrisa bobalicona asomara a mi rostro. Me había pasado media noche entre sus brazos, había sentido su cuerpo caliente contra el mío.

—Con... mi madre.

—¿Con tu madre? ¿Un viernes por la noche? —Rachel me miró con escepticismo.

—Sí, queríamos volver a hacer una noche de chicas.

—¿Haces noches de chicas con tu madre?

Me encogí de hombros.

—A veces —mentí. Me pregunté cómo sería una noche así con mi madre. Aunque manteníamos una buena relación, esta no incluía conversaciones de mujeres, noches de cine o martinis. Mi madre más bien tenía un papel tradicional en mi vida. Era la clase de madre que te cosía botones y se pasaba por casa a traerte comida, te invitaba a comer asado el domingo y te recordaba que fueses a misa de vez en cuando—. No nos vemos mucho desde que me fui.

—Pero si os visteis ayer —observó Rachel.

Por suerte, en ese momento nos trajeron la bebida. Tres chocolates a la taza con una perfecta corona de espuma. Mientras esperábamos a que llegaran los gofres hablamos de Acción de Gracias, del partido de fútbol, de nuestra familia y de lo llenas que estábamos aún. Me alegré de que volviésemos a pisar terreno no comprometedor.

Después de comer, aprovechamos el buen tiempo que hacía, deslizándonos por las pendientes de nieve en polvo. Hicimos eslalon y fuera de pista, salvamos obstáculos y saltamos rampas naturales y artificiales.

—Dios, qué bien me ha venido —aseveró Rachel cuando llegamos al valle a media tarde. Cansadas y extenuadas, con la cara roja y el pelo húmedo—. Se me había olvidado lo que es no tener que parar cada dos minutos para limpiarle la nariz a un crío de cuatro años o ir al servicio con su hermana.

A diferencia de mí, Rachel enseñaba principalmente a niños. Yo, en cambio, tenía la cualificación más alta y podía dar clases a todo el mundo, de principiantes a profesionales. Con nuestra tabla debajo del brazo fuimos al aparcamiento y cada una se subió a su coche para volver a casa. Yo era la única de las tres que vivía en Green Valley. Rachel era de Oak Wood, el pueblo de al lado, y Aubree

todavía vivía con sus padres en Avon, una pequeña ciudad entre Green Valley y Vail.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue darme una ducha caliente y ponerme un pantalón vaquero cómodo y mi sudadera preferida, que aunque tenía una mancha de lejía era de lo más suave. Con un cuenco lleno hasta arriba de muesli de chocolate, me acomodé en el sofá y me puse a zapear. Casi todos los canales informaban sobre la locura generalizada que reinaba en los centros comerciales americanos, las interminables colas delante de los supermercados, los buscadores de gangas y los adictos a los descuentos. A mí todo ese barullo me producía una gran indiferencia. Cambié de inmediato a Netflix para ver el último capítulo de *La maldición del panteón*. Acababa de darle al *play* cuando el móvil me vibró en la mesa de centro. El corazón se me paró un segundo al ver en la pantalla que era Will. Me asaltó una extraña mezcla de alegría y pánico. Todavía no había decidido si quería pasar la noche con él o darme un poco de tiempo para pensar. Clavé la vista en el teléfono sin saber qué hacer hasta que enmudeció. Lo dejé a un lado, lo cogí de nuevo, busqué su contacto, dejé suspendido el dedo índice sobre el número y me dije que era tonta por semejante indecisión. Al ver el icono de Instagram, me acordé de lo que me había dicho Cole en Acción de Gracias. Abrí su cuenta y fui haciendo clic en las últimas publicaciones. Primero vi el clip con Ellen DeGeneres. Los dos habían representado una escena de *La maldición del panteón*, con Ellen en el papel de Aquillus. No pude evitar reírme y fui abriendo más cosas. Hacía unos días se había fotografiado en la piscina del Sebastian y, como constaté con un cabeceo, se había ganado principalmente proposiciones de

matrimonio. También había una instantánea suya en el gimnasio («¿Entrena además de esquiar?»), una de su batido de proteínas, una recién salido de la cama y dos vídeos de nuestras clases de esquí. En ambos no solo se me oía, sino que también se me veía. Puesto que Cole había mencionado algo de los comentarios, leí lo que había escrito la gente debajo de los vídeos. mrscolejacobs y aquillusforever lanzaban las invectivas de siempre. También había comentarios sobre lo espantoso que era mi pelo, lo feo que era mi mono de esquí y mi cara de boba. Justo cuando iba a dejar el teléfono con un resoplido —posiblemente incluso a estrellarlo contra la pared—, me llamó la atención un nombre que no paraba de repetirse: killwill. Así había llamado Cole a Will. Picada por la curiosidad, hice clic en su perfil. killwill apenas tenía cien seguidores y una fotografía en la que era un pequeño punto en una pista de esquí. Pero me habría jugado la cabeza a que ese puntito era Will Albright. ¿Tenía cuenta en Instagram? Caí en que debía de tenerla. Aquella vez en el supermercado sabía que Cole había subido fotografías de nosotros dos. Abrí nuevamente lo que comentaba la gente debajo de lo que subía Cole y killwill siempre metía baza. Al comentario «¿Qué quiere esa de él?», había respondido: «¿Se te ha ocurrido que solo esté haciendo su trabajo? Y mejor imposible, por cierto». A «¿Qué se ha hecho esa en el pelo?» su respuesta era «Es evidente que más que tú». Me reí por fuerza, aunque no me pudiera creer lo que había escrito después:

> Por decir cosas como esa se va a la cárcel, @queenaquillus, y ¿cómo querrás que Cole te encuentre allí?
> ¿Saben tus padres que con esa frase infringes tres leyes, @coleswife?

Con el corazón desbocado, dejé el móvil en el regazo. Will me había defendido. Una y otra vez. Y Cole quería que yo lo supiera. ¿Por qué? ¿Para animarme? ¿Infundirme valor? Miré el reloj. Eran las siete y media pasadas. Will había dicho que estaría toda la tarde y la noche en casa. Me levanté de un salto del sofá, fui al cuarto de baño y me miré en el espejo, que me devolvió un rostro agotado. Y nervioso.

31

Will no estaba en casa. ¿Por qué no estaba en casa? Frustrada, clavé la vista en la puerta, que no se impresionó lo más mínimo. Pero si había dicho que estaría allí toda la tarde y la noche... Arrugué la nariz y volví a mi piso, donde probé a llamarlo. No me lo cogió. Sin embargo, Lena me había escrito mientras tanto.

¿Dónde estás?

En casa.

¿Por qué? ¡¡¡Hoy es la fiesta del Black Friday!!!

Añadió un emoji con un matasuegras y un gorrito de fiesta y no pude evitar esbozar una sonrisilla.

¿No estás en Kansas?

Hemos vuelto antes de lo previsto. Pensaba que estarías aquí, en el Olly's.

Esta vez eligió un emoji lloroso y acto seguido yo le envié una instantánea en la que ella se estaba tomando un cóctel.

Estoy cansada. He estado todo el día haciendo snow.

Bostecé como si mi amiga pudiera verlo.

¡¡¡Tienes que venir!!! También están Aubree y Rachel.

¿Will?

No. Está con Ryan en una fiesta en Vail. Noche de chicos.

Aparecieron dos jarras de cerveza. Tragué saliva. Conque Will se había ido de fiesta. «Estaré toda la tarde en casa»; sí, claro. Pero ¿por qué me extrañaba? ¿Por qué iba a quedarse Will sentado esperándome cuando en alguna parte había una fiesta? La desilusión me golpeó de lleno.

¿Qué? ¿Vienes?

Tomé una decisión: mi vida no volvería a depender de Will Albright.

Voy para allá.

Eso no era del todo cierto, porque no quería ir a la fiesta del Black Friday con la sudadera manchada de lejía y las ojeras. Así que me puse el top verde menta, el que me había puesto en la fiesta de inauguración de mi casa, y me solté las rastas. Con un poco de corrector disimulé las huellas de cansancio en mi rostro y me apliqué una buena capa de rímel en las pestañas. Me miré satisfecha en el espejo.

Poco después salí de casa. Incluso en nuestra pequeña y aletargada ciudad, el día del Black Friday había mucho movimiento. Los negocios estaban vivamente iluminados, las puertas se abrían y se cerraban con brío y aluviones de clientes entraban y salían mientras yo iba por Main Street. La librería ofrecía un 30 por ciento de descuento en libros infantiles, la tienda de deportes vendía botas

de senderismo tiradas y Moe tenía las hamburguesas a mitad de precio. Me topé con Molly McAbott, que iba cargada con por lo menos diez bolsas, y hablé un momento con Amy Cooper.

Ya desde lejos vi que en el Olly's había liada una buena, y cuando entré, me recibió una mezcla de alcohol, grasa de freír y sudor. Por los altavoces salían atronadores sonidos festivos y una guirnalda en la que ponía «Rebajas» atravesaba el espacio. En una improvisada pista de baile no cabía un alfiler y ante la barra se había formado una larga cola. Miré el gentío para intentar hacerme una idea de cómo estaba el patio cuando alguien se me echó encima por detrás.

—¡Por fin! —exclamó alegremente Lena, y de su copa de cóctel se derramó un líquido rojo oscuro.

—¿Qué es eso? —grité para hacerme oír con la música.

—Un... —se paró a pensar un instante— muerte negra. Vodka negro con licor de grosella negra. Está asqueroso.

—Vale, tomaré lo mismo.

Nos reímos y fuimos hacia la barra, donde mi hermano y Kira no daban abasto. Mientras esperábamos a que nos sirvieran mi cóctel, Lena me habló de Kansas, del primer Acción de Gracias que pasaba con Ryan, de la granja que tenían los padres de Amy y del monótono viaje entre maizales y trigales. Yo le resumí con todo lujo de detalle mi Acción de Gracias y Lena me miró absolutamente embobada cuando le conté lo que me había confesado Will y la noche que habíamos pasado juntos, en la que no había ocurrido nada y todo a la vez.

—Y ¿por qué no estáis ahora los dos en un sofá besuqueándoos hasta hartaros? —Me miró sin dar crédito.

—Yo tampoco lo sé —admití, y proferí un suspiro.

Antes de que pudiera seguir divagando, Lena sacó el móvil del bolso.

—Uy, es Ryan. Un momento, que voy a cogerlo. —Se terminó el cóctel y dejó la copa en la barra—. ¿Me pides otro?

—Claro.

Echó a andar hacia la puerta con el móvil pegado a la oreja. La puerta por la que en ese preciso instante entró Will... seguido de dos chicas rubias. Lena lo miró con cara de desconcierto, pero siguió hablando por teléfono y salió fuera. Por mi parte, estaba demasiado perpleja para sentir algo que no fuese incredulidad. No es que no estuviese acostumbrada a ver a Will en compañía de mujeres guapas, pero no podía entender qué estaba haciendo ahora, en aquel momento, aquí, cuando en realidad se encontraba en Vail aunque debería estar en casa. Y el hecho de que viniera directo hacia donde yo estaba con su harén no hizo sino empeorar la situación. Me iba a dar la vuelta para que no me viese cuando oí un sorprendido «¿Izzy?». Después de respirar hondo, me volví hacia él.

—Hola.

Sus ojos bajaron hasta mi camiseta de tirantes y durante una décima de segundo vi que se iluminaban. No, debían de ser imaginaciones mías. Iba con dos superrubias cuyo escote era más profundo que el Gran Cañón.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió, desconcertado.

—Lo mismo que tú, supongo. —Miré de reojo a sus acompañantes, que ahora que las veía de cerca daban la impresión de haber salido del instituto hacía muy poco—. O no, puede que no.

Pasó por alto mi comentario socarrón.

—Pensaba que querías quedarte en casa.

—Cambié de opinión. Y al parecer tú también.

Entornó los ojos. La rubia de su derecha entretanto pasaba el dedo por su iPhone y la de la izquierda bostezó de un modo muy poco femenino.

—Hermanita —me llamó Olly.

Me deslizó un cóctel por la barra.

—Bueno, pues hasta luego —le dije a Will, y me volví conscientemente hacia mi hermano, que llevaba una camiseta en la que ponía *«Black is my happy colour»*.

—Pero ¿con quién ha venido el amigo? —rezongó Olly mientras miraba a Will, que estaba apoyado en la barra a unos metros de nosotros, charlando con las rubias—. Tienen cara de acabar de sacarse el primer carné de la biblioteca.

Me encogí de hombros con fingida indiferencia.

—Apuesto a que se llaman... Shelby y Tiffany.

Olly ladeó la cabeza.

—O Mindy.

—Brittany. Seguro que una de las dos se llama Brittany —me burlé —. ¿Me preparas otro para Lena?

Cogió la copa vacía y yo eché un vistazo al bar. Por lo visto, Lena seguía hablando con Ryan. ¿No había dicho que Will y él estaban en una fiesta en Vail? Vi a Aubree y Rachel en la pista y me abrí paso entre el gentío. Una luz multicolor titilaba en sus rostros mientras se movían al ritmo de *Thank U, Next*. Rachel me echó los brazos al cuello con exaltación y Aubree me hizo girar sobre mi propio eje. Nos reímos y bailamos, hicimos pasos de baile tontos y nos bebimos nuestros respectivos cócteles. Después de unas canciones, la pista de baile se llenó más. Había una masa de cuerpos sudorosos apelotonados, y yo tenía la sensación de que me apretaban y me empujaban por todas partes. En cuanto conquistaba un pequeño espacio libre, alguien llegaba y me lo quitaba. Entonces cometí el error decisivo: me dejé llevar un segundo y miré a ver dónde estaba Will, y recibí un fuerte empujón y me choqué contra un tío. Mejor

dicho, contra su muerte negra, gran parte de la cual fue a parar a mi top. Solté un sonoro taco y me miré las manchas de la camiseta.

—Mierda, lo siento —gritó para imponerse a la música.

Me encogí de hombros con resignación y le resté importancia con un gesto. Al fin y al cabo, él tenía tan poca culpa como yo.

—Lava la camiseta ahora mismo si quieres que se salve —me aconsejó Rachel, y puso cara de pena.

Salvar la camiseta no me parecía necesariamente una prioridad, a fin de cuentas me la había comprado en rebajas por diez dólares, pero no podía pasarme el resto de la noche con un top empapado que me hacía parecer la ganadora de un concurso de camisetas mojadas y que habría hecho que Ryan me soltase un «Se te marcan los pezones».

—Voy un momento a casa de Olly —informé a mis amigas mientras me abría paso entre la gente para acercarme a la barra. Después de que mi hermano me diera la llave, subí la escalera y abrí la puerta. El de Olly era el típico piso de soltero. Un poco caótico y espartano. Fui al cuarto de baño y me asusté al verme en el espejo. Las manchas, en efecto, casi eran negras. Me puse a limpiarlas delicadamente con una toalla mojada.

—La próxima vez mejor que te tiren cerveza.

Me volví en redondo.

—¿Tú qué haces aquí? —le espeté a Will, que estaba apoyado en el marco de la puerta.

—Te vi salir corriendo de Olly's y me preocupé.

—¿Dónde están Brittany y Shelby?

—¿Quiénes?

—Tus —entrecomillé en el aire la palabra— «acompañantes».

—Ah, te refieres a Chris y Max.

—¿Se llaman Chris y Max? —pregunté sin dar crédito.

—Sí, su padre habría preferido que fueran niños.

—Vaya, seguro que es una persona encantadora.

—Pues sí. Quizá sepas quién es: John Maroney.

Enarqué las cejas.

—¿El que fue *quarterback* de los Broncos?

Will asintió.

—El mismo. Va de vacaciones al Sebastian todos los años por Acción de Gracias. Mi madre y él se conocen.

—Nunca me lo habías dicho.

—Porque no sabía si te interesaban los abuelos canosos exjugadores de fútbol.

—Esperemos por el bien de tu pómulo que no te oiga decir algo así. Y eso que probablemente sea el menor de tus problemas como se entere de que les quieres meter mano a Carl y Mike.

—Chris y Max —me corrigió—. Y no creerás en serio que quiero algo con universitarias de dieciocho años, ¿no?

—Si tienen dieciocho años, no deberían estar aquí.

—Sí, si van acompañadas del *sheriff*. —Me guiñó un ojo—. Solo por eso les ha permitido John que vengan a esta fiesta.

—¿Eres su...?

—Niñera, sí.

—Entonces, ¿no deberías estar con ellas en lugar de mirando...?

—¿... cómo se te transparenta cada vez más la camiseta?

Sonrió y me tiré en vano del mojado top, que se me pegaba demasiado.

—Nada que no hayas visto ya —me limité a observar mientras seguía echándole agua, fingiendo no inmutarme.

Will cruzó los brazos y me escudriñó.

—Estás cabreada.

Durante un instante nuestra mirada coincidió en el espejo. No supe decir exactamente lo que vi. ¿Desconcierto? ¿Arrepentimiento? ¿Sentimiento de culpa?

—¿Por qué iba a estar cabreada? —musité.

Pasaron uno o dos segundos. Mi cabeza barajó las opciones. Podía decirle la verdad o soltarle una excusa. Echarle valor o achantarme. Una cosa u otra. Una... u otra.

—No estabas en casa. Esta tarde. Me pasé a verte, pero no estabas.

Decisión tomada: echarle valor.

—Por eso te llamé, pero no me lo cogiste.

—Porque estaba haciendo snow.

—¿Cuando ya había anochecido? Impresionante. —A sus labios afloró una sonrisa cínica—. Podrías haberme devuelto la llamada.

Tragué saliva. Quizá no hubiera pensado a fondo lo de decir la verdad. De pronto deseé haberme achantado.

—No sabía si... Pensé que querías saber si me iba a pasar por tu casa y...

—... en ese momento tú aún no sabías si querías ir —terminó mi frase.

—Sí —repuse con sinceridad.

Will asintió.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Instagram.

Me miró con expresión expectante.

—He leído tus comentarios en las fotos de Cole. Me defendiste. Es... todo un detalle.

—¿Un detalle? —Me miró como si le hubiese dado una bofetada.

—Más que un detalle. —Sonreí.

—No te mereces que alguien diga esas cosas de ti.

—¿Por eso lo hiciste? ¿Porque no quieres que hablen mal de mí?

—No. —Su tono me confundió—. Creo que quería protegerte.

—¿Por qué? ¿Porque eres el *sheriff*? —Me salió sin querer un tono burlón.

—No, porque protejo todo lo que me importa.

Me quedé sin aliento. Sus palabras resonaron en mi cabeza.

—No hace falta que me protejas.

—Lo sé. —Su voz era bronca. Dio un paso hacia mí. Y otro. Retrocedí hasta que mi espalda tocó la pared. Apoyó la mano izquierda por encima de mi cabeza y se inclinó ligeramente hacia delante. Su rostro estaba a escasos milímetros del mío, y durante un momento tuve la sensación de que el mundo se detendría—. Y a pesar de ello, nada me gustaría más.

Sentí su aliento en mis labios y mi cerebro dejó de funcionar. La necesidad de abrazarlo de repente fue tan incontenible que no fui capaz de desoírla más. Salvé la poca distancia que nos separaba y lo besé. Con suavidad, pero no tímidamente. Un leve gemido salió de su boca cuando le rodeé el cuello con los brazos y lo atraje hacia mí. Nuestro cuerpo se unió en todos los puntos posibles, y le metí los dedos por debajo del jersey, toqué la caliente y tersa piel, los duros músculos.

—¿Nadie te ha dicho que hay que quitarse la ropa mojada? —musitó contra mis labios, y tiró de mi top hasta que acudí en su ayuda. Sus ojos se abrieron como platos cuando me quedé en sujetador.

—Creo que la última vez no los vi muy bien.

Nuestros labios volvieron a unirse. Will me inmovilizó contra la pared con todo su peso, con tal firmeza que noté su erección. Mi deseo luchaba contra mi autocontrol.

—Will —jadeé—. No podemos... —Fracasé en el intento de pronunciar una frase coherente—. Olly...

—¿De verdad acabas de decir entre gemidos el nombre de tu hermano cuando estoy a punto de follarte contra esta pared? —Se le escapó una sonrisa y yo le di un golpe sin fuerza en el estómago—. Diez centímetros más abajo y la diversión habría terminado. —Sus labios recorrieron mi cuello, me acariciaron con dolorosa lentitud el pulso, la clavícula, el arranque del pecho. «Que le den a Olly», musitó la voz en mi cabeza. Deseaba a Will, lo quería todo de él.

A lo lejos, vagamente, oí pasos, una voz, mi nombre, y la poca sensatez que me quedaba subió a la superficie.

—¿Izzy?

Nos volvimos sobresaltados.

—¡Mierda! —espeté mientras cogía rápidamente el trapo mojado que antes era mi camiseta. Lo metí deprisa y corriendo en el lavabo.

—Izzy, ¿se puede saber dónde estás?

La voz ahora se encontraba lo bastante cerca para que pudiera identificarla: Lena. Por lo menos no era mi hermano. Mi amiga se detuvo en el umbral y vio la escena que tenía delante: yo fingiendo lavar la camiseta en el lavabo y Will apoyado en la pared con la cara como un tomate y el pelo alborotado.

—Conque estás aquí —dijo mientras sus ojos nos seguían escudriñando. Miró a Will—. Y tú también. —Sus labios esbozaron una mueca sospechosa.

—Sí, quería... —Mi dedo índice señaló la tela hecha una bola del lavabo—. Las manchas.

Ella asintió, risueña.

—¿Necesitas algo que ponerte?

—¿Que ponerme? —repetí tontamente.

—Estás medio desnuda. —Apuntó a mi sujetador.

—Ah, ya... Le cogeré algo a Olly.

—Sabes que ahí abajo no hay una fiesta de pijamas, ¿no? —repuso con guasa. Posiblemente porque me estaba imaginando en la pista de baile con una de las camisetas XXL de Olly.

—De todas formas quería irme a casa.

—¿Quieres que te llevemos? Ryan todavía no ha bebido nada.

—Esto es Green Valley, Lena. Hoy el único peligro es que te maten a golpes con una bolsa llena de compras.

—Está oscuro.

—Seguro que Olly tiene algo fosforito.

Lena exhaló un suspiro y entornó los ojos.

—La llevo yo a casa —se ofreció Will.

Y el «Vale» de Lena siguió casi a la velocidad de la luz.

—Bueno, ya me voy, así no os molesto más mientras... laváis. ¿Hablamos mañana?

Más bien pareció una orden. Con una sonrisa luminosa, se dio media vuelta y se fue.

—Qué vergüenza —afirmé.

Will se encogió de hombros.

—Podría haber sido mucho peor.

Resoplé y apoyé ambas manos en el lavabo.

—No hace falta que me lleves a casa.

—Lo sé —repuso con el mismo tonillo con el que llevaba hacía un rato—. Y a pesar de todo, nada me gustaría más.

Miré hacia otro lado, cohibida.

—¿Qué pasa con...?

—Están en el hotel hace ya un buen rato. Papi en persona vino a buscarlas. Hace ya una hora. Algo que sabrías si no hubieses estado tan empeñada en pasar de mí.

En lugar de decir algo, salí del cuarto de baño.

—¿Adónde vas?

—A buscar una camiseta fosforita.

Oí su risa mientras iba a la habitación de mi hermano. Como no encontré el interruptor sobre la marcha, encendí la linterna del móvil para llegar al armario, un mueble de madera maciza que era fácil de ver. A mi hermano la ropa le daba lo mismo y casi siempre llevaba vaqueros y camisetas con frases absurdas o nombres de grupos musicales. Cogí uno de los pocos suéteres que encontré y me lo puse. Era sorprendentemente suave y olía a recién lavado, algo que me bastaba y me sobraba para ir a casa. Will me estaba esperando en el pasillo. Al verme prorrumpió en una sonora carcajada. En un primer momento pensé que era porque el suéter me quedaba tres tallas grande y me sobraba por todas partes. Sin embargo, como no paraba de reírse, acabé intuyendo que no se debía a eso.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada —se volvió a reír y me señaló—. Es solo que muy rara vez te he visto tan directa.

Me miré confusa y lancé un suspiro de incredulidad. En el centro del suéter, en letras negras, ponía: «Preferiría estar teniendo sexo».

32

El Olly’s estaba a menos de un kilómetro y medio de nuestra casa. Pese a ello, tuve la impresión de que caminábamos durante horas en la oscuridad. Hacía ya unos días que no nevaba, solo había nieve acumulada en el arcén.

—Te invitaría a un batido de chocolate, pero has dejado muy claro lo que te apetece ahora mismo —me tomó el pelo Will cuando pasamos por delante de Moe’s Diner.

Era un intento bienintencionado de distender un poco la situación. Desde que habíamos salido del Olly’s, entre nosotros había una curiosa tensión, que sobre todo emanaba de mí. Sencillamente no sabía cómo manejar aquello... y no tenía experiencia, lo que hacía que fuese peor aún. ¿Íbamos directos a echar un polvo de una noche o antes nos meteríamos por la calle de la amistad? ¿Nos habíamos saltado la señal de stop? ¿Estaba el semáforo en amarillo o en rojo? Mientras me extrañaba que mi cabeza no echase humo, Will irradiaba una extraña calma. Probablemente estuviese acostumbrado a llevar a mujeres a casa. Sabía de qué temas se hablaba, cuáles no o si había necesidad de tocar. Sabía lo que quería: sexo. ¿Habría ido tan lejos si Lena no nos hubiese interrumpido? ¿Llevaría un condón encima? Seguro. Probablemente tuviese cosido un bolsillo para condones en cada una de sus camisas. Resignada, me paré y me volví hacia él.

—No es buena idea, Will.

—Un batido de chocolate siempre es buena idea. —Sonrió.

—Will. —Lo miré con insistencia—. Sabes perfectamente que no estamos hablando de un batido de chocolate.

Su semblante recuperó la seriedad.

—Sí, estamos hablando de si lo quieres... o no.

—Lo quiero, pero... —bajé la vista— lo quiero entero. No solo la nata de arriba. Y no estoy segura de que tú también quieras eso.

—Bueno, todo el mundo sabe que la nata es lo mejor de un batido de chocolate.

—Ya, pero la nata por sí sola no es lo que da el sabor —repuse en voz baja.

Él asintió en silencio y me miró un momento con aire pensativo. Como si buscase en mi cara la respuesta que él ya me había dado. Con su silencio.

—Creo que, en ese caso, será mejor que renuncie a ese batido —contesté abatida, y reanudé la marcha—. O que me acostumbre a los... batidos de vainilla. —Me obligué a sonreír y temí que la sonrisa pareciese una mueca. Will no dijo nada. El resto del camino lo hicimos en silencio. Solo de vez en cuando creía sentir su mirada clavada en mí—. Buenas noches —dije cuando llegamos a la puerta de nuestros respectivos pisos.

—Buenas noches, Izzy —musitó.

Me costó lo mío darme la vuelta e introducir la llave en la cerradura. Cuando lo conseguí y me apoyé en la puerta por dentro, casi me sentí orgullosa de mí misma. Había resistido la tentación, había tomado una decisión sensata. Había rechazado el sexo sin compromiso. «Has rechazado una noche más en el paraíso», se burló la traidora voz en mi cabeza. Entonces llamaron a la puerta. Me aparté sobresaltada, entorné los ojos y permanecí a la espera. Llamaron de nuevo. Abrí la puerta con gesto vacilante y vi a Will.

—¿Es Cole el batido de vainilla?

Parpadeé confusa.

—Si Cole es el batido de vainilla —repitió con énfasis.

—Will, ¿qué...?

—Has dicho que preferías renunciar al batido de chocolate y que quizá te acostumbraras a los batidos de vainilla.

—Sí, pero solo era...

—Está bien, pongamos —se pasó una mano por la cara mientras se devanaba los sesos— que puedes tener ambos, el batido de chocolate y el de vainilla. ¿Con... cuál... te quedarías?

Durante unos segundos me sentí demasiado perpleja para formular una frase completa. Intenté ordenar mis pensamientos, pero Will fue más rápido.

—Si los dos batidos tuvieran nata... nata, fideos de chocolate, pajita, todo —se frotó el caballete de la nariz— lo que lleva un batido, ¿escogerías el de chocolate o el de vainilla?

Apreté los labios y esbocé una sonrisilla.

—Chocolate. Siempre chocolate.

Apenas lo hube dicho, me empujó dentro de casa con todo el peso de su cuerpo y le dio un puntapié a la puerta, que se cerró con estrépito mientras él me pegaba a la pared y me besaba. Apasionada y fogosamente. Aturdida, me separé de él.

—¿Qué haces, Will? —inquirí con voz bronca.

La expresión de sus ojos era inequívoca.

—Seguir por donde lo dejamos.

33

—¿De verdad decías en serio lo del batido de chocolate? —le pregunté mientras estaba entre sus brazos, con las mejillas rojas, la piel aún encendida de tantos besos y caricias.

—¿Que lo tendrás con nata y fideos de chocolate? Pues claro, ahora mismo me visto y voy a Moe's —respondió risueño.

—Will.

Apoyó la barbilla en mi cabeza con aire pensativo e intuí que no quería oír lo que iba a decir dentro de un momento.

—Está bien —musité, resignada, y estaba a punto de zafarme de sus brazos cuando me retuvo con suavidad.

—Lo decía en serio.

—¿Pero?

Me miró sonriente.

—¿Por qué crees que hay un «pero»?

—Porque la mayoría de las veces lo hay.

Y en este caso era completamente imposible que no lo hubiera. Había esperado este momento años, quizá toda mi vida, y ahora que había llegado no me parecía posible que no fuese acompañado de un «si, quizá, posiblemente o casi».

—Tienes que dejar de dudar siempre de todo lo que hago o digo. —Sus palabras estaban teñidas de un tono casi ofendido.

—Nos conocemos de toda la vida y a lo largo de estos ocho últimos años ni te has fijado en mí, Will. Es normal que me sorprenda que de pronto lo hagas ahora.

Sus ojos se habían abierto mucho al oír ese «ocho» de mi boca, y aunque no la formuló, vi la pregunta escrita en su cara: «¿Ocho años? ¿Hace ocho años que estás enamorada de mí?».

—Claro que me he fijado en ti.

—Como amiga, como compañera —precisé, y exhalé un suspiro—. Pero no como mujer.

—Eso no es verdad. Me he fijado en ti como mujer, pero no una con la que pudiera tener alguna posibilidad.

—¡¿Se supone que es una gracia?!

Tenía que serlo por fuerza.

—¡No! Siempre te interesabas por los tíos guais, los alternativos y los inadaptados, con sus tablas de skate y de snow. Con el pelo largo y el pantalón ancho. Una vez me dijiste que jamás saldrías con alguien que llevara camisa.

—¿Todavía te acuerdas? —repuse, sorprendida, y me reí.

—¡Pues claro! Fue en el cumpleaños de mi madre. En el que, dicho sea de paso, yo iba con camisa.

—Sí, una amarilla. —Torcí el gesto—. Parecías Bart Simpson.

—¡Era de Tommy Hilfiger! —Se incorporó en la cama fingiendo (o tal vez no) estar indignado.

—Seguro que ni él mismo se la habría puesto —observé entre risas. Y antes de que me diera cuenta se abalanzó sobre mí y empezó a hacerme cosquillas por debajo de las costillas. Pataleé y chillé, pero no me dejó. Ya de pequeña tenía muchas cosquillas; una vez incluso me hice pis encima cuando Will y Ryan se abalanzaron a la vez sobre mí. Después lloré amargamente y la señora Cooper me dio un helado—. ¡Basta! —jadeé; luego me encabrité—. ¡Para!

Will siguió riéndose y haciéndome cosquillas mientras yo me revolvía y me quitaba el edredón a patadas, hasta quedarme completamente desnuda. Un aire frío me acarició la acalorada piel.

Respirando pesadamente, se tumbó a mi lado, cadera contra cadera, brazo contra escayola.

—¿Tengo que ir ahora a por un helado? —Me miró de reojo y se ganó un cachete.

—También me conformaría con otra cosa.

Ladeé la cabeza y nuestras narices casi se tocaron.

—¿En qué estás pensando? —susurró mientras me recorría el descubierto torso con los ojos.

Sentí que se me ponía la piel de gallina en los brazos, que mis pechos reaccionaban ante su mirada.

—En desayunar. —Tragué saliva.

Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—¡¿Desayunar?!

Asentí risueña. Después me levanté y salí de la habitación desnuda y descalza. Volví con dos tenedores y un plato lleno de tarta de pecanas.

—Es coña —me miró radiante. Luego vio el bote de nata montada que también llevaba. Me dirigió una mirada significativa.

—Es para la tarta.

—Para qué otra cosa iba a ser —susurró mientras me observaba —. Dime, ¿cuándo ha pasado esto?

—¿El qué?

Me pasó una mano por el cuerpo.

—Esto. ¿Cuándo se convirtió en esta máquina la chica larguirucha con trenzas?

—¿Me acabas de llamar máquina?

—Sí. —Sonrió—. ¿Desde cuándo tienes estas piernas? ¿Estos...? —Me miró los pechos e hizo un movimiento inequívoco con la mano que me obligó a coger una almohada y tirársela, lo que hizo que el plato casi se me cayera. Me senté a su lado en la cama, sonriendo, y

le di un tenedor. Lo que siguió fue un concierto de ruiditos y gemidos acompañado de superlativos susurrados. La cara se me acaloró al observar su boca, la punta de la lengua, que pasaba por los labios para recoger las migajas. Por Dios, ¿por qué tenía la sensación de formar parte de un momento de porno alimentario? Sacudí la cabeza y me obligué a mirar hacia el otro lado—. ¡¿Qué pasa?! —me preguntó desconcertado.

—Nada. Es solo que esto es...

Sexi, cachondo, excitante, atractivo, desconcertante.

—... asqueroso.

—¿Asqueroso?

—Lo estás poniendo todo perdido. —Señalé las sábanas blancas—. Hay migas por todas partes.

Escudriñó con el ceño fruncido la cama, en la que, naturalmente, no había ninguna miga. Le quité en el acto el plato, en el que ya prácticamente no quedaba nada, y lo dejé en la mesita de noche. Detrás de mí oí un leve bostezo. Miré de soslayo el despertador: casi eran las cuatro de la madrugada.

—¿Te quedas? —pregunté sin volverme, y apreté los labios.

—Solo si esta vez no te has ido cuando me despierte.

Una sonrisa se extendió en mi rostro.

Mucho no dormimos. Poco después de las ocho mi móvil vibró en la mesita de noche. Aunque lo había puesto en silencio, se me había olvidado desactivar la vibración.

—¡Walshy! —se oyó alegremente por el teléfono.

Solo conseguí proferir un suspiro malhumorado.

—¿Todavía estás en la cama?

—Mmm.

—¿Todo bien? He oído cosas feas de ti.

De pronto estaba completamente despierta.

—¿Cosas feas?

Miré por acto reflejo a Will, que dormía apaciblemente.

—Me acabo de cruzar con Lena y me ha dicho que ayer ganaste un concurso de camisetas mojadas. —Se rio—. ¿Ya está todo seco otra vez?

—Eh... sí.

—¿Por qué hablas tan bajito?

De nuevo mis ojos buscaron a Will.

—Será la conexión.

—¿Dónde estás? ¿En el Congo?

—Ja, ja. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace aproximadamente una hora, pero estoy bastante matado. Estas últimas noches han sido cortas. —Soltó una risita ambigua—. ¿Te importa que dejemos la clase para mañana?

¿La clase? Se me había olvidado por completo.

—Para nada —repuse un tanto demasiado deprisa.

—¿Estás bien de verdad, Walshy? —Parecía recelar—. ¿Te ha vuelto a tocar las narices Kill Will?

«Las narices precisamente no», musitó la voz en mi cabeza. Entorné los ojos y me regañé a mí misma.

—No, no, está todo perfecto.

—Vale, pues nos vemos mañana a las nueve y media en el vestíbulo, ¿OK?

—Sí —contesté con un bostezo.

A mi lado, Will exhaló un leve suspiro y me sorprendí sonriendo como una boba.

—Venga, pues hasta mañana y buenas noches.

—¿Buenas noches? —inquirí ceñuda.

—Tengo sueño que recuperar.

«Bienvenido al club».

—Bueno, pues buenas noches.

Colgué, y al mismo tiempo oí un roce de tela a mi lado.

—¿Buenas noches? —farfulló, adormilado, Will, que echó una ojeada al reloj—. ¿A quién le estás dando las buenas noches a esta hora?

Tenía un asomo de barba y el pelo alborotado, de lo cual, sin duda alguna, yo tenía parte de culpa, porque por la noche le había estado pasando una y otra vez los dedos por el cabello.

—Era Cole.

—Cole —repitió con voz bronca—. Y ¿qué quería Cole?

—Habíamos quedado hoy, pero lo acaba de cancelar.

—No dijiste nada. —Se restregó los ojos—. Ayer.

—La verdad es que se me había olvidado por completo.

Una sonrisa borró su mirada sombría. Como si hubiese vencido a Cole.

—Lo que significa que hoy no tienes nada que hacer...

Sus dedos empezaron a trazar círculos en mi desnudo vientre. Me recorrió un agradable escalofrío.

—Eso creo que significa, sí —conseguí decir entrecortadamente, mientras su mano bajaba despacio.

Pasamos el resto de la mañana en mi cama. Nos besamos y nos acariciamos, exploramos el cuerpo del otro y nos liamos. Nunca había tenido tanto sexo en tan poco tiempo, y lo notaba en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo. Pese a ello, no me cansaba de sus besos, sus caricias, el cosquilleo que sentía en la piel. Era como si encajáramos a la perfección. Como si fuésemos dos partes de un

todo, lo cual me hizo feliz y me entristeció a la vez. ¿Por qué habíamos tardado tanto? ¿Por qué no nos habíamos —no *se* había— dado cuenta mucho antes de que juntos estábamos genial? ¿Se daba cuenta ahora? ¿También lo sentía así? Desde por la noche no habíamos vuelto a hablar de lo que había entre nosotros. No le habíamos dado nombre, no habíamos buscado una etiqueta, y me daba miedo exigirlo. Además, no sabía cómo hacerlo. Todas las preguntas que se me ocurrían me parecían demasiado tontas. «¿Ahora somos pareja? ¿Soy tu novia? ¿Tenemos una relación? ¿Me quieres?». Will no me lo había dicho, ni siquiera algo parecido.

—¿Hay algo de comer en tu nevera? Me muero de hambre. —La voz de Will me devolvió al presente.

—Pero si hace solo unas horas te zampaste dos mil calorías.

—Olvidas que también he quemado dos mil calorías. —Se puso de lado, apoyó la cabeza en la mano izquierda y esbozó una sonrisa descarada.

—Por eso te puedes permitir comer tantas hamburguesas —contesté, tomándole el pelo.

—Pues tú comes por lo menos tantas como yo.

Me callé que las quemaba en la pista y no en camas ajenas.

—En la nevera hay huevos y beicon. Y una lasaña precocinada para hacer en el microondas.

Torció el gesto.

—Huevos —decidió, y se levantó.

A esas alturas debería haberme acostumbrado a verlo así y, sin embargo, me quedé mirando fijamente el cuerpo desnudo que tenía delante.

—¡Izzy! —Su voz se coló en mi conciencia.

Levanté la vista, sabiendo que me había pillado. Su sonrisa cómplice hizo que me ruborizara.

—Que si quieres los huevos revueltos o fritos.

—De las dos formas.

—De las dos formas —repitió Will, que claramente se estaba divirtiendo.

¿De las dos formas? ¿Por qué había dicho «de las dos formas»? Y ¿por qué tenía el cerebro en modo *off*?

—Sí —aseguré, con demasiada convicción.

Asintió sin que la sonrisa desapareciese de su rostro y fue hacia la puerta.

—Un momento, ¿es que vas a...?

No me oyó. O hizo como si no me oyera. Y eso significaba que Will Albright se iba a poner a freír huevos en mi cocina desnudo. Me dio la risa y me tapé la cabeza con el edredón.

Comimos en el salón. Will se puso el suéter que le cogí a Olly y yo un pantalón de chándal y la sudadera suave.

—¿Te apetece ver una peli? —me preguntó mientras daba un mordisco a una loncha de crujiente beicon—. También podemos poner una serie.

—Vale —contesté un poco sorprendida, y logré evitar que se me escapase una sonrisa gigante. «Se quiere quedar. Quiere pasar el día contigo», canturreó la voz en mi cabeza—. Tú eliges y yo digo que no.

Will sonrió y se fue desplazando por las películas que ofrecía Amazon Prime.

—*¿Ocean's 8?*

—Genial, la quise ver en su día en el cine —aseguré.

Nos miramos y durante un segundo reinó el silencio. Después sonreímos los dos.

—Vale, pues *Ocean's 8*.

Nos sentamos juntos y terminamos de comer mientras Sandra Bullock y su *troupe* planeaban un arriesgado robo.

—¡Oye! —Me dio con la rodilla en la mía—. ¿Por qué estamos sentados así?

Su dedo índice nos señaló deprisa a mí y a él y nuevamente a mí. Le dirigí una mirada inquisitiva y él profirió un suspiro que denotaba cierta irritación. Luego, con el brazo bueno, me cogió las rodillas y las acomodó en su regazo. Me quedé mirando mis piernas como paralizada. Con el rabillo del ojo vi la sonrisa en su rostro, pero Will no dijo nada más y se centró de nuevo en la película. Después, como si fuese lo más natural del mundo, empezó a acariciarme una pierna. No quería moverme, ni respirar, ni hablar, porque tenía miedo de que ese momento que tanto se acercaba a mi idea de la perfección se desvaneciera. Y cuando su teléfono empezó a sonar en la mesa de centro, no me habría extrañado que el sonido fuese el de mi despertador, arrancándome de un sueño maravilloso.

—¿Papá? —Will cogió la llamada y no dijo nada durante uno o dos segundos—. Pues... en casa. —Carraspeó un instante—. Me he quedado dormido, ayer trasnoché.

Pasaron nuevamente unos segundos. Unos segundos durante los que me pregunté por qué le mentía a su padre. Por qué no le decía sin más que estaba conmigo.

—¡¿Ahora?! —Me miró de reojo un instante—. ¿No puede esperar a...? —Suspiró—. Vale. Pero vas a tener que venir a buscarme. No puedo conducir aún con la escayola.

Le dije por señas que lo podía llevar yo a casa de su padre, pero él cabeceó y me despachó con una sonrisa.

—A y media —musitó y miró el reloj—. Sí, me da tiempo.

Por lo menos no parecía muy eufórico. Y su cara confirmó esa impresión cuando colgó.

—Tengo que ayudar a mi padre. El ordenador no le va.

Lo miré ceñuda.

—¿Desde cuándo sabes tú de ordenadores?

—Desde nunca. Solo tendré que apagar y encender el rúter. —Puso los ojos en blanco—. La relación que tiene mi padre con su ordenador es complicada.

Esbocé una sonrisilla.

—Vendrá a buscarme dentro de media hora —anunció, como si no estuviese sentada a su lado.

—Podría haberte llevado yo.

—Es él el que quiere algo de mí, así que lo suyo es que me venga a buscar.

Por algún motivo, tuve la sensación de que esa solo era una verdad a medias. Que se vio confirmada cuando se levantó del sofá. Miré el reloj.

—Pensaba que venía a y media.

Quedaban más de veinte minutos.

—No creo que a mi padre le haga tanta gracia esto —se tiró del suéter de Olly— como a mí.

—¿Necesitas ayuda?

—No, me las apaño. —Sonrió.

—Vale... ¿Me llamas? —Todo se me encogió por dentro. Vaya una pregunta absurda.

—Claro. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Me obligué a sonreír. Cuando echó a andar hacia la puerta, durante una décima de segundo tuve la sensación de que iba a volverse para decir algo, pero el momento pasó.

34

Por la tarde quedé con Lena en el *diner*. Ryan y Will querían ver juntos el partido de hockey sobre hielo. Después de que esa mañana Will se fuese tan precipitadamente, estuve casi dos horas hablando por teléfono con Lena y se lo conté todo, desde el beso en el cuarto de baño de mi hermano hasta esa increíble noche y la mañana siguiente, pasando por el camino de vuelta a casa. En lugar de ponerse a gritar como una loca, me escuchó sin interrumpirme. Tan solo una vez se le escapó un «Madre mía» que no supe interpretar. Me dio la impresión de que no sabía si tenía que alegrarse por mí, algo que seguramente se debiese a que no había podido contestar a su pregunta de si ahora Will y yo estábamos juntos oficialmente. Y es que no habíamos hablado de ello: habíamos estado hablando de batidos.

—Tortitas con sirope de arce —dijo Moe, sonriendo a Lena— y sirope de arce con tortitas.

Nos sirvió dos platos que no habrían podido ser más distintos: si las tortitas de Lena las recubría una delicada red de sirope de arce, las mías estaban ahogadas en el marrón, pegajoso sirope, justo como me gustaban. Lena, como siempre, arrugó la nariz al ver mi plato, pero no dijo nada. Estaba algo pálida, y me pregunté si ello se debía a la iluminación del *diner* o a la resaca. Sin embargo, en la fiesta del Olly's no había bebido mucho. Caí en la cuenta de lo poco que hablábamos de ella últimamente y de lo mucho que

monopolizaba nuestras conversaciones mi caos sentimental. De pronto me sentí la peor amiga del mundo.

—¿Qué tal va todo en el Sebastian? —pregunté como si tal cosa, y sumergí un trozo de tortita más todavía en el mar de sirope.

—El trabajo es duro —contestó con la boca llena—. Muy duro. —Bebió un sorbo de té helado—. Pero aun así me divierte. El equipo es genial y la madre de Will es una jefa estupenda.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer el año que viene, cuando termines las prácticas?

Durante una décima de segundo su rostro se ensombreció. Las prácticas de Lena terminarían en marzo. Todavía estaba por ver lo que pasaría después.

—Mis padres quieren que vuelva a casa. —Profirió un hondo suspiro—. Creen que debería aprender un oficio o ir a la universidad.

—¿Y Ryan?

—Ay, Ryan. —Torció el gesto—. Hoy dice una cosa y mañana otra. En el fondo piensa que mis padres tienen razón y que debería volver a Alemania. Que soy demasiado joven para quedarme aquí para siempre. Y seguro que podemos con unos años de relación a distancia.

Enarqué las cejas con cara de sorpresa. No creía capaz de algo así a Ryan.

—Pero no sé cómo piensa que podríamos hacerlo. ¿Subiéndonos a un avión una vez al mes y volando catorce horas? No nos lo podríamos permitir. Y ¿qué pasaría durante la temporada de esquí? ¿Cuando da clases a los niños? —Frustrada, se metió el tenedor lleno en la boca.

—¿Tú qué quieres?

Me miró.

—Me refiero a si la decisión fuera únicamente tuya. ¿Qué harías?

—Quedarme aquí —repuso en el acto—. Sé que soy joven y que es difícil formarse en Estados Unidos, pero... aquí soy feliz. Y por primera vez en mi vida tengo la sensación de estar haciendo las cosas bien. —Partió un pedazo de tortita con el cuchillo con aire pensativo—. Y de que este es mi sitio —añadió en voz baja.

—Yo también espero que te quedes —contesté, y añadí una mueca llorosa—. ¿Cómo voy a aguantar sin ti a esos dos desastres?

—Hablando de los reyes de Roma...

Seguí su dedo índice hacia la puerta, que en ese momento se abría con brío. Por ella entraron Ryan y Will. Después de charlar un poco con Moe, como siempre, vinieron a nuestra mesa. Me desconcertó no poder verle la cara a Will, porque iba detrás de Ryan y, además, llevaba puesta una gorra de béisbol, y el pulso se me aceleró a medida que se iba acercando.

—Creía que estabais viendo el partido —observó Lena cuando Ryan le rozó la mejilla con los labios.

—Han ganado los Bruins. Siete a uno. Un partido bastante malo —contestó, y le dio con la cadera a su novia, que se movió un poco hacia la ventana para hacerle sitio. Acto seguido se dejó caer en el banco rojo lanzando un gemido exagerado y a la vista quedó Will, que nos saludó con un «Hey» de buen humor. Con el rabillo del ojo vi que Lena buscaba mi mirada. Probablemente porque ese «Hey» le había resultado tan desconcertante como a mí.

—Moe, ¿nos pones dos cervezas? —dijo mirando hacia la barra. Después me indicó que me moviera hacia la ventana, como Lena. Cuando nuestras rodillas se tocaron, un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo. Me puse nerviosa. Will, en cambio, parecía relajado.

—¿Quieres de esto? —le preguntó Lena a Ryan, señalando lo que quedaba de sus tortitas—. No puedo más.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Ryan se abalanzó sobre el plato como si tuviera un hambre canina.

—Pero si antes te has zampado una bolsa de patatas fritas entera —apuntó Will, cabeceando. Y acto seguido me cogió el té sin preguntar y le dio un sorbo. Normalmente ese era el momento en que yo medio protestaba y Will me tiraba de las rastas, pero ese día no fui capaz de decir nada. Quizá porque lo de *normalmente* hoy no encajaba. Pero, por lo visto, era la única que lo veía así. Seguí comiendo sin tener claro qué hacer—. ¿Te pido unas tortitas? ¿Para el sirope? —me tomó el pelo Will. Otra gracia que hacía siempre. Me obligué a sonreír mientras el estómago se me encogía.

—¿Qué tal lo de tu padre? ¿Has resuelto los problemas informáticos? —inquirí, procurando que mi tono pareciese desenfadado.

Él asintió y puso los ojos en blanco.

—Apagué el rúter y encendí el rúter... Problema resuelto. Podría probar a hacerlo él. O llamar a mi madre, pero, claro, para eso es demasiado orgulloso. —Will miró a su alrededor con cara de satisfacción—. Tíos, echaba de menos esto.

Entre semana Will solía ir a desayunar todas las mañanas al *diner*. Sin embargo, desde que estaba de baja había decidido no hacerlo, ya que le resultaba incómodo comer huevos revueltos con beicon mientras sus ayudantes tenían que hacer turnos extras.

—¿Por qué no pides que te lleven el desayuno a casa? Para sus mejores clientes seguro que Moe hace una excepción —sugirió Lena.

—En primer lugar, porque también me puedo hacer huevos revueltos yo solito. —Afloraron recuerdos de nuestra mañana juntos —. Y, en segundo lugar, porque no se trata de la comida. Echo de menos a la gente y el chismorreo. Desde que tengo esto —levantó el

brazo escayolado—, me da la impresión de que ya no sé lo que pasa en mi propia ciudad.

—Culpa tuya por ser tan tonto como para bajar esquiando una montaña —opinó Moe al tiempo que dejaba dos botellines de cerveza en nuestra mesa—. No sé qué hacéis siempre dos bellezas como vosotras con este idiota —susurró mientras nos guiñaba un ojo a Lena y a mí.

—Eso es insultar a un agente de policía, viejales.

—Yo aquí no veo a ningún policía. Solo a un tío con una escayola y un pantalón demasiado apretado.

Nos echamos a reír y Will lo dejó estar. Mientras Moe seguía de palique con nosotras, como solía hacer, soltando unos rumores aquí, unas gracias allá, me comí el resto de mis tortitas al tiempo que reflexionaba sobre el comportamiento de Will. ¿Cómo era posible que esta mañana estuviésemos acurrucados en mi sofá y ahora tan tiesos el uno al lado del otro?

—Oye, *sheriff*, creo que preguntan por ti.

Levanté la vista y seguí el dedo de Moe, que apuntaba a una mujer de cabello trigueño que miraba claramente hacia nuestra mesa.

—¿Es Chloe Welsh? —preguntó Ryan, arqueando las cejas.

Era Chloe Welsh. Habíamos ido juntas al colegio, pero nunca habíamos sido amigas. Formaba parte de las *golden girls* de Kendra James: chicas rubias de piernas largas. Hacía algún tiempo que no la veía y había oído en alguna parte que ahora vivía en Vail y trabajaba en una joyería.

—Sí —farfulló Will, que sonrió a su vez a la mujer—. Es Chloe.

Se llevó la mano derecha a la oreja con un teléfono imaginario y le guiñó un ojo a Will. Que... hizo un gesto afirmativo. ¿Hizo un gesto afirmativo? Yo tenía la sensación de que, de abrir tanto la boca, la

mandíbula me daría contra la mesa de un momento a otro. Al parecer, Lena me lo notó y le lanzó a Will una mirada inequívoca, tras lo cual Ryan le lanzó a ella una mirada inequívoca. No supe dónde meterme de la humillación. Que Will no me hubiera besado, que no me hubiese declarado su amor ni me hubiese tocado en cierto modo lo entendía, pero que quedara con Chloe Welsh delante de mí para hablar por teléfono fue la gota que colmó el vaso. Me bebí lo que me quedaba del té helado y me levanté de golpe. Tres pares de ojos se clavaron en mí.

—¿Me dejas salir? —Cogí el plumífero y pasé por delante de Will, que me miró con cara de perplejidad.

—¿Te vas?

—Sí, me voy —repliqué con voz glacial, y noté la mirada compasiva de Lena.

—Pero ¿qué...? —balbució él mientras yo sacaba de la cartera un billete de diez dólares y lo dejaba en la mesa.

—Lo siento —musité mirando a Lena, aunque sabía que no se lo tomaría a mal.

Acto seguido, me volví y salí del *diner*, pasé por delante de Moe, que me dijo algo, y de Chloe Welsh, que no se dignó a mirarme. El aire era claro y gélido y marcaba un fuerte contraste con el calor que desprendía la cocina del restaurante. Ya estaba en la otra acera cuando alguien me llamó. Will. Sorprendentemente, no me costó nada seguir andando. Estaba demasiado enfadada con él, demasiado humillada, demasiado decepcionada.

—¡Izzy!

Alzó la voz, se acercó más. Yo apreté el paso. Aunque ya tenía bien la rodilla, era bastante más lento que yo.

—Espera, por favor.

En Main Street no había mucha gente, pero los pocos transeúntes se volvieron para mirarnos.

—¡Izzy Walsh! —exclamó Will, ahora tan alto como si quisiera despertar a toda la calle.

Me detuve y respiré. Hondo. Después me di la vuelta y vi que estaba justo detrás de mí. No llevaba el plumífero, solo un jersey de lana de cuello alto. Su respiración acelerada formaba nubes de vaho en el aire.

—Te has liado con las vocales.

Me miró con cara de desconcierto.

—Yo me apellido Walsh, con a; ella, Welsh, que se escribe con...

—Sé cómo se escribe Welsh. —Su voz era suave y serena, a diferencia de la mía, que temblaba como una hoja. Will dio un paso hacia mí y levantó la mano, pero yo retrocedí y crucé los brazos delante del pecho—. No pensaba llamarla.

Mis labios habían formado una apretada línea.

—Has asentido.

—Pues claro que he asentido, estaba a diez metros de mí. ¿Debería haber sacudido la cabeza y mirarla mal? ¡¿En el *diner*?!

—Sí, Will. Deberías haber hecho eso —le espeté—. Porque es lo que hace uno cuando... —En lugar de terminar la frase, cabeceé y seguí andando.

—¡Izzy! —Oí que me seguía—. ¡Izzy, para!

Las lágrimas me ardían tras los párpados.

—No sé lo que se hace —resonó en la noche.

Frené en seco. Sus pasos se aproximaron.

—No-sé-lo-que-se-hace —repitió lenta y claramente. Noté su mano en mi brazo. Debía de tenerla helada: estábamos a diez grados bajo cero y Will no llevaba guantes—. Todo esto es nuevo para mí —admitió en voz baja—. Estos... sentimientos, las

expectativas. No sé qué es lo correcto. —Se me acercó hasta que noté su vientre contra mi espalda, el calor de su cuerpo, que me protegía del frío—. Y me da un miedo que te cagas.

Me sequé una única lágrima perdida que me corría por la mejilla y me volví hacia él.

—A mí también me da miedo —susurré con voz quebrada—. Porque te quiero. —Me encogí de hombros con resignación—. Te quiero, Will. —Se me quedó mirando. Desbordado, confuso, conmocionado—. Y creo que necesito saber si tú me quieres.

Guardó silencio. Los segundos pasaron. Unos segundos en los que sentí miedo y abrigué esperanzas... hasta que lo entendí.

—Vale —musité con una sonrisa triste, y le di la espalda de nuevo.

—Izzy —me llamó con voz atormentada—. Eres muy importante para mí. Eres... la persona más importante de mi vida.

—Con eso no basta, Will —afirmé sin volverme, con voz ahogada —. No para esto.

—¿Qué... qué significa eso?

—Que no voy a sacrificar nuestra amistad por un rollo. —Apreté los labios—. Quiero todo el pack, Will. Me merezco todo el pack. Y si no me lo puedes dar, pues...

—¿Pues?

Parecía completamente estupefacto.

—Pues tendré que confiar en que aparezca otro que pueda dármelo.

Tragó saliva. Eché a andar despacio, y esta vez no me siguió. Fui por Main Street como aturdida, pasando por delante de escaparates vivamente iluminados en los que resplandecían las primeras estrellas navideñas. Renos de madera y plástico pegaban la nariz roja al cristal y ángeles cursis flotaban suspendidos del techo. Solo un día y

Acción de Gracias había dado paso a la Navidad. Solo un día y los Wizzy habían vuelto a ser Will e Izzy.

El móvil vibró y pegué un respingo. Lo saqué del bolsillo del plumífero y clavé la vista en la pantalla: Lena. Una parte de mí —la traicionera— quería ver cuatro letras distintas.

—¿Dónde estás? —parecía preocupada.

—Camino de casa.

—Will es un auténtico idiota.

—Él no tiene la culpa de sentir lo que siente —lo dije con cansancio—. O de no sentir lo que no siente.

—Te quiere, Izzy.

—¿Lo ha dicho él?

Odié la esperanza que tiñó mis palabras. Esa esperanza patética.

—No —contestó mi amiga, apocada—. Pero lo ve todo el mundo —añadió, alzando la voz—. ¡Incluso Ryan!

—¡Eh! —se quejó de fondo el aludido.

—¿Seguís en el *diner*?

—No. Cuando Will volvió sin ti, me negué a seguir sentada un solo segundo más con él a la mesa. Me entraron ganas de meterle la cabeza en el sirope de arce. —Resopló y las comisuras de mi boca se curvaron hacia arriba—. Está cagado, Izzy, solo es eso. Puede que necesite más tiempo...

—Ha tenido ocho años —repliqué con amargura.

—Ryan está seguro de que siente algo por ti.

Oí un murmullo de fondo.

—Eso seguro, pero lo que siente no basta para lo que yo quiero. —Proferí un suspiro—. No quiero a alguien a quien le guste, sino a alguien que me quiera. Que quiera estar conmigo. Quiero el batido de chocolate entero.

—¿El... batido de chocolate entero? —inquirió Lena desconcertada.

—Es una bobada.

—Y ¿qué quieres hacer ahora?

—Ni idea. Primero, llegar a casa y comerme una tarrina tamaño familiar de Cookie Dough. Y si con eso no basta, otra.

—¿Quieres que vaya contigo? ¿Te quieres emborrachar? ¿Ver un dramón?

—Gracias, pero la verdad es que me apetece estar sola.

Mi amiga profirió un sonido triste.

—Está bien, pero si podemos hacer algo, darle una paliza o lanzarle huevos, no tienes más que decirlo, ¿vale?

Oí que Ryan protestaba de nuevo al fondo.

—Pues entonces lo haré yo —silbó ella, y claramente no me lo decía a mí.

—¿Me prometes una cosa, Lena?

—Claro, lo que quieras.

—Por favor, no te vayas nunca.

35

A la mañana siguiente me desperté con los ojos legañosos y una sensación de opresión en el estómago. Después de que por la noche ahogara mis penas en una asquerosa mezcla de helado, patatas fritas y cerveza, ahora la tristeza había vuelto con energía renovada para colarse en todos los rincones de mi cuerpo. Me obligué a levantarme de la cama y fui a rastras al cuarto de baño, donde una criatura pálida y ojerosa me saludó en el espejo. «Demasiada realidad», suspiró la voz en mi cabeza. Desilusionada, aparté la vista de mi reflejo y me dije que me daba absolutamente lo mismo el aspecto que tuviera hoy. Me pasaría todo el día en la pista, escondería mis ojos llorosos detrás de mis gafas de snowboard y dejaría mis preocupaciones en el valle. Con este propósito, me subí al coche y me dirigí a Vail. Entré en el vestíbulo del Sebastian a las nueve y media en punto, me reí un poco de la ropa que llevaba Cole —una chaqueta con un estampado de tormenta psicodélica— y me fui con él al remonte. Ya por la mañana el sol nos calentaba la cabeza y el cielo era de un azul resplandeciente y estaba despejado. En la telecabina Cole me habló de su viaje relámpago a Los Ángeles, de Ellen DeGeneres y de una fiesta en la que estaba no sé qué Kardashian. Me enseñó fotografías de los estudios Warner Brothers, donde se había grabado el programa, y me puso el vídeo que yo ya conocía. Nos pasamos la mañana entera dejando nuestras huellas en la perfecta nieve en polvo. Aunque había dejado de entrenar unos días, Cole descendía por las pistas con control. El sol hacía que la

nieve brillara y resplandeciera bajo nuestros esquís, y a nuestro alrededor los pájaros trinaban en unos árboles que parecían recubiertos de azúcar. Era un día absolutamente mágico.

—Dios, echaba esto de menos —aseguró Cole mientras se quitaba las gafas—. Quizá debiera comprarme una casa aquí. —Dio la impresión de que lo consideraba seriamente—. O una cabaña como la de los padres de Will. Creo que me podría gustar.

Lo miré de reojo con escepticismo.

—Quizá sea mejor que sigas de vacaciones gratis en el Sebastian —me burlé.

—No seas envidiosa, Walshy. Tú lo has querido así. Te habría convertido en una estrella si me hubieses dejado.

Exageró la cara de pena que ponía y se ganó el montón de nieve que le lancé.

—Mrscolejacobs y compañía me siguen mandando mensajes de odio a diario.

—¿Se los reenvías, como debe ser, a Kill Will?

La sonrisa que tenía en el rostro se desvaneció. De pronto volvió el dolor. ¿Cómo me relacionaría con Will en el futuro? ¿Podríamos volver a ser amigos con absoluta normalidad algún día? ¿Comer pizza y ver películas? ¿Ir a tomar una cerveza al Olly's? ¿Era eso posible cuando se había visto desnudo al otro y explorado con la boca y las manos cada centímetro cuadrado de su cuerpo? Hice a un lado mis preocupaciones e insté a Cole a seguir esquiando. Vi con no poco orgullo la elegancia con la que se deslizaban sus esquís por la nieve. Naturalmente, Cole nunca esquiaría con la misma precisión, la misma facilidad que Will y Ryan, pero en poco tiempo había mejorado una barbaridad. Y yo debía admitir que me había divertido mucho entrenarlo. Normalmente, las clases que daba solo duraban unos días, a veces una semana, y rara vez superaban las cuatro

horas al día. Trabajar con Cole había sido intenso y, aunque jamás lo habría creído posible, nos había convertido en amigos. Me resultaría extraño no verlo a diario a partir de ahora o saber solo por páginas de famosos cómo le iba la vida. «Pregúntale», musitó la voz en mi cabeza. Sonaba más seductora que hacía unos días, cuando había asaltado por primera vez mis pensamientos.

—Los... profesores de esquí del set —empecé con aire vacilante cuando nos detuvimos delante de unos letreros que indicaban el camino a las cabañas y los remontes—. ¿Por casualidad necesitáis a alguno aún?

—¿Mmm? —Me miró con cara de sorpresa.

—Bueno, es que me estoy planteando... —me aclaré la garganta— acompañarte. Como tu monitora personal.

Me estudió con atención.

—¿Quieres venir conmigo a Canadá?

Dicho por él sonó tan descabellado que hice inmediatamente un gesto con la mano para retirarlo.

—Olvídalo. Ha sido una idea estúpida.

—¡No! Qué va. Es solo que me sorprende. Como en ningún momento me lo has dado a entender...

—Porque se me ha ocurrido hace poco —confesé—. Al fin y al cabo nos entendemos bien como equipo. Seguro que eso tendría sus ventajas y... siempre he querido ir a Canadá.

Dio la impresión de que se paraba a pensar.

—Vale. Si quieres, le pregunto a mi productor. De todas formas queríamos vernos dentro de unos días.

—¿En serio?

Se encogió de hombros y sonrió.

—Claro.

—Genial. Gracias.

—Podrías dormir conmigo en mi caravana. —Me guiñó un ojo y, como castigo, intenté pincharlo con el bastón. Por desgracia, Cole lo agarró antes de que le diese e hizo que me tambaleara de tal forma que me caí de espaldas y me di un buen golpe. Mientras soltaba tacos en voz baja e intentaba levantarme, él sacó el móvil, muerto de la risa.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué haces? —protesté.

Cole se reía a carcajada limpia.

—Sacarte una foto para mandársela a mrscolejacobs. Puede que la cuelgue sobre la cama. O que se haga una diana con ella.

Hice una bola de nieve y se la lancé, haciéndole también perder el equilibrio. Nos echamos a reír los dos y en ese momento me pregunté seriamente por qué la vida no podía ser siempre así.

36

—La verdad es que siempre pensé que la cuestión era si yo me marcharía —dijo Lena por el altavoz. No parecía muy feliz—. Pero es evidente que te me has adelantado.

La señal de Vail apareció delante de mí y pisé el freno.

—Ya te he dicho que solo serían unas semanas.

—Sí, yo también pensaba quedarme solo un año en Colorado. —Lena pasó por alto mi intento de tranquilizarla.

—Ni siquiera sé si me quieren allí.

—Cole te quiere allí. Seguro que con eso basta —rezongó.

—Cole es uno de muchos.

—Creía que era el protagonista.

¿Lo era? Nunca se lo había preguntado. Quizá debiera mostrar un poco más de interés en su película. A fin de cuentas, dentro de un momento iba a conocer al productor.

—Es una gran producción de Hollywood. No creo que todo gire en torno a Cole Jacobs.

Aunque no estaba segura. Al fin y al cabo el productor de la película había volado desde Los Ángeles a las Montañas Rocosas para hablar de unos detalles con él.

—¿Ya se lo has dicho a Will? —me preguntó Lena.

Ante mí apareció la luminosa fachada del Sebastian.

—No.

—¿Todavía no habéis hablado?

—No.

—No me hagas sacártelo todo con sacacorchos, anda —se quejó mi amiga mientras yo aparcaba delante del hotel.

—Es que ahora mismo no hay nada más que decir. Él no me ha llamado, yo no lo he llamado. Punto final.

—Pero no es un buen final —objetó.

—Bueno, tampoco es una película.

De fondo se oía el chisporroteo de una sartén.

—¿Me has puesto en altavoz? —le pregunté.

—No.

—Es mentira —dijo la voz en *off* de Ryan.

—Hoy te quedas sin cenar —le soltó ella.

—Con el olor que me está llegando, probablemente debiera darte las gracias.

Los dos se enzarzaron en el duelo verbal de siempre y yo sonreí y apagué el motor del coche.

—Bueno, me tengo que ir.

—Claro. No hagas esperar a la gente de Hollywood —se burló Lena.

Puse los ojos en blanco y les deseé que pasaran una buena noche. Cuando entré en el vestíbulo del Sebastian, me tropecé directamente con Allison Albright, que me miró perpleja: o porque nunca había estado a esa hora en su hotel o porque me había arreglado para la ocasión. Al menos llevaba, en lugar del pantalón vaquero y la sudadera, unos *leggings* negros con un vestido camisero. Si me había decidido a ponerme otra cosa no era por el tal Brick Snyder, sino más bien porque en el elegante restaurante del hotel no me quería sentir como Ron Weasley en el expreso de Hogwarts.

—Si buscas a Lena, ya se ha ido a casa.

—He quedado con Cole —contesté, y me ruboricé cuando sus labios rojo cereza formaron un «Oh»—. Con Cole y con Brick Snyder

—añadí deprisa.

—Brick Snyder —repitió despacio, como si no se acordase de qué le sonaba el nombre. Claro que quizá solo le costara relacionarme con un glamuroso productor de cine—. Ha llegado hoy al hotel —recordó.

Asentí como si ya lo supiera y vi el signo de interrogación en sus ojos.

—En tal caso, te llevaré con ellos sin más dilación —repuso, un tanto meliflua.

La seguí hasta una estancia de techo alto que nos recibió con un murmullo de voces y una música discreta. A elegantes mesas rodeadas de sillas de piel gris se sentaban hombres y mujeres vestidos con ropa de noche informal. Copas y cubiertos tintineaban y tras la barra, sobre la que colgaban carámbanos de cristal, un hombre agitaba una coctelera. Aunque era sobrio y moderno, el restaurante transmitía cierta sensación de calidez. Mis ojos buscaron a Cole, pero solo encontraron a Marissa sentada a una de las mesas del fondo. Llevaba un vestido de lana color crema con cuello cisne que sin duda encajaba en el entorno.

—Bien, pues que paséis una agradable velada —me deseó la señora Albright, y no se me escapó el tonillo que tiñó sus palabras. Fui hacia Marissa. Como de costumbre, estaba tecleando en su móvil. Mis ojos escudriñaron la mesa: tres copas usadas.

—Cole y Brick están fuera —me informó sin levantar la vista del teléfono—. Fumando.

Un tanto sorprendida, los vi a los dos en la terraza. Sus cigarrillos parecían luciérnagas en la noche. Cole nunca había fumado en mi presencia. Lo que logré atisbar de Brick Snyder me chocó. Era más joven de lo que esperaba y no irradiaba ningún glamur. Me recordó más bien a la clase de hombre que tocaba la armónica en las zonas

peatonales y recolectaba billetes de un dólar en un sombrero. El pelo, largo y un tanto descuidado, desaparecía bajo un sombrero de fieltro oscuro.

—Sí, la gente del cine pasa bastante de todo —comentó Marissa, que seguía con la mirada fija en la pantalla. ¿Podía leer el pensamiento esa mujer? ¿Ver con un segundo par de ojos?

Frunciendo el ceño, me senté en el asiento que quedaba libre.

—¿Por eso decidiste no ser actriz?

—Sí, no tenía ninguna gana de tratar con personas que se parecen a Gollum, pero me despellejan a mí por no parecerme a Gisele Bündchen.

Entorné los ojos. ¿De verdad había personas que criticaban el físico de Marissa?

—Alégrate de no parecerte a Gisele Bündchen, porque tendrías que acostarte con Tom Brady, que es amigo de Trump.

Ahora levantó la vista del móvil. ¿Era una sonrisa lo que veía en su cara?

—Así que quieres subir a bordo.

La miré con cara de interrogación.

—Canadá, rodaje, set —me refrescó la memoria.

Asentí. Durante unos segundos me dirigió una mirada escrutadora.

—¿Sabes de qué va la peli?

Algo en su tono me resultó desconcertante, pero no supe decir por qué. Y era demasiado orgullosa para darle a entender que estaba confundida.

—Sí.

La uña roja de su dedo índice deslizó por la mesa un librito algo sobado, similar a un catálogo.

—¿Qué es?

—El guion.

Miré con desconcierto la portada, en la que básicamente se veían dos palabras en letra negra y fuente Courier: *«Nuevos comienzos»*.

—¿Es el título?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Le puedes echar un vistazo, si quieres.

De nuevo esa insinuación en el tono. Lo abrí por la primera página sin vacilar.

Personajes:

Riley, *22, antigua estrella del equipo de esquí de Estados Unidos, regresa a su ciudad natal, Pine Valley, tras sufrir un trágico accidente, se reencuentra con Ruby, su primer amor, que lo ayuda a superar su adicción al alcohol.*

Ruby, *22, amor del instituto de Riley, tiene un pequeño café en Pine Valley, sigue sufriendo por haberse separado de Riley.*

John, *36, hermano mayor de Riley, vive con su hijo Tyler y su mujer, Wendy, en la casa paterna de...*

Me asaltó un mal presentimiento. Seguí pasando páginas frenéticamente.

3. Exteriores / Día

Riley se baja del coche, la cámara gira hacia la casa paterna. Le despierta recuerdos de su infancia. Un niño pequeño que es la viva imagen del joven Riley sale de la casa y va hacia él.

Mis atónitos ojos recorrían las letras mientras yo intentaba pensar con claridad.

8. Interiores / Tarde

Ruby limpia las mesas, el café ha cerrado. Riley, sentado en su coche, la observa por el cristal. Entra en el café.

Ruby: Está cerrado.

Riley: Lo sé.

—Silencio—

Riley: ¿Qué quieres que haga, Ruby? ¿Dejarte en paz? ¿Darte espacio? Dime qué quieres que haga, porque no lo sé.

22. Exteriores / Tarde

Riley llama a la puerta de Ruby. Está muy borracho, tiene sangre en un labio.

Riley: Lucha por lo nuestro, Ruby.
Ruby: ¡Has bebido, Riley!

Con el corazón desbocado, cerré el guion.

—¿Se puede saber qué demonios es esto?

Marissa se encogió de hombros con indiferencia.

—El guion.

Resoplé.

—¡Habla de Ryan!

—Riley. —Su rostro era impasible.

—Riley... Ryan. Es su historia. Su vida.

Que no me lo negase me cabreó más todavía que su semblante impasible.

—Además, son todo patrañas. Ryan nunca ha tenido problemas con el alcohol. Y tampoco hay una Ruby. Ni ningún café.

—Isobel —dijo Marissa con cierto aburrimiento—. Es una película de Hollywood, no un documental. Los hechos no le interesan a nadie.

—Pero son mentiras —repuse—. ¿Lo sabe Cole? Me refiero a si sabe de qué va la película.

Me dirigió una mirada compasiva, que no hizo sino avivar más todavía el fuego que ardía en mi interior.

—Pues claro que lo sabe. Nunca dice que sí a una película sin haber leído el guion. Dicho sea de paso, yo jamás lo permitiría.

—Pero...

—¿De verdad crees que es casualidad que precisamente tú seas su profesora de esquí? No tengo nada en contra de ti, pero..., a ver, Cole no tiene ninguna necesidad de ir detrás de nadie.

Me quedé helada.

—Pero... si casi nos chocamos —balbucí, con el labio inferior tembloroso—. Cómo iba a saber él que...

—Suerte... destino... casualidad. —Bebió un sorbo de vino tinto—. Llámalo como quieras.

Miré por la ventana como aturdida. Cole y Brick seguían en la terraza, expulsando humo al aire. Brick hizo un comentario y Cole rompió a reír a carcajadas. De pronto tuve la absurda sensación de que se reía de mí. Se burlaba de mí. Por mi ingenuidad, mi credulidad, mi ceguera. ¿Lo había estado? ¿Ciega? ¿Me había dejado cegar? ¿Había pasado por alto indicios? Me asaltaron los recuerdos. Como si de una película se tratara, vi cómo nos habíamos conocido. De repente me dio la impresión de que en la sala había menos oxígeno, de que a mis pulmones no llegaba aire. Me levanté de la mesa de un salto y cogí mi plumífero. Una copa cayó al suelo y se hizo añicos con gran estrépito. Sin que me importase lo más mínimo lo que pensaran los demás comensales, crucé corriendo el restaurante, atravesé el vestíbulo y salí a la calle. Un aire gélido me azotó el rostro, me enfrió las ardientes mejillas mientras iba hacia el coche.

—¡Walshy! —La voz de Cole resonó en el aparcamiento—. ¿Se puede saber qué pasa?

Me giré en redondo hecha una furia. Mi respiración era entrecortada.

—¿Que qué pasa? ¡Que te has cachondeado de mí, eso pasa!

Me miró con cara de desconcierto.

—¿Te ha dicho alguna tontería Marissa?

Proferí una risotada amarga.

—No, ha estado muy comunicativa.

Sus ojos reflejaron perplejidad.

—Lo sé todo. Lo de la película.

Su boca se abrió y se cerró.

—Y que solo querías que fuese tu monitora de esquí porque soy amiga de Ryan.

Sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡Eso no es verdad! —Cerró los ojos como si necesitase ordenar sus pensamientos—. Cuando nos conocimos, no tenía ni idea de quién eras. Fue pura casualidad que el niño...

—Pero cuando mandaste a Marissa al Olly's sí que lo sabías —le reproché.

Su silencio me bastó como respuesta. Lo dejé donde estaba y seguí andando hacia el coche.

—Espera —me pidió, y me dio alcance con unos pocos pasos.

Busqué las llaves sin inmutarme.

—Tienes razón —me admitió—. Cuando preguntamos por ti en la escuela de esquí, tu jefe mencionó que eras amiga de Ryan Cooper, pero a mí ya se me había metido en la cabeza que fueras mi profesora de esquí. Te dije la verdad. Me impresionó mucho tu... actuación —se apresuró a añadir—. Y cómo le plantaste cara a Marissa. Fue lo más.

Aunque su voz parecía sincera, me costaba creer sus palabras.

—¡Tendrías que habérmelo dicho! Tendrías que haberme dicho desde el principio de qué iba la película.

—¡Te lo dije! Te conté que iba de un esquiador que vuelve a su ciudad natal...

—¡Pero no que ese esquiador era Ryan! —lo corté.

—Riley.

Lo miré furibunda.

—Por lo que a mí respecta, como si lo llamáis Mary-Jane. Sigue siendo la historia de mi amigo. Exceptuando las mil mentiras que os habéis inventado. —Las últimas palabras casi se las grité a la cara.

—Tranquilízate, anda. Yo no tengo la culpa de que el guion sea así. —Levantó las manos como para defenderse—. Soy actor.

—Sí, un actor sin conciencia, por lo visto —le espeté—. De lo contrario jamás te prestarías a hacer semejante basura. Le atribuyen una adicción al alcohol y —torcí el gesto— a una Ruby.

—Bueno, creo que algunos medios afirmaron que Ryan tenía un problema con el alco...

—¡¿Algunos medios?! ¿Es que habéis escrito el guion basándoos en los medios?

Cole resopló.

—Yo no he escrito nada, ¡¿cuántas veces quieres que te lo diga?! Me ofrecieron el papel y la historia me pareció buena.

—¡¿La historia?! —Mi voz resonó con estridencia en el aparcamiento—. Esto no es una historia, sino la vida real. Lo que pasó casi acaba con Ryan. Y tú vas a sacar provecho de ello. Es asqueroso, Cole.

—Walshy... —Profirió un suspiro y se pasó una mano por el pelo.

—¡Me llamo Izzy!

Cerró los ojos un segundo.

—Has utilizado a Ryan —le eché en cara—. Nos has utilizado a todos.

—Eso no es verdad —aseguró Cole, cabeceando.

—¿Le has contado al tal Brick que soy amiga de Ryan? —pregunté en un tono que permitía intuir que conocía la respuesta. Su silencio confirmó lo que sospechaba. Con una sonrisa amarga, le di la espalda e hice clic en el mando del cierre centralizado del coche.

—Se lo conté ayer. Y solo porque sabía que entonces diría que sí de inmediato —hizo un intento poco entusiasta de justificarse cuando yo ya estaba sentada en el coche. Iba a cerrar la puerta

cuando alargó un brazo y la agarró—. ¿Qué le digo yo ahora? A Brick...

Lo miré sin dar crédito.

—Que se puede meter su película de mierda por donde le quepa y que espero que sea el fracaso del siglo y que le den por lo menos diez Razzies. —Mis ojos se achinaron—. Uno de ellos al peor actor. —Metí la mano en el bolso y saqué de la cartera un billete de diez dólares—. Toma, para ti.

Me miró con desconcierto.

—¿Qué quieres que haga con diez dólares?

—Comprar agallas.

Tiré de la puerta hasta que él la soltó. Los dedos me temblaban de ira cuando metí la llave en el contacto y me fui. Durante el trayecto me debatí entre gritar y llorar, entre la rabia y las lágrimas. ¿Cómo me había podido dejar engañar así por Cole? ¿Cómo había podido pensar un solo segundo que lo había convencido con mi talento? ¿Que le caíamos bien mis amigos y yo? Y ¿cómo iba a decirle a Ryan que yo había jugado con fuego pero el que se iba a quemar era él?

37

Me di un día para llorar la pérdida de mi amistad con Cole a base de comida basura y dramones cursis. Después decidí poner orden en el caos que era mi vida. Fui consciente de que de un tiempo a esa parte me había ocupado demasiado poco de mí, y mi piso era la prueba viviente de ello. Las paredes seguían desnudas, las barras de las cortinas sin cortinas y en cada habitación había por lo menos una caja que todavía no había abierto. Empecé por el salón, colocando en la estantería DVD y Blu-ray, de los cuales por lo menos la mitad era de Will. A lo largo de los años nuestras colecciones se habían mezclado. Con una sonrisa melancólica me quedé mirando las vistosas carcasas, que de pronto me parecieron reliquias de otra época, de un tiempo anterior al *streaming*, a Netflix y Amazon. «Quizá ese también sea el sitio de tu amistad con Will», se burló la voz en mi cabeza. Desde el sábado por la noche no había vuelto a saber nada de él. Una parte de mí agradecía que me estuviera dando tiempo; otra, sufría con cada minuto que tenía que pasar sin recibir un mensaje suyo, sin oír su voz. Saber que estaba a tan solo unos metros de mí, que solo nos separaban dos puertas y a pesar de ello desconocíamos cómo estaba el otro, me dolía profundamente. Cada vez que el móvil me vibraba o que oía pasos en el pasillo, abrigaba una chispa de esperanza de que pudiera ser Will. Pero nunca era él.

Cuando terminé en el salón, fregué el cuarto de baño hasta dejarlo reluciente. Ordené el armario, hice una lista de la compra

que ocupó dos hojas y tomé las medidas para las cortinas del salón. Después fui a ver a mi madre para elegir la tela con ella. Me decidí por un lino color crema que dejaba pasar un poco de luz y pegaba con el sofá. De vuelta a casa, compré alimentos frescos. Me encontré con Amy y Liam, charlé un momento con Kira, que buscaba algo impronunciable que seguro que solo lo había en Austria, y dejé que Molly me contara los últimos escándalos. Cuando aparqué delante del edificio ya había oscurecido. Gruesos copos de nieve caían del cielo y danzaban alrededor de las farolas. Las primeras quitanieves recorrían las calles. Según el parte meteorológico se avecinaba otra tormenta. Con dos bolsas llenas hasta los topes fui hacia el portal y a punto estuve de resbalar con una placa de hielo por atreverme a mirar demasiado tiempo la ventana de Will. Al parecer no estaba en casa. Desterré de mi cabeza todas las explicaciones que se me ocurrieron, abrí la puerta y subí por la escalera. Sentía las piernas pesadas como el plomo después de haberme pasado todo el día haciendo cosas. Pero era un cansancio agradable, que me daba la sensación de haber realizado algo útil e importante. En los últimos peldaños casi se me cayó una de las bolsas, razón por la cual la dejé en el suelo para recuperar el aliento un instante. En ese mismo momento reparé en la puerta de mi casa o, mejor dicho, en lo que había delante. Parpadeé, pero lo que veían mis ojos no cambió. Había batidos de chocolate. Muchos batidos de chocolate. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—Hay ocho —resonó una voz en la escalera.

Me volví en redondo, asustada, y me topé con la cara de Will. Estaba apoyado en el marco de la puerta de su casa y sonreía tímidamente. Dios, esa sonrisa. ¡Cuánto la había echado de menos! Miré de nuevo las bebidas, todas con la enorme corona de nata repleta de fideos de chocolate.

—¿Quién se supone que se va a tomar todo esto?

—Eh..., esa... no es la pregunta que pensaba que me harías.

Su sonrisa se volvió cohibida y, durante un momento, me sentí demasiado desconcertada para decir algo.

—¿Cómo has traído todo esto hasta aquí?

—Te estás esforzando al máximo para sabotear mi plan —musitó, y exhaló un suspiro.

—¿Qué... plan?

Cogió aire con fuerza, como si necesitara infundirse valor.

—El plan según el cual te digo que te he comprado ocho batidos de chocolate, uno por cada año en que tendrías que haber recibido uno merecidamente. Con todo.

El corazón casi se me paró. Empecé a ser consciente del significado de sus palabras con gran lentitud.

—No te vayas, Izzy.

Se separó de la puerta y dio un paso hacia mí. Y otro. Entre nosotros ya solo había unos centímetros y su proximidad terminó de desconcertarme.

—¿Adónde? —balbucí.

—Sé lo de Canadá. Lo de ese... productor. Me lo ha contado Lena. Y mi madre.

—¿Tu madre?

Will asintió.

—Me llamó mientras tú te reunías con Cole.

—¿Por qué? —inquirí con perplejidad.

—Porque poco antes le había hablado de nosotros.

Nosotros. Se me puso la piel de gallina en todo el cuerpo.

—Se lo he contado todo. Incluida mi patética actuación en el *diner*. —Arrugó la nariz con autocrítica mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Y... ¿qué te ha dicho? —Seguía demasiado confusa para formular preguntas inteligentes.

—Que no cabe duda de que soy un Albright. —Sus labios dibujaron una sonrisa triste—. Que mi padre también tardó años en darse cuenta de lo que quería. —Me miró—. De a quién quería.

Su mirada se me clavó en el corazón. Un corazón que ya estaba bastante herido.

—Will, esto ya lo hemos hablado —dije en voz queda—. Me quieres como amiga.

—Pues claro que te quiero como amiga.

—Pero yo quiero...

Cuando me quise dar cuenta, su dedo índice estaba en mi boca. Sus ojos me miraron con seriedad cuando continuó:

—Eres mi mejor amiga, Izzy. Lo eres, como tarde, desde que me dejaste el molde con forma de tiranosaurio en el arenero. —Me observó como si en ese momento estuviese viendo a la niña con trenzas y la comparase con la mujer que ahora tenía delante—. Desde entonces siempre has estado ahí. Siempre a mi lado. —A su rostro afloró una expresión cariñosa—. Cuando murió mi abuelo, cuando pusieron a dormir a Pebbles... cuando tuve anginas y no pude ir por el barrio preguntando truco o trato... cuando a los quince de pronto me salió esta voz sexi. —Forzó una sonrisa torcida, y no pude evitar reírme—. Cuando me echaron de clase por besuquearme con Kendra en el servicio, cuando nuestros padres quisieron castigarnos sin salir de casa de por vida por escaparnos a Denver para ir a aquel concierto.

—Uy... sí —musité, y entorné los ojos.

Will continuó, risueño.

—Cuando mi padre me quiso desheredar por cogerle el whisky de doscientos dólares para aquel juego de beber. —Su mirada se volvió

más seria—. Cuando mi mejor amigo solo podía pensar en el esquí y se fue de repente.

El corazón se me encogió. Recordaba perfectamente el día en que Ryan se fue de Green Valley para entrenar en Salt Lake City. Fue el doloroso principio de una nueva era. Una era en la que el trío pasó a ser dúo.

—Y estuviste ahí —me miró a los ojos— cuando me rompí el brazo por ir detrás de la loca a la que quiero.

Si antes se me había encogido, ahora mi corazón se detuvo.

—No estoy loca —objeté con un hilo de voz.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Alguien que espera algo durante ocho años no está muy bien de la azotea.

Tuve que recordarme que debía respirar.

—Esa noche delante del *diner* me dijiste que me querías y que necesitabas saber si yo también te quería. Y fui incapaz de contestarte. —Casi soltó un gallo—. Creíste que era porque no sentía lo mismo, pero no es verdad. —Tragó saliva con dificultad—. Más bien fue porque soy un gran cobarde en todo lo que tiene que ver contigo. —Una expresión inusitadamente apocada asomó a su rostro —. Oírte decir eso me dio un miedo que te cagas, porque nadie salvo mi madre me lo había dicho. Porque yo nunca se lo había dicho a nadie salvo a mi madre. —Sus mejillas se tiñeron de rojo. Dios, ¿era posible? ¿Will Albright nervioso? Desvió la mirada y se frotó la nuca. Sí, sin duda estaba nervioso—. Pero que no lo haya dicho nunca no significa que no lo... sienta. —Su mano buscó la mía, se cerró alrededor de ella—. Te quiero, Izzy. —Fue solo un susurro, pero me llegó a todos los rincones de mi ser—. Creo que siempre te he querido. —Salvó la escasa distancia que nos separaba, me cogió el rostro entre las manos y me besó. Sus labios rozaron tierna y

delicadamente los míos. Como una promesa—. Te quiero, y quiero todo el pack. Aunque cometa errores de principiante, porque no sé si se me dan bien las... relaciones.

Se rio con suavidad y mi corazón se derritió como si fuese de cera.

—La amistad se te da bien. Es el mejor punto de partida.

38

—¿Se lo has contado a Ryan?

Estábamos acurrucados en mi cama, contemplando la oscura noche. Al otro lado de la ventana la nieve caía del cielo como si fuese confeti. Sonreí, porque el momento era perfecto, y me acurruqué más aún contra su cuerpo caliente.

—Ayer —respondí—. Lo que más le cabreó fue lo de Ruby. —Torcí el gesto.

Él esbozó una sonrisilla.

—Ha informado a la Federación de Esquí y ha llamado a un abogado, pero no creo que pueda hacer gran cosa, porque su nombre no se menciona y el escenario es ficticio. —Puse los ojos en blanco—. Pine Valley.

Will lanzó un leve suspiro.

—¿Has vuelto a saber de él? ¿De Cole?

Musitó las palabras contra mi hombro desnudo y mi cuerpo respondió con piel de gallina.

—Me ha mandado por lo menos doscientos cincuenta mensajes. Lo raro es que todavía no se haya presentado aquí.

—Se lo he prohibido.

Sorprendida, busqué sus ojos.

—Tú no eres la única a la que no ha parado de llamar. —Will sonrió—. Lo siente de verdad. Y, si te soy sincero, creo que lo que hizo no obedecía a ningún plan.

Mis cejas se arquearon hasta el nacimiento del pelo.

—¿Desde cuándo defiendes a Cole?

—Desde que he ganado. —Una sonrisa pícara le iluminó el rostro —. Además, me ha dicho qué pasa con Aquillus.

—¿Con eso basta para que cambies de bando?

—Con eso y con una invitación al set de *La maldición del panteón*. Para nosotros dos, claro. —La sonrisa se ensanchó más todavía y le di un cachete.

—No sé, quizá debieras oír lo que tiene que decir. La cagó, y tendría que habernos dicho lo de la película, pero dejó pasar el momento y —me miró con cara de culpabilidad— esa es una sensación que conozco muy bien.

—Ya veremos. Puede, dentro de algún tiempo —farfullé, y lo besé en los labios.

—Caramelos de menta glacial —dijo, como embobado.

Sonreí.

—Hablando de caramelos... creo que tengo algo de hambre.

—No pasa nada. Ahí fuera todavía hay ocho batidos.

Le eché los brazos al cuello y lo miré profundamente a los ojos.

—En realidad me basta con uno.

AGRADECIMIENTOS

Me alegro mucho de que para este libro haya podido volver a Green Valley, un lugar al que le tengo mucho cariño. En particular a sus habitantes, a los que me gustaría mucho conocer algún día. Will Albright fue desde el principio mi preferido para mis adentros, así que me alegró tanto más que mi editorial quisiera saber qué pasaría con Izzy y él. ¡Gracias por permitirme contar su historia! Y gracias a todas las queridas personas que me han vuelto a acompañar en este viaje, sobre todo a Sabine Ley y a Hannah Paxian.

Muchas gracias también a mi agente, Francisca Hoffmann, que ha hecho posible todo esto, y a Anika Beer, que no solo escribe fantásticas novelas, sino que además es una gran editora. Tus observaciones valen su precio en oro y siempre me arrancan una sonrisa.

Llegados a este punto, también me gustaría darles las gracias a mi marido, a mi familia, a mis amigos y a mis compañeros de trabajo, que durante las semanas previas a la entrega me vieron relativamente poco la cara y pese a ello me mimaron con bombones, té y caricias emocionales. ¡Gracias por vuestra comprensión!

Algo increíblemente valioso para mí es, asimismo, el intercambio de opiniones con otras escritoras, algunas de las cuales a estas alturas son buenas amigas que me brindan consejos y ayuda cuando me asalta el bloqueo del escritor o personajes rebeldes cobran vida

propia o, sencillamente, cuando tengo ganas de tomar un *chai latte*. Gracias a mi equipo de Wurzburgo, Angela Kirchner, Mila Summers y Kristina Moninger. Y gracias, mi querida Kyra Groh. Tomamos nuestro *chai latte* por WhatsApp, pero a pesar de ello sabe bien.

Por último, gracias de todo corazón a mis lectores. ¡Sois vosotros quienes hacéis que esto sea posible! Confío en que nos volvamos a leer pronto. Y es que Green Valley aún tiene cosas que ofrecer... y será dentro de nada.

Nuevos deseos
Lilly Lucas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *New Promises*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en la idea original de Franzi Bucher
© de las imágenes de la portada, © Shutterstock

© 2019 by Knaur. An imprint of Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Munich Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción, Maria José Díez Pérez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31578-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta